

ELEMENTOS  
DE  
ANALOGÍA CASTELLANA

Y TEXTO DE LECTURA PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE

Obra adaptada a los Programas Vigentes  
en los Colegios Nacionales y Establecimientos similares,  
aprobada por el Ministerio de Instrucción Pública

POR

RENÉ BASTIANINI

Vicerrector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario  
y Rector del Colegio Nacional "Bartolomé Mitre"  
anexo a dicho Instituto

EDICIÓN REVISADA



Buenos Aires  
CABAUT y Cia. — EDITORES  
"Librería del Colegio" — Alsina y Bolívar

1937

**ELEMENTOS**  
DE  
**ANALOGÍA CASTELLANA**  
Y TEXTO DE LECTURA  
PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

# DEL MISMO AUTOR

---

**ELEMENTOS DE PROSODIA Y ORTOGRAFÍA CASTELLANA** y texto de lectura para el curso correspondiente.

Obra adaptada a los programas vigentes en los Colegios Nacionales y establecimientos similares..... 1 tomo

**ELEMENTOS DE SINTAXIS CASTELLANA** y texto de lectura para el curso correspondiente.

Obra adaptada a los programas vigentes en los Colegios Nacionales y establecimientos similares ..... 1 tomo

**COMPENDIO DE LA GRAMÁTICA CASTELLANA.**

Texto adaptado a la enseñanza de las Escuelas Comunes, Normales, Especiales, etc. .... 1 tomo

**LECTURAS Y BIOGRAFÍAS DE AUTORES ESPAÑOLES Y AMERICANOS.**

Antología metódica en la cual se han reunido, aumentándolas con otras más, las lecturas y biografías agregadas a los tomos de los **ELEMENTOS** del autor ..... 3 tomo

**CURSO DE HISTORIA DE LA LITERATURA CASTELLANA.**

Tomo I. Desde los orígenes al Siglo XVI. Buenos Aires, 1922,

**TABLAS DE LA PREPOSICIÓN CASTELLANA.**

Modelos de uso castizo de la preposición castellana, tomados de los mejores autores. .... 1er. fascículo

**EN PREPARACIÓN:**

**CURSO DE HISTORIA DE LA LITERATURA CASTELLANA.**

Tomo II. Desde el Siglo XVI a nuestros días.

# ELEMENTOS DE ANALOGÍA

## CASTELLANA

Y TEXTO DE LECTURA PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE

OBRA ADAPTAADA A LOS PROGRAMAS VIGENTES  
EN LOS  
COLEGIOS NACIONALES  
Y ESTABLECIMIENTOS SIMILARES  
APROBADA POR EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

POR

RENÉ BASTIANINI

VICERRECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL DEL PROFESORADO SECUNDARIO  
Y RECTOR DEL COLEGIO NACIONAL "BARTOLOMÉ MITRE"  
ANEXO A DICHO INSTITUTO



EDICIÓN REVISADA

BUENOS AIRES

CABAUT Y CÍA: - EDITORES

"Librería del Colegio" - Alsina y Bolívar

1937

ALFONSO DE RIVERO  
CASTELLANA

---

*Es propiedad. Queda hecho el  
depósito que marca la ley.*

---

## PRÓLOGO

---

*La presente obra, fruto en su forma actual de largos tanteos y reiteradas experiencias, responde al logro de tres principales objetivos didácticos, cuya coherencia resulta evidente con sólo enunciarlos.*

*Son ellos: suministrar en primer término una base teórica sistematizada de nociones gramaticales; ofrecer luego abundante material de lecturas con que ilustrar aquellos preceptos teóricos, o de donde inferirlos cuando así parezca oportuno y conveniente; y, por fin, ir iniciando de paso y desde el principio a los alumnos en el conocimiento ordenado de la Literatura peninsular y americana.*

*En cuanto al primero de los enunciados propósitos, lo hemos encarado cuidadosamente desde el doble punto de vista de la calidad y la cantidad de las nociones incluidas, no admitiendo ninguna regla o norma que no pudiera justificarse ampliamente con ejemplos tomados de los buenos autores o del habla correcta, y ajustando la materia expuesta al tiempo disponible para desarrollarla y explicarla con toda holgura y provecho.*

*Por lo que se refiere al segundo punto, sólo agregaremos que la iniciativa de reunir en un solo volumen la parte gramatical del programa y las lecturas destinadas a la ejercitación de los alumnos, responde a fines de orden práctico evidentes, sin excluir por cierto las lecturas libres que puedan estimarse oportunas en cualquier forma o momento.*

Por fin, para llegar al último de los tópicos expresados más arriba, hemos creído muy importante someter las lecturas a realizarse a un plan metódico, adoptando una ordenación cronológica y por géneros literarios de los autores y trozos incluidos, con lo cual sin esfuerzo ni pérdida de tiempo es posible ir logrando insensiblemente una visión de la historia literaria nada despreciable, máxime si el trabajo se repite en cada uno de los cursos de Gramática del plan de estudios, como es muy posible hacerlo.

Más no creemos necesario añadir, pues lo dicho resume nuestros propósitos cardinales; el alcanzarlos será obra de inteligencia y de constancia, de lento y metódico esfuerzo, como cumple a toda labor de resultados estables.

R. B.

# ELEMENTOS

D<sup>s</sup>

# ANALOGÍA

## SECCIÓN PRIMERA NOCIONES GENERALES

### LIBRO ÚNICO

#### CONCEPTO DE LA ANALOGÍA Y OTRAS NOCIONES PREVIAS

#### CAPÍTULO I

##### CONCEPTO DE LA ANALOGÍA

**Concepto corriente de la Analogía.** — 1] Se define generalmente la *Analogía*, como la parte de la Gramática cuyo objeto es el estudio de las palabras tomadas aisladamente; y es habitual admitir: 1º, que debe fundarse en la *estructura* de las palabras para clasificarlas en *sustantivos*, *pronombres*, *adjetivos*, etc., y 2º, que sólo comprende el estudio de las palabras *aisladas*.

2] Ambas ideas son erróneas, y es necesario descharlas.

**Las partes de la oración.** Cuestiones a que da lugar este concepto: **A.** Que no hay en absoluto partes de la oración sino funciones gramaticales.— 3] Todo el mundo sabe que hay palabras susceptibles de ser,

ora una parte de la oración, ora otra. Así el vocablo **sobre**, en el siguiente ejemplo: ponga usted lo que **sobre** en el **sobre** que está **sobre** la mesa, es sucesivamente *verbo*, luego *sustantivo*, y por fin *adverbio*.

4] Mas lo que no es tan sabido es que todas las palabras existentes están en ese caso, pudiendo muchas de ellas asumir el papel de hasta tres, cuatro, y más de las llamadas *partes de la oración*, como resulta de considerar en los siguientes ejemplos las palabras **alto**, **fuerte**, **comer** y **claro**: *Hacer alto* (sust.); *hombre alto* (adj.); *hablar alto* (adv.); ¡**alto!** (interj.). *El fuerte* (sust.); *viento fuerte* (adj.); *gritar fuerte* (adv.). *Conviene comer* (verbo) *moderadamente*; *se lo quitó de su comer* (sust.). *No veo claro* (adv.) *en este asunto*; *todos reconocemos tu claro* (adj.) *talento*; *se escapó por un claro* (sust.) *del bosque*.

5] Siendo así, no basta atender a la estructura de una palabra aislada, es decir a su aspecto externo, para clasificarla como *sustantivo*, *adjetivo*, *pronombre*, etc.; sino que debe tomársela en el conjunto de que forma parte, y, de su sentido *en ese conjunto*, deducir su carácter. Ejemplo: ¿qué es la palabra *sobre*, tomada aisladamente? Nadie lo sabe; puede ser muchas cosas. En cambio es fácil ver que en el ejemplo: *ese sobre está roto*, es sustantivo; verbo en este otro: *guarde usted lo que sobre*; y preposición en el siguiente: *el aeroplano pasó sobre la ciudad*.

6] De todo esto resulta que, cuando se nos pregunte: «¿qué es tal palabra gramaticalmente?», deberemos contestar: «¿dónde?; ¿en qué conjunto?; ¿en qué cláusula?»

7] También resulta de lo anterior ser erróneo pensar en *partes de la oración*, sin más; es decir, en palabras que sean siempre y únicamente o *sustantivos*, o *adjetivos*, o *pronombres*, etc. Lo que hay en verdad, son *funciones* u *oficios* de *sustantivos*, *adjetivos*, *pronombres*, etc., que llenar; y que las más diversas palabras pueden encargarse de ello, como también tomar

una cualquiera de dichas palabras a su cargo sucesivamente dos, tres, o más funciones, según hemos visto en los párrafos anteriores. De donde fluye, que cuando queremos saber qué oficio desempeña una palabra, o, como se dice generalmente, *lo que es*, será necesario considerar, no *su estructura*, es decir, su aspecto externo, sino *su sentido*, en el conjunto de que forma parte.

**B.** Que las funciones gramaticales pueden ser desempeñadas no sólo por palabras aisladas, sino también por frases y oraciones. — 8] Cuando decimos: *El niño privado de la vista; el niño que no ve*; es lo mismo que si dijéramos: *el niño ciego*. Luego las expresiones *privado de la vista*, en el primer ejemplo, y *que no ve*, en el segundo, equivalen a la palabra *ciego*; es decir que son *conjuntos* de palabras, o *complejos*, o *entidades elocutivas*, llámeseles como se quiera, que, en los citados ejemplos, desempeñan el oficio de *adjetivo*, pues *ciego* es allí adjetivo.

9] Dando un paso más, haremos observar que dichos *complejos* o *entidades elocutivas* encargados de *oficios* o *funciones gramaticales*, pueden ser *frases* u *oraciones*; *frases* si no contienen ningún verbo en modo personal; y *oraciones* en caso contrario. De donde resulta, refiriéndonos siempre a los ejemplos considerados, que *privado de la vista* es allí un *adjetivo frase*, y *que no ve* un *adjetivo oración*; por tener en los citados pasajes, dicha frase y dicha oración, respectivamente, el mismo valor que el adjetivo *ciego*.

10] Por dos razones se emplean *complejos* o *entidades elocutivas* en lugar de *palabras aisladas* para desempeñar las funciones gramaticales: 1.º) para dar mayor variedad a la expresión; 2.º) para suplir la falta de términos adecuados. En el primer caso están los ejemplos consignados en 8], donde *privado de la vista* y *que no ve*, están en lugar de la palabra *ciego*; en el segundo caso está por ejemplo el adverbio frase *al entrar el próximo verano*, en el ejemplo siguiente: *dijo que volvería al entrar el próximo verano*, pues es muy sabido que

no existe en nuestro idioma una palabra con igual significado que dicho adverbio frase.

**Concepto cabal de la Analogía.** — 11] Con todo lo anterior, queda probado: 1.º que no hay, *en absoluto*, «partes de la oración», sino *funciones gramaticales* a cargo de expresiones susceptibles de pasar, según los casos, por dos o más de ellas; y que, por lo tanto, la *Analogía* no puede guiarse por la estructura sino por el sentido, para establecer en cada caso de qué función se trata; 2.º que las funciones gramaticales no son desempeñadas tan sólo por vocablos, sino también por frases u oraciones; y que, por ende, la *Analogía*, encargada de estudiar dichas funciones, no puede ceñirse a las palabras aisladas.

12] Llegamos así a la siguiente definición de la *Analogía*, más de acuerdo con la realidad, y aun con lo que es efectivamente dicha parte de la Gramática hasta para quienes la definen del modo que acabamos de criticar: *Analogía es la parte de la Gramática que fija, estudia y clasifica las funciones gramaticales, y establece en qué condiciones las palabras o los complexos de palabras desempeñan cada función, y de qué propiedades o accidentes se revisten en cada caso.*

13] Esta manera de ver confiere un aspecto especial a los capítulos de la segunda parte del presente libro. ¿Cada uno de ellos se propone estudiar las palabras que *son* sustantivos, adjetivos, etc.? No por cierto, sino esto otro: establecer lo que significan y requieren las funciones de sustantivo, adjetivo, etc.; qué palabras o complexos *pueden ser* sustantivos, adjetivos, etc.; y, por fin, de qué caracteres se revisten unas y otros inmediatamente, desde el momento en que su papel los lleva a ser sustantivos, adjetivos, etc.

14] Así entendida la *Analogía* abarca además muchos hechos gramaticales que de otra manera quedarían sin poder ubicarse en ninguna parte; y, por fin, admite en su seno el estudio de la *Propiedad*, o sea el *Uso acertado de los términos*, que generalmente no se incluye en ella, o se considera aparte.

## CAPÍTULO II

### OTRAS NOCIONES PREVIAS

**Funciones variables e invariables y accidentes gramaticales.** — 15] Las funciones gramaticales pueden ser *variables* e *invariables*.

16] Las primeras se caracterizan por estar sujetas a uno o más de los cambios estudiados más abajo con el nombre de *accidentes gramaticales*, y que son: el *género*, el *número*, la *declinación* y la *conjugación*.

17] Dichas funciones variables son: el *sustantivo*, el *pronombre*, el *adjetivo*, el *artículo* y el *verbo*.

18] Las funciones invariables se distinguen por carecer de *accidentes*, y son: el *adverbio*, la *preposición*, la *conjunción* y la *interjección*.

19] Sentadas estas generalidades, vamos a considerar ahora en particular cada uno de los accidentes de las funciones variables.

**Del género.** — 20] El *género* es el accidente mediante el cual damos a conocer si nos referimos a seres del sexo masculino o femenino, como *el niño*, *la niña*; *el hombre*, *la mujer*, etc., o a objetos o cualidades a que atribuimos imaginariamente uno u otro sexo, como *la jarra*; *el jarro*; *el balcón*; *la ventana*; *la bondad*; *el instinto*, etc.; o a cualidades a que negamos ese atributo, como *lo bello*; *lo triste*, etc.

21] Son, por consiguiente, tres los géneros: el *masculino*, que distingue a los nombres de seres pertenecientes al sexo masculino o de cosas o cualidades que imaginariamente revestimos de él; el *femenino*, que hace lo propio para el otro sexo; y el *neutro*, reservado a las cualidades a que no asignamos ni el uno ni el otro.

22] A más de los tres géneros citados, suelen men-

cionar las gramáticas el *común*, el *epiceno* y el *ambiguo*. A su tiempo nos será fácil probar que estos últimos no deben incluirse entre los géneros, no pasando de maneras de ser especiales de algunas palabras, las cuales, tomadas en la cláusula, son en realidad *masculinas* o *femeninas*; y que, por lo tanto, no hay en nuestro idioma sino género *masculino*, *femenino* y *neutro*.

23] El castellano se vale de los siguientes medios, para expresar el género de los vocablos o entidades elocutivas:

a) de palabras especiales para cada género: *hombre*, *mujer*; *caballo*, *yegua*; *toro*, *vaca*, etc.

b) de terminaciones: *niño*, *niña*; *bueno*, *buena*; *que viene cansado*, *que viene cansada*; *muy contento*, *muy contenta*, etc.

c) de referir las palabras o complexos a otras palabras de las clases a) o b), y, por lo tanto, de género conocido: *hombre triste*, *mujer triste*; *el plasma*; *la azumbre*; *la lila*; *niño alegre*, *niña alegre*; *el anciano que no ve*, *la anciana que no ve*, etc.; donde el género de las palabras y complexos *triste*, *plasma*, *azumbre*, *lila*, *alegre* y *que no ve*, se deduce del de las palabras de que van acompañadas o que acompañan.

**Del número.** — 24] Mediante el *número*, expresamos nuestra referencia a un solo ser, objeto o cualidad, o a más de uno.

25] Los *números gramaticales* son, pues, dos: el *singular* en el primer supuesto, el *plural* en el segundo.

26] El castellano se vale de los siguientes medios para evidenciar el *número gramatical* de los vocablos o complexos:

a) de formas especiales para cada número, como en *yo*, *nosotros*; *tú*, *vosotros*.

b) de terminaciones apropiadas: *toro*, *toros*; *almacén*, *almacenes*; *albalá*, *albalaes*; *privado de la vista*, *privados de la vista*; *extremadamente hermoso*, *extremadamente hermosos*; *que no ve*, *que no ven*, etc.

c) de referir las palabras o complexos a otras pala-

bras de las clases a) o b), y, por consiguiente, de número conocido: *la crisis, las crisis; este cortaplumas, estos cortaplumas; hombre sin ningún escrúpulo, hombres sin ningún escrúpulo; el coche en que vinimos, los coches en que vinimos, etc.*

**De la declinación.**—27] Las palabras y complejos en la cláusula, *sin cambiar de significado*, pueden hallarse en relaciones muy diversas, como es fácil comprobarlo. Tomemos, verbigracia, la palabra **selva** en la siguiente serie de cláusulas, y lo expuesto resultará evidente: **La selva crece; Leí las leyendas de la selva; El poeta dedica sus versos a la selva; Los exploradores descubrieron la selva; ¡Oh selva! ¡cuán hermosa eres!; El dirigible pasó sobre la selva; El ejército entró en la selva; Esta comarca sería muy seca sin la selva, etc.** Con los complejos sucede lo mismo; véase si no el muy diverso rol que desempeñan la frase **hacer eso** y la oración **que regrese su hijo** en las cláusulas siguientes: **Hacer eso es una frase; Nadie puede calcular las consecuencias de hacer eso; Ahí tienes lo necesario para hacer eso; Deseo hacer eso; No moriré sin hacer eso; etc.; Urge que regrese su hijo; Manifiesta el deseo de que regrese su hijo; Trabaja para que regrese su hijo; Anhele que regrese su hijo; Sanará con que regrese su hijo, etc., etc.**

28] Ahora bien: esas diferentes relaciones en que pueden hallarse en la cláusula los vocablos y entidades elocutivas, los unos con respecto a los otros, son precisamente a lo que se da el nombre de **casos gramaticales**.

29] En castellano, lo mismo que en latín, los **casos** son seis, y los mismos en ambos idiomas. Sus nombres son: *nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo*.

a) En *nominativo* se pone aquello de que se habla, es decir, el sujeto de las cláusulas y oraciones. En los ejemplos consignados en 27], están en *nominativo*: *la selva* (en: *la selva crece*); *hacer eso* (en: *hacer eso es*

una frase); que regrese su hijo (en: urge que regrese su hijo). El nominativo se forma, como puede verse, sin palabra auxiliar de ninguna especie; el sentido lo descubre.

b) En *genitivo* se pone el término que guarda con un nombre o pronombre alguna relación de dependencia. En los ejemplos citados en 27], están en *genitivo*: *de la selva*; *de hacer eso*; *de que regrese su hijo*. Otros ejemplos: *El libro del maestro* (propiedad del maestro); *El cuadro de Murillo* (ejecutado por Murillo).

En castellano el *genitivo* se forma siempre mediante el agregado de la partícula **de**, salvo la excepción de la palabra **cuyo**, que es ya de por sí un *genitivo*, y el único de su clase en el idioma: *Este es el libro cuyo elogio leí* = *este es el libro del cual leí el elogio*; **¿Cuyas son estas flores?** = **¿de quién son estas flores?**

Lo anterior no importa decir que **de** sea siempre señal de *genitivo*: hay ablativos con **de**, como veremos.

c) El *dativo* indica beneficio, provecho, perjuicio, y, en general, *consecuencias*: es el caso privativo de aquello sobre que recaen las consecuencias de la acción de los verbos, o, si se quiere, de lo que expresa el *destino* de dicha acción.

En los ejemplos citados en 27], son *dativos*: *a la selva*; *para hacer eso*; *para que regrese su hijo*.

El *dativo* responde a las preguntas *¿a o para qué o quién?*, y se construye con las partículas **a** o **para**, como se ha visto. Las únicas excepciones a esta regla en castellano, se dan con el empleo de las palabras *me*, *nos*; *te*, *os*; *le*, *les* y *se*, cuando son *dativos* de *yo*, *nosotros*, *nosotras*; *tú*, *vosotros*, *vosotras*; *él*, *ella*, *ellos*, *ellas*, y del pronombre reflexivo de 3ª persona, que tienen además los *dativos* corrientes *a o para mí*, *a o para nosotros*, *as*; *a o para ti*, *a o para vosotros*, *as*; *a o para él*, *ella*, *a o para ellos*, *as*; *a o para sí*.

Las partículas **a** y **para**, no son exclusivas del *dativo*; **a** pertenece al *acusativo* y al *ablativo*, y **para** al *ablativo*.

d) En *acusativo* se pone aquello sobre que recae la acción o el significado del verbo, y no ya sus consecuencias. En los ejemplos dados en 27], son acusativos: *la selva* (en: *los exploradores descubrieron la selva*); *hacer eso* (en: *deseo hacer eso*); *que regrese su hijo* (en: *anhela que regrese su hijo*).

El acusativo responde a las preguntas *¿qué?*, *¿qué cosa?*, *¿quién?*, *¿a quién?*, y se construye con la partícula *a* o sin nada; si acontece esto último, «y en el sentido puede haber ambigüedad, el acusativo se distingue por ir detrás del verbo: *La corriente desvió el arenal*; *El arenal desvió la corriente*.» (ACADEMIA).

e) En *vocativo* se pone el nombre de la persona, cosa o cualidad a que se dirige la palabra. Ejemplos: *Esto, señores, es lo que pasó*; ¡*Ah!* ¡*madre mía!*; ¡*Oh sol, yo te saludo!*; ¡*Virtud! no eres más que una sombra!*

El vocativo se forma sin agregado alguno, o anteponiendo las exclamaciones ¡*oh!*, ¡*ah!*

f) En *ablativo* se admite que están los vocablos o complexos cuando indican una circunstancia de cualquier clase, como procedencia, tiempo, lugar, situación, modo, orden, instrumento, materia, calidad, etc. Están en ablativo en los ejemplos reunidos en 27]: *sobre la selva, en la selva, sin la selva; sin hacer eso; con que regrese su hijo*.

El ablativo se forma generalmente mediante alguna de las partículas *a*, *ante*, *bajo*, *cabe*, *con*, *contra*, *de*, *desde*, *en*, *entre*, *hacia*, *hasta*, *para*, *por*, *según*, *sin*, *so*, *sobre*, y *tras*; ejemplos: *sucedió a su llegada*; *está bajo la mesa*; *está enferma desde el martes*; *préstamela por un día*; *el aeroplano pasó sobre la ciudad*.

30] La serie de los *casos* se llama *declinación*; y hacer pasar por ella una palabra o entidad elocutiva es *declinar* esa palabra o entidad. En 27] se consignan ejemplos de declinación de vocablos, frases y oraciones.

31] En latín, en griego y en otros idiomas, las pa-

labras declinables cambian de desinencia según los casos. En castellano y en la generalidad de las lenguas modernas, los diferentes casos se indican mediante partículas especiales llamadas *preposiciones*.

**De la conjugación.**—32] La *conjugación* es el conjunto de los diversos cambios experimentados en la cláusula por los vocablos y frases que desempeñan allí el oficio de verbo, y mediante los cuales expresan las múltiples circunstancias en que pueden hallarse.

33] Estas circunstancias son demasiado numerosas e intrincadas para hacer ahora de ellas una exposición ni siquiera resumida; ni sería posible, por otra parte, sin entrar en el estudio mismo del verbo, que no es de este momento y lugar; baste, pues, por ahora, la simple mención de tan importante grupo de accidentes; y cuando lleguemos al verbo, será el momento de estudiarlo en todos sus aspectos y detalles.

**Palabras simples y compuestas.** — 34] Es *simple*, toda palabra a cuya formación no contribuye ninguna otra. Ejemplos: *campo, cielo, gloria, pensar*.

35] Llamaremos, en cambio, *palabras compuestas*, a todas las que consten de más de un vocablo o de vocablos y partículas inseparables antepuestas, siempre que en el número de sus componentes, estén o no modificados; haya por lo menos uno perteneciente al castellano y con valor propio. Ejemplos: *entrecano, malgastar, sobreponer, enhorabuena, tráeme, vete, correvedile, abstraer, disentir, desconfiar, disconforme, gatomaquia, pericráneo, carricoche, barbilampiño, chismografía, etc.*

36] Para que pueda tenerse una idea de las muchas combinaciones de donde resultan *palabras compuestas*, convendrá reparar en la siguiente lista: *abstraer, además, anteayer, barbilindo, bocamanga, condiscipulo, correveidile, cualquiera, demás, disentir, enhorabuena, entrecano, exponer, ganapierde, hazmerreír, malcontento, malgastar, maniobrar, menosprecio, milenrama, monomanta, nuestromo, pasavolante, penséque, perdurable*

*protonotario, quehacer, quitasol, salvoconducto, semoviente, semicírculo, sobreponer, subdelegable, subdelegación, subdelegar, trasanteayer, vanagloriarse, vaivén, verdinegro, etc.*

37] No han de confundirse los vocablos *compuestos*, con las *frases* y las *locuciones*: los primeros se escriben siempre en una sola palabra, y las frases y locuciones separando sus palabras componentes.

38] Según esto, *pez espada, hombre lobo, rey profeta, poco a poco, a propósito, en derredor* y tantas otras parecidas, no serán palabras compuestas. En cambio lo son: *contramaestre, sacabocados, alzaprima, correveidille*, y todas las mencionadas en 35] y 36].

**Palabras primitivas y derivadas.** — 39] Se llama *primitivo* el vocablo no proveniente de otro del idioma, como: *reloj, ópalo, correr, calor, bueno, blanco, lavar, atender, tú, bastante*.

40] Es, en cambio, *derivado* el que procede de otro perteneciente al idioma. Así, son derivados de los primitivos enumerados en 39]: *relojero, opalino, corretear, caluroso, bondad, blanquear, lavatorio, atendible, tutear, bastantear, bastantearo*.

# SECCIÓN SEGUNDA

## ANALOGÍA ESPECIAL

---

### LIBRO PRIMERO

#### ESTUDIO DE LOS OFICIOS GRAMATICALES

---

#### CAPÍTULO I

##### DEL SUSTANTIVO

**Concepto y definición.** — 41] Daremos el nombre de *sustantivo* a toda palabra o entidad elocutiva que, en la cláusula, designe *seres, cosas o cualidades tomadas en sí*.

42] Entiéndese por *cualidades tomadas en sí*, por oposición a las *cualidades tomadas en los seres o cosas*, las que consideramos aisladamente de los seres y cosas en que aparecen. Así, cuando decimos: *la bondad, o lo bueno*, nombramos una *cualidad tomada en sí*, es decir, prescindiendo de todo lo que pueda ser bueno; mientras que cuando decimos *mujer buena, trigo bueno*, nombramos, en cambio, *cualidades tomadas en los seres o cosas*.

**Sustantivo vocablo, frase y oración.** — 43] Los *sustantivos* pueden ser *vocablo, frase u oración*. Antes de entrar en materia, vamos pues a decir algunas palabras de cada una de estas tres formas.

44] El *sustantivo vocablo*, como su nombre lo indica, consta de una sola palabra. El *sustantivo vocablo*,

puede ser *simple* o *compuesto* (Véase 34] a 38]), *primitivo* o *derivado* (Véase 39] y 40].)

45] Los *sustantivos frase* son entidades elocutivas sin verbo en modo personal, y destinadas a reemplazar o suplir a los sustantivos vocablo. Ejemplos: *En el camino de la virtud es perder el tiempo el pararse uno* (QUEVEDO); *En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer* (CERVANTES); *Al cabo de cuatro o cinco oh túes* (plural de *oh tú*) y *de otros mil y quinientos despropósitos, se halla*, etc. (JOVELLANOS); *El general esperaba haberlo sorprendido*; *No es fácil el escribir un buen poema*; *Os explicaré ese «entre dos luces» que no entendéis*. (JOVELLANOS).

46] Los *sustantivos oración* son oraciones destinadas a reemplazar o suplir a los sustantivos vocablo o frase. Ejemplos: *Me complace que trates a esa persona*; *Conviene que lo declaremos así* (*sustantivos oración en nominativo*); *Deseo que colaboremos en ese proyecto*; *Siento que cambies de parecer* (*sustantivos oración en acusativo*); *No presto atención a que charle o deje de charlar* (*sustantivo oración en dativo*).

47] Téngase bien presente, una vez por todas, que las frases y oraciones investidas de funciones gramaticales determinadas, como ser sustantivos, adjetivos, adverbios, etc., son unidades indisolubles expresivas de ideas netamente circunscriptas, y por lo tanto unidades no susceptibles de ser descompuestas en sus palabras componentes, sin destruir la idea representada. A pesar de ello, y empleando términos de don Eduardo Benot, creador del sistema de *entidades elocutivas*, «un análisis secundario puede determinar el valor aislado de las palabras que las componen.» Pero adviértase que dicho análisis secundario, al reducir la entidad elocutiva a sus palabras componentes, la destruye, como se destruye la flor al dividirla en sus partes integrantes.

**Clasificación de los sustantivos.** — 48] Clasificar

los componentes de una agrupación cualquiera, es distribuirlos en grupos, de acuerdo con una norma llamada *criterio* de la clasificación.

49] Cuando se trata, pues, de clasificar, lo primero es establecer el criterio de la clasificación a hacerse. Así, por ejemplo, al clasificar los libros de una biblioteca, ¿cómo hacerlo?: ¿según el tamaño, la encuadernación, el tema tratado, el idioma empleado, la fecha de la impresión, etc., etc.?; otros tantos criterios de clasificación, entre los cuales habremos de decidarnos; lo cual no obsta para que nos resolvamos por más de uno o por todos ellos, sucesivamente.

50] De esto último fluye otro hecho importante, a saber: que las clasificaciones posibles en cada oportunidad son casi siempre muy numerosas, y, de cualquier modo, tan numerosas como los criterios posibles en cada caso.

51] Aclarado este punto, vamos a exponer las principales clasificaciones de los sustantivos, teniendo en cuenta: a) *su valor ideológico*; b) *su origen*; c) *su estructura*, y d) *sus accidentes gramaticales*.

**Clasificación de los sustantivos por su valor ideológico.** — 52] Por *su valor ideológico* los sustantivos pueden ser: *apelativos* o *genéricos* y *propios*; *individuales* y *colectivos*; *concretos* y *abstractos*.

53] Se llama *apelativo* o *genérico* al sustantivo que, sin cambiar la forma, sirve lo mismo para designar a *todo el género* que a cada una de las unidades o clases de que el género se compone. Ejemplos: *El caballo es un mamífero*; *El caballo de Pedro*; *Un caballo cualquiera*. *La lapicera es un útil*; *Mi lapicera*; *Cualquier lapicera*. *El ejército es una institución*; *El ejército argentino*; *Cualquier ejército*; *Un ejército*.

54] Sustantivo *propio*, en cambio, es un nombre especial, no de género, que damos a un ser o cosa, y que a ellos se une indisolublemente. Ejemplos: *Homero*, *Dante*, *San Martín*, *los Andes*, *Buenos Aires*.

55] Sustantivo *individual* es el que se refiere en *sin-*

*ular* a un solo ser o cosa, o sirve para nombrar una cualidad tomada en sí; tales son: *hombre, caballo, perro, casa, banco, virtud, bondad*, etc., cuando son sustantivos; y los siguientes complejos: *el que no tiene padre ni madre, el que vino ayer*, etc.

56] Sustantivo *colectivo*, en cambio, es aquel que, en singular, se refiere a más de un ser o cosa, como, por ejemplo: *ejército, biblioteca*.

*Los colectivos se dividen en dos subclases, determinados e indeterminados.*

a) *Colectivo determinado* es aquel cuyas unidades son todas de una misma clase; tales son *ejército* (todos los individuos del ejército son *soldados*); *flota* (las unidades son todas *naves*); *biblioteca* (las unidades son todas *libros*); etc.

b) *Colectivo indeterminado* es aquel cuyas unidades no son de una misma clase; como *muchedumbre* (puede serlo de *hombres, mujeres, niños, ancianos, adultos*, etc.); *multitud* (íd. íd.); *turba* (íd. íd.); *montón*; etc.

57] Deberá considerarse como sustantivo *concreto*, cualquier vocablo o entidad que exprese seres o cosas, materiales o no. Ejemplos: *el banco, la mesa, el hombre, el amor, el odio, el querer*.

58] Será, en cambio, sustantivo *abstracto*, cualquier vocablo o entidad elocutiva que exprese cualidades tomadas en sí. Ejemplos: *la blancura, la bondad, la frescura, la redondez*, etc.

#### **Clasificación de los sustantivos por su origen. —**

59] Por su *origen* dentro del idioma, pueden los sustantivos ser *primitivos* y *derivados*. (Véase 39] y 40].) Una clase importante de sustantivos derivados son los *patronímicos*, o sea apellidos derivados de nombres propios, y que envolvían en su origen el significado de *hijo de*. Así por ejemplo *Martínez* significaba *hijo de Martín*; *Muñiz*, *hijo de Munio*, etc. Hoy día los patronímicos son apellidos como los demás. Expondremos su formación en 100].

#### **Clasificación de los sustantivos por su estructura.**

— 60] Teniendo en cuenta su *estructura* ya hemos visto que los sustantivos pueden ser *vocablos*, y *complejos* o *entidades*; y que los primeros son *simples* o *compuestos*, y los segundos *frase* u *oración*. (Véase 43] a 47].)

**Clasificación de los sustantivos por sus accidentes.** — 61] Por *sus accidentes gramaticales*, los sustantivos pueden dividirse según su **género** y según su **número**.

62] Por su **género**, pueden ser los sustantivos: *masculinos*, como *león*, *hombre*; *femeninos*, como *leona*, *mujer*; o *neutros*, como *lo bueno*.

63] Todos los sustantivos tienen una forma especial para el masculino (y el neutro cuando puedan asumir ese género) y otra para el femenino, menos los *comunes*, los *epicenos* y los *ambiguos*, de que pasamos a ocuparnos.

64] Los *comunes* son sustantivos aplicables a seres, y en los cuales el género se expresa mediante el solo artículo. Ejemplo: *el mártir*, *la mártir*; *el regente*, *la regente*.

65] Los *epicenos* son sustantivos aplicables también a seres, pero en los cuales el género se expresa mediante las palabras *macho* y *hembra*, quedando inalterable el artículo. Ejemplos: *el buho macho*, *el buho hembra*; *el escarabajo macho*, *el escarabajo hembra*.

66] Los *ambiguos* son sustantivos aplicables a cosas, que lo mismo se usan como masculinos que como femeninos, lo cual se expresa con el artículo. Ejemplos: *el pro* o *la pro*; *el prez* o *la prez*; *el fin* o *la fin*; *el aroma* o *la aroma*; *el cisma* o *la cisma*; *el neuma* o *la neuma*; *el albalá* o *la albalá*; *el hojaldre* o *la hojaldre*; *el lente* o *la lente*; *el tilde* o *la tilde*; *el análisis* o *la análisis*, *el azúcar* o *la azúcar*; *el doblez* o *la doblez*, etc. En rigor deben considerarse como *ambiguos* únicamente aquellos sustantivos que no mudan de significado al cambiar de género, como son los citados más arriba; pero no son ambiguos los sustantivos *dote*, *margen* y otros, con distinto significado en cada género.

67] No es exacto hablar, como suele hacerse, de género común, epiceno y ambiguo: lo que hay son sustantivos comunes, epicenos y ambiguos, es decir, sustantivos con una sola forma para el masculino, el femenino y el neutro, pero que no por eso dejan de ser en cada caso concreto masculinos, femeninos o neutros; sólo ocurre entonces que, en dichos sustantivos, el género se expresa, no mediante cambios en la forma del vocablo mismo, sino mediante palabras agregadas.

68] De lo anterior podría resultar una clasificación más de los sustantivos, según la manera de formar los géneros, en: *Sustantivos que cambian de forma al cambiar de género*, y *Sustantivos que tienen una sola forma para los tres géneros*, o sean los comunes, epicenos y ambiguos.

69] Por su número, los sustantivos pueden ser singulares y plurales. Los primeros envuelven la idea de unidad; los segundos, en cambio, se refieren a más de un ser o cosa.

**Grados de significación del sustantivo.**—70] El idioma dispone de recursos para indicar, mediante oportunas modificaciones o agregados a los sustantivos, que el ser, cosa o cualidad de que se habla es cuantitativamente mayor o menor de lo normal, y también para expresar, cuando llega el caso, la adhesión o desprecio que dichos seres, cosas o maneras de ser nos merecen. De ello pueden verse ejemplos en las siguientes cláusulas: *Hablan de prolongar el muralón*; *Atravesaron el océano en una navecilla de doscientas toneladas*; *Lo que es en mi casita no entra el frío*; *Jamás habitaré esa casucha*.

71] Las citadas modalidades de los sustantivos, es lo que llamaremos sus *grados de significación*.

72] Por lo que acabamos de exponer más arriba, y vamos a desarrollar ahora, nos parece necesario considerar los *grados de significación*, primero desde el punto de vista *cuantitativo*, y luego desde el que llamaremos *afectivo*. Sólo así, y procediendo en los de-

talles con todo rigor lógico, es cómo podrá acabarse con las contradicciones y el desorden tradicionales en la exposición de este punto.

**Grados de significación cuantitativos: aumentativos y diminutivos. Definición, clases y procedimientos de formación.** — 73] Los sustantivos pueden, casi todos, indicar si se refieren a seres o cosas más grandes o más pequeños, y a cualidades más intensas o más débiles que las normales, a que corresponden los sustantivos del grado *positivo*: en el primer caso resultan los *aumentativos*; en el segundo, los *diminutivos*. Son *aumentativos*: *murallón, cucharón, lanzón*, etc.; y *diminutivos*: *cucharita, casilla, hombrecillo*, etc.

74] Los *aumentativos* y *diminutivos* pueden formarse de varias maneras, que pasamos a enumerar: a) Mediante *terminaciones* que se añaden al positivo: *sanja, janjón; huevo, huevecillo*; éste es el procedimiento más usado; b) Cuando no se aplica, por una razón o por otra, el expediente indicado pueden usarse y se usan los *adjetivos de cantidad*: *casa grande; casa chica*; c) Una clase, en cierto modo aparte, es la de algunos sustantivos en los cuales el aumento o la disminución se expresan mediante el *género*: *farol* (positivo), *farola* (aumentativo); *pozo* (positivo), *pozita* (diminutivo); son poco numerosos; d) Fuera de todo lo anterior, no faltan sustantivos cuyo significado no se presta a que formen de ninguna manera aumentativos o diminutivos; tales son, verbigracia: *primogénito, expectativa, bondad*, etc.

75] Vamos a considerar únicamente los *aumentativos* y *diminutivos* de la clase a), es decir los formados mediante *terminaciones* agregadas al positivo, pues las restantes clases no ofrecen dificultad.

**Formación de los aumentativos y diminutivos, mediante terminaciones especiales: cómo se junta la terminación al positivo.** — 76] Cualquiera que sea la terminación elegida para formar el aumentativo o diminutivo, es idéntica en todos los casos la manera de juntarla al positivo correspondiente.

77] Conviene, pues, saber cómo se procede; y para ello deben tenerse en cuenta los dos casos siguientes: 1.º: la palabra termina en *vocal*, *diptongo* o *triptongo átonos*; 2.º: termina en *vocal*, *diptongo* o *triptongo tónicos* o en *consonante*. Advirtiéndose que en todos estos cómputos la *y* final se considera como *vocal*, es decir, como si fuese *i*.

1.º Cuando la palabra termina en *vocal*, *diptongo* o *triptongo átonos*, para formar aumentativos o diminutivos se añadirá la terminación que sea oportuna al positivo *privado* de su última *vocal*; debiendo advertirse tan sólo que si el positivo así abreviado viene a terminar en *vocal no acentuada idéntica a la inicial del incremento*, las dos *vocales* se contraen en una, si no, no.

De acuerdo con lo dicho, de *hombre* resulta *homb-r'ón*, *homb-r'-ecillo*; de *falúa*, *falu'-ita*; de *muralla*, *mural-l'ón*; de *casa*, *cas'-ita*; de *peine*, *pein'-ecillo*; de *bestia*, *besti'-ecita*; de *genio*, *geni'-ecillo*; de *estatua*, *estatu'-ita*; de *lengua*, *lengu'-ezuela*, etc. De *iglesia*, *igles'-ita* (contracción de *iglesi'-ita*); de *rubia*, *rub'-ita* (contracción de *rubí'-ita*); de *comedia*, *comed'-illa* (contracción de *comedi'-illa*). Pero *alcancía* hace *alcanci'-íta*, siguiendo la regla general, por ser tónica la *i* de *ía*.

Se exceptúan de esta regla tan sólo algunos casos de la terminación diminutiva *uelo-uela*.

2.º Cuando el positivo termina en *vocal*, *diptongo* o *triptongo tónicos* o en *consonante*, las terminaciones aumentativas o diminutivas se añaden directamente al positivo no modificado. Ejemplos: de *sofá*, *sofa-cito*; de *rey*, *rey-ezuelo*; de *pie*, *pie-cecillo*; de *buey*, *buey-ezuelo*; de *pan*, *pan-ecillo*; de *flor*, *flor-ecilla*; de *resplandor*, *resplandor-cico*; de *rapaz*, *rapaz-uelo*, etc.

«Exceptúanse de esta regla *narigón*, *raigón*, *perdigón*, donde los positivos *nariz*, *raíz* y *perdiz*, ven cambiada su última letra al hacerse aumentativos». — (ACADEMIA.)

78] No deben considerarse como formaciones irregulares, aquellas en que es necesario introducir cambios

de letras, al solo fin de conservar invariable el sonido. Tales son, por ejemplo: *nuececita*, de *nuez*; *cabecita*, de *cabeza*; *amiguito*, de *amigo*; *cerquita*, de *cerca*; *boquita*, de *boca*, etc.

**Terminaciones aumentativas.** — 79] Pasemos ahora a estudiar las *terminaciones aumentativas*.

80] Estas son, en nuestro concepto, de dos clases: las *mixtas* y las *puras*.

81] Las *terminaciones aumentativas mixtas* reúnen en sí, a la idea de aumento, cierto tinte menospreciativo; son las siguientes: *achón*, *arrón*, *ejón*, *erón*, *etón*, *atón*, *azo*, *acho*, etc, como puede verse en: *poblachón*, *ventarrón*, *pedrejón*, *caserón*, *mocetón*, *gatazo*, etc. Debido al matiz afectivo que infunden, dejaremos su estudio para 98] 2º.

82] Como *terminación aumentativa pura*, es decir que no añade al positivo más que la idea de aumento, sólo conocemos a *on-ona*, como en *murallón*, *lanzón*, *cucharón*, *albercón*, *culebrón* y otras palabras.

83] Y aun tratándose de la terminación *on-ona*, es necesario tener bien presente que no con todas las palabras conserva aquel carácter; sino que las hay con las cuales también ella se vuelve menospreciativa, como sucede, verbigracia, en *hombr-ón*, *mujer-ona*. Cuando se quieran formar, por consiguiente, aumentativos puros mediante terminaciones, habrá que tener especial cuidado de inquirir si la palabra de que se trata lo consiente; si no, habráse de recurrir a los adjetivos de cantidad: *hombre alto*, *mujer corpulenta*, etc.

**Terminaciones diminutivas.**—84] Para su mejor estudio, pueden dividirse las *terminaciones diminutivas fundamentales* en cuatro clases, diferentes unas de otras tan sólo por su mayor o menor brevedad; son las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> clase: *cecito*, *cecillo*, *cecico*, *cezuelo*.
- 2.<sup>a</sup> » *ecito*, *ecillo*, *ecico*, *ezuelo*.
- 3.<sup>a</sup> » *cito*, *cillo*, *cico*, *zuelo*.
- 4.<sup>a</sup> » *ito*, *illo*, *ico*, *uelo*.

85] Según puede observarse, partiendo de la primera clase, cada una de las restantes se forma suprimiendo la letra inicial de la anterior.

86] Veamos ahora qué palabras forman sus diminutivos mediante cada una de las clases enumeradas.

87] Forman sus diminutivos con las terminaciones de la 1.<sup>a</sup> clase (*cecito, cecillo, cecico, ezuelo*), los monosílabos terminados en *e*; ejemplo: *pie, pie-cecillo*.

88] Adoptan, en cambio, las terminaciones de la 2.<sup>a</sup> clase (*ecito, ecillo, ecico, ezuelo*), las siguientes palabras:

1° Todos los monosílabos no terminados en *e*. Ejemplos: *rey, rey-ecico, rey-ezuelo; buey, buey-ezuelo o boy-ezuelo; pan, pan-ecillo; sol, sol-ecito; flor, flor-ecilla; pez, pec-ecito; voz, voc-ecica; tos, tos-ecilla; nuez, nuec-ecilla*, etc.

Se exceptúan *ruin*, que hace *ruin-cillo*, y los nombres propios de persona: *Blas, Blas-illo; Juan, Juanico; Luis, Luis-ito*, etc.

2° Los bisílabos llanos terminados en los diptongos *ia, io, ua*. Ejemplos: *logia, logi'-ecita; genio, geni'-ecillo; legua, legü'-ecita*.

Se exceptúan *rubia, agua y pascua*, que hacen *rubita, agü'-ita, pascu'-ita*.

3° Los bisílabos llanos no terminados en *n*, y con los diptongos *ei, ie, ue* en la primera sílaba. Ejemplos: *peine, peín'-ecito; ciego, ciegu'-ezuelo; huerto, huert'-ecillo; huevo, huev'-ecico; fuerza, fuerz'-ezuela o forz'-ezuela*, etc.

4° Los bisílabos llanos terminados en *e*. Ejemplos: *baile, bail'-ecito; cofre, cofr'-ecillo; nave, nav'-ecilla; parche, parch'-ecito; pobre, pobr'-ecito; triste, trist'-ezuelo; trote, trof'-ecico*.

5° Muchos bisílabos terminados en *ío*. Ejemplos: *trío, trí'-ecillo; brío, brí'-ecico; frío, frí'-ecillo*; etc.

89] Toman diminutivos de la 3.<sup>a</sup> clase (*cito, cillo, cico, cicio*), los siguientes vocablos:

1° Los agudos de dos o más sílabas terminados en

*n o r.* Ejemplos: *gabán, gaban-cito; almacén, almacencito; violín, violin-cito; Fermín, Fermin-cico; dragón, dragon-cito; juglar, juglar-cillo; mujer, mujer-zuela; Pilar, Pilar-cita; dolor, dolor-cillo; amor, amor-cillo; resplandor, resplandor-cico.*

Se exceptúan, entre los nombres propios de personas: *Agustín, Joaquín, Gaspar*, y otros, que hacen *Agustinico, Joaquin-illo, Gaspar-ito*, etc.; y, entre los comunes: *almacén, alfiler, vasar* y algún otro, que hacen *almacenillo, alfiler-illo, vasar-illo*, etc.

*Altar, pilar, jardín, jazmín, y sartén*, hacen indistintamente: *altar-cillo y altar-illo; pilar-cillo y pilar-illo, jardín-cillo y jardín-illo; jazmín-cillo y jazmín-illo; sarten-cilla y sarten-illa.*

2° Las dicciones llanas en *n*. Ejemplos: *dictamen, dictamen-cillo; certamen, certamen-cico; Carmen, Carmencita; imagen, imagen-cica*, etc.

3° Las palabras de más de una sílaba terminadas en vocal, diptongo o triptongo tónicos. Ejemplos: *sofá, sofá-cito; café, café-cito; ají, ají-cillo.*

90] Por fin, forman sus diminutivos con las desinencias de la 4.<sup>a</sup> clase (*ito, illo, ico, uelo*), todos los sustantivos que no reúnan las condiciones enumeradas hasta aquí. Ejemplos: *vaina, vain'-ica; jaula, jaul'-illa; estatua, estatu'-ita; vinagre, vinagr'-illo; candil, candil'-illo; rapaz, rapaz-uelo; hidalgo, hidalg'-üelo; pájaro, pájar'-ito; cámara, camar'-illa, título, titul' illo*, etc.

*Prado, llano y mano*, tienen un diminutivo regular, *prad'-illo, llan'-ito y man'-ita*, y otro irregular, *prad'-ecito, llan'-ecillo y man'-ecilla*.

91] Fuera de las terminaciones diminutivas que acabamos de estudiar, y que son las más usadas, existen otras, mucho menos frecuentes, entre las que merecen citarse las siguientes: *ichuelo, achuelo; in, ino, iño; ajo, ojo, ijo*, y algunas otras.

**Las terminaciones diminutivas en América.** —92] Lo que acabamos de exponer acerca de las terminaciones diminutivas, se refiere al habla peninsular clásica,

y conviene desde luego tenerlo muy presente. Pero en muchos países de América, y especialmente entre nosotros, sobre todo en el habla familiar, dichas terminaciones han sufrido una fundamental evolución, que fuera ya inútil querer desconocer o desviar. Vamos a exponerla, de acuerdo con los hechos actuales.

93] Empezando por las terminaciones mismas, cabe notar lo siguiente:

1º Que las de la 1.<sup>a</sup> clase (*cecito, cecillo, cecico, cezuelo*), han quedado desechadas.

2º Que en las terminaciones de la 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> clases, se prefieren sin comparación las formas **ecito, cito** e **ito**; se usan, aunque menos, las en *ecillo, cillo* e *illo*; rara vez las en *ezuelo, zuelo* y *uelo*; y se desechan en absoluto las en *ecico, cico* e *ico*.

94] Hechas estas salvedades, vamos a exponer las reglas de formación de los diminutivos correspondientes.

95] Adoptan las formas *ecito, ecillo* y eventualmente *ezuelo*:

1º Las palabras no agudas terminadas en *e*. Ejemplos: *ave, av'-ecilla* o *ecita*; *bañe, bañ'-ecito*; *cofre, cofr'-ecillo* o *ecito*; *nave, nav'-ecilla* o *nav'-ecita*; *parche, parch'-ecito*; *pobre, pobr'-ecito* o *ecillo*; *peine, peín'-ecito* o *ecillo*; *trote, trof'-ecito* o *ecillo*; etc.

2º Los monosílabos terminados en *z* o *s*. Ejemplos: *cruz, cruc-ecita*; *coz, coc-ecita*; *haz, hac-ecillo* o *ecito*; *luz, luc-ecita* o *illa*; *nuez, nuec-ecita* o *ecilla*; *pez, pec-ecito* o *ecillo*; *res, res-ecita*; *tos, tos-ecita* o *illa*; *voz, voc-ecita* o *illa*; etc.

96] Toman las formas en *cito, cillo* y a veces *zuelo*:

1º Los vocablos terminados en consonante, salvo los en *z* o *s* y los polisílabos en *l*. Ejemplos: *alemán, aleman-cito* (también *aleman-ito*); *ademán, ademan-cito*; *altar, altar-cito* o *cillo*; *chal, chal-cito*; *cardumen, cardumen-cito*; *flor, flor-cita*; *Gaspar, Gaspar-cito*; *joven, joven-cito*; *jardín, jardín-cito*; *jasmín, jasmín-cito*; *Joaquín, Joaquin-cito*; *pan, pan-cito*; *piel,*

*piel-cita; pial, pial-cito* (también *pial-ito*); *pilar, pilar-cito; sol, sol-cito; sartén, sartén-cita; volumen, volumen-cito*, etc.

2° Las palabras agudas terminadas en vocal, diptongo o triptongo. Ejemplos: *buey, buei-cito; café, café-cito; grey, grei-cita; landó, lando-cito; pie, pie-cito; pejerrey, pejerrei-cito; rey, rei-cillo o cito; sofá, sofá-cito o cillo; te, te-cito*; etc.

97] Toman las terminaciones *ito, illo* y acaso *uelo*:

1° Las palabras no agudas terminadas en vocal que no sea *e*, o también en diptongo o triptongo cuya última letra no sea *e*. Ejemplos: *ciego, ciegi'-ito; cuerno, cuern'-ito; fuerza, fuerca'-ita; frío, fri'-ito; genio, geni'-ito; huerto, huert'-ito; huevo, huev'-ito; lengua, lengü'-ita; logia, log'-ita; río, ri'-ito; sapo, sap'-ito; trío, trí'-ito*; etc.

2° Las palabras de más de una sílaba, terminadas en *z, s* o *l*. Ejemplos: *andaluz, andaluc-ito; ajedrez, ajedrec-ito; compás, compas-ito; lápiz, lapic-ito; nariz, naric-ita; papel, papel-ito; redondel, redondel-ito*, etc.

**Grados de significación afectivos: despectivos o menospreciativos y estimativos.** — 98] Los nombres que formamos para manifestar nuestro desprecio o menosprecio hacia objetos determinados, se llaman *despectivos* o *menospreciativos*. Dichos nombres pueden formarse de varias maneras, que pasamos a exponer:

1° Agregándoles «un incremento que, sin aumentar ni disminuir el positivo, le echa a mala parte. Sus terminaciones más propias y comunes»... «son: *aco, icaco uco, acho, ato, astro, orrio, orro, ualla, uza, ucho*; v. gr: *libr-aco, homin-icaco, beat-uco, cas-uca, vulg-acho, ceg-ato, poet-astro, madr-astra, vill-orrio, vent-orro, gent-ualla, gent-uzá, cald-ucho*. (ACADEMIA.) Estos son los que pudiéramos llamar *despectivos puros*.

2° Mediante terminaciones que reúnen el doble carácter de aumentar y echar a mala parte: son éstas todas las que la Academia da por aumentativas, menos *on*, es decir: *achón, arrón, ejón, erón, etón, atón, azo,*

*acho* y *ote*, como en: *poblachón*, *ventarrón*, *pedrejón*, *caserón*, *mocetón*, *gatazo*, etc., y que hemos llamado *aumentativas mixtas*.

3º Ya hemos visto en 83] que también las *terminaciones aumentativas puras* podían originar despectivos, según el vocablo al cual se unieran: así en los ya citados *hombrón* y *mujerona*.

4º Y, por fin, pueden formarse despectivos con *terminaciones diminutivas puras*, resultando aquel carácter del sentido de la cláusula. Ejemplos: *No me agrada ese mocito*; *Es un señorito muy mal criado*; *Esa mujercita es muy insignificante*, etc.

99] Adoptando la designación propuesta por Salvá, llamaremos *estimativos* a los nombres con que manifestamos nuestro cariño o adhesión a los seres o cosas. Las terminaciones con que se forman los *sustantivos estimativos* son las mismas de los *diminutivos*, y algunas veces las mismas *despectivas*. El sentido cariñoso y no diminutivo ni despectivo de los términos así formados, se desprende del tono de quien habla o del contexto. Ejemplos: *Luego me embozo en mi capita* (una capa de tamaño usual) y *me río del invierno*; **Madrecita**, *quiero decirnos algo*; *¡Quiere creer, señor, que ese picaronazo de mi hijo se ha doctorado sin decirnos nada!*

**Formación de los patronímicos.** — 100] Los *patronímicos* (Véase 59]) se forman añadiendo a los nombres de los cuales se derivan, las terminaciones *az*, *ez* o *es*, *iz* o *is*, *oz*, *uz*. Así de *Diego* se formó *Díaz*, con significado originario de *hijo de Diego*; de *Álvaro*, *Álvarez*; de *Esteban*, *Estébanes*; de *Gonzalo*, *González* o *Gonzales*; de *Lope*, *López*; de *Martín*, *Martínez*; de *Pelayo*, *Peláez* o *Páez*; de *Ordoño*, *Ordóñez*; de *Sancho*, *Sánchez* o *Sanchis*; de *Munio*, *Muñiz* o *Muñoz*; de *Fernando*, *Ferruz*, etc.

**Accidentes gramaticales del sustantivo: número, género y declinación.** — 101] Los accidentes de este oficio gramatical son el *número*, el *género* y la *declinación*.

**Del número: formación del plural en los sustantivos simples de todas clases.** — 102] En la formación del plural en los sustantivos *simples*, ya sean *comunes* o *proprios*, pueden darse dos casos; según terminen en 1) *vocal* o *diptongo átonos*, o 2) *en vocal* o *diptongo tónicos*, o *consonante*.

1) Los sustantivos terminados en *vocal* o *diptongo átonos*, forman el plural añadiendo una *s* al singular: *ama, amas; lirio, lirios; analogía, analogías; Villanova, los Villanovas; Urrea, los Urreas*, etc. Esta regla no tiene excepciones.

2) Los sustantivos terminados en *vocal* o *diptongo tónicos* o en *consonante*, forman el plural añadiendo la sílaba *es* al singular: *bajá, bajaes; rondó, rondoes; a, aes; i, ies, sí, sies; tisú, tisúes; ají, ajies; ley, leyes; rey, reyes; abril, abrilés; boj, bojes; germen, gérmenes; tárgum, tárgumes; álbum, álbumes; régimen, regímenes; Martín, los Martínes; Palafox, los Palafoxes*, etc.

OBSERVACIÓN. — 103] Debe tenerse presente que las transformaciones experimentadas en estos casos por algunas consonantes finales para conservar su sonido ante el incremento *es*, no son una irregularidad; así por ejemplo, en los plurales *fracques, vivaques*, de las palabras *frac, vivac*, la *c* se ha transformado en *qu*, sólo para conservar ante *es* el sonido *k* que tiene al final de *frac, vivac*; lo mismo dígase de los que mudan *z* en *c*, por razones ortográficas: *diez, dieces; alférez, alféreces; matraz, matraces; rapaz, rapaces*; etc.

EXCEPCIONES. — 104] Esta regla admite las siguientes excepciones:

a) *Maravedí*, que hace *maravedies, maravedis* y *maravedises*; *maní*, que hace *manies* y *manís* (*manises* es un vulgarismo); *sofá*, que hace *sofaes* y *sofás*; *lord, club, complot* y *récord*, cuyos plurales son, respectivamente, *lores, clubs, complots* y *réconds*; *Madrid*, que hace *Madriles*.

b) Los terminados en *e* tónica, y que hasta hace po-

co siguieron la regla general de tomar *es*, hoy día sólo toman *s*, por resistirse el castellano a doblar las vocales; así tenemos que el plural de *café*, *fe*, *ce*, *canapé*, *pie*, *te*, etc., es actualmente *café*s, *fe*s, *ce*s, *canapé*s, *pie*s, *te*s, etcétera. Sólo se exceptúa la vocal *e*, que forma regularmente su plural *ees*, por analogía con el de las otras vocales: *aes*, *ies*, *oes*, *úes*.

c) Los sustantivos *no agudos* terminados en *s*, cuya característica es no experimentar ninguna alteración en plural. Ejemplos: *la* y *las crisis*; *la* y *las dosis*; *el* y *los éxtasis*; *el* y *los lunes*; *el* y *los albatros*; *Gonzales* y *los Gonzales*; etc.; en cambio, siguen la regla general los restantes en *s*. Ejemplos: *lis*, *lises*; *res*, *reses*; *revés*, *reveses*; *tres*, *treses*; *Satanás*, *Satanases*; *Tomás*, *Tomases*, etc.

d) Los terminados en *x* forman su plural regularmente en *es*, pero mudan la *x* en *c*: *fénix*, *fénices*; *ónix*, *ónices*. Se exceptúa *excrex*, cuyo plural es *excrez*.

e) Los *apellidos no agudos* terminados en *z*, no cambian de forma en plural: *los Pérez*, *los Martínez*, *los Alvarez*, *los Téllez*, *los Díaz*, etc. Pero, por ser agudo, *Orgaz* hace *Orgaces*, etc.

**Del plural en los nombres propios.**— 105] En los párrafos anteriores hemos tenido oportunidad de mencionar varias veces nombres propios en plural. Nuestro idioma los admite y los ha admitido siempre. Ejemplos: *Con los Espínolas, los Albas y los Toledos tornaran los Lopes, los Ercillas y los Calderones.* (LARRA). *Como si cerrasen los ojos para no ver a sus discípulos los Carriles, Alsinas, Varelas, Gallardos, Ocampos, Zorrillas, proscriptos.* (SARMIENTO)

106] Sólo se emplearán nombres propios en plural conservándoles la forma singular, cuando pertenezcan a idiomas en que no exista la costumbre de pluralizarlos, y siempre que en el contexto figuren palabras que expresen la pluralidad. Ejemplo: *Los Byron, los Shakespeare, los Goethe, los Schiller, los Boileau y los Lamartine, son contados en cualquier literatura.*

Pero faltando los mencionados vocablos supletorios del signo de pluralidad, aun en estos casos deberán emplearse los plurales correspondientes. Ejemplo: *Cuando en política tenga Talleyranes o Periers, cuando en armas tenga Souls, cuando en su cámara tenga Tliers, cuando en ciencias tenga Aragos, entonces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzacs.* (L.A.-R.A.)

**Observaciones generales relativas al número en los sustantivos compuestos.** — 107] Los sustantivos compuestos se adaptan, en la formación de sus plurales, a las reglas expuestas más arriba; pero ofrecen ciertas dudas, en cuanto se refiere a saber *cuál de sus elementos debe recibir el signo del plural.*

108] Puede formularse al respecto la siguiente regla general: los sustantivos compuestos toman el plural en el último de sus elementos únicamente, exceptuando *gentilhombre, ricahembra, ricohombre, casamata, mediacaña, casaquinta, etc.*, que lo toman en ambos: *gentilleshombres, ricashembras, ricoshombres, casasmatas, mediascañas, casasquintas, etc.*; e *hijodalgo, cualquiera* y *quienquiera*, que lo toman en el primero: *hijosdalgo, cualesquiera* y *quienesquiera.*

**Sustantivos que carecen de una forma especial para el singular o el plural.**—109] Hay en castellano una serie de sustantivos que, pudiendo usarse en singular, carecen de forma especial para dicho número. Estos suelen ser:

a) Nombres compuestos cuyo postrer elemento es siempre plural, aun cuando el compuesto se tome en singular. Ejemplos: *cortaplumas, destripaterrones, lustrabotas, mondadientes, paraguas, sepancuantos*, y muchos otros.

b) Nombres propios, como: *Ciempozuelos, Despeña-perros, Valdecabras*, etc.

c) Los nombres de muchos objetos formados por dos partes de una misma clase. Ejemplos: *andaderas, angarillas, andas, antiparras, calzoneras, calzoncillos*,

*fauces, gafas, grillos, infulas, pinzas, zaragüelles, etc.* Dentro de este grupo, *calzas, tenazas y tijeras* tienen también la forma singular, *calza, tenaza y tijera*, pero se usan más en plural.

d) Los nombres de cosas que, por ir acompañadas casi siempre de otras de la misma clase o envolver cierta idea de multiplicidad de contenido, rechazan la forma singular. Tales son: *anales, albricias, arras, creederas, calendas, carnestolendas, completas, efemérides, esponsales, exequias, fascas, idus, lares, laudes, maitines, manes, nupcias, nonas, pandectas, puches, penates, preces*, etc. En este grupo, *andurriales, credenciales y tinieblas*, aunque se usan casi siempre en plural, tienen forma singular.

110] Otros sustantivos, en cambio, pudiendo usarse en plural, no tienen forma especial para ese género. En tal caso se hallan muchas palabras tomadas del latín o del griego, como: *accésit, déficit, exequátur, fiat, hipérbaton*, etc.

**Sustantivos que no se emplean en singular.** — 111] Hay en castellano muchas palabras que, tras de carecer de forma singular, no se prestan por su sentido a ser tomadas en dicho número. Tales son, por ejemplo: *añicos, afueras, alrededores, creces, enseres, expensas, mientes, modales, pertrechos, trébedes, víveres*, y otras.

**Sustantivos que no se emplean en plural.** — 112] Los nombres de *ciencias, artes y profesiones*, en su sentido propio y tomados en su rigurosa significación, no tienen plural. Ejemplos: *la Astronomía, el Algebra, la Medicina, la Pintura, la Náutica*, etc. Se exceptúan *las Matemáticas*.

**Sustantivos que tienen distinto significado en singular y en plural.** — 113] Por fin, muchos sustantivos cambian de significado al variar de número. En tal caso están: *honra* (buena fama) y *honras* (exequias); *Corte* (la de los reyes) y *Cortes* (asamblea política); *esposa* (cónyuge) y *esposas* (prisiones); *víspera* (el día antes) y *vísperas* (hora canónica); *bien* (virtud) y *bie-*

*nes* (riquezas); *anteojo* (catalejo) y *anteojos* (instrumento de óptica doble); *paria* (desventurado) y *parias* (homenaje); *hora* (de reloj) y *horas* (devocionario), etc.

**Del género: formación de los géneros en los sustantivos.** — 114] Ya hemos visto en 63] que hay sustantivos que tienen una forma especial para cada género, como *hombre* y *mujer*; *niño* y *niña*, etc., y otros, en cambio, como *testigo*, *buho*, etc., que no cambian de forma al pasar de un género a otro.

115] Los sustantivos que tienen una forma especial para el masculino y otra para el femenino, pueden ser de dos clases: a) sustantivos en que el masculino y el femenino son palabras enteramente distintas, como *hombre* y *mujer*; *toro* y *vaca*, y b) sustantivos en que el femenino se forma del masculino modificando la terminación, como *niño* y *niña*; *emperador* y *emperatriz*, etc.

a) Con respecto a los primeros, no cabe dar ninguna regla para la formación de los géneros: no hay más que aprender los vocablos respectivos.

b) Por lo que a los segundos se refiere, lo más que puede hacerse es ofrecer una lista de las principales terminaciones. He aquí la que figura en la *Gramática* de Bello: *Ciudadano*, *ciudadana*; *Señor*, *señora*; *Cantor*, *cantora*; *Marqués*, *marquesa*; *León*, *leona*; *Barón*, *baronesa*; *Abad*, *abadesa*; *Alcalde*, *alcaldesa*; *Príncipe*, *princesa*; *Poeta*, *poetisa*; *Profeta*, *profetisa*; *Sacerdote*, *sacerdotisa*; *Emperador*, *emperatriz*; *Actor*, *actriz*; *Cantor*, *cantatriz*; *Zar*, *zarina*; *Cantor*, *cantarina*; *Rey*, *reina*; *Gallo*, *gallina*.

116] En cuanto a los sustantivos que no tienen una forma especial para el masculino y otra para el femenino, son los *comunes*, los *epicenos* y los *ambiguos*, acerca de los cuales ya nos hemos extendido suficientemente en 63] a 68].

**Sustantivos que varían de significado según el género.** — 117] Son bastante numerosos en castellano

esta clase de sustantivos. Véanse algunos de ellos: *el armazón* (esqueleto) y *la armazón* (soporte); *el barba* (actor) y *la barba* (parte de la cara); *el corte* (de cortar) y *la corte* (asiento de la monarquía); *el cometa* (astro) y *la cometa* (juguete); *el cólera* (epidemia) y *la cólera* (ira); *el capital* (dinero) y *la capital* (ciudad); *el consonante* (en poesía) y *la consonante* (letra); *el fantasma* (hombre presuntuoso, ilusión) y *la fantasma* (espantajo); *el frente* (de la casa, etc.) y *la frente* (parte de la cara); *el guía* (el que conduce) y *la guía* (libro); *el haz* (lío) y *la haz* (superficie); *el parte* (informe) y *la parte* (porción); *el secante* (papel) y *la secante* (línea), etc., etc.

**Observaciones acerca del género de algunos sustantivos.** — 118] *Dote*, cuando significa el caudal que lleva la mujer al matrimonio o al claustro, es ambiguo: se dirá, pues, entonces, lo mismo *el dote* que *la dote*; pero «cuando indica las buenas cualidades de las personas es femenino, y se usa comúnmente en plural». (ACADEMIA.)

119] «La palabra *orden* es muy varia en el género. Como significación del sacramento así llamado es masculina, y, sin embargo, se dice *las sagradas* (no *los sagrados*) *órdenes*. Cuando la voz significa alguno de los órdenes arquitectónicos, es también masculina; v. gr.: *orden dórico*, *orden corintio*; y lo es igualmente cuando denota regularidad, quietud, buen régimen en cualquier concepto, o cosas semejantes; v. gr.: *Fulano es amante del orden*. En otras significaciones es femenina; por ejemplo cuando equivale a precepto; v. gr.: *la real orden de tal fecha*; y cuando con este vocablo se designan ciertos institutos, como *la Orden de Alcántara*, *Calatrava*, etc. Por último, cuando esta voz expresa comunidades religiosas, nunca deja de ser femenina en plural; pero en singular se nombra unas veces con el artículo masculino y otras con el femenino; v. gr.: *el Orden de Predicadores*; *la Venerable Orden Terçera de San Francisco*». (ID.)

120] «Cuando se habla de *azúcar* en general o sin más objeto que designar su procedencia, se da más bien a este vocablo el género masculino que el femenino, sobre todo en plural: *los azúcares están subidos; los mejores azúcares son los de Cuba*; mas no tiene género fijo en singular cuando se le agrega algún calificativo; así, unos dicen *azúcar rosado, terciado*, y otros, *rosada, terciada*, etc.» (ID.)

121] «La palabra *mar* es ambigua, aunque con más tendencia al género femenino, como lo prueban las locuciones siguientes: *do va la mar, vayan las arenas; hacerse a la mar; quien no se aventura no pasa la mar*, y otras varias. Cuando a esta palabra se agrega un nombre especial para distinguir un mar de otro, es hoy siempre masculina; por ejemplo: *el mar Atlántico, el mar Mediterráneo*, etc.; pero cuando se quiere expresar alguno de los ordinarios accidentes del mar, el mismo vocablo se emplea como femenino; y así decimos: *larga mar, alta mar*; y del mismo modo se han formado las voces compuestas *bajamar, pleamar*.» (ID.)

122] «*Arte*, aunque por regla fundada en la eufonía lleva siempre en singular el artículo *el*, propende más bien al género femenino. Así decimos *arte poética; arte magna de Raimundo Lulio*; pero también suele decirse *arte romántico, arte diabólico*. En plural rara vez deja de ser femenino.» (ID.)

**Declinación del sustantivo.** — 123] La *declinación* es otro de los accidentes del sustantivo, tanto *vocablo* como *complexo*.

124] Como dicho punto ha sido expuesto con todo detalle (27] a 31]) y teniendo especialmente en cuenta el sustantivo, no volveremos sobre él en este lugar.

## CAPÍTULO II

### DEL PRONOMBRE

**Concepto y definición.** — 125] Será *pronombre* toda palabra que pueda ocupar el lugar del nombre, siempre que designe a los seres, cosas o cualidades, teniendo sólo en cuenta alguna de sus notas accesorias, como ser la persona gramatical, el lugar que ocupan, el nombre del poseedor u otra cualquiera, y no todas sus propiedades esenciales, como el sustantivo.

126] Según esto, si refiriéndonos, por ejemplo, a *Napoleón*, decimos *el Emperador*, la palabra *Emperador* no será aquí pronombre, pues tiene exactamente el mismo contenido que *Napoleón*; en cambio lo será el vocablo *él*, usado en sustitución de aquel nombre, pues lo reemplaza teniendo en cuenta nada más que la persona gramatical.

127] Lo anterior permite limitar la afirmación usual, pero vaga, de que «el pronombre ocupa el lugar sustantivo», y también establecer claramente la diferencia entre *sustantivo* y *pronombre*: el *sustantivo* toma en cuenta todos los caracteres esenciales, sin exceptuar uno solo; mientras que el *pronombre*, repetimos, destaca *un solo rasgo* accesorio.

128] No solamente con el sustantivo puede confundirse el pronombre, sino que muchas veces un mismo vocablo puede hacer de *pronombre* o de *adjetivo*, según veremos más adelante.

129] Desde ya podemos indicar, como criterio para reconocer con certeza a los pronombres, el hecho de que

estas palabras ocupan siempre el lugar de un sustantivo, lo cual no acontece con los adjetivos, cuya característica es acompañar al nombre.

**Accidentes del pronombre.** -- 130] Como función variable que es, tiene el pronombre *accidentes*; y los mismos que el sustantivo, es decir *género, número y declinación*, aunque con peculiaridades especiales en algunos casos, como veremos.

**Clasificación de los pronombres.** -- 131] Las clases más usuales de pronombres son las enumeradas generalmente en los tratados, a saber: pronombres *personales, demostrativos, posesivos, relativos e indeterminados o indefinidos*. Vamos a considerar cada clase aisladamente, y añadiremos la de los *interrogativos, admirativos y dubitativos*.

**Pronombres personales.** — 132] Los *pronombres personales* son palabras destinadas a suplir el nombre de la persona, cosa o cualidad personificada que habla, a quien se habla o de quien se habla.

133] Son, por consiguiente, tres: el que suple al nombre de quien habla, o sea *pronombre personal de primera persona*, oficio encomendado a la palabra *yo*; el que suple al nombre de a quien nos dirigimos, o sea *pronombre personal de segunda persona*, oficio desempeñado por la palabra *tú* y las diferentes formas de *usted*; y, por fin, el que suple al nombre de la persona, cosa o cualidad de que hablamos, o sea *pronombre personal de tercera persona*, cuyas formas son: *él, ella, ello*.

**Accidentes de los pronombres personales.** — 134] En el siguiente cuadro quedan evidenciados todos los accidentes de los pronombres personales, o sea los cambios que sufren por el *género, el número y la declinación*. Esta última, como es sabido, consiste en hacer pasar la palabra por los distintos *casos gramaticales*:

## Cuadro general de los accidentes de los pronombres personales

	1. <sup>a</sup> PERSONA				2. <sup>a</sup> PERSONA				3. <sup>a</sup> PERSONA				
	SING.		PLURAL		SING.		PLURAL		SINGULAR		PLURAL		
	Masc. y fem.	Masculino	Femenino	Masc. y fem.	Masculino	Femenino	Masc. y fem.	Masculino	Femenino	Neutro	Masculino	Femenino	
NOM. . .	yo	nosotros	nosotras	nos	tú	vosotros	vosotras	vos	él	ella	ello	ellos	ellas
GEN. . .	de mí	de	de	(de nos)	de ti	de	de	de vos	de él	de ella	de ello	de ellos	de ellas
DAT. . .	a o para mí; me	a o para nosotros	a o para nosotras	(a nos para nos), nos	a o para ti, te	a o para vosotros	a o para vosotras	a o para vos; os	a o para él; le	a o para ella; le	a o para ello; le	a o para ellos; les	a o para ellas, las
ACUS. . .	me; a mí	a nosotros	a nosotras	(a nos)	te, a ti	vosotros	a vosotras	a vos, os	a él; le; lo	a ella; la	a ello; lo	a ellos; los	a ellas, las
VOC. . .					tú	vosotros	vosotras	vos					
ABLAT. . .	de, en, por, sin, sobre, tras, etc. conmigo.	con, de, en, por, sin, etc.	con, de, en, por, etc.	(con, de, en, por, etc. nos)	de, en, por, sin, tras, etc. ti; conmigo.	con, de, en, por, etc.	con, de, en, por, etc.	con, de, en, por, etc. vos.	con, de, en, por, etc. él.	con, de, en, por, etc. ella.	con, de, en, por, etc. ello.	con, de, en, por, etc. ellos.	con, de, en, por, etc. ellas.

(1) «El uso de *nos* con preposición es anticuado ya, aunque todavía se diga *renga a nos el tu reino*, y *renga por nos*, *Santa Madre de Dios*.» (ACADEMIA.) También se dice **entre nos**.

**Pronombres sujetos y pronombres complementos; peculiaridades de unos y otros.** — 135] Observando el cuadro de la página anterior, se notará que los pronombres personales tienen una forma cuando están en nominativo, es decir cuando son *sujetos*, y otras para los demás casos, o sea cuando hacen de *complementos*. Son los únicos vocablos de nuestro idioma con los cuales ocurre semejante cosa, es decir los únicos que cambian de forma al declinarse.

136] Además, tanto los *pronombres sujetos* como los *pronombres complementos*, ofrecen la *peculiaridad* de presentar *variantes* dentro del mismo caso gramatical. Así *nosotros* y *nosotras*, *vosotros* y *vosotras* tienen sus equivalentes en *nos* y *vos*, respectivamente; en el acusativo simple, *él* hace *le* o *lo*; y, por fin, muchos usan para dativo de *ella*, *la* en lugar de *le*, y para dativo de *ellas*, *las* en vez de *les*.

137] Todo esto origina algunos problemas, que pasamos a dilucidar en el párrafo que sigue.

**Uso de las variantes de los pronombres personales.**

—138] «*Nos* y *vos* fueron primitivamente los pronombres de primera y segunda persona en el número plural, en lugar de *nosotros* o *vosotros*». (BELLO.)

139] Por esa razón dichas formas, en lo antiguo, se empleaban regularmente donde hoy usamos *nosotros* o *vosotros*: *nos* decimos (en vez de: *nosotros* decimos); *vos* decís (por: *vosotros* decís); *se habla de vos* (por: *se habla de vosotros*); *esto es para nos* (en vez de: *esto es para nosotros*), etc.

140] Hoy día, *nos* y *vos* se emplean en lugar de *nosotros* y *vosotros*, únicamente en los tres casos siguientes:

1º. *En prosa*, cuando hablan de sí las corporaciones constituidas en alta dignidad, o cuando en estilo elevado se les dirige la palabra. Ejemplos: **Nos**, los representantes del pueblo de la Nación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente, etc. **Vos**, los representantes del pueblo de la Nación Argentina, etc.

2.º En *poesía*, aunque esto se hace cada vez más raro.  
Ejemplos:

*Teniendo por tan cierta su locura  
como nos la evangélica escritura.*

(ERCILLA.)

*Lanzad de vos el yugo vergonzoso.*

(IBID.)

*¡Al fuego! cartas de adorados seres  
por quien la sangre derramé viviendo;  
arded a impulsos de esa luz, y ardiendo  
con vos se extinga mi fatal pasión!*

(CAMPOAMOR.)

3.º En la *pluralidad ficticia*. (Véase :47] a 151].)

141] En cuanto al dativo de tercera persona, tanto para el masculino como para el femenino, la Academia sólo admite la forma *le* para el singular y *les* para el plural, desechando las formas *la* y *las*, muy usadas en algunas regiones de España para el dativo femenino. Se dirá, pues, indistintamente: *el juez condenó a un ladrón y le notificó la sentencia; el profesor amonestó a los alumnos y les quitó el cuaderno; el juez condenó a una ladrona y le (no la) notificó la sentencia; el profesor amonestó a dos alumnas y les (no las) quitó el cuaderno.*

142] Para el acusativo masculino, admite indistintamente la Academia las formas *le* y *lo* para el singular, y *les* y *los* para el plural. De acuerdo con esta doctrina, será lo mismo decir: *Antonio compuso un libro y le imprimió, o lo imprimió; Antonio compuso muchos libros y les imprimió o los imprimió.* En las regiones donde se usan en este caso *le* y *les*, se dice que predomina el *leísmo*, en las otras, el *loísmo*.

**Pronombres personales enclíticos. Su uso atendien-**

**do a las leyes de eufonía.** — 143] Cuando los pronombres personales van después del verbo a que se refieren, se escriben formando con él una sola palabra: se llaman entonces *sufijos* o *enclíticos*. Ejemplos: *voyme*; *alábante*; *déjalo*; *adorámoste*; *castíguese mele*; *vióselo*, etcétera.

144] Cuando el verbo y el enclítico terminan en *s*, el primero pierde dicha letra al hacerse la unión: *vamos+nos* = *vámonos*; *demos+nos* = *démonos*; *suplicamos+os*=*suplicámoos*, etc.

145] «Delante del enclítico *os* se pierde la *d* de la segunda persona del plural del imperativo: *quitaos de delante*, y no *quitados*. Se exceptúa sólo el verbo *ir*, que hoy hace *idos*, aunque en el período clásico se decía también *ios*.» (ACADEMIA.)

146] «La *s* final del verbo se confunde con la inicial de *se*: *hagámoselo*, *¿dísteislo?*» (ID.) Pero la *n* final no se confunde con la *n* inicial de *nos*: *traigan + nos* = *traíganos*.

**De la pluralidad ficticia.** — 147] Cuando las formas pronominales *nos* y *vos* se emplean en vez de *yo* y *usted* (o *Usía*, *Vuecencia*, *Vuestra Majestad*, etc.), respectivamente, se origina entonces la *pluralidad ficticia*, por la cual se representa como multiplicado el individuo en razón de la importancia conferídale por el cargo que desempeña, o en señal de cortesía o respeto. Veamos cómo:

a) *Nos*, en lugar de *yo*, se emplea en los «despachos y provisiones de personas constituídas en alta dignidad», y viene así como a multiplicarse «la persona en señal de autoridad y poder.» (BELLO.) Ejemplos: **Nos**, don N., *Arzobispo de..... mandamos*; *Si alguna contrariedad pareciera en las leyes Nos*, (D. Alfonso XI) *que seamos requeridos sobre ella*.

Es de observarse aquí que la pluralidad ficticia afecta a todas las partes variables en relación con el pronombre, menos el apositivo, es decir el sustantivo al

cual el pronombre se refiere (en el primer ejemplo, *don N., Arzobispo de.....*).

b) *Vos* en lugar de *usted* y formas similares, no se usa ahora sino en el estilo elevado, «o en composiciones dramáticas, o en ciertas piezas oficiales, donde lo pide la ley o la costumbre», representándose así «como multiplicado el individuo en señal de cortesía o respeto». (BELLO.) Ejemplos: *Y esperamos que el Señor, que manda con su ceño las borrascas del mar (las cuales vos pretendéis que os asistan auxiliares) nos hará camino por los golfos (QUEVEDO);* ALDARA: — *¿Y vos os daríais por bien pagado con la única dicha de verme?* REY: — *Sin duda.* (TAMAYO.); *Vos, Señor, sois muy parecido a vuestro padre.*

148] Como se desprende de los ejemplos expuestos, la pluralidad ficticia sólo alcanza, en el caso estudiado, al verbo y a los pronombres.

149] Un caso muy frecuente de pluralidad ficticia, se da cuando los autores hablan de sí en plural. Pero entonces no emplean en nominativo la forma *nos*, sino *nosotros*; en todo lo demás rigen las reglas expuestas.

150] En el lenguaje familiar, y en América, se emplea *vos* en lugar, no de *usted*, como en la pluralidad ficticia, sino de *tú*; y existen para el caso formas verbales peculiares, como resulta de los ejemplos siguientes: *vos sos* (tú eres); *vos venís* (tú vienes); *tomá vos* (toma tú); *vos tenés* (tú tienes); *vos querés* (tú quieres); *vení vos* (ven tú), etc. No hay por qué decir que todo ello es absolutamente antigramatical y de rechazarse en el habla culta o en lo escrito; aunque en el lenguaje familiar hablado, ya es un hecho que no cabe sino consignar.

151] Cuanto a la forma intermediaria e híbrida, *tú sos*, *tú venís*, *tomá tú*, *tú tenés*, *tú querés*, *vení tú*, etc., debe desecharse en absoluto y en cualquier caso.

De la tercera persona ficticia. — 152] Cuando no se quiere tutear ni emplear la forma ceremoniosa *vos*, y esto es lo más corriente, se echa mano de *usted*.

153] Se trata entonces de una verdadera *tercera persona ficticia* (en vez de la segunda), pues, dirigiéndonos a nuestro interlocutor, le hablamos de él mismo como si se tratara de otra persona: **Usted es muy generoso** = **El señor es muy generoso**.

154] En la tercera persona ficticia el verbo va en tercera persona, concordando con el pronombre, como sucede siempre, pero las demás palabras variables ofrecen esto de particular, que se ponen en el género correspondiente al sexo de la persona a quien se habla, y no en femenino, como correspondería en rigor, por ser femenino *usted*, condecsación de *vuestra merced*. Ejemplos: *Usted, señora, es muy bondadosa; Usted, señor, es muy considerado*.

155] A más de con *usted*, y siguiendo las mismas reglas, se da la tercera persona ficticia con los tratamientos *Vuestra Majestad, Vuestra Señoría o Usía, Vuestra Excelencia o Vuecencia*, y otros más.

156] También se origina la tercera persona ficticia en fórmulas iguales o parecidas a las siguientes: *Si el señor quiere; si la señora desea*, etc. Pero entonces no podemos decir que se trate de verdaderos pronombres.

157] En cualquiera de los casos apuntados hasta aquí de tercera persona ficticia, es una falta muy chocante, y de las más habituales, el pasar luego, en el mismo escrito o discurso, al empleo de formas propias de la segunda persona; pues aunque en rigor estas formas correspondan a la persona con quien hablamos, quedan descartadas por el hecho de haberse optado por la tercera persona ficticia. Estará mal, por lo tanto, el siguiente pasaje: *Tengo el agrado de dirigirme a usted en esta oportunidad, para manifestaros hasta qué punto me complace la noticia*, etc., cuya forma correcta sería: *Tengo el agrado de dirigirme a ustedes en esta oportunidad, para manifestarles hasta qué punto me complace la noticia*, etc.

158] No ya en lugar de la segunda persona, como hemos visto en los casos expuestos hasta aquí, sino en

el de la *primera*, es casi de rigor la *tercera persona ficticia*, cuando empleamos en solicitudes, certificados u otros documentos, fórmulas como *el infrascrito; el que suscribe*, o los encabezamos con nuestro nombre y apellido. Ejemplos: **El que suscribe**, *alumno de este Colegio, solicita del Señor Rector se le expida*, etc.; **Pedro González**, *doctor en medicina, certifica que Don Luis Gallo goza de buena salud, y para que conste le expide el presente certificado*, etc. Debemos añadir que con ser casi constante en estos casos el empleo de la tercera persona ficticia, no es con todo imprescindible. Ejemplos: **Rodrigo de Cervantes**, *estante en esta corte, digo*, etc.; **Miguel de Cervantes Saavedra**, *vecino de la villa de Esquivias residente en esta corte, digo*, etc.

159] A este grupo pertenecen las esquelas y tarjetas que iniciamos con nuestro nombre o el del cargo que desempeñamos, pero entonces es de rigor la tercera persona ficticia. Ejemplos: **José Martínez tiene el agrado de dirigirse a su distinguido-amigo**, *para expresarle que recibió su telegrama, cuyos términos agradece*; **El Presidente de la Comisión**, *a pedido de un grupo de Delegados, se complace en anunciar a Vd. una próxima Asamblea, cuyo orden del día le comunicará por separado*.

160] Siempre que se use la tercera persona ficticia en lugar de la primera es una de las faltas más corrientes y criticables el dejar las formas de la tercera persona una vez adoptadas, para pasar a las de la primera. Estará mal, pues, lo siguiente: **El que suscribe**, *alumno de este Colegio, solicita del Señor Rector se me* (debe decir *le*) *expida*, etc.; **Pedro González**, *doctor en medicina, certifica que Don Luis Gallo goza de buena salud, y para que conste le expido* (debe decir *expide*) *el presente certificado*, etc.; **Julio Noyas saluda muy atentamente a su amigo Fermín Pérez**, *y con motivo de su cumpleaños tengo* (debe decir *tiene*) *el agrado de reiterarle la expresión de mi* (debe decir *su*) *sincero afecto*, etc.

**Del pronombre reflexivo de tercera persona.** — 161] Cuando el término de la acción del verbo es el mismo que la ejecuta, los pronombres de primera y segunda persona no tienen formas especiales para expresarlo. El de tercera persona, en cambio, tiene la forma *se*, que ha recibido el nombre de *pronombre reflexivo de tercera persona*. Su declinación es como sigue:

*Genitivo*.....de sí  
*Dativo*.....a sí; para sí; se  
*Acusativo*.....se; a sí  
*Ablativo*.....de, en, por, sobre, tras, etc.  
 sí, consigo.

162] Véanse ejemplos del empleo de este pronombre: *Ellos hablan de sí; ellos trabajan para sí; ellos se alaban; ellas lo traen consigo; él habla de sí; ellas trabajan para sí; él se alaba; ellas se alaban; ellos no las tienen todas consigo;* etc.

**Pronombres demostrativos.** — 163] Los pronombres demostrativos se sustituyen al nombre de sus objetos, dándolos a conocer por el lugar que ocupan: *Divididos estaban caballeros y escuderos: éstos contándose sus vidas y aquéllos, sus amores.* (CERVANTES.)

164] Hoy día, los verdaderos pronombres demostrativos castellanos son tres: *éste, ése y aquél*.

165] Cada uno de ellos tiene una forma distinta para el masculino, el femenino y el neutro en singular, mientras que en plural sólo tienen masculino y femenino, pero neutro no. Tenemos, pues:

	1er. GRADO			2o. GRADO			3er. GRADO		
	<i>m.</i>	<i>f.</i>	<i>n.</i>	<i>m.</i>	<i>f.</i>	<i>n.</i>	<i>m.</i>	<i>f.</i>	<i>n.</i>
<i>Sing.</i>	éste.	ésta.	esto;	ése.	ésa.	eso;	aquél.	aquella.	aquello;
<i>Plur.</i>	éstos.	éstas;		ésos.	ésas;		aquéllos.	aquél.s.	

166] Cuando la demostración se refiere al lugar, y es el caso más corriente, las formas del primer grado indican lo que está próximo a la persona que habla, las

del segundo, lo que está cerca de la persona a quien se habla, y las del tercero, lo que está lejos de ambas. Ejemplos: — *¿Con cuál sombrero te quedas? — Éste me aprieta las sienes; ése, que tienes en la mano, no me agrada; en cambio aquéllos de la vidriera creo que me sentarán.*

167] Cuando reproducimos mediante pronombres dos términos mencionados poco antes, empleamos los pronombres del primer grado para el segundo y los del tercer grado para el primero. Ejemplos: *Divididos estaban caballeros y escuderos: éstos contándose sus trabajos y aquéllos, sus amores* (CERVANTES.); *Seguíanles gran número de monteros, ballesteros y halconeros, con muchedumbre de perros y neblías: aquéllos adornados con galianas libreas, y éstos con ricos collares y capirotes.* (JOVELLANOS.)

**Pronombres posesivos.** — 168] Los pronombres posesivos se refieren a su objeto, determinándolo mediante la indicación de su poseedor.

169] Los pronombres posesivos son: **el mío, el tuyo y el suyo**, cuando el poseedor es uno solo; y **el nuestro, el vuestro y el suyo**, cuando los poseedores son más de uno. Todas estas formas tienen sus plurales y femeninos; y en singular tienen también género neutro: **lo mío, lo tuyo, lo suyo, lo nuestro, lo vuestro, lo suyo.**

170] Las formas masculinas y femeninas de estas palabras, suelen ser con tanta frecuencia *adjetivos* como *pronombres*. Además de los medios generales ya indicados en 129], para establecer en cada caso la función que desempeñan, téngase presente que cuando son pronombres los precede el artículo (**el, la, lo, los, las**), mientras que esto jamás ocurre cuando son adjetivos. Véanse algunos ejemplos de dichos vocablos, haciendo de pronombres: *Mi caballo es más resistente que el tuyo, pero tus galgos son más veloces que los míos; prefiero vuestras plazas a las nuestras; Vino mi padre, pero no el tuyo.*

171] Las palabras *mío, tuyo, suyo*, cuando hacen de pronombres posesivos, carecen de las formas apocopa-  
das *mi, tu, su*, propias de cuando son adjetivos pose-  
sivos.

**Pronombres indefinidos o indeterminados.** — 172] Con estos pronombres suplimos los nombres de las per-  
sonas o cosas que no podemos o no queremos precisar. Lo designado por ellos queda, pues, incierto, en quan-  
to a sus caracteres individuales. Ejemplos: *Que entren, cualesquiera que sean*; — *¿Quién es?* — **Alguien**; —  
*¿Quién fué?* — **Nadie**.

173] Las palabras que más a menudo hacen de pro-  
nombres indefinidos, son: **quienquiera, cualquiera, al-  
guien, nadie, alguno y ninguno**.

**Pronombres interrogativos, admirativos y dubita-  
tivos.** — 174] Llamaremos así a los pronombres desti-  
nados a preguntar o expresar admiración o duda. Sue-  
len serlo las palabras **qué, cuál, quién, cuyo**. Ejem-  
plos: *¿Qué dice usted?* — *Uno de esos pañuelos, no sé  
cuál, es para mí.* — *¿Cuya es esa casa?* — *¿Quién sabe?*

**Pronombres relativos y observaciones particula-  
res sobre su empleo.** — 175] Es muy frecuente en cier-  
tas oraciones, aludir a un sustantivo o pronombre de  
otra oración, reemplazándolo por palabras especiales  
llamadas *pronombres relativos*, pues, además de reem-  
plazar nombres, establecen una verdadera relación en-  
tre las oraciones afectadas. Véanse algunos ejemplos:  
*Ese es el hombre a quien debo todo* (aquí, *quien* está  
en la segunda oración, por *hombre*, de la primera); *Me  
prometiste una carta, la cual no llegó nunca* (la *cual*,  
está por: *carta*); *Aquí está el castillo cuya torre se de-  
rrumbó* (*cuya* está por: *del castillo*); *Ése, que ves allí,  
es el general* (*que*, está por: *ése*).

176] La palabra que el pronombre relativo suple o  
recuerda, se llama *antecedente*, y por lo general viene  
antes del relativo, aunque esto no sea indispensable, co-  
mo se comprueba por el ejemplo siguiente: *A quien  
debo todo, eres tú* (relativo, *quien*; *antecedente*, *tú*).

177] Las palabras que corrientemente desempeñan el oficio de pronombres relativos, son: **que, cual, quien** y **cuyo**.

**Del relativo QUE.** — 178] El relativo **que**, conviene por igual a los tres géneros y a los dos números: *Es el hombre que pasa; Es la mujer que pasa; Es lo que pasa; Son los hombres que pasan; Son las mujeres que pasan.*

**Del relativo CUAL.** — 179] Este relativo no tiene forma especial para los géneros, pero en plural hace *cuales*: *Este es el hombre del cual te hablé; Esta es la casa de la cual te hablé; Estos son los hombres de los cuales te hablé; Estas son las casas de las cuales te hablé.*

180] En las oraciones contrapuestas o correlativas, el relativo *cual* se contrapone al demostrativo *tal*: *tal ha sido su comportamiento cual podía desearse.*

181] Salvo el caso que acabamos de exponer, el relativo *cual* admite artículos, como en los ejemplos citados en 179].

**Del relativo QUIEN.** — 182] El relativo **quien** corresponde al masculino y femenino singular, pero no tiene neutro: *Es mi hermano quien llama; Es mi hermana quien llama.*

183] El plural de *quien* es *quienes*, para ambos géneros: *Son mis hermanos quienes vienen; Son mis hermanas quienes vienen*; pero hase de advertir que se usa muy corrientemente el singular refiriéndolo a un antecedente plural: *Los primeros con quien topamos eran los gimnosofistas (SAAVEDRA.); Los siete sabios a quien tanto venera la Grecia (ACADEMIA.); ¿Quién eran, al nacer, Richelieu, Mazarino, el Cardenal Cisneros? (LAKRA.)*

184] Este pronombre va siempre sin artículo: no se dice *el quien*, ni *la quien*.

**Del relativo CUYO.** — 185] **Cuyo** es el único relativo con terminación genérica especial femenina diferente

de la masculina: *El hombre cuyo hijo llegó; El hombre cuya hija se casó.*

186] Este relativo tiene un plural masculino y otro femenino: *El hombre cuyos son los caudales; El hombre cuyas son las casas.*

187] Nunca lleva artículo este pronombre: no se dice *el cuyo, la cuya*, etc.

188] «*Cuyo* denota siempre idea de posesión; equivale a *de que, de quien, del cual*; sin que por sí pueda nunca ser nominativo o sujeto de la oración». (ACADEMIA.) Tal es la doctrina más aceptable, y la ilustran los ejemplos anteriores; *cuyo* es, en efecto, un genitivo (el *cuyus* latino), y por lo tanto indica posesión y no puede ser sujeto.

189] Siendo así, estarán mal construídas oraciones como éstas: *Venían dos hombres vestidos de negro, cuyos hombres se internaron en el bosque*; pues aquí *cuyos* no indica posesión, sino que hace de sujeto, es decir, de nominativo. Habría, pues, que decir: **que, quienes o los cuales se internaron en el bosque.** En cambio, dijo bien Echeverría en estos versos: *Nadie sabe cuya mano plantó aquél árbol benigno*, etc.

**Formas pronominales pleonásticas.** — 190] A veces, para reforzar nuestra expresión en cualquier forma, empleamos palabras que en rigor estarían de más. Incurrimos entonces en la figura llamada *Pleonasmo*.

191] Tratándose del pronombre, dos son los casos principales de pleonasmo:

1.º Cuando en el lenguaje familiar agregamos uno o dos dativos pronominales simples, para indicar, como dice Benot, «el interés que pone la persona que habla en los hechos que refiere, o bien el interés que supone en aquella a quien o de quien habla.» Ejemplos: **Me** *leí todo el libro en una tarde. No te me* **lleves** *esos cuernos.*

2.º Cuando reforzamos la forma simple de los pronombres, mediante formas preposicionales de los mismos. Ejemplo: *Mejor me está a mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador.* (CERVANTES.)

## CAPITULO III

### DEL ADJETIVO

**Concepto y definición.** — 192] Adjetivo es toda palabra o entidad elocutiva que se une al sustantivo o pronombre para *calificarlos, explicarlos o determinarlos*. Ejemplos: ¡*Qué hermoso día!*; *Lámparas de filamento metálico*; *Agua que serenó barro de Andújar*; *Tales son las condiciones con que debemos contar*.

193] El adjetivo, por su misma naturaleza, no puede existir sino bajo la dependencia de un sustantivo o pronombre, y sólo de un sustantivo o pronombre.

**Adjetivo vocablo, frase y oración.** — 194] En los ejemplos dados más arriba en 192], ha podido notarse que hay *adjetivos vocablo, frase y oración*.

195] Nada agregaremos al respecto, por estar suficientemente aclarado el punto; y advertimos que en las explicaciones restantes, hasta el final del capítulo, el tema central será siempre el *adjetivo vocablo*, quedando el *adjetivo frase y oración* para las referencias ocasionales del caso.

**Distintas clases de adjetivos.** — 196] Por las mismas razones expuestas al hablar de los sustantivos, los adjetivos pueden dividirse de varias maneras, según sea el criterio de clasificación adoptado. Pasaremos en revista algunas de las clasificaciones más usuales, para detenernos especialmente en la que se basa en su significado.

197] Por el *número de sus palabras*, o sea su *estructura*, los adjetivos pueden ser *vocablos, frases u oraciones*, según acabamos de verlo.

198] Los *adjetivos vocablo* pueden ser: a) *simples* o b) *compuestos*. (Véase 34 y 35].)

a) Son *simples*: *blanco, negro, capaz*, etc.

b) Véanse ahora, en las siguientes cláusulas, ejemplos de *adjetivos vocablo compuestos*: *Traía un gabán de color verdinegro; Es una persona cualquiera; Inventariaron los bienes semovientes; Era un hombre de cabello entrecano*, etc.

199] Por su *origen dentro del idioma*, pueden ser los *adjetivos, primitivos y derivados*. (Véase 39 y 40]. Ejemplos de los *adjetivos primitivos*: *Las blancas velas se reflejaban en el mar azul; Es un carácter sereno*, etc. Son, en cambio, *derivados*, los siguientes: *Es una madre amorosa* (der. de *amor*); *Ese hombre tiene modales detestables* (der. de *detestar*); *No seas aborrecible* (der. de *aborrecer*), etc.

200] Por su *significado*, y ésta es la única clasificación de los *adjetivos de verdadero alcance práctico*, pueden ser aquéllos: *calificativos, explicativos y determinativos*. Consideraremos cada clase aisladamente.

**Adjetivos calificativos.** — 201] Se llama *adjetivo calificativo* al que se une al sustantivo con el único fin de expresar alguna de sus propiedades o modos de ser. Ejemplos: *Me choca el tono desenfadado de sus palabras; Es un joven inteligente; Es una persona dotada de muy buenas cualidades; Ese joven ha pintado un cuadro que tiene mucho mérito*.

**Adjetivos explicativos.** — 202] Estos *adjetivos*, clase nueva impuesta por el estudio por funciones, se añaden al sustantivo para expresar a su respecto, y como entre paréntesis, una circunstancia meramente accidental y accesoria, que lo mismo pudiera omitirse sin alterar el sentido. Ejemplos: *El pobre, hastiado, ya no sabe dónde ir; Los postulantes, fatigados por la espera, se retiraron; Los espectadores, que estaban cansados, se distrajeron*, etc.

**Adjetivos determinativos.** — 203] El *adjetivo determinativo* se agrega a los sustantivos con el objeto de limitar de algún modo su aplicación.

204] La razón de ser de este oficio gramatical reside en que el sustantivo, tomado solo, a menos de ser sustantivo propio, es demasiado general. Así, verbigracia, si decimos *sombrero*, no indicamos a ninguno; pero otra cosa será si decimos *este sombrero*, *mi sombrero*, *algún sombrero*, etc.

205] Los adjetivos determinativos vienen así a transformar al sustantivo en un instrumento flexible, capaz de múltiples aplicaciones.

206] Como es frecuente *determinar*, es decir, *señalar* los seres y cosas mediante algunas de sus cualidades, es muy frecuente también que una misma palabra haga a veces de adjetivo calificativo y otras de determinativo. Así en la cláusula: *Alcánzame el libro blanco*, el adjetivo *blanco* es determinativo, porque ayuda a encontrar el libro de que se trata; mientras que es puramente calificativo en la cláusula: *Me regalaron un caballo blanco*, donde no responde a otro propósito sino a mencionar una cualidad del caballo.

207] También pueden hacer de adjetivos determinativos las mismas palabras que en otras circunstancias lo son explicativos; así, quitando las comas al segundo y tercer ejemplo de los mencionados más arriba en 202], habremos transformado en determinativos dos complejos adjetivos de carácter explicativo: *Los postulantes fatigados por la espera* (y no todos) *se retiraron*; *Los espectadores que estaban cansados* (y no otros) *se distrajeron*.

208] Esta posibilidad de que una misma palabra o complejo pueda pertenecer ora a una clase de adjetivos, ora a otra, no es, como ya se habrá comprendido, sino un caso particular del gran principio general que informa toda la Analogía, de no ser la *estructura*, sino la *función*, lo esencial en estos asuntos.

209] Los adjetivos determinativos pueden ser: a) *demostrativos*, b) *posesivos*, c) *numerales* y d) *indefinitos* o *indeterminados*. Vamos a considerar cada una de estas especies.

a) Los **adjetivos demostrativos** se unen al sustantivo para determinarlo, indicando el sitio o ubicación relativa de aquello a que se refiere. Las palabras más usadas como adjetivos demostrativos en castellano, son las siguientes:

	1er. GRADO		2º. GRADO		3er. GRADO	
	m.	f.	m.	f.	m.	f.
<i>Sing.</i>	este,	esta;	ese,	esa;	aquel,	aquella;
<i>Plur.</i>	estos,	estas;	esos,	esas;	aquellos,	aquellas.

Salvo la circunstancia de no existir adjetivo demostrativo neutro, estas palabras son las mismas que hemos visto en 165] hacer de pronombres demostrativos; con la diferencia de no acompañar a sustantivo alguno y escribirse con acento ortográfico cuando son pronombres, mientras que cuando son adjetivos siempre acompañan a un sustantivo y no llevan acento escrito; así en la cláusula: **Aquellos** libros no son míos, **éstos** en cambio son de mi propiedad, la palabra *aquellos* hace de adjetivo, y *éstos* de pronombre.

b) Los **adjetivos posesivos** determinan al sustantivo, indicando el poseedor.

Todas las palabras que hemos estudiado en 168] a 171] como pronombres posesivos, pueden hacer también de *adjetivos posesivos*, con tal de acompañar a un sustantivo: Ejemplos: *Muy señor mío*; *Lo tomo como cosa tuya*; *Estas son palabras tuyas*; *Nuestro hermano volverá mañana*; *Vuestras hermanas son muy atentas*, etc.

Pero debe advertirse que *mío*, *tuyo* y *suyo*, cuando hacen de *adjetivos*, poseen además las formas *mi* (por *mío* o *mía*), *tu* (por *tuyo* o *tuya*), *su* (por *suyo* o *suya*), *mis* (por *míos* o *mías*), *tus* (por *tuyos* o *tuyas*), y *sus* (por *suyos* o *suyas*); formas que no tienen cuando son pronombres. c

c) Los **adjetivos numerales** determinan al sustantivo al cual se unen, mediante indicaciones de cantidad. Estos adjetivos pueden ser de las siguientes clases:

1. *cardinales o absolutos*, 2. *ordinales*, 3. *partitivos*, 4. *proporcionales o múltiplos* y 5. *distributivos*.

1. Los adjetivos *numerales cardinales* o *absolutos*, determinan al sustantivo, indicando la cantidad de los objetos a que éste se refiere. Desempeñan esta función, entre otras, los nombres de los números, cuando se añaden a un sustantivo. Ejemplos: *No ha habido dos Homeros*; *El ejército se componía de tres millones de hombres*; *Tenemos seis grandes bibliotecas*, etc.

2. Los adjetivos *numerales ordinales* determinan a los sustantivos, indicando el lugar ocupado por éstos en la serie de que forman parte.

Los números de orden son los más comúnmente empleados como adjetivos de esta clase. Ejemplos: *El tomo tercero*; *Enrique cuarto*; *Pío décimo*; *Luis onceño*; *El lamento postrero*, etc.

Pero también asumen la función numeral ordinal, los simples nombres de los números, como en *Luis catorce*; *León trece*; *El tomo tres*; *La serie seis*; *En el capítulo cincuenta y tres dice de Cristo Esaías* (FR. LUIS.); etc., donde *catorce*, *trece*, *dos*, *seis*, *cincuenta y tres*, están en lugar de *décimocuarto*, *décimotercio*, *segundo*, *sexto* y *quincuagésimo tercio*, respectivamente, y son, por lo tanto, ordinales puros.

3. Los adjetivos *numerales partitivos* determinan al sustantivo, indicando división. Ejemplos: **Media** manzana; **Un cuarto** de vara, etc.

4. Los *adjetivos proporcionales o múltiplos* son lo contrario de los anteriores y determinan al sustantivo al que se unen, indicando multiplicación. Ejemplos: *Los enemigos viven con doble o duplicada fuerza*; *Están en triple o triplicado número*; *Recibió cuádruple o cuadruplicada herencia*, etc.

5. Los adjetivos *distributivos* expresan repartición. En castellano no existe sino un distributivo vocablo, y es el plural *sendos*, *sendas*, cuyo recto uso y significación se manifiestan en estos ejemplos: *Tenían las cuatro ninfas sendos vasos hechos a la romana* (JORGE DE MONTEMAYOR.): esto es, cada ninfa un vaso. *Eligiendo*

*el duque tres soldados nadadores, mandó que con sendas zapas pasasen el foso (COLOMA.): cada soldado con su zapa.*

d) El **adjetivo indefinido** fija en forma vaga la aplicación de sustantivo, ya sea porque así lo desea quien habla, ya sea porque no puede ser más explícito. Ejemplos: *Hay en esta sala alguna persona, que yo me sé, a quien agrada la noticia; Son varios interesados, mas no quiero decir cuántos; Ningún habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debe tener impresiones contra la libertad de su país (MORENO.); Desfilaron muchos soldados; Ciertas personas deberían no hablar nunca; Otros tiempos, otras costumbres; Pocos emisarios volvieron; Cualquier persona puede decir lo mismo, etc.*

**Epíteto.** — 210] Por *epíteto* se entiende, no una clase especial de adjetivo, sino un adjetivo unido al sustantivo con acierto, para caracterizarlo en forma oportuna o destacada. Los grandes estilistas se distinguen siempre, además de otras excelencias, por la calidad de sus epítetos; y ninguno en español ha logrado en esto superar o siquiera aproximarse a Cervantes, cuyos epítetos son siempre inconfundibles.

**Positivos, comparativos y superlativos.** — 211] La cualidad expresada por el adjetivo puede considerarse desde puntos de vista distintos, lo cual origina los *positivos, comparativos y superlativos*.

**Del positivo.** — 212] Se dice que un adjetivo está en grado *positivo*, cuando se le toma en su alcance normal y sin establecer comparaciones. Ejemplos: *El día está hermoso; Un fuerte huracán se desencadenó; El agua salada, etc.*

**Del comparativo.** — 213] El *comparativo*, como su nombre lo indica, sirve para establecer el grado de la cualidad expresada por el adjetivo, comparando el término de que se habla, con otro, conocido de la persona a quien nos dirigimos. Así, por ejemplo, para dar una idea de la altura del Aconcagua, a una persona que la ignora, pero que, en cambio, conoce el

Monte Blanco, le diremos: *El Aconcagua es más alto que el Monte Blanco*; y así en los demás casos.

214] Hay tres clases de *comparativos*: el de *igualdad*, el de *superioridad* y el de *inferioridad*, porque una cosa no puede ser sino *igual*, *mayor* o *menor* que otra.

**Comparativo de igualdad.** — 215] El *comparativo de igualdad* se emplea cuando se establece el grado de la cualidad expresada por el adjetivo, en un caso dado, afirmando que es equivalente al de otro, conocido de quien nos escucha. Ejemplos: *París es tan importante como Londres*; *El Iguazú es tan maravilloso como el Niágara*; *Juan es alto tanto como Pedro*.

216] Este comparativo se forma mediante la palabra *tan*, antepuesta al positivo, y *como*, pospuesta; o *tanto como*, intercalado entre el positivo y el término de la comparación.

**Comparativos de superioridad y de inferioridad.** — 217] Mediante los *comparativos de superioridad* y *de inferioridad*, expresamos que la cualidad enunciada por el adjetivo en un caso dado es más o menos notable, respectivamente, que en otro tomado por término de la comparación. Ejemplos: *El Plata es más caudaloso que el Sena*; *Este libro es menos tuyo que mío*.

218] El *comparativo de superioridad* o *de inferioridad* se forma anteponiendo al positivo las palabras *más* o *menos*, respectivamente, y posponiendo la conjunción *que*. Ejemplos: *Esta casa es más alta que aquella*; *Este libro es menos voluminoso que esotro*.

219] Hay en castellano pocos *comparativos de superioridad* o *de inferioridad* que puedan formularse en una sola palabra; tales son: *mejor*, comparativo de *bueno*; *peor*, comparativo de *malo*; *superior*, comparativo de *alto*; *inferior*, comparativo de *bajo*; *mayor*, comparativo de *grandé*; *menor*, comparativo de *pequeño*; y algún otro.

**Del superlativo.** — 220] El *superlativo* es la for-

ma mediante la cual el adjetivo indica el mayor grado de la cualidad que expresa.

221] Puede ser de dos clases el superlativo: *absoluto* y *relativo*.

**Superlativo absoluto.** — 222] El *superlativo absoluto* es la forma mediante la cual el adjetivo acrecienta su significado, en forma general y sin limitación alguna. Ejemplos: *Ese cuadro es hermosísimo*; *Esto resulta muy fácil*.

223] La manera más corriente de formar los superlativos absolutos, consiste en añadir a los positivos la terminación *ísimo-a*.

224] Esta terminación se une al positivo, siguiendo en todo las reglas expuestas para las aumentativas y diminutivas de los sustantivos.

225] Algunos superlativos tienen las radicales en forma latina, como: *amabilísimo*, *afabilísimo*, *bonísimo*, *fidelísimo*, *fortísimo*, *novísimo*, *ternísimo*, y pocos más.

226] Otros, en vez de la terminación *ísimo*, adoptan la forma latina *érrimo-a*; así tenemos los superlativos *acérrimo*, *aspérrimo*, *celebérrimo*, *integérrimo*, *libérrimo*, *misérrimo*, *paupérrimo*, *pulquérrimo*, *salubérrimo*, *ubérrimo*, y algunos más.

227] Otra manera de formar *superlativos absolutos*, y mediante la cual pueden suplirse todos los enumerados hasta aquí, y dotar de ellos a todos los adjetivos no provistos de una forma especial para dicho grado, consiste en anteponer al positivo la palabra *muy*, u otras parecidas, como *extremadamente*, *grandemente*, *sumamente*, *en gran manera*, *en extremo*, *en grado sumo*, etc.

**Superlativo relativo, partitivo o de régimen.** — 228] Los superlativos hasta aquí enumerados no expresan el grado más alto de la cualidad indicada por los positivos correspondientes; por lo tanto, después de afirmar que un cuadro es *hermosísimo*, o *muy hermoso*, o un vino *óptimo* o *muy bueno*, nada se opone a que

tengamos a otros cuadros o vinos por *más hermosos o mejores*, respectivamente.

229] En cambio, el superlativo *relativo*, también llamado *partitivo* o *de régimen*, expresa el grado más alto de la cualidad respectiva, dentro de la clase que se designa. Así sucede por ejemplo cuando afirmamos que *Buenos Aires es la más importante ciudad de Sud América*; o que *Elío fué el último de los virreyes del Río de la Plata*. En estos ejemplos, *la más importante* y *el último*, son *superlativos relativos*.

**Grados de significación del adjetivo.** — 230] Como el sustantivo, y por las mismas razones, tiene el adjetivo *grados de significación*, que pueden ser *cuantitativos* y *afectivos*.

231] Cuando estos grados se forman mediante terminaciones, se emplean las mismas que para los sustantivos en igual caso, y se agregan al positivo siguiendo las mismas reglas.

**Grados de significación cuantitativos: aumentativos y diminutivos.** — 232] Los *aumentativos adjetivos* formados mediante las terminaciones especiales de ese grado, nunca se refieren a la *cantidad* únicamente, sino que se revisten siempre de un matiz *afectivo*, pudiendo hasta llegar el caso de perder todo valor cuantitativo. Ejemplos: *Has vuelto del campo lo más fortachón*; *¡Qué hombre tan pesadote!*

233] Por eso, cuando es necesario un *aumentativo puro*, debe echarse mano de cualquiera de las formas del *superlativo absoluto* expuestas más arriba. Ejemplos: *Es un hombre amabilísimo*; *Los campos ubérrimos de nuestro país*; *Ese libro es muy hermoso*; *Ofrecen condiciones en gran manera convenientes*, etc.

234] Algo análogo ocurre con los *diminutivos* formados mediante las terminaciones correspondientes, pues es muy raro que se refieran a la *cantidad* únicamente, como en el ejemplo: *La isla estaba unida a la costa, por una delgadita lengua de tierra*.

235] Por ese motivo, casi siempre resulta forzoso

suplirlos por otros medios cuando se desea un *diminutivo puro*. Así, en vez de decir: *Estoy enfermito*, se dirá: *Estoy un poco enfermo*; en vez de: *El niño volvió de la escuela cansadito*, habrá que decir: *El niño volvió de la escuela algo cansado*, etc.

**Grados de significación afectivos.** — 236] Mediante los *grados de significación afectivos* del adjetivo, expresamos los sentimientos que nos inspiran las cualidades de los seres y de las cosas. Así, cuando le decimos a un amigo: *Hace días que te veo tristón*, nos referimos al afecto con el cual nos condelemos de su estado; cuando exclamamos: ¡*Qué criatura tan lerdo-ta!*, entendemos aludir a la impaciencia despertada en nosotros por ese defecto; cuando una madre dice: *Mi hija está enfermita*, quiere significar lo íntimo del afecto que en ella provoca el estado de la criatura; si, en invierno, aludiendo al frío de afuera, decimos: *No le temo, pues saldré lo más abrigadito*, cualquiera puede observar que la terminación *ito* se refiere a la fruición con que pensamos en el abrigo.

237] Ahora bien: el oficio de expresar esos matices sólo pueden tomarlo a su cargo en castellano los adjetivos provistos de las terminaciones usuales *despectivas*, *aumentativas* y *diminutivas*, como resulta de los anteriores ejemplos.

**Accidentes gramaticales del adjetivo.** — 238] El adjetivo tiene los mismos accidentes gramaticales que el sustantivo, es decir, *género*, *número* y *declinación*.

**Del género.** — 239] Hay en castellano adjetivos que tienen una sola forma para todos los géneros, como, por ejemplo: *fuerte*, *viril*, *precoz*, etc.; y otros que tienen una forma para el masculino y el neutro, y otra para el femenino, como *blanco*, *blanca*; *santo*, *santa*, etc. Es decir, que hay *adjetivos de una terminación*, y *adjetivos de dos terminaciones*.

**Del número.** — 240] El adjetivo tiene los mismos números que el sustantivo, y forma el plural de acuerdo con las mismas reglas.

**De la declinación.** — 241] El adjetivo está siempre en el mismo caso gramatical que el sustantivo al cual se refiere.

**Apócope de algunos adjetivos.** — 242] Se da casi siempre la *apócope*, es decir la pérdida de una o más letras finales, en los siguientes adjetivos, cuando preceden al sustantivo: *bueno, malo, grande, santo, uno, alguno, ninguno, primero, tercero, postrero, cualquiera, mío, tuyo, suyo, ciento*. Ejemplos: *Mal hombre; Gran palacio; San Francisco; Algún árbol; Primer semestre; Postrer suspiro; Cualquier camino; Mi casa; Su padre; Cien metros.*

## CAPÍTULO IV

### DEL ARTÍCULO

**Concepto y definición.** — 243] Definiremos el *artículo*, diciendo que es toda palabra destinada a evidenciar que el vocablo o complejo a los cuales se refiere, desempeñan la función de sustantivos.

**Clasificación.** — 244] El artículo puede ser *definido* o *indefinido*.

245] El *artículo definido castellano*, que también se llama *determinado*, tiene las siguientes formas: **el, la, lo; los, las.**

246] Es frecuente hallar estas mismas palabras haciendo de pronombres; pero es relativamente fácil no confundirlas, teniendo presente que cuando son artículos siempre acompañan al sustantivo precediéndolo, mientras que cuando hacen de pronombres lo sustituyen, como bien sabemos. Así, serán artículos en el siguiente ejemplo: **El amor a lo verdadero honra a la humanidad, y concluye por imponerse a los siglos y las edades.** Serán en cambio pronombres en estos otros: **Él en persona me lo dijo. Hable con Petra y la (a Petra) convencí. Me encontré con Juan y lo (a Juan) saludé de tu parte. Salieron veinte naves del puerto y las (esas naves) apresaron a todas. Vinieron tus amigos y los (a tus amigos) recibí.** Es muy frecuente hallarse ambos oficios en un mismo ejemplo: **las (art.) patrullas dieron caza a los (art.) bandoleros y los (pron.) apresaron a todos, pues no las (pron.) vieron llegar.**

247] El artículo *indefinido, indeterminado* o *gené-*

**rico** es **un**, para el masculino; **una**, para el femenino; **unos**, **unas**, en plural. El artículo indefinido no tiene neutro.

**Observaciones relativas a la palabra lo.** — 248]

La palabra **lo**, ha sido y sigue siendo, por parte de los gramáticos, objeto de las más largas y estériles discusiones, en razón de no poderse poner aquéllos de acuerdo acerca de lo que dicha palabra *es*. Fuera de que esta cuestión ha sido complicada por confundirse no pocas veces la palabra *lo* cuando es neutro de *el*, con la misma palabra cuando es acusativo de *ello*, lo cierto es que no puede imaginarse una discusión peor encaminada y más propensa a quedar siempre abierta, desde que su término sería el imposible gramatical de poderse decir: «tal palabra es tal parte de la oración, *en absoluto*». Ya sabemos cuán absurdo es pretender semejante cosa; y ello, ni más ni menos, implica contestar a la pregunta escueta de «¿qué es la palabra *lo*?».

249] Para nosotros, esa cuestión no existe, ni puede existir: *lo*, será en cada caso aquello que fluya del sentido de la cláusula. Así, en: *oigo a Juan, pero no lo veo*, será acusativo del pronombre *él*; en: *ello será, pero no lo creo*, acusativo del pronombre *ello*; en: *entiendo lo bello clásico, pero se me escapa lo bello romántico*, será simplemente la forma neutra del artículo *el*, pues su oficio es ahí decirnos que la palabra *bello* es sustantivo, como resulta de hallarse calificada, primero por el adjetivo *clásico*, y después por *romántico*.

**Casos de contracción del artículo.** — 250] Cuando los vocablos **a** o **de** preceden al artículo **el**, se unen ambas palabras con elisión de la **e**, y resultan así: **al** (contracción de *a el*) y **del** (contracción de *de el*). Ejemplos: *El hijo del rey* (por *de el rey*); ¡*Ay de ti si al Carpio voy!* (por *a el Carpio*).

251] A pesar de lo expuesto en 250], si el artículo *el* forma parte de un nombre propio de cualquier clase, es corriente no hacer la contracción con *a* y *de*. Ejemplos: *Rodrigo Díaz de Vivar, es generalmente conocido con el sobrenombre de el Cid; Pocas comedias*

de Calderón aventajan a **El Postrer Duelo de España.**

252] Cuando por cualquier circunstancia viene a quedar repetida la contracción *del*, no faltan en autores modernos ejemplos de la combinación de *el del*, en lugar de *del del*, ingrata al oído; véanse algunos: *De este parecer no estoy tan seguro como de el del Consejo reunido.* (QUINTANA.) *Se replegaron no sin dificultad y pérdida al palacio. Los sublevados se apoderaron de el del duque de Áscoli.* (RIVAS.) *El patronímico, precedido del nombre de bautismo y seguido de el del solar, constituye una denominación parecida al...* etc. (GODOY Y ALCÁNTARA.)

**Casos de sustitución del artículo.** — 253] En vez de *la*, se antepone la forma *el* a los vocablos femeninos que comienzan con *a* sola o precedida de *h*, con tal de ser sustantivos dichos vocablos y tónica su primera sílaba. Ejemplos: **El alba**; **El hacha**; **El hambre**. Pero no podrá decirse: **El alta** (sino **la alta**) *muralla*; **El hábil** (sino **la hábil**) *maestra*, por faltar la primera condición; así como tampoco: **el arena**, **el acémila**, **el avena**, sino **la arena**, **la acémila** y **la avena**, por faltar la segunda; ni, por fin: **el azarosa** (sino **la azarosa**) *vida*; **El armoniosa** (sino **la armoniosa**) *harpa*, por faltar ambas.

Sólo se exceptúan de la regla expuesta los nombres de mujeres y los de las letras *a* y *h*; así se dirá: **la Águeda**, **la Ángela**; **la a**, **la hache**.

254] El artículo *una* pierde la *a* en iguales condiciones: **Un alma**; **Un aula**; **Un ancla**; etc.

**Casos de omisión del artículo.** — 255) En dichos, proverbios, locuciones y frases hechas, suele omitirse el artículo. Ejemplos: *Dádivas quebrantan peñas*; *Hombre pobre todo es trazas*.

256] Es muy importante notar que el castellano rechaza el uso inconsiderado del artículo *un*, *una*. Al respecto, dice la Academia: «El empleo innecesario del artículo indeterminado *un*, *una*, es galicismo de que se abusa modernamente, como se ve en este ejemplo: *Pue-*

de muy bien cualquiera llegar a ser un gran hombre sin estar dotado de un talento ni de un ingenio superior, con tal que tenga valor, un juicio sano y una cabeza bien organizada. En buen castellano sobran todos esos artículos indeterminados. Así dice fray Luis de Granada: *hay amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia: el amor de naturaleza (en la Santa Virgen) era el mayor que nunca fué ni será jamás*. (ACADEMIA.)

**Observaciones relativas al uso del artículo.** — 257] Con los nombres propios de mujeres, en singular, se omite el artículo; salvo en el lenguaje familiar, en que es corriente anteponerlo: *la Petra; la Dolores*, etc.; o tratándose de personas conocidas: *la Pardo Bazán; la Patti; La Avellaneda murió en mala ocasión para su fama póstuma*. (VALERA.)

258] En plural, tanto masculino como femenino, es corriente anteponer el artículo a los nombres propios y apellidos: *Los Juanes abundan mucho, así como los Garcías*.

259] En italiano se pone el artículo antes de los apellidos conocidos, así antiguos como modernos y hasta contemporáneos; así, se dice: *il Tasso; l'Ariosto; il Bembo; il Leopardi; il Monti; il Carducci; il D'Annunzio*, etc. Nosotros, adoptando en parte dicha costumbre, también anteponemos el artículo a los apellidos de italianos ilustres, pero no contemporáneos o recientes, sino únicamente antiguos; así decimos: *el Tasso, el Ariosto, el Bembo*; pero no: *el Leopardi, el Monti, el Carducci, el D'Annunzio*. Y es corriente decir *el Dante*, aunque *Dante* no es apellido.

260] Los nombres propios, cuando son títulos de obras, llevan el artículo: *el Moisés de Miguel Angel; el Edipo de Sófocles; el Don Juan de Mozart*, etc. Lo mismo se hace cuando se designa un libro por el nombre de su autor. Ejemplos: *Alcázame el Plutarco; Terminé el Garcilaso que me prestaste*.

261] Hay nombres de países, regiones y pueblos,

que llevan artículo necesariamente; ejemplos: *el Epiro*, *la Tesalia*, *la Mancha*, *el Toboso*, *el Perú*. Otros en cambio lo rechazan: *Sevilla*, *Madrid*, *Buenos Aires*, *Méjico*, etc. Otros, por fin, aunque generalmente no llevan artículo, a veces lo admiten. Ejemplos: *China* y *la China*; *Persia* y *la Persia*; *Africa* y *el Africa*. Es preciso en todos estos casos proceder con cautela, pues nada más fácil que incurrir en galicismos, como lo son, por ejemplo, según la Academia, los siguientes: *El clima de la Francia*; *El comercio de la España*.

## CAPÍTULO V

### DEL VERBO

**Su importancia y definición.** — 262] Desde cualquier punto de vista, el verbo es, para la Analogía, la función más importante de todas.

263] Con no ser difícil formarse un concepto general de lo que es el verbo, resulta, sin embargo, casi imposible dar de él una definición satisfactoria en todo sentido.

264] En vista de las citadas dificultades, y de ser prácticamente suficiente el concepto usual del verbo, limitaremos nuestra definición a decir que *verbo es la palabra o entidad elocutiva esencial, dentro de lo que decimos del sujeto*. Así en: Juan **estudió** anoche hasta las diez, lo más importante de cuanto decimos de Juan, es que *estudió*.

**Verbo vocablo y verbo frase.** — 265] Hay *verbos vocablo* y *verbos frase*; pero no hay *verbos oración*.

266] El *verbo vocablo* consta de una sola palabra: yo **camino**; tú **lees**; no **vuelvas** tarde; ayer **estuvo** aquí tu hermano y **dejó** esta carta para que te la **entregásemos** cuando **volvieses**.

267] Los *verbos frase* son compuestos destinados a precisar más exactamente lo significado por el verbo, o a suplir la falta de verbos para expresar ciertas relaciones. Los más usuales resultan de combinar con un *infinitivo*, *gerundio* o *participio*, las diferentes formas personales de ciertos verbos. Ejemplos: *Es preciso que podamos hablar libremente*; *Para entonces ya habré podido hablar*; *Volveré a copiar la carta*;

*Ellos volvieron a copiar el deber; Ahora estoy trabajando; Juan sigue durmiendo y seguirá durmiendo toda la tarde; Tengo concluido el cuadro; Mañana lo tendré concluido; Tenlo concluido para luego; etc.*

**Clasificación de los verbos atendiendo a su significado.** — 268] Atendiendo a su significado, los verbos pueden ser: *sustantivos, de estado, de equivalencia, transitivos, seudotransitivos, intransitivos, neutros, reflexivos, recíprocos*, y de varias otras clases más, que omitimos por no ser tan importantes como las enumeradas.

269] Es para nosotros *verbo sustantivo*, todo verbo que expresa *existencia puramente*, sin añadir nada acerca de los modos o atributos de dicha existencia. En las gramáticas suele darse como único verbo sustantivo a **ser**; pero evidentemente tal exclusivismo no se justifica, desde el momento que otros verbos, como *existir* y *haber*, pueden asumir aquella función. Ejemplos: *Dios es; Dios existe; Hay Dios. Los pocos sabios que en el mundo han sido; Los pocos sabios que en el mundo han existido; Los pocos sabios que en el mundo ha habido.*

270] Llamamos *verbos de estado* a aquellos mediante los cuales expresamos *cómo son* o *están*, o *cómo parecen ser* o *estar* las personas o cosas. Ejemplos: *ella es triste; ella está triste; ella anda triste; ella sigue triste; ella parece ser triste; ella parece estar triste.*

271] Llamamos *verbos de equivalencia*, a aquellos mediante los cuales expresamos *qué son* o *parecen ser* las personas o cosas. Ejemplos: *La circunferencia es una figura plana cuyos puntos equidistan del centro; Los leones son animales; Las líneas que se observan en Marte, parecen ser canales.*

272] En el *verbo transitivo propiamente dicho*, la acción, *ejecutada siempre por el sujeto*, recae o puede recaer sobre alguien o algo *exterior* a dicho sujeto. Ejemplos: *Yo bebo agua; El tenor canta una romanza; El tenor canta (una romanza, una barcarola, una serenata, etc.).*

273] Llamamos *verbos seudotransitivos*, a aquellos cuyo sentido recae sobre algo o alguien, como el de los transitivos, pero con la diferencia de *no ser el sujeto agente de la acción del verbo*. Ejemplos: **Tengo mucho calor**; **Guardo en el alma un eterno agradecimiento**, etc.

274] Son *verbos intransitivos* aquellos cuya acción, ejecutada siempre por el sujeto de la oración, no recae ni puede recaer sobre alguien o algo; aunque sus *consecuencias* de todas clases sí pueden hacerlo. Ejemplos: *El pájaro vuela*; *El buque navega*; *El caballo galopa*; *El obrero trabaja para sus hijos*. Verbos *intransitivos* puede haberlos sin sujeto expresado: *En ese país navegan desde niños*; *En tiempo de guerra trabajan también de noche*.

275] Los *verbos neutros* son completamente semejantes en lo exterior a los intransitivos. Sólo el *sentido* los diferencia de ellos, en cuanto *el sujeto de dichos verbos, no puede decirse que ejecute la acción expresada*, cosa indispensable en los intransitivos. Ejemplos: *El reloj varía*; *La niña enfermó*; *El organismo muere*; *Repugna su fealdad*; *Sorprende su hermosura*; **Importa callar**.

276] Habrá podido notarse que los verbos *seudotransitivos* son a los *transitivos*, lo que los *neutros* a los *intransitivos*: toda la diferencia radica en ser o no ser agente el sujeto de lo expresado por el verbo.

277] Los verbos que, desde otro punto de vista que el de la presente clasificación, se llaman *impersonales absolutos*, es decir, los relativos a fenómenos de la naturaleza, no son, en suma, sino verbos neutros sin sujeto; y debemos añadir que son los únicos de esa clase susceptibles de usarse sin sujeto expreso. Ejemplos: *llueve*; *truenan*; *relampagueó*; *helará*; *ha nevado*, etc.

278] En el *verbo reflexivo*, la acción parte del sujeto y vuelve al mismo, es decir que hasta cierto punto se *refleja*, como un rayo de sol al incidir sobre una superficie pulida. Ejemplos: *Yo me peino a mí mismo*. *El perro se baña en la laguna*; *El niño se lavaba*.

279] El *verbo recíproco* expresa intercambio de una misma acción entre dos o más sujetos *que la ejecutan simultánea o alternativamente*: *Los niños se miraban unos a otros*; *Los amigos se elogiaban mutuamente*; *Juan y Pedro se tutean*.

**Voces del verbo.** — 280] Las *voces del verbo* son los medios por los cuales se expresa la manera de intervenir del sujeto en la acción del verbo.

281] Cuando el sujeto es *agente* de la acción del verbo, es decir, cuando *la ejecuta*; o cuando simplemente es *el lugar donde dicha acción se realiza*, sin la intervención directa de un agente exterior al sujeto, se dice que el verbo está en la *voz activa*. Ejemplos: *Dios es*; *Juan está cansado*; *El caballo es un cuadrúpedo*; *El gato come carne*; *Yo me peino*; *Nosotros nos interrogamos mutuamente*; *La hiena himpla*; *El niño tiene frío*; *El suelo tiembla*.

282] La *voz activa* no tiene más que una forma, y es la corriente del verbo.

283] Cuando, en cambio, el sujeto es *quien recibe la acción del verbo*, siempre que ésta reconozca un *agente*, expreso o tácito, *exterior al sujeto*, se dice que el verbo está en la *voz pasiva*. Ejemplos: *Los recién llegados (suj.) fueron reconocidos por la policía*; *Los recién llegados (suj.) fueron reconocidos*; *Se cosecha mucho trigo (suj.) por los colonos*; *Se cosecha mucho trigo (suj.)*.

284] Las maneras corrientes de formar la *voz pasiva* son dos: mediante la ayuda del verbo *ser*, como en: *La plaza es frecuentada por mucho público*; *La plaza es muy frecuentada*; o con el pronombre reflexivo *se*, empleado de tal manera que venga a expresar precisamente que el sujeto recibe una acción ejecutada por un agente exterior a él, como en: *Se lanzaron muchas proclamas por los partidos en lucha*; *Se lanzaron muchas proclamas*.

**Accidentes del verbo: conjugación.** — 285] Los verbos, tanto en la voz activa como en la pasiva, tienen

importantes *accidentes*, iguales para ambas voces; y la serie ordenada de dichos accidentes constituye el complejo mecanismo de la *conjugación*.

286] Los *accidentes del verbo* son: los *modos*, los *tiempos*, las *personas*, y el *número*. Vamos a tratar de cada uno de ellos.

**Modos del verbo.** — 287] Los *modos* son las maneras generales de manifestar el verbo su significación.

288] Los modos del verbo, según la última edición de la *Gramática* de la Academia, son cinco: uno impersonal, es decir, no susceptible de conjugarse mediante pronombres, el *Infinitivo*; y cuatro personales: el *Indicativo*, el *Potencial*, el *Subjuntivo* y el *Imperativo*.

289] El modo *Infinitivo* expresa la idea del verbo en forma general e indefinida y en toda su amplitud: *amar, leer, haber trabajado, haber oído*, etc.

290] Dentro del *Infinitivo* es costumbre incluir el *Participio* y el *Gerundio*, formas verbales de que hablaremos más adelante.

291] El modo *Indicativo* expresa la significación del verbo como real y objetiva. Ejemplos: *El sol declina; El tren llegó atrasado; El invierno se anuncia frío este año; El barco fué asaltado por los piratas; Se venderá mucho trigo este año; No tengo miedo; ¿Vendrás mañana?; ¿Qué ligero camina!*

292] El modo *Potencial* enuncia el hecho como meramente posible. Ejemplos: *Yo cantaré; Él habría ido en caso necesario.*

293] El modo *Subjuntivo* expresa la significación del verbo no ya en la forma categórica del indicativo, sino eventual, insegura y dependiente. Ejemplos: *Deseo que vengas; Anhelaría que constestaras; Espero que adelanten; Mucho me duele que crean tal cosa; Iría si pudiese; ¿Quién supiera escribir!; Será castigado el que faltare*, etc.

294] El modo *Imperativo* se emplea para mandar, ordenar, rogar, pedir, implorar, etc. Ejemplos: **Sé**

bueno; **Estudiad vuestra lección; Ayudad a los menesterosos; Olvida mis palabras, te lo pido por favor; ¡Venid a mí sin demora!**

**Tiempos del verbo.** — 295] Los *tiempos del verbo* son formas destinadas a indicar el momento en que se ejecuta el hecho al cual se refiere aquél.

**Nomenclatura y significado de los tiempos según la Academia.** — 296] a) Establece la Academia, al reformar su doctrina del verbo, que las «formas del verbo castellano no comprendidas en el modo Infinitivo se agrupan dentro de los restantes modos, formando los *tiempos gramaticales*, que denotan la época o momento en que se hace o sucede lo que el verbo significa. Por su naturaleza y significación se dividen en dos series: una que comprende los *tiempos simples*, y otra los *compuestos*. Unos y otros denotan lo expresado por el verbo, como presente, pasado o futuro, con relación al momento en que se habla.

«b) El *modo Indicativo* tiene cuatro tiempos simples y cuatro compuestos. Los simples son: el *Presente*, el *Pretérito imperfecto*, el *Pretérito indefinido* y el *Futuro imperfecto*; y los compuestos, el *Pretérito perfecto*, el *Pretérito pluscuamperfecto*, el *Pretérito anterior* y el *Futuro perfecto*.

«c) El *modo Potencial* sólo tiene dos tiempos, uno simple y otro compuesto.

«d) El *modo Subjuntivo* tiene tres tiempos simples, que son: el *Presente*, el *Pretérito imperfecto* y el *Futuro imperfecto*; y otros tres compuestos, o sea el *Pretérito perfecto*, el *Pretérito pluscuamperfecto* y el *Futuro perfecto*.

«e) El *modo Imperativo* sólo tiene un tiempo, y es el *Presente*.

«f) También el *modo Infinitivo* tiene formas simples y compuestas, que guardan entre sí la misma relación que hemos visto en los tiempos, y como se verá en la conjugación».

297] Pasando ahora al complejísimo asunto del *sig-*

nificado de los tiempos enumerados en el párrafo anterior, consideraremos sucesivamente los cuatro modos personales.

298] Respecto a los tiempos del *modo Indicativo*, cabe decir lo siguiente:

a) El Presente de Indicativo denota la actualidad de lo expresado por el verbo. Ejemplos: *Juan escribe; Dios es o existe; Buenos Aires está sobre la margen derecha del Plata.*

b) El *Pretérito imperfecto* denota que lo expresado por el verbo, era presente en un tiempo ya pasado. Ejemplo: *Yo escribía cuando él llegó.*

c) El *Pretérito indefinido* expresa acción pasada. Ejemplos: *Troya fué; Napoleón dominó en casi toda Europa; Vencieron los azules.*

d) El *Futuro imperfecto* expresa que se cumplirá lo significado por el verbo en un momento por venir. Ejemplos: *Mañana saldré para el campo; Será lo que fuere.*

e) El *Pretérito perfecto* se emplea para expresar un hecho que se acaba de verificar en el momento en que hablamos; v. gr.: **He dicho**; y también un hecho simplemente pasado, como ocurría con el *Pretérito indefinido*, sin que sea posible entonces dar reglas para el empleo de uno u otro tiempo. Ejemplos: *Pedro ha estado en Roma; España ha producido grandes hombres en armas y letras; He visitado el museo ayer; Ha llegado el vapor.*

f) El *Pretérito pluscuamperfecto* (es decir, *más que perfecto*), denota que en un tiempo ya transcurrido, se refería al pasado la significación del verbo. Ejemplo: *En Agosto pasado, ya había cumplido cuarenta y cuatro años.*

g) El *Pretérito anterior* expresa anterioridad inmediata. Ejemplos: *Apenas hubo oído esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar; No bien hubo hablado, se retiró.*

h) El *Futuro perfecto* anuncia que en un tiempo

venidero será pasado el hecho de que hablamos. Ejemplo: *El año próximo habré dejado de formar parte de la comisión.*

299] Veamos ahora los dos tiempos del modo *Potencial*.

a) El *Potencial simple* o *imperfecto* «por sí mismo no indica tiempo, sino sólo la posibilidad objetiva del hecho. Así cuando decimos: **Tendría entonces unos cincuenta años**, nos referimos al pasado; y cuando leemos en Cervantes: *Por cierto que sería gentil cosa casar a nuestra María con un condazo*, se refiere la posibilidad de casar al futuro; así como cuando decimos *yo nada sacaría de engañar a usted*, puede referirse tanto al presente como al futuro». (ACADEMIA.)

b) El *Potencial compuesto* o *perfecto* «se distingue del simple en que enuncia el hecho como terminado o perfecto; v. gr.: *Y dijo entre sí que tales dos locos, como amo y mozo, no se habrían visto en el mundo*». (ACADEMIA.)

300] Más difícil de precisar es el significado de los tiempos en el modo *Subjuntivo*.

a) El *Presente de Subjuntivo* se utiliza para significar deseo o temor en expresiones dependientes de verbos adecuados. Ejemplos: *Deseo que estés contento; Temo que sea cierto.*

b) El *Pretérito imperfecto* ofrece significados demasiado diversos para poderlos reducir a la unidad de un solo enunciado. Nos limitaremos a su respecto a advertir que sus dos formas no son enteramente equivalentes entre sí.

c) El *Futuro imperfecto* «enuncia el hecho como no acabado, y siempre como contingente, referido ya al presente, ya al futuro». (ACADEMIA.) Ejemplos: *Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, muéstrate piadoso y clemente.* (CERVANTES.)

d) El *Pretérito perfecto* se emplea para referirse a acciones pasadas o dudosas, expresando los sentimientos inspirados por las mismas. Ejemplos: *Es una suerte que hayas venido; Temo que hayas hablado.*

e) El *Pretérito pluscuamperfecto* tiene, como el imperfecto, dos formas que no deben confundirse, y se refiere a posibilidades ya pasadas: *Yo te hubiera escrito si hubiese (o hubiera) tenido ocasión.*

f) El *Futuro perfecto*, menos usado que el Futuro imperfecto, denota el hecho como acabado, aunque siempre contingente. Ejemplos: *Será arrestado el que no hubiere concurrido a la citación del mes pasado.*

301] Como puede verse, el significado de los tiempos del Subjuntivo depende, en sus matices, de los verbos expresos o tácitos a que siempre está supeditado aquel modo: es por lo tanto más difícil de fijar que el de los tiempos del Indicativo. Con todo, puede admitirse en general la afirmación de la Academia, de que «la significación de los tiempos de Subjuntivo es correlativa a la de los tiempos de Indicativo que tienen iguales denominaciones», aunque en muchos casos particulares suelen pasar los hechos de otro modo.

302] El *Modo Imperativo* no tiene más que un tiempo llamado *Presente* por la Academia, y *Futuro* por algunos gramáticos.

#### **Formación de los tiempos según la Academia. —**

303] Aunque los tiempos sean unos mismos en las dos voces del verbo y signifiquen idénticas relaciones, lo cierto es que su *formación* es muy diferente, según se trate de la *voz activa* o de la *voz pasiva*. Consideraremos, pues, dicha formación en cada voz separadamente.

304] En la *voz activa*, los tiempos *simples*, es decir los constituidos por una sola palabra, se forman agregando a la *radical del verbo*, es decir, al presente de Infinitivo privado de su última sílaba, terminaciones o *desinencias* especiales: de donde los tiempos simples también se llaman *desinenciales*. La serie completa de dichas desinencias puede verse en 323].

305] Los *tiempos compuestos de la voz activa*, es decir los constituidos por más de una palabra, no se forman como los simples, mediante desinencias, sino mediante tiempos del verbo *haber*, que por tal motivo es

tino de los llamados *verbos auxiliares*. Cuando expon-  
gamos la *conjugación de los verbos regulares en la voz*  
*activa*, tendremos oportunidad de indicar qué formas  
del auxiliar *haber* se requieren para formar cada tiem-  
po compuesto.

306] Para la *formación de los tiempos en la voz pa-*  
*siva*, es menester recordar las dos formas principales  
de dicha voz, expuestas en 284].

307] En la primera de ellas *todos* los tiempos son  
*compuestos*, y todos se construyen mediante el verbo  
*ser*, que por tal razón es otro de los llamados *auxilia-*  
*res*: *Los recién llegados son reconocidos por la poli-*  
*cía; Los recién llegados serán reconocidos por la poli-*  
*cía*, etc.

308] En la otra forma entra el pronombre *se*, unido  
a tiempos de la voz activa, según se advierte en:  
**Se cosecha mucho trigo por los colonos; Se cosecha-**  
**ba mucho trigo por los colonos; Se cosechó mucho tri-**  
**go por los colonos; Se había cosechado mucho trigo;**  
**Se hubiera cosechado mucho trigo**, etc.

309] Al exponer la *conjugación de los verbos regula-*  
*res en la voz pasiva*, tendremos oportunidad de indicar  
allí con todo detalle el mecanismo de la formación de  
los tiempos en dicha voz, en las dos formas principales  
mencionadas.

**Nomenclatura de los tiempos según Bello.** — 310]  
De todas las nomenclaturas propuestas fuera de la aca-  
démica para los tiempos del verbo, la más difundida es  
sin duda la de D. Andrés Bello, que pasamos a exponer,  
cotejándola con aquélla para mayor claridad:

## VERBO CANTAR

NOMENCLATURA  
DE BELLO

EQUIVALENCIA DE LA  
ACADEMIA

### MODO INDICATIVO

#### *Tiempos simples*

Presente  
*Canto*, etc.

Presente  
*Canto*, etc.

Preterito	Pret. indefinido
<i>Cante, etc.</i>	<i>Canté, etc.</i>
Futuro	Futuro imperfecto
<i>Cantaré, etc.</i>	<i>Cantaré, etc.</i>
Co-pretérito	Pretérito imperfecto
<i>Cantaba, etc.</i>	<i>Cantaba, etc.</i>

MODO INDICATIVO

MODO POTENCIAL

Pos-pretérito	Simple o imperfecto
<i>Cantaría, etc.</i>	<i>Cantaría, etc.</i>

MODO INDICATIVO

*Tiempos compuestos*

Ante-presente	Pret. perf.
<i>He cantado, etc.</i>	<i>He cantado, etc.</i>
Ante-pretérito	Pret. anterior
<i>Hube cantado, etc.</i>	<i>Hube cantado, etc.</i>
Ante-futuro	Futuro perfecto
<i>Habré cantado, etc.</i>	<i>Habré cantado, etc.</i>
Ante-co-pretérito	Pret. pluscuamperfecto
<i>Había cantado, etc.</i>	<i>Había cantado, etc.</i>

MODO INDICATIVO

MODO POTENCIAL

Ante-pos-pretérito	Compuesto o perfecto
<i>Habría cantado, etc.</i>	<i>Habría cantado, etc.</i>

MODO SUBJUNTIVO COMÚN

MODO SUBJUNTIVO

*Tiempos simples*

Presente	Presente
<i>Cante, etc.</i>	<i>Cante, etc.</i>
Pretérito	Pret. imp.
<i>Cantara o-ase, etc.</i>	<i>Cantara o-ase, etc.</i>
Futuro	Presente
<i>Cante, etc.</i>	<i>Cante, etc.</i>
Co-pretérito	Pret. imp.
<i>Cantara o-ase, etc.</i>	<i>Cantara o-ase, etc.</i>

Pos-pretérito	Pret. imperfecto
<i>Cantara o-ase, etc.</i>	<i>Cantara o-ase, etc.</i>

*Tiempos compuestos*

Ante-presente	Pretérito perfecto
<i>Haya cantado, etc.</i>	<i>Haya cantado, etc.</i>
Ante-futuro	Pretérito perfecto
<i>Haya cantado, etc.</i>	<i>Haya cantado, etc.</i>
Ante-co-pretérito	Pret. plusc.
<i>Hubiera o-se cantado, etc.</i>	<i>Hubiera o-se cantado, etc.</i>
Ante-pos-pretérito	Pret. plusc.
<i>Huoiere cantado, etc.</i>	<i>Huoiere cantado, etc.</i>

MODO SUBJ. HIPOTETICO      MODO SUBJUNTIVO

Presente y futuro	Futuro
<i>Cantare, etc.</i>	<i>Cantare, etc.</i>
Ante-presente y Ante-futuro	Futuro perfecto
<i>Huoiere cantado, etc.</i>	<i>Huoiere cantado, etc.</i>

INDICATIVO Y SUBJUNT.

Co-pretérito y pos-pretérito	Imperfecto
<i>Cantaba, cantara o-ase, etc.</i>	<i>Cantaba, cantara o-ase, etc.</i>
Ante-co-pretérito y ante-pos-pretérito.	Pret. pluscuamperfecto
<i>Habia, hubiera o-se cantado, etc.</i>	<i>Habia, hubiera o-se cantado, etc.</i>

MODO IMPERATIVO

Futuro	Presente
<i>Canta tú</i>	<i>Canta tú</i>
<i>(No admite.)</i>	<i>Cante él</i>
<i>(id.)</i>	<i>Cantemos nosotros</i>
<i>Canta vosotros</i>	<i>Canta vosotros</i>
<i>(No admite)</i>	<i>Canten ellos</i>
Ante-futuro	
<i>Habed cantado</i>	<i>(No admite.)</i>

DERIVADOS VERBALES

MODO INFINITIVO

Infinitivo simple

*Cantar*

Infinitivo compuesto

*Haber cantado*

Gerundio simple

*Cantando*

Gerundio compuesto

*Habiendo cantado*

Participio

*Cantado*

Infinitivo simple

*Cantar*

Infinitivo compuesto

*Haber cantado*

Gerundio simple

*Cantando*

Gerundio compuesto

*Habiendo cantado*

Participio

*Cantado.*

**Del número.** — 311] Es muy sabido que el verbo, en todas sus formas que se conjugan con pronombres, y también en el Participio, puede expresar si se refiere a una persona o a un objeto solos, o a varios. Ejemplos: *yo canto, ellos cantan; tú llegas atrasado, vosotros llegáis atrasados*, etc., etc.

312] Este accidente es el *número* del verbo.

**De las personas del verbo.** — 313] En sus modos llamados *personales*, tiene el verbo formas adecuadas para cada uno de los pronombres de primera, segunda y tercera persona, tanto en singular como en plural. Ejemplos: *yo canto, tú cantas, él canta, nosotros cantamos, vosotros cantáis, ellos cantan*.

314] Estas formas son las *personas* del verbo, y constituyen el cuarto de sus accidentes.

**Clasificación de los verbos por su conjugación.** —

315] Considerando los diversos aspectos de la conjugación, resultan otras tantas clasificaciones de los verbos. Vamos a indicar las más usuales.

316] *Por su papel en la conjugación*, los verbos son *auxiliares* y *no auxiliares*. Los primeros ayudan a la conjugación de los restantes, y son *haber* y *ser*; y los *no auxiliares* son todos los demás, y los mismos *haber* y *ser* cuando se toman en sí.

317] Atendiendo a la *terminación del infinitivo*, los verbos castellanos pueden distribuirse en tres conjuga-

ciones: la *primera*, o sea la de los verbos terminados en *ar*, como *amar*; la *segunda*, la de los en *er*, como *temer*; y la *tercera*, la de los en *ir*, como *partir*.

318] Atendiendo a la *pronunciación de sus radicales y terminaciones*, los verbos son *regulares e irregulares*. Son *regulares* los que conservan invariable durante toda su conjugación el *sonido* (no la ortografía) de su radical y el de las terminaciones ordinarias de la conjugación correspondiente. Son, en cambio, *irregulares*, los que se conjugan alterando el *sonido*, ya sea de sus radicales, o de las terminaciones propias de la conjugación regular, o el de unas y otras.

319] Según tengan o no *todas las formas de la conjugación*, llamaremos *completos* a los verbos en cuya conjugación no falte ningún modo, tiempo ni persona, tanto del singular como del plural; y *defectivos* a los que no estén en ese caso.

320] Los verbos *defectivos* pueden ser: *defectivos propiamente dichos*, y *unipersonales*. Los *defectivos propiamente dichos*, pueden serlo por carecer tan sólo de una forma, o, en cambio, por hallarse reducidos a unas pocas: todo ello sin uniformidad ni regla fija. Los *unipersonales*, por el contrario, ven reducida sistemáticamente su conjugación, por causas que no son de este lugar, al infinitivo y a las terceras personas de todos los tiempos; y son en algunos casos dichas personas las del plural, las del singular en otros.

**Conjugación de los verbos auxiliares, regulares, irregulares y defectivos.** — 321] Corresponde ahora estudiar en detalle la conjugación de los verbos de todas las clases enumeradas más arriba.

**I. — Conjugación de los verbos auxiliares — 322]** En nuestro concepto hay dos verbos auxiliares únicamente: **haber**, cuya cooperación es imprescindible, como hemos tenido oportunidad de comprobarlo, en la formación de *todos los tiempos compuestos de la voz activa* de cualquier verbo; y **ser**, que entra a formar *todos los tiempos de la voz pasiva corriente*.

## A. CONJUGACIÓN DE **HABER** COMO AUXILIAR

En tal carácter, sólo consta de los tiempos siguientes:

### MODO INFINITIVO

*Infinitivo simple* ..... Haber  
*Gerundio simple* ..... Habiendo

### MODO INDICATIVO

#### *Tiempo presente*

#### SINGULAR

#### PLURAL

<i>Yo</i> ..... he.	<i>Nosotros</i> .... hemos o habemos.
<i>Tú</i> ..... has.	<i>Vosotros</i> .... habéis.
<i>El</i> ..... ha.	<i>Ellos</i> ..... han.

#### *Tiempo pretérito imperfecto*

<i>Yo</i> ..... había.	<i>Nosotros</i> .... habíamos.
<i>Tú</i> ..... habías.	<i>Vosotros</i> .... habíais.
<i>El</i> ..... había.	<i>Ellos</i> ..... habían.

#### *Tiempo pretérito indefinido*

<i>Yo</i> ..... hube.	<i>Nosotros</i> .... hubimos.
<i>Tú</i> ..... hubiste	<i>Vosotros</i> .... hubisteis.
<i>El</i> ..... hubo.	<i>Ellos</i> ..... hubieron.

#### *Tiempo futuro imperfecto*

<i>Yo</i> ..... habré.	<i>Nosotros</i> .... habremos.
<i>Tú</i> ..... habrás.	<i>Vosotros</i> .... habréis.
<i>El</i> ..... habrá.	<i>Ellos</i> .... habrán.

### MODO POTENCIAL

#### *Tiempo simple o imperfecto*

<i>Yo</i> ..... habría.	<i>Nosotros</i> .... habríamos.
-------------------------	---------------------------------

Tú..... habrías      Vosotros.... habrÍais.  
El ..... habría.      Ellos ..... habrÍan.

MODO SUBJUNTIVO

*Tiempo presente*

Yo..... haya.      Nosotros... hayamos.  
Tú..... hayas.      Vosotros... hayáis.  
El ..... haya.      Ellos ..... hayan.

*Tiempo pretérito imperfecto*

Yo hubiera o hubiese.      Nosotros hubiéramos o hubiésemos.  
Tú hubieras o hubieses.      Vosotros hubierais o hubieseis.  
El hubiera o hubiese.      Ellos ... hubieran o hubiesen.

*Tiempo futuro imperfecto*

Yo..... hubiere.      Nosotros.... hubiéremos.  
Tú..... hubieres.      Vosotros.... hubiereis.  
El ..... hubiere.      Ellos ..... hubieren.

B. CONJUGACIÓN DEL VERBO AUXILIAR **SER**

MODO INFINITIVO

*Formas simples*

*Formas compuestas*

Infinitivo .... ser.      Infinitivo . haber sido.  
Gerundio .... siendo.      Gerundio . habiendo sido.  
Participio ... sido.

MODO INDICATIVO

*Presente*

SINGULAR

PLURAL

soy.  
eres.  
es.

somos.  
sois.  
son.

*Pretérito imperfecto*

era.

éramos.

eras.	erais.
era.	eran.

*Pretérito indefinido*

fuf.	fuimos.
fuiste.	fuisteis.
fué.	fueron.

*Futuro imperfecto*

seré.	seremos.
serás.	seréis.
será.	serán.

*Pretérito perfecto*

he sido.	hemos sido.
has sido.	habéis sido.
ha sido.	han sido.

*Pretérito pluscuamperfecto*

había sido.	habíamos sido.
habías sido.	habíais sido.
había sido.	habían sido.

*Pretérito anterior*

hube sido.	hubimos sido.
hubiste sido.	hubisteis sido.
hubo sido.	hubieron sido.

*Futuro perfecto*

habré sido.	habremos sido.
habrás sido.	habréis sido.
habrá sido.	habrán sido.

**MODO POTENCIAL**

*Simple o imperfecto*

sería.	seríamos.
--------	-----------

serías.

serfais.

sería.

serían.

*Compuesto o perfecto*

habría sido.

habríamos sido.

habrías sido.

habríais sido.

habría sido.

habrían sido.

MODO SUBJUNTIVO

*Presente*

sea.

seamos.

seas.

seáis.

sea.

sean.

*Pretérito imperfecto*

fuera o fuese.

fuéramos o fuésemos

fueras o fueses.

fuerais o fuéseis.

fuera o fuese.

fueran o fuesen.

*Futuro imperfecto*

fuere.

fuéremos.

fueres.

fuereis.

fueres

fueren.

*Pretérito perfecto*

haya sido.

hayamos sido.

hayas sido

hayáis sido.

haya sido.

hayan sido.

*Pretérito pluscuamperfecto*

hubiera o hubiese sido.

hubiéramos o hubiésemos sido

hubieras o hubieses sido.

hubierais o hubieseis sido.

hubiera o hubiese sido.

hubieran o hubiesen sido.

*Futuro perfecto*

hubiere sido.

hubiéremos sido.

hubieras sido.  
hubiere sido.

hubiereis sido.  
hubieren sido.

MODO IMPERATIVO

*Presente*

sé tú.  
sea él.

seamos nosotros.  
sed vosotros.  
sean ellos.

II. Conjugación de los verbos regulares en la voz activa. — 323] Tomaremos como modelos de las tres conjugaciones, los verbos amar, temer y partir, respectivamente.

A. EJEMPLO DE LA PRIMERA CONJUGACIÓN

**AMAR**

*Formas simples*

*Formas compuestas*

*Infinitivo* ..... am-ar.

*Gerundio* ..... am-ando.

*Participio* ..... am-ado.

*Infinitivo* ..... haber am-ado.

*Gerundio* ... habiendo am-ado.

MODO INDICATIVO

*Tiempo presente*

SINGULAR

PLURAL

am-o.

am-as.

am-a.

am-amos.

am-áis.

am-an.

*Pretérito imperfecto*

am-aba.

am-abas.

am-aba.

am-ábamos.

am-abais.

am-aban.

*Pretérito indefinido*

am-é.

am-amos.

am-aste.  
am-ó.

am-asteis.  
am-aron.

*Futuro imperfecto*

am-aré.  
am-arás.  
am-ará.

am-aremos.  
am-aréis.  
am-arán.

*Pretérito perfecto*

he am-ado.  
has am-ado.  
ha am-ado.

hemos am-ado.  
habéis am-ado.  
han am-ado.

*Pretérito pluscuamperfecto*

había am-ado.  
habías am-ado.  
había am-ado.

habíamos am-ado.  
habíais am-ado.  
habían am-ado.

*Pretérito anterior*

hube am-ado.  
hubiste am-ado.  
hubo am-ado.

hubimos am-ado.  
hubisteis am-ado.  
hubieron am-ado.

*Futuro perfecto*

habré am-ado.  
habrás am-ado.  
habrá am-ado.

habremos am-ado.  
habréis am-ado.  
habrán am-ado.

MODO POTENCIAL

*Simple o imperfecto*

am-aría.  
am-arías.  
am-aría.

am-aríamos.  
am-aríais.  
am-arían.

*Compuesto o perfecto*

habría am-ado.

habríamos am-ado.

habrías am-ado.  
habría am-ado.

habráis am-ado.  
habrían am-ado.

MODO SUBJUNTIVO

*Presente*

am-e.  
am-es.  
am-e.

am-emos.  
am-éis.  
am-en.

*Pretérito imperfecto*

am-ara o am-ase.      am-áramos o am-ásemos.  
am-aras o am-ases.      am-arais o am-aseis.  
am-ara o am-ase.      am-aran o am-asen.

*Futuro imperfecto*

am-are.  
am-ares.  
am-are.

am-áremos.  
am-areis.  
am-aren.

*Pretérito perfecto*

haya am-ado.  
hayas am-ado.  
haya am-ado.

hayamos am-ado.  
hayáis am-ado.  
hayan am-ado.

*Pretérito pluscuamperfecto*

hubiera o hubiese am-ado. hubiéramos o hubiésemos am-ado  
hubieras o hubieses am-ado. hubierais o hubieseis am-ado.  
hubiera o hubiese am-ado. hubieran o hubiesen am-ado.

*Futuro perfecto*

hubiere am-ado.  
hubieres am-ado.  
hubiere am-ado.

hubiéremos am-ado.  
hubiereis am-ado.  
hubieren am-ado.

MODO IMPERATIVO

*Presente*

Am-a tú.

Am-e él.

Am-emos nosotros.

Am-ad vosotros.

Am-en ellos.

B. EJEMPLO DE LA SEGUNDA CONJUGACIÓN

**TEMER**

MODO INFINITIVO

*Formas simples*

*Formas compuestas*

*Infinitivo* ..... tem-er

*Gerundio* .... tem-iendo.

*Participio* .....tem-ido.

*Infinitivo* ... haber tem-ido

*Gerundio* . habiendo tem-ido.

MODO INDICATIVO

*Tiempo presente*

SINGULAR

PLURAL

tem-o.

tem-es.

tem-e.

tem-emos.

tem éis.

tem-en.

*Pretérito imperfecto*

tem-ía.

tem-ías.

tem-ía.

tem-íamos.

tem-íais.

tem-ían.

*Pretérito indefinido*

tem-í.

tem-iste.

tem-ió.

tem-imos.

tem-isteis.

tem-ieron.

*Futuro imperfecto*

tem-eré.

tem-eremos.

tem-erás.

tem-erá.

tem-eréis.

tem-erán.

*Pretérito perfecto*

he tem-ido

has tem-ido.

ha tem-ido.

hemos tem-ido.

habéis tem-ido.

han tem-ido.

*Pretérito pluscuamperfecto*

había tem-ido.

habías tem-ido.

había tem-ido.

habíamos tem-ido.

habíais tem-ido.

habían tem-ido.

*Pretérito anterior*

hube tem-ido.

hubiste tem-ido.

hubo tem-ido.

hubimos tem-ido.

hubisteis tem-ido.

hubieron tem-ido.

*Futuro perfecto*

habré tem-ido.

habrás tem-ido.

habrá tem-ido.

habremos tem-ido.

habréis tem-ido.

habrán tem-ido.

MODO POTENCIAL

*Simple o imperfecto*

tem-ería.

tem-erías.

tem-ería.

tem-eríamos.

tem-eríais.

tem-erían.

*Compuesto o perfecto*

habría tem-ido.

habrías tem-ido.

habría tem-ido.

habríamos tem-ido.

habrías tem-ido.

habrían tem-ido.

MODO SUBJUNTIVO

*Presente*

tem-a.	tem-amos.
tem-as.	tem-áis.
tem-a.	tem-an.

*Pretérito imperfecto*

tem-iera o tem-iese.	tem-iéramos o tem-iésemos.
tem-ieras o tem-ieses.	tem-ierais o tem-ieseis.
tem-iera o tem-iese.	tem-ieran o tem-iesen.

*Futuro imperfecto*

tem-iere.	tem-iéremos.
tem-ieres.	tem-iereis.
tem-iere.	tem-ieren.

*Pretérito perfecto*

haya tem-ido.	hayamos tem-ido.
hayas tem-ido.	hayáis tem-ido.
haya tem-ido.	hayan tem-ido.

*Pretérito pluscuamperfecto*

hubiera o hubiese tem-ido.	hubiéramos o hubiésemos tem-ido
hubieras o hubieses tem-ido.	hubierais o hubieseis tem-ido
hubiera o hubiese tem-ido.	hubieran o hubiesen tem-ido

*Futuro perfecto*

hubiere tem-ido.	hubiéremos tem-ido.
hubieres tem-ido.	hubiereis tem-ido.
hubiere tem-ido.	hubieren tem-ido.

MODO IMPERATIVO

*Presente*

Tem-e tú.	Tem-amos nosotros.
Tem-a él.	Tem-ed vosotros.
	Tem-an ellos.

C. EJEMPLO DE LA TERCERA CONJUGACIÓN

**PARTIR**

MODO INFINITIVO

*Formas simples*

*Formas compuestas*

*Infinitivo* ..... part-ir.

*Gerundio* ... part-iendo.

*Participio* .... part-ido.

*Infinitivo* .. haber part-ido.

*Gerundio* .. habiendo part-ido.

MODO INDICATIVO

*Tiempo presente*

SINGULAR

PLURAL

part-o.

part-es.

part-e.

part-imos.

part-ís.

part-en.

*Pretérito imperfecto*

part-ía.

part-ías.

part-ía.

part-famos.

part-fáis.

part-fan.

*Pretérito indefinido*

part-í.

part-iste.

part-ió.

part-imos.

part-isteis

part-ieron.

*Futuro imperfecto*

part-iré.

part-irás.

part-irá.

part-iremos.

part-iréis.

part-irán.

*Pretérito perfecto*

he part-ido.

has part-ido.

ha part-ido.

hemos part-ido.

habéis part-ido.

han part-ido.

*Pretérito pluscuamperfecto*

había part-ido.	habíamos part-ido.
habías part-ido.	habíais part-ido.
había part-ido.	habían part-ido.

*Pretérito anterior*

hube part-ido	hubimos part-ido.
hubiste part-ido.	hubisteis part-ido.
hubo part-ido.	hubieron part-ido.

*Futuro perfecto*

habré part-ido.	habremos part-ido.
habrás part-ido.	habréis part-ido.
habrá part-ido.	habrán part-ido.

MODO POTENCIAL

*Simple o imperfecto*

part-iría.	part-iríamos.
part-irías.	part-iríais.
part-iría.	part-irían.

*Compuesto o perfecto*

habría part-ido.	habríamos part-ido.
habrías part-ido.	habríais part-ido.
habría part-ido.	habrían part-ido.

MODO SUBJUNTIVO

*Presente*

part-a.	part-amos.
part-as.	part-áis.
part-a.	part-an.

*Pretérito imperfecto*

part-iera o part-iese.	part-iéramos o part-iésemos.
part-ieras o part-ieses.	part-ierais o part-ieseis.

part-iera o part-iese.      part-ieran o part-iesen.

*Futuro imperfecto*

part-iere.	part-iéremos.
part-ieres.	part-iereis.
part-iere.	part-ieren.

*Pretérito perfecto*

haya part-ido.	hayamos part-ido.
hayas part-ido.	hayáis part-ido.
haya part-ido.	hayan part-ido.

*Pretérito pluscuamperfecto*

hubiera o hubiese part-ido. hubiéramos o hubiésemos part-ido.  
hubieras o hubieses part-ido. hubierais o hubieseis part-ido.  
hubiera o hubiese part-ido. hubieran o hubiesen part-ido.

*Futuro perfecto*

hubiere part-ido.	hubiéremos part-ido.
hubieres part-ido.	hubiereis part-ido.
hubiere part-ido.	hubieren part-ido.

MODO IMPERATIVO

*Presente*

part-e tú.	part-amos nosotros.
part-a él.	part-id vosotros.
	part-an ellos.

**III. Conjugación de la voz pasiva.** — 324] Explicados a su debido tiempo, en 284], el sentido de la *voz pasiva* de los verbos, y las dos maneras principales de formarla, réstanos tan sólo ampliar dichas nociones: lo haremos con algún detalle.

**A. De la pasiva con el verbo SER.** — 325] Una oración completa de *pasiva con el verbo ser*, se compone de «sujeto nominativo, que es paciente y no agente; del verbo *ser* concertando con el sujeto; de un participio

pasivo y de un complemento regido por las preposiciones *de* o *por*, que es el verdadero agente». (ACADEMIA.) Ejemplo: *Yo soy consultado por mis amigos.*

326] Tomaremos como modelo de esta pasiva, la del verbo *consultar*; y para que pueda recordarse con facilidad, haremos notar lo siguiente: *para conjugar un verbo en la presente forma de la voz pasiva, no hay más que conjugar el verbo ser en su voz activa, añadiéndole uniformemente en todos los tiempos y personas el participio del verbo que se conjuga.* También advertimos que, para mayor brevedad, daremos tan sólo la primera persona de singular de cada tiempo.

## CONJUGACIÓN DEL VERBO **CONSULTAR** EN LA VOZ

### PASIVA CON VERBO **SER**

#### MODO INFINITIVO

##### *Formas simples*

##### *Formas compuestas*

*Infinitivo.* Ser consultado.

Haber sido consultado.

*Gerundio.* Siendo consultado.

Habiendo sido consultado.

#### MODO INDICATIVO

##### *Tiempo presente*

Soy consultado, etc.

##### *Pretérito imperfecto*

Era consultado, etc.

##### *Pretérito indefinido*

Fuí consultado, etc.

##### *Futuro imperfecto*

Seré consultado, etc.

##### *Pretérito perfecto*

He sido consultado, etc.

##### *Pretérito pluscuamperfecto*

Había sido consultado, etc.

##### *Pretérito anterior*

Hube sido consultado, etc.

*Futuro perfecto*

Habré sido consultado, etc.

MODO POTENCIAL

*Simple o imperfecto*

Sería consultado, etc.

*Compuesto o perfecto*

Habría sido consultado, etc.

MODO SUBJUNTIVO

*Presente*

Sea consultado, etc.

*Pretérito imperfecto*

Fuera o fuese consultado, etc.

*Futuro imperfecto*

Fuere consultado, etc.

*Pretérito perfecto*

Haya sido consultado, etc.

*Pretérito pluscuamperfecto*

Hubiera sido o hubiese sido consultado, etc.

*Futuro perfecto*

Hubiere sido consultado, etc.

MODO IMPERATIVO

Se *tú* consultado.

Sea *él* consultado.

Seamos *nosotros* consultados.

Señ *vosotros* consultados.

Sean *ellos* consultados.

**B. De la pasiva con se.** — 327] Una oración completa *de pasiva con se*, consta de sujeto, del pronombre *se*, de verbo activo y de complemento agente regido de la preposición *por*. Ejemplo: *Las paces se firmaron por los plenipotenciarios; La cuestión se estudia por los peritos.*

328] Por el hecho de intervenir necesariamente en

esta forma de la voz pasiva el pronombre *se*, resulta que en los tiempos personales sólo tiene la tercera persona de singular o de plural, según los casos.

329] Por lo demás, esta forma no es menos fácil de retener que la anterior, pues sólo consiste en *conjugarse el verbo que sea necesario, en la voz activa y como si fuese unipersonal, y anteponiéndole el pronombre se*, salvo en el Imperativo y formas del Infinitivo, en que se *pospone*.

330] Como ejemplo, daremos la

### CONJUGACIÓN DEL VERBO **FIRMAR** EN LA VOZ PASIVA CON **SE**

#### MODO INFINITIVO

##### *Formas simples*

##### *Formas compuestas*

<i>Infinitivo</i> .....	Firmarse.	Haberse firmado.
<i>Gerundio</i> .....	Firmándose.	Habiéndose firmado.
<i>Participio</i> .....	Firmándose.	

#### MODO INDICATIVO

##### *Tiempo presente*

Se firma o se firman.

##### *Pretérito imperfecto*

Se firmaba o se firmaban.

##### *Pretérito indefinido*

Se firmó o se firmaron.

##### *Futuro imperfecto*

Se firmará o se firmarán.

##### *Pretérito perfecto*

Se ha firmado o se han firmado.

##### *Pretérito pluscuamperfecto*

Se había firmado o se habían firmado.

##### *Pretérito anterior*

Se hubo firmado o se hubieron firmado.

##### *Futuro perfecto*

Se habrá firmado o se habrán firmado.

MODO POTENCIAL

*Simple o imperfecto*

Se firmaría o se firmarían.

*Compuesto o perfecto*

Se habría firmado o se habrían firmado.

MODO SUBJUNTIVO

*Tiempo presente*

Se firme o se firmen.

*Pretérito imperfecto*

Se firmara o firmase, o se firmarían o firmasen.

*Futuro imperfecto*

Se firmare o se firmaren.

*Pretérito perfecto*

Se haya firmado o se hayan firmado.

*Pretérito pluscuamperfecto*

Se hubiera o hubiese firmado, o se hubieran o hubiesen firmado.

*Futuro perfecto*

Se hubiere firmado o se hubieren firmado.

MODO IMPERATIVO

Fírmese o firmense.

**IV. Conjugación de los verbos irregulares.—331]**

Los *verbos irregulares* se dividen, para su estudio, en dos grandes conjuntos: los verbos irregulares de *irregularidad común*, es decir aquellos que pueden reunirse en clases más o menos numerosas, por ofrecer unas mismas irregularidades; y los de *irregularidad propia*, o sea no compartida por otros verbos. Vamos a considerar cada conjunto separadamente.

**A. Verbos de irregularidad común. — 332]** Con los verbos de *irregularidad común*, creemos oportuno formar las siete clases siguientes, caracterizadas cada una de ellas por un mismo género de irregularidad; advirtiendo que en los ejemplos respectivos no incluire-

mos sino los tiempos o personas que presenten alguna irregularidad.

## I

333] Los verbos de esta clase mudan **e** en **ie**, **i** en **ie**, **o** en **ue** y **u** en **ue**, en todas aquellas personas de su conjugación en que el acento recae sobre dichas vocales **e**, **i**, **o**, **u**.

334] Pasamos a exponer cada uno de estos grupos aisladamente.

**Cambian e en ie** — 335] A este grupo pertenecen muchos verbos de la primera y segunda conjugación, en cuya penúltima sílaba entre la **e**, y los de la tercera, *concernir* (que es además *defectivo*) y *discernir*. Ejemplo:

### ACERTAR

*Pres. de Indic.:* Acierto, aciertas, acierta, aciertan.

*Pres. de Subj.:* Acierte, aciertes, acierte, acierten.

*Imperativo:* Acierta, acierte, acierten.

**Cambian i en ie.** — 336] A este grupo pertenecen los terminados en **irir**. Ejemplo:

### ADQUIRIR

*Pres. de Indic.:* Adquiero, adquieres, adquiere, adquieren.

*Pres. de Subj.:* Adquiera, adquieras, adquiera, adquieran.

*Imperativo:* Adquiere, adquiera, adquieran.

**Cambian o en ue.** — 337] Muchos verbos de la primera y segunda conjugación con **o** en la penúltima sílaba, la cambian en **ue**. Ejemplo:

### CONTAR

*Pres. de Indic.:* Cuento, cuentas, cuenta, cuentan.

*Pres. de Subj.:* Cuente, cuentes, cuente, cuenten.

*Imperativo:* Cuenta, cuente, cuenten.

**Cambian u en ue.** — 338] En este grupo no hay más que el verbo jugar. Sus formas irregulares son:

*Pres. de Indic.:* Juego, juegas, juega, juegan.

*Pres. de Subj.:* Juegue, juegues, jueguen.

*Imperativo:* Juega, juegue, jueguen.

## II

339] — Los verbos de esta clase, que son servir y todos los terminados en **ebir**, **edir**, **egir**, **eguir**, **emir**, **enchr**, **endir**, **estir** y **etir**, mudan la **e** de la penúltima sílaba en **i**, en todas aquellas personas en que no figura ninguna **i** tónica con posterioridad a dicha **e**, salvo en el futuro imperfecto de Indicativo. Ejemplo:

### PEDIR

*Gerundio:* Pidiendo.

*Pres. de Indic.:* Pido, pides, pide, piden.

*Pret. ind. id.:* Pidió, pidieron.

*Pres. de Subj.:* Pida, etc., (Todo el tiempo).

*Pret. imperf. id.:* Pidiera o pidiese, etc., (Todo el tiempo).

*Fut. imp. id.:* Pidiere, etc., (Todo el tiempo).

*Imperativo:* Pide, pida, pidamos, pidan.

## III

340] En esta clase hay dos grupos de verbos: los que mudan en ciertos casos la penúltima **e** en **ie** y otras veces en **i**; y los que en las mismas condiciones cambian la penúltima **o**, a veces en **ue** y a veces en **u**.

**Cambian la e en ie o en i.** — 341] Este grupo, al cual pertenecen los verbos **hervir** y **rehervir** y todos los terminados en **entir**, **erir** y **ertir**, no es más que una combinación del primer grupo de las clases I y II: de manera que mudan la penúltima **e** en **ie**, de acuerdo con lo dicho más arriba en 335], y la misma penúltima **e** en **i**, siguiendo la norma expuesta en 339]. Ejemplo:

### SENTIR

*Gerundio:* Sintiendo.

*Pres. de Ind.:* Siento, sientes, siente, sienten.

*Pret. indef. de id.:* Sintió, sintieron.

*Pres. de Subj.:* Sienta, etc., (Todo el tiempo).

*Pret. imp. de id.:* Sintiera o sintiese, etc., (Todo el tiempo)

*Fut. imperf. de id.:* Sintiere, etc., (Todo el tiempo).

*Imperativo:* Siente, sienta, sintamos, sientan.

**Cambian la o en ue o en u. — 342]** Pertenecen a este grupo únicamente los verbos **dormir** y **morir** y sus compuestos.

343] Estos verbos mudan la **o** penúltima en **ue**, en los casos indicados más arriba en 337], y en **u** en todas aquellas personas en que posteriormente a dicha vocal no hay ninguna **i** tónica, salvo el futuro imperfecto de Indicativo. Ejemplo:

### DORMIR

*Gerundio:* Durmiendo.

*Pres. de Indic.:* Duermo, duermes, duerme, duermen.

*Pret. indef. de id.:* Durmió, durmieron.

*Pres. de Subj.:* Duerma, etc. Durmamos, duerman.

*Pret. imp. de id.:* Durmiera o durmiese, etc., (Todo el tiempo).

*Fut. imp. de id.:* Durmiere, etc., (Todo el tiempo).

*Imperativo:* Duerme, duerma, durmamos, duerman.

### IV

344] «Todos los terminados en **añer**, **añir**, **iñir** y **uñir**, y en **eller** y **ullir**.

345] «Su única irregularidad consiste en no tomar la **i** que en algunas de sus desinencias tienen los verbos regulares de la segunda y tercera conjugación; v. gr.: *tañó*, *mulló*, *tañera*, *mullera*, en vez de *tañió*, *muñió*, *tañiera*, *mulliera*; lo cual se origina de no prestarse en nuestra lengua la **ll** ni la **ñ** a preceder a los diptongos **io**, **ie**, formando sílaba con ellos». (ACADEMIA). Ejemplos:

### TAÑER

*Gerundio:* Tañendo.

*Pret. imp. de Subj.:* Tañera o tañese, etc., (Todo el tiempo).

*Futuro imp. de id.:* Tañere, etc., (Todo el tiempo).

## MULLIR

*Gerundio*: Mullendo.

*Pret. imp. de Subj.*: Mullera o mullese, etc., (Todo el tiempo)

*Fut. imp. de id.*: Mullere, etc., (Todo el tiempo).

## V

346] Esta clase ofrece sumadas en sus verbos las irregularidades que hemos consignado en II y en IV.

347] Pertenecen a ella todos los verbos terminados en *eir* y *eñir*.

348] Estos verbos mudan en varios tiempos y personas la *e* de la penúltima sílaba en *i*, como los verbos de la clase II; y además ofrecen la irregularidad de la clase IV, que consiste en no tomar en algunas de sus desinencias la *i* de las regulares. Ejemplo:

## REÍR

*Gerundio*: Riendo.

*Pres. de ind.*: Ríe, ríes, ríe, ríen.

*Pret. indef. de id.*: Rió, rieron.

*Pres. de Subj.*: Ría, etc., (Todo el tiempo).

*Pret. imp. de id.*: Riera o riese, etc., (Todo el tiempo).

*Fut. imp. de id.*: Riere, etc., (Todo el tiempo).

*Imperativo*: Ríe, ría, ríamos, rían.

## VI

349] A esta clase pertenecen los verbos que en algunos tiempos y personas toman las letras *z*; *g* y *d*; o *y*. De ahí tres grupos de verbos que vamos a considerar.

**Toman z.** — 350] Pertenecen a este grupo todos los verbos terminados en *acer*, *ecer*, *ocer* y *ucir*, menos *mecer* y sus derivados, que son regulares, y *hacer* y sus compuestos, como también *cocer* y los suyos, que tienen otros géneros de irregularidad.

351] Los verbos *placer* y *yacer*, así como también los terminados en *ducir*, además de la irregu-

aridad común a este grupo, tienen otras de que hablaremos oportunamente.

352] Los verbos comprendidos en el presente grupo toman una **z** antes de la última **e** radical, en todos los tiempos y personas en que, después de dicha **c**, figuran las vocales **a**, **o**. Ejemplo:

### NACER

*Pres. de Indic.:* Nazco.

*Pres. de Subj.:* Nazca, etc., (Todo el tiempo).

*Imperativo:* Nazca, nazcamos, nazcan.

**Toman g y d** — 353] Pertenecen a este grupo los verbos **valer** y **salir** y sus compuestos.

354] Estos verbos toman una **g**, después de la **l** radical, ante las terminaciones que empiezan con **a**, **o**; toman una **d** en el mismo sitio, en vez de la **e** y la **i** de las terminaciones regulares **eré**, **iré**; **ería**, **iría**; y, además, en la segunda persona de singular del Imperativo, pierden la desinencia **e**. Ejemplo:

### SALIR

*Pres. de Ind.:* Salgo.

*Fut. imp. de id.:* Saldré, etc., (Todo el tiempo).

*Pot. simp.:* Saldría, etc., (Todo el tiempo).

*Pres. de Subj.:* Salga, etc., (Todo el tiempo).

*Imperativo:* Sal, salga, salgamos, salgan.

**Toman y.** — 355] A este grupo pertenecen todos los verbos terminados en **uir**, menos **inmiscuir**, que es regular.

356] Estos verbos toman una **y** después de la **u** radical, ante las terminaciones que comienzan con las vocales **a**, **e**, **o**. Ejemplo:

### HUIR

*Pres. de Ind.:* Huyo, huyes, huye, huyen.

*Pres. de Subj.:* Huya, etc., (Todo el tiempo).

*Imperativo:* Huye, huya, huyamos, huyan.

VII

357] A esta clase pertenecen todos los verbos terminados en **ducir**.

358] Tienen todos la misma irregularidad que los verbos del primer grupo de la clase anterior, y además estas otras: mudan en algunas personas la **c** radical en **j**; en otras experimentan el mismo cambio y dejan de tomar la primera letra de las terminaciones regulares; y, por fin, en la primera y tercera persona de singular del pretérito perfecto de Indicativo tienen las terminaciones **e**, **o** átonas, en vez de las regulares **í**, **ío** tónicas. Ejemplo:

**CONducIR**

*Pres. de Ind.:* Conduzco.

*Pret. indef. de id.:* Conduje, etc., (Todo el tiempo).

*Pres. de Subj.:* Conduzca, etc., (Todo el tiempo).

*Pret. imp. de id.:* Condujera o condujese, etc., (Todo el tiempo).

*Fut. imp. de id.:* Condujere, etc., (Todo el tiempo).

*Imperativo:* Conduzca, conduzcamos, conduzcan.

**B. Verbos de irregularidad propia.** — 359] Damos a continuación los verbos de *irregularidad especial* del idioma, ateniéndonos, como para los anteriores, sólo a los tiempos o personas irregulares.

360] **ANDAR**

*Pretérito indefinido de Indicativo:* Anduve, anduviste, anduvo, anduvimos, anduvisteis, anduvieron.

*Pretérito imperfecto de Subjuntivo:* Anduviera o anduviese, anduvieras o anduvieses, etc.

*Futuro imperfecto:* Anduviere, anduvieres, anduviere, etc.

361] **ASIR**

*Presente de Indicativo:* Asgo.

*Presente de Subjuntivo:* Asga, asgas, asga, asgamos, asgáis, asgan.

*Imperativo:* Asga, asgamos, asgan,

### 362] CABER

*Presente de Indicativo:* Quepo.

*Prctérito indefinido:* Cupe. cupiste, cupo, cupimos, cupis teis, cupieron.

*Futuro imperfecto:* Cabré, cabrás, cabrá, cabremos, cabréis, cabrán.

*Potencial simple:* cabría, cabrías, cabría, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Quepa, quepas, quepa, quepamos, quepáis, quepan.

*Prctérito imperfecto:* Cupiera o cupiese, etc.

*Futuro imperfecto:* Cupiere, cupieres, cupiere, etc.

*Imperativo:* Quepa. quepamos, quepan.

### 363] CAER

*Presente de Indicativo:* Caigo.

*Presente de Subjuntivo:* Caiga, caigas, caiga, caigamos, caigáis, caigan.

*Imperativo:* Caiga, caigamos, caigan.

### 364] DAR

*Presente de Indicativo:* Doy.

*Prctérito indefinido:* Di, diste, dió, dimos, disteis, dieron.

*Prctérito imperfecto de Subjuntivo:* Diera o diese, dieras o dieses, etc.

*Futuro imperfecto:* Diere, dieres, diere, diéremos, etc.

### 365] DECIR

*Presente de Indicativo:* Digo, dices, dice, dicen.

*Prctérito indefinido:* Dije, dijiste, dijo, dijimos, etc.

*Futuro imperfecto:* Diré, dirás, dirá, diremos, diréis, dirán.

*Potencial simple:* Diría, dirías, diría, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Diga, digas, diga, digamos, etc.

*Prctérito imperfecto:* Dijera o dijese, etc.

*Futuro imperfecto:* Dijere, dijeres, dijere, dijéremos, etc.

*Imperativo:* Di, diga, digamos, digan.

### 366] ERGUIR

*Presente de Indicativo:* Irgo o yergo, irgues o yergues, irgue o yergue, irguen o yerguen.

*Pretérito indefinido:* Irguíó, irguieron.

*Presente de Subjuntivo:* Irga o yerga, irgas o yergas, irga o yerga, irgamos o yergamos. irgáis o yergáis, irgan o yergan.

*Pretérito imperfecto:* Irguiera o irguiese, irguieras o irguieses, etc.

*Futuro imperfecto:* Irguiere, irguieres, irguiere, irguiéremos, irguiereis, irguieren.

*Imperativo:* Irgue o yergue tú, irga o yerga, irgamos o yergamos, irgan o yergan.

*Gerundio.* Irguiendo.

### 367] ESTAR

*Presente de Indicativo:* Estoy, estás, está, están.

*Pretérito indefinido:* Estuve, estuviste, estuvo, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Esté, estés, esté, estén.

*Pretérito imperfecto:* Estuviera o estuviese, estuvieras o estuvieses, estuviera o estuviese, etc.

*Futuro imperfecto:* Estuviere, estuvieres, estuviere, estuviéremos, estuviereis, estuvieren.

*Imperativo:* Está, esté, estén.

### 368] HABER

*Presente de Indicativo:* He, has, ha, hemos, han.

*Pretérito indefinido:* Hube, hubiste. hubo, etc.

*Futuro imperfecto:* Habré, habrás, habrá, habremos, habréis, habrán.

*Presente de Subjuntivo:* Haya, hayas, haya, hayamos, hayáis, hayan.

*Potencial simple:* Habría, habrías, habría, habríamos, habrías, habrían.

*Imperativo:* He, haya, hayamos, hayan.

### 369] HACER

*Presente de Indicativo:* Hago.

*Preterito indefinido*: Hice, hiciste, hizo, hicimos, hicisteis, hicieron.

*Futuro imperfecto*: Haré, harás, hará, haremos, haréis, harán.

*Potencial simple*: Haría, harías, haría, etc.

*Presente de Subjuntivo*: Haga, hagas, haga, hagamos, hagáis, hagan.

*Preterito imperfecto*: Hiciera o hiciese, etc.

*Futuro imperfecto*: Hiciere, hicieres, hiciere, etc.

*Imperativo*: Haz, haga, hagamos, hagan.

### 370] IR

*Presente de Indicativo*: Voy, vas, va, vamos, vais, van.

*Preterito imperfecto*: Iba, ibas, iba, íbamos, ibais, iban.

*Preterito indefinido*: Fuí, fuiste, fué, fuimos, etc.

*Futuro imperfecto*: Iré, irás, irá, iremos, iréis, irán.

*Potencial simple*: Iría, irías, iría, etc.

*Presente de Subjuntivo*: Vaya, vayas, vaya, vayamos, etcétera.

*Preterito imperfecto*: Fuera o fuese, fueras o fueses, fueran o fuesen, etc.

*Futuro imperfecto*: Fuere, fueres, fuere, fuéremos, etc.

*Imperativo*: Ve, vaya, vayamos, id, vayan.

*Gerundio*: Yendo.

### 371] OÍR

*Presente de Indicativo*: Oigo, oyes, oye, oyen.

*Presente del Subjuntivo*: Oiga, oigas, oiga, oigamos, etc.

*Imperativo*: Oye, oiga, oigamos, oigan.

### 372] PLACER

1.—Este verbo se presenta con tres radicales distintas: **plac**, **plug** y **pleg**.

2.—Con la radical **plac** puede conjugarse en todos los tiempos y personas, y en ese caso no ofrece irregularidad especial, sino las comunes consignadas en 350] a 352], tomando por modelo a *nacer*.

3. La irregularidad especial de este verbo consiste en

que a la radical **plac** puede sustituir **plug** en el pretérito indefinido de Indicativo y pretérito imperfecto y futuro imperfecto de Subjuntivo, y **pleg** en el presente de Subjuntivo, con la advertencia de que hoy esos cambios no suelen admitirse sino en algunas terceras personas que se indican a continuación. Tenemos pues:

*Pretérito indefinido de Indicativo:* Plugo, pluguieron.

*Presente de Subjuntivo:* Plega (o plegue).

*Pretérito imperfecto:* Pluguiera o pluguiese.

*Futuro imperfecto:* Pluguiere.

### 373] PODER

*Presente de Indicativo:* Puedo, puedes, puede, pueden.

*Pretérito indefinido:* Pude, pudiste, pudo, etc.

*Futuro imperfecto:* Podré, podrás, podrá, etc.

*Potencial simple:* Podría, podrías, podría, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Pueda, puedas, pueda, puedan.

*Pretérito imperfecto:* Pudiera o pudiese, pudieras o pudieses, pudiera o pudiese, etc.

*Futuro imperfecto:* Pudiere, pudieres, pudiere, etc.

*Imperativo:* Puede, pueda, puedan.

### 374] PODRIR o PUDRIR

Se prefiere la segunda forma menos en el participio pasivo, que hace siempre *podrido*.

### 375] PONER

*Presente de Indicativo:* Pongo.

*Pretérito indefinido:* Puse, pusiste, puso, pusimos, etc.

*Futuro imperfecto:* Pondré, pondrás, pondrá, etc.

*Potencial simple:* Pondría, pondrías, pondría, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Ponga, pongas, ponga, pongamos, etcétera.

*Pretérito imperfecto:* Pusiera o pusiese, etc.

*Futuro imperfecto:* Pusiere, pusieres, pusiere, pusiéremos, etcétera.

*Imperativo:* Pon, ponga, pongamos, pongan.

### 376] QUERER

*Presente de Indicativo:* Quiero, quieres, quiere, quieren.

*Pretérito indefinido:* Quise, quisiste, quiso, quisimos, etc.

*Futuro imperfecto:* Querré, querrás, querrá, querremos, etcétera.

*Potencial simple:* Querría, querrías, querría, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Quiera, quieras, quiera, quie an.

*Pretérito imperfecto:* Quisiera o quisiese, etc.

*Futuro imperfecto:* Quisiere, quisieres, quisiere, etc.

*Imperativo:* Quiere, quiera, quieran.

### 377] SABER

*Presente de Indicativo:* Sé.

*Pretérito indefinido:* Supe, supiste, supo, supimos, etc.

*Futuro imperfecto:* Sabré, sabrás, sabrá, sabremos, sabréis, sabrán.

*Potencial simple:* Sabría, sabrías, sabría, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Sepa, sepas, sepa, sepamos,

*Pretérito imperfecto:* Supiera o supiese, etc.

*Futuro imperfecto:* Supiere, supieres, supiere, etc.

*Imperativo:* Sepa, sepamos, sepan.

### 378] SER

(Véase su conjugación en 322] B)

### 379] TENER

*Presente de Indicativo:* Tengo, tienes, tiene, tienen.

*Pretérito indefinido:* Tuve, tuviste, tuvo, tuvimos, etc.

*Futuro imperfecto:* Tendré, tendrás, tendrá, tendremos, etcétera.

*Potencial simple:* Tendría, tendrías, tendría, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Tenga, tengas, tengamos, etc.

*Pretérito imperfecto:* Tuviera o tuviese, etc.

*Futuro imperfecto:* Tuviere, tuvieres, tuviere, etc.

*Imperativo:* Ten, tenga, tengamos. tengan.

### 380] TRAER

*Presente de Indicativo:* Traigo.

*Pretérito indefinido:* Traje, trajiste, traje, trajimos, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Traiga, traigas, traiga, traigamos, etc.

*Futuro imperfecto:* Trajere, trajeres, trajere, trajéremos, etc.

*Imperativo:* Traiga, traigamos, traigan.

### 381] VENIR

*Presente de Indicativo:* Vengo, vienes, viene, vienen.

*Pretérito indefinido:* Vine, viniste, vino, vinimos, etc.

*Futuro imperfecto:* Vendré, vendrás, vendrá, vendremos, etcétera.

*Potencial simple:* Vendría, vendrías, vendría, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Venga, vengas, venga, vengamos, vengáis, vengan.

*Pretérito imperfecto:* Viniera o viniese, etc.

*Futuro imperfecto:* Viniere, vinieres, viniere, etc.

*Imperativo:* Ven, venga, vengamos, vengan.

*Gerundio:* Viniendo.

### 382] VER

*Presente de Indicativo:* Veo.

*Pretérito imperfecto:* Veía, veías, veía, veíamos, etc.

*Presente de Subjuntivo:* Vea, veas, vea, veamos, etc.

*Imperativo:* Ve, veamos, vean.

### 383] YACER

*Presente de Indicativo:* Yazco, yazgo, o yago.

*Presente de Subjuntivo:* Yazca, yazga o yaga, yazcas, yazgas o yagas, yazca, yazga o yaga, yazcamos, yazgamos o yagamos, yazcáis, yazgáis o yagáis, yazcan, yazgan o yagan.

*Imperativo:* Yace o yaz tú, yazca, yazgo o yaga él, yazcamos, yazgamos o yagamos nosotros, yazcan, yazgan o yagan ellos.

V. Conjugación de los verbos defectivos propiamente dichos y unipersonales. — 384] No suele ser empresa fácil determinar cuáles son en un idioma los verbos verdaderamente *defectivos*, es decir, los que no se conjugan en ciertos tiempos y personas.

385] Los que más probabilidades tienen de ser verda-

deramente **defectivos** en castellano, son los que enumeramos a continuación.

386] Empezaremos mencionando toda una serie de verbos que no se emplean sino en aquellas personas que en sus desinencias tienen la vocal **i**. Tales son: **abolir**, **aguerrir**, **arrecirse**, **aterirse**, **colorir**, **denegrir**, **despavorir**, **embaír**, **empedernir**, **garantir**, **manir**, y algún otro.

387] Algunos verbos de este grupo pueden suplir las formas de que carecen por la razón expuesta, mediante las correspondientes de otros verbos de igual significado. Son los siguientes:

1. — **Colorir**, que se vale para ello de su homólogo *colorear*, regular y completo; en lugar, pues, de: *yo coloro*, *tú coloras*, etc.; se dirá: *yo coloreo*, *tú colorea*s, etcétera.

2. — **Denegrir**, completado por *denegrecer*, regular; se dirá, pues, *él denegrece*, etc.

3. — En cuanto al verbo **escarnir**, que a no haber quedado anticuado pertenecería a la clase expuesta, se ha visto desalojado por *escarnecer*, regular y completo.

4. — **Garantir**, al que *garantizar*, también regular y completo, presta la misma ayuda; en vez de *yo garanto*, *tú garantas*, etc., se emplearán por consiguiente las formas *yo garantizo*, *tú garantizas*, etc.

388] **Balbuair** y **blandir**, pertenecen en cierto modo a la clase que acabamos de estudiar en 386], con la diferencia de que, tratándose de estos verbos, son permitidas, además de las formas con **i** en la desinencia, también las que tienen **e**. Se admite pues, *él balbuca*, *ellos balbuca*n; *él blanda*, *ellos blanda*n. Sólo son de rechazarse en absoluto las formas con **a**, **o** después de la última consonante radical.

389] Los citados verbos *balbuair* y *blandir* suplen las formas que les faltan, tomándolas de los verbos *balbucaer* y *blandear*, regulares y completos. No se dirá, pues, *yo balbuca*, etc., sino *yo balbuca*o, etc.; *tú blanda*s, etc., sino *tú blanda*eas, etc.

390] Fuera de las citadas clases, merecen señalarse algunos defectivos más. Los principales son:

1.—**Adir**, verbo forense, del cual dice Cuervo no haber visto sino apenas el infinitivo.

2.—**Aplacer**, empleado especialmente en las formas: *aplace, aplacen; aplacia, aplacian*.

3.—«**Concernir** empléase únicamente, por su significación, en terceras personas; en el gerundio, *concerniendo*, y en el participio activo, *concerniente*; y rara vez se habrá usado en más tiempos que en los presentes de Indicativo y Subjuntivo, *concierne, conciernen; concierne, conciernan*, y en el pretérito imperfecto del primero de estos dos modos, *concernía, concernían*». (ACADEMIA.)

4.—De **preterir**, forense, no menciona Cuervo sino las formas *preterir y preterido*.

5.—«**Soler** se usa en todas las personas del presente y pretérito imperfecto de Indicativo, *suelo, sueles*, etc.; *solía, solías*, etc.; y también, aunque no tanto, en las del presente del Subjuntivo, *suela, suelas*, etc. El pretérito indefinido, *solí*, es muy poco usado; el participio pasivo, *solido*, se emplea sólo en el pretérito perfecto: *he, has, ha solido*, etc.; y tampoco se usa en el mismo Infinitivo *soler*, que únicamente sirve para nombrar este verbo». (ACADEMIA.)

6.—**Usucapir**, forense, es difícil que se emplee en otras formas que el presente de Infinitivo.

391] A la gran clase de los **unipersonales**, es decir de los verbos que sólo se conjugan en el modo Infinitivo y en la tercera persona de singular o de plural, o en ambas, de todos los tiempos, pertenecen por de pronto todos aquellos verbos que son *unipersonales por naturaleza*, y que ya hemos tenido oportunidad de mencionar en 277], con el nombre de *impersonales absolutos*, como **llover, tronar, relampaguear, atañer**, etc.; y además todos los que, a pesar de poder ser regularmente completos, empleamos dejando en la indeterminación al sujeto o al agente, según se advierte en los

ejemplos siguientes: **Habr**á guerras; **Hace** mal tiempo; **Importa** triunfar; **Dicen** muchas cosas; **Le** hurtaron un libro; **Le** dieron de golpes; riñen allí, etc.

392] Los verbos en voz pasiva con *se*, pertenecen a esta clase, como resulta de lo expuesto en 327].

## TABLA DE VERBOS

### IRREGULARES Y DEFECTIVOS CASTELLANOS

393] Como norma general aplicable a numerosos casos contenidos en la presente tabla, diremos lo siguiente: Cuando la irregularidad consiste en la transformación de una vocal en diptongo, son irregulares dentro de un grupo determinado los verbos con los cuales coexisten sustantivos y adjetivos en que se halle aquel diptongo, y regulares los demás. Así, por ejemplo, entre los verbos en **ernar**, son irregulares **governar** e **invern**ar, por corresponderles sustantivos como *gobierno* e *invierno*, y por esa razón se dice: *Yo gobierno*; la hacienda **invierna**, etc.; pero, en cambio, serán regulares **alternar**, **empernar**, etc., por corresponderles adjetivos como *alterno*, sustantivos como *perno*, etc.

394] Sentado lo anterior, damos a continuación los verbos ordenados y agrupados según su terminación, indicando al margen el número del párrafo en que se explica la manera de conjugarlos.

#### *Aber*

395]	<b>Caber</b> .....	362]
396]	<b>Haber</b> .....	368]
397]	<b>Saber</b> y sus compuestos .....	377]

#### *Acer*

398]	<b>Hacer</b> y sus compuestos .....	369]
399]	<b>Rarefac</b> er y <b>satisfac</b> er son derivados como los demás de <i>hacer</i> , con la única diferencia de llevar <b>f</b> en vez de <b>h</b> al comienzo de su segunda parte, y como tales derivados su conjugación	

se ajusta a lo expuesto en 369]. «Es, por tanto, reprehensible decir, *satisfaciera*, *satisfaciese*, etc.; *satisfaciere*, etc., en vez de *satisficiera*, *satisficiese*, etc.; *satisficiere*, etc. (ACADEMIA.) **Satisfacer** tiene además dos formas para la 2.<sup>a</sup> persona singular del Imperativo: *Satisfaz* y *satisface*.

400]	<b>Nacer</b> , <b>pacer</b> y sus compuestos .....	349]	a	352]
401]	<b>Placer</b> .....			372]
402]	<b>Aplacer</b> (defectivo, ver 390] 2), <b>complacer</b> y <b>desplacer</b> o <b>displacer</b> , a pesar de ser derivados de <i>placer</i> , no tienen todas las irregularidades de este verbo, sino tan sólo las consignadas en . . . . .	349]	a	352]
	Con todo, hay ejemplos de la forma <i>complugo</i> .			
403)	<b>Yacer</b> . . . . .			383]

*Aer*

404]	<b>Caer</b> y sus compuestos .....			363]
405]	<b>Raer</b> . Este verbo puede adoptar dos clases de irregularidades: las de <i>caer</i> (v. 363]); o las de los verbos en <i>uir</i> , (v. 355] y 356]), pero reducidas en el presente de Indicativo a la 1. <sup>a</sup> persona del singular: <i>Yo rayo</i> , siendo las demás regulares.			

406]	<b>Traer</b> y sus compuestos .....			380]
------	-------------------------------------	--	--	------

*Air*

407]	<b>Embaír</b> .....			386]
------	---------------------	--	--	------

*Aler*

408]	<b>Valer</b> y sus compuestos .....	353]	y	354]
------	-------------------------------------	------	---	------

*Alir*

409]	<b>Salir</b> y sus compuestos .....	353]	y	354]
------	-------------------------------------	------	---	------

*Andar*

410]	<b>Andar</b> y sus compuestos .....			360]
------	-------------------------------------	--	--	------

*Anir*

411] **Manir** ..... 386]

*Antir*

412] **Garantir** ..... 387] 4.

*Añer*

413] **Atañer y tañer** ..... 344] y 345]

*Añir*

414] **Todos** ..... 344] y 345]

*Apir*

415] **Usucapir** ..... 390] 6.

*Asir*

416] **Asir y sus compuestos** ..... 361]

*Dar*

417] **Dar** ..... 364]

*Ducir*

418] **Todos** ..... 357] y 358]

*Ebir*

419] **Concebir** ..... 339]

*Ebrar*

420] **Alebrarse y quebrar y todos sus compuestos** ..... 333] a 335]

421] Los demás son regulares: *celebrar, enhebrar*, etc.

*Ecer*

422] **Todos, menos mecer y remecer, que son regulares** ..... 349] a 352]

*Ecir*

- 423] **Arrecirse** es defectivo, y no se emplea sino en personas en que no tiene irregularidad 386]  
424] **Decir** ..... 365]  
425] «Los verbos *compuestos de decir*, como **bendecir**, **contradecir**, **maldecir**, etc., tienen las mismas irregularidades que el simple, exceptuados los tiempos del cuarto grupo (*bendeciré*, *bendecirás*, etc.; *bendeciría*, *bendecirías*, etc.), que son regulares, y la segunda persona de singular del modo imperativo (*bendice tú*, *maldice tú*, etc.), en que no se apocopa la sílaba *ce*». (ACADEMIA).

*Eder*

- 426] **Heder** ..... 333] a 335]  
427] Los demás en **eder** son regulares: *ceder*, *conceder*, *exceder*, etc.

*Edir*

- 428] **Todos** ..... 339]

*Edrar*

- 429] **Empedrar** y sus compuestos..... 333] a 335]  
430] Los demás en **edrar** son regulares: *arredrar*, *medrar*, etc.

*Egar*

- 431] **Cegar**, **estregar** y sus compuestos (aunque este verbo se ha conjugado como regular: *Yo, que te estrego*, *burra de mi suegro*), **fregar** y sus compuestos, **negar** y sus compuestos, **plegar** y sus compuestos, **regar** y sus compuestos, **segar** y sus compuestos, **sosegar** y sus compuestos, y **trasegar** ..... 333] a 335]  
432] Los restantes en **egar** son regulares: *anegar* (no es compuesto de *negar*), *bregar*, *entregar*, etc.

*Egir*

433] Todos ..... 339]

*Eguir*

434] **Seguir** y sus compuestos ..... 339]

*Eir*

435] Todos . ..... 346] a 348]

*Elar*

436] **Helar** y sus compuestos, **melar** y sus compuestos ..... 333] a 335]

437] Los demás en **elar** son regulares: *anhe- lar, celar, modelar*, etc.

*Eller*

438] **Empeller** ..... 344] y 345]

*Emblar*

439] **Temblar** y sus compuestos ..... 333] a 335]

*Embrar*

440] **Desmembrar, sembrar** y sus compues- tos ..... 333] a 335]

441] **Machihembrar** es regular.

*Emir*

442] **Gemir** ..... 339]

*Enchir*

443] **Henchir** y sus compuestos ..... 339]

*Endar*

444] **Arrendar** y sus derivados, **encomendar, enmendar, hacendar, merendar, recomendar, remendar** ..... 333] a 335]

445] Los restantes en **endar** son regulares:  
*prender, refrendar, vendar, etc.*

*Ender*

446] **Ascender, defender, descender** y sus compuestos, **encender, hender, tender** y sus compuestos, **transcender** o **trascender** 333] a 335]

447] Los demás en **ender** son regulares:  
*aprender, ofender, pretender, etc.*

*Endir*

448] **Rendir** ..... 339]

*Endrar*

449] **Deslendar** ..... 333] a 335]

450] Los demás en **endrar** son regulares:  
*acendrar, engendrar, etc.*

*Ener*

451] **Tener** y sus compuestos ..... 379]

*Engar*

452] **Derrengar** ..... 333] a 335]

453] Los demás en **engar** son regulares: *arengar, devengar, vengar, etc.*

*Enir*

454] **Venir** y sus compuestos ..... 381]

*Ensar*

455] **Incensar, pensar** y sus compuestos 333] a 335]

456] Los restantes en **ensar** son regulares:  
*aprensar, condensar, dispensar, etc.*

*Entar*

457] **Acrecentar, alentar** y sus compuestos, **apacentar, calentar** y sus compuestos, **cimentar, decentar, dentar** y sus compuestos, **empa-**

rentar, encentar, ensangrentar, escarmentar, mentar, recentar, regimentar, salpimentar, sarmentar, sementar, sentar y sus compuestos, tentar y sus compuestos, ventar y sus compuestos ..... 333] <sup>7</sup> 335]

458] **Atentar**, cuando es derivado de *tentar*, es decir en la acepción anticuada de dicho verbo y en la del reflexivo *atentarse*, sigue la irregularidad del principal, como queda expuesto. Pero cuando significa *cometer atentado*, es regular.

459] Los restantes en **entar** son regulares.

*Entir*

460] Todos ..... 340] y 341]

*Enzar*

461] **Comenzar, enlenzar, jimenzar**..... 333] a 335]

462] Los restantes en **enzar** son regulares: *trenzar* y sus compuestos.

*Eñir*

463] Todos ..... 346] a 348]

*Erbar*

464] **Herbar** y sus compuestos ..... 333] a 335]

465] Los restantes en **erbar** y los terminados en *ervar* son regulares: *exacerbar*, etc.; *conserver*, etc.

*Erder*

466] **Perder** ..... 333] a 335]

*Erer*

467] **Querer** y sus compuestos ..... 376]

*Erguir*

468] **Erguir** ..... 366]

*Erir*

- 469] Todos, menos *aterirse* ..... 340] y 341]  
 470] *Aterirse* es defectivo ..... 386]

*Ernar*

- 471] *Apernar, despernar, entrepernar, go-*  
*bernar* y sus compuestos ..... 333] a 335]  
 472] Los demás en *ernar* son regulares.

*Erner*

- 473] *Cerner* ..... 333] a 335]

*Ernir*

- 474] *Concernir*, que es además defectivo (v.  
 390] 3.), *discernir* ..... 333] a 335]  
 475] *Empedernir* es defectivo ..... 386]

*Errar*

- 476] *Aterrarr* (en la acepción de  *echar por tierra*), *cerrar* y sus compuestos, *desterrar, enterrar* y sus compuestos, *errar* (que además “cambia en **y** la **i** del diptongo **ie**, por el valor que dicha **i** adquiere hiriendo a otra vocal para formar sílaba con ella; v. gr.: **yerro, yerras**, etc.; **yerre, yerres**, etc.» (ACADEMIA.), *ferrar, aferrar* (que también se ha usado como regular) y sus compuestos, *herrar* y sus compuestos, *se-rrar* y sus compuestos, *soterrar* ..... 333] a 335]  
 477] *Aterrarr*, en el sentido de *causar terror*, es regular.  
 478] *Desbecerrar* es regular.

*Errir*

- 479] *Aguerrir* es defectivo ..... 386]

*Ertar*

- 480] *Acertar* y sus compuestos, *concertar* y

sus compuestos, **despertar** ..... 333] a 335]  
481] Los demás en **ertar** son regulares: *desertar, injertar, libertar*, etc.

*Erter*

482] **Verter** y sus compuestos ..... 333] a 335]

*Ertir*

483] Todos ..... 340] y 341]

*Ervir*

484] **Hervir** y sus compuestos ..... 340] y 341]

485] **Servir** ..... 339]

*Esar*

486] **Confesar, travesar** y todos sus compuestos ..... 333] a 335]

487] Los restantes en **esar** son regulares: *besar, cesar, profesar*, etc.

*Estar*

488] **Atestar** (en la acepción de *henchir*, por más que aun así suele usarse como regular), **enhestar o inhestar, manifestar** ..... 333] a 335]

489] **Atestar**, en el sentido de *atestiguar*, es regular.

490] **Estar** ..... 367]

491] Los restantes en **estar** son regulares: *amonestar, contestar, prestar*, etc.

*Estir*

492] Todos ..... 339]

*Estrar*

493] **Adestrar** ..... 333] a 335]

494] Los restantes en **estrar** son regulares: *amaestrar, cabestrar, secuestrar*, etc.

*Etar*

- 495] **Apretar** y sus compuestos ..... 333] a 335]  
496] Los restantes en **etar** son regulares:  
*aquietar, decretar, retar*, etc.

*Etir*

- 497] Todos ..... 339]

*Evar*

- 498] **Nevar** y sus derivados..... 333] a 335]  
499] Los restantes en **evar**, y los terminados  
en *ebar*, son regulares: *abrevar, elevar, llevar*,  
etc.; *cebar, ensebar*, etc.

*Ever*

- 500] **Antever, entrever, prever y rever** ..... 382]  
501] **Atreverse** y los terminados en **eber** son  
regulares: *beber, deber*, etc.

*Ezar*

- 502] **Despezar, empezar, tropezar** ..... 333] a 335]  
503] Los restantes en **ezar** son regulares:  
*aderezar, bostezar, enderezar*, etc.

*Iñir*

- 504] Todos . ..... 344] y 345]

*Ir*

- 505] **Ir** ..... 370]

*Irir*

- 506] Todos ..... 333], 334] y 336]

*Obar*

- 507] **Probar** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]  
508] Los restantes en **obar** son regulares: *ado-  
bar, robar, sobar*, etc.

*Oblar*

509] **Moblar** y sus compuestos, **poblar** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

510] Los demás en **oblar** son regulares: *doblar, redoblar*, etc.

*Ocar*

511] **Clocar** y sus compuestos, **desflocar**, **trocar** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

512] Los demás en **ocar** son regulares: *colocar, provocar, tocar*, etc.

513] **Derrocar**, por lo común regular, se conjuga también de acuerdo con lo indicado en ..... 337]

*Ocer*

514] **Cocer** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

515] **Conocer** y sus compuestos ..... 349] a 352]

*Odar*

516] **Rodar** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

517] Los demás en **odar** son regulares: *acomodar, enlodar, podar*, etc.

*Oder*

518] **Poder** ..... 373]

*Odrir*

519] **Podrir** y sus compuestos ..... 374]

*Oer*

520] **Roer** y sus compuestos, que pueden conjugarse de tres maneras: 1° adoptando las irregularidades de *caer* (v. 363]), es decir *roigo* en el Indicativo, *roiga, roigas*, etc. en el Subjuntivo, *roiga él, roigamos nosotros, roigan ellos* en el Imperativo; 2° las de los verbos en *uir* (v. 355] y 356]), pero reducidas en el Indicativo a la **ia**

persona de singular, es decir *royo* en el presente de Indicativo, *roya*, *royas*, etc. en Subjuntivo, *roye tú*, *roya él*, *royamos nosotros*, *royan ellos* en el Imperativo; 3° las formas regulares, es decir *roo* en el Indicativo, *roa*, *roas*, etc. en el Subjuntivo, *roe tú*, *roa él*, *roamos nosotros*, *roan ellos* en el Imperativo.

### Ogar

521] Rogar ..... 333], 334] y 337]

522] Los restantes en **ogar** son regulares:  
*ahogar*, *bogar*, *interrogar*, etc.

### Oír

523] Oír y sus compuestos ..... 371]

### Olar

524] Abuñolar, amolar, azolar, desolar, dolar, remolar, solar y sus compuestos, volar y sus compuestos, colar y sus compuestos, consolar y sus compuestos, desmajolar 333], 334] y 337]

525] Los demás en **olar** son regulares: *arbo- lar*, *encolar*, *inmolar*, etc.

### Olcar

526] Volcar y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

527] Remolcar es regular.

### Oldar

528] Asoldar, regoldar, soldar y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

529] Los restantes en **oldar** son regulares:  
*amoldar*, *toldar*, etc.

### Oler

530] Todos ..... 333], 334] y 337]

531] Oler toma además una **h** antes del dip-  
tongo **hue**: *huelo*, *huelas*, etc.; *huela*, *huelas*, etc.

*Olgar*

532] Todos ..... 333], 334] y 337]

*Oliv*

533] **Abolir**, defectivo . ..... 386]

*Oltar*

534] **Soltar** ..... 333], 334] y 337]

535] **Escoltar** es regular.

*Olver*

536] Todos ..... 333], 334] y 337]

*Ollar*

537] **Acollar** y sus compuestos, **apercollar**, **degollar**, **descollar**, **desollar**, **follar** y sus compuestos, **hollar** y sus compuestos, y también **resollar** ..... 333], 334] y 337]

538] Los demás en **ollar** son regulares: *arrollar*, *embrollar*, *empollar*, etc.

*Onar*

539] **Sonar** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

540] Los restantes en **onar** son regulares: *abandonar*, *blasonar*, *coronar*, etc.

*Oner*

541] **Poner** y sus compuestos ..... 375]

*Ongar*

542] **Alongar** ..... 333], 334] y 337]

543] Los demás en **ongar** son regulares: *dip-tongar*, *prolongar*, etc.

*Ontar*

544] **Contar** y sus compuestos ... 333], 334] y 337]

545] Los demás en **ontar** son regulares: *aton-  
tar, confrontar, montar, etc.*

*Ontrar*

546] **Encontrar** ..... 333], 334] y 337]

*Onzar*

547] **Avergonzar** y sus compuestos 333], 334] y 337]

548] Los demás en **onzar** son regulares: *des-  
gonzar, tronzar, etc.*

*Oñar*

549] **Soñar** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

550] Los restantes en **oñar** son regulares: *cm-  
ponzoñar, retoñar, etc.*

*Orar*

551] **Aforar** (únicamente en la acepción de  
*dar fueros*) y sus compuestos, **agorar, encorar,  
engorar** ..... 333], 334] y 337]

552] **Aferar**, en la acepción de: *dar o to-  
mar a foro*, y en la de: *haber aforos*, es re-  
gular.

553] Los restantes en **orar** son también re-  
gulares: *adorar, devorar, ignorar, etc.*

*Orcar*

554] **Emporcar** ..... 333], 334] y 337]

555] Los demás en **orcar** son regulares:  
*ahorcar, aporcar, etc.*

*Orcer*

556] **Torcer** y sus compuestos ... 333], 334] y 337]

*Ordar*

557] **Acordar** y sus compuestos, **concordar,  
descordar, discordar, encordar** y sus com-

puestos, **recordar** y sus compuestos 333], 334] y 337]  
558] Los restantes en **ordar** son regulares:  
*asordar, bordar, engordar*, etc.

*Order*

559] **Morder** y sus compuestos 333], 334] y 337]

*Orir*

560] **Despavorir** es defectivo ..... 386]

561] **Morir** y sus compuestos ..... 340], 342] y 343]

562] **Colorir** y sus compuestos son regulares,  
aunque defectivos. .... 386] y 387] i.

*Ormir*

563] **Dormir** y sus compuestos ... 340], 342] y 343]

*Ornar*

564] **Acornar, descornar, encornar, mancornar** ..... 333], 334] y 337]

565] Los demás en **ornar** son regulares: *adornar, sobornar, tornar*, etc.

*Ortar*

566] **Entortar** ..... 333], 334] y 337]

567] Los demás en **ortar** son regulares: *cartar, importar*, etc.

*Orzar*

568] **Almorzar, forzar** y todos sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

569] Los restantes en **orzar** son regulares:  
*alcorzar, escorzar y orzar*.

*Osar*

570] **Desosar** (que toma además una **h** antes del diptongo **ue**: *deshueso, deshuesas*, etc., *deshuese, deshueses*, etc.), **engrosar** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

*Ostar*

571] **Acostar, apostar** (en la acepción de: *hacer apuestas*), **costar, denostar, recostar, tostar** y sus compuestos ..... 333], 334] y 337]

572] **Apostar**, en la acepción de: *situar personas o caballerías en sitio determinado*, es regular.

573] Los demás en **ostar** son regulares: *agostar, angostar*, etc.

*Ostrar*

574] **Mostrar** y sus compuestos 333], 334] y 337]

575] Los restantes en **ostrar** son regulares: *arrostrar, postrar*, etc.

*Ovar*

576] **Encovar, renovar** ..... 333], 334] y 337]

577] Los demás en **ovar** son regulares: *innovar, trovar*, etc.

*Ocer*

578] Todos . ..... 333]: 334] y 337]

*Ser*

579] **Ser** . . ..... 378]

*Ucir*

580] **Balbuicir** ..... 349] a 352] y 388] y 389]

581] **Lucir** y sus compuestos ..... 349] a 352]

*Udrir*

582] **Pudrir** y sus compuestos ..... 374]

*Ugar*

583] **Jugar** ..... 333], 334] y 338]

584] **Enjugar** es regular.

*Uir*

- 585] Todos, menos *inniscuir* ..... 355] y 356]  
586] **Inniscuir** es regular.

*Ullir*

- 587] Todos . ..... 344] y 345]

*Uñir*

- 588] Todos ..... 344] y 345]

*Ver*

- 589] **Ver** . . ..... 382]

## CAPÍTULO VI

### DE LOS DERIVADOS VERBALES

**Definición.** — 590] Los *derivados verbales* son formas del verbo tradicionalmente incluídas en la conjugación, pero que casi siempre desempeñan en el discurso otras funciones que las verbales.

591] Los derivados verbales son: el *Infinitivo*, el *Gerundio* y el *Participio*. Diremos lo esencial de cada uno de ellos.

**Del Infinitivo.** — 592] El *Infinitivo* es la forma de que nos valemus para designar a cada verbo, y ya hemos visto que, por la terminación de sus infinitivos, se dividían los verbos castellanos en tres conjugaciones: *am-ar*; *tem-er*; *part-ir*.

593] «El *Infinitivo* es la forma sustantiva del verbo, y equivale por su significación a los sustantivos abstractos, que expresan la acción del mismo verbo. Es, pues, un nombre verbal, y tiene, por lo tanto, caracteres comunes con el nombre y con el verbo». (ACADEMIA.) Significa lo anterior que, por ejemplo, el infinitivo *desear*, forma sustantiva del verbo correspondiente, equivale por su valor ideológico al sustantivo abstracto *el deseo*; y así para los restantes.

594] No es fácil distinguir con seguridad cuándo debe darse al infinitivo valor de *nombre* o de *verbo*. Creemos sin embargo poder aconsejar la siguiente regla: *Cuando el Infinitivo va o puede ir acompañado de artículos o de adjetivos, deberá considerarse como sustantivo; cuando no, como verbo.*

595] De acuerdo con la regla anterior, serán *sustantivos* los siguientes infinitivos:

*El saber es siempre útil. El decir gracias y (el) es-*

**cribir donaires es de grandes ingenios.** (CERVANTES.) Siempre son tantas las ingraticudes después del **recibir**, como fueron las reverencias antes del **alcanzar**. (LOPE.) Del mucho **leer** y del poco **dormir** se le secó el cerebro. (CERVANTES.) No sólo no eres buen **callar**, sino mal **hablar** y mal **porfiar**. (ID.) Aquí encaja la ejecución de mi oficio: **desfacer** fuerzas y **socorrer** y **acudir** a los miserables (CERVANTES.): pudo decir: (el oportuno) **desfacer** fuerzas, (el grato) **socorrer** y (el presto) **acudir**.

596] En cambio, deberán considerarse como verbos estos otros: Rabiaba Sancho por **sacar** a su amo del pueblo. (CERVANTES.) Mandó **quemar** algunos herejes. (RIVADENEYRA.) Dejéronle **acercar** los nuestros sin hacer movimiento. (SOLÍS.) Suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para **ir** a despedirse de sus compañeros. (CERVANTES.)

597] Pasando ahora a otro punto, observa la Academia que es notable en castellano el uso de algunos infinitivos activos con significación pasiva. Ejemplos: Creo que están sentenciados a **degollar** en la plaza. (CERVANTES.): por a ser **degollados**. Era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba (ID.): por de ser **vista**. Muy semejante el uno al otro, y ambos muy de **notar** y de **alabar**. (PEDRO MEJÍA.): por de ser **notados** y de ser **alabados**.

**Del Gerundio.** — 598] Es el Gerundio un derivado verbal invariable, que puede desempeñar en el discurso funciones de *adverbio* y de *participio de presente*.

599] Como ejemplos de gerundios con valor de *adverbio*, es decir de modificadores del verbo, véanse los siguientes: La fortuna va **guiando** nuestras cosas. (CERVANTES.) Las tierras que de suyo son estériles y secas, **estercolándolas** y **cultivándolas** VIENEN A DAR buenos frutos. (ID.) Me ESTOY **muriendo** de miedo. (ID.) PUSIERON en fuga a los metimeños, **hartándolos** de palos. (VALERA.)

600] Cuando el gerundio desempeña funciones de

*participio de presente*, es decir función *adjetiva*, entonces se refiere a sustantivos y no a verbos. Ejemplos: *Entre las cuales conocía él a la REINA Ginebra y su DUEÑA Quintañona escanciando el vino a Lanzarote.* (CERVANTES.) *Veréis al REY cenando la olla podrida y treinta platos encima.* (FONSECA.)

601] Hay dos gerundios: el *simple*, que expresa la acción como no terminada aún, y del cual son ejemplos todos los que hemos dado más arriba; y el *compuesto*, que la indica como ya terminada, según puede advertirse en los siguientes: *Llegóse el huésped a él, habiéndole llamado primero.* (CERVANTES.) *Si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Crisóstomo, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad.* (ID.) *Y habiendo buscado a alguien que me explicase bien la pintura, compuse estos cuatros libros.* (VALERA.)

602] «Como el adverbio y el adjetivo, admite el gerundio forma diminutiva; v. gr.: *No ven aquel moro que, callandico y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas a Melisendra?* (QUIJOTE)» (ACADEMIA.)

**Del Participio.** — 603] El *Participio* es un derivado verbal que tiene dos formas: la activa, también llamada *participio de presente*, terminada en *ante* o *ente*: *amante, conducente, saliente*; y la *pasiva* o *participio pasivo*, en *ado* o *ido*: *amado, temido, teñido*.

604] El **Participio de Presente** se ofrece desempeñando la función *verbal* o la de *adjetivo*.

605] Cuando el participio de presente tiene carácter *verbal*, expresa la acción como referida al momento del verbo de la oración a la cual pertenece. Ejemplos: *La segunda batalla que hizo Asdrúbal fué pasante los montes Pirineos.* (Crónica General.) *Estaban suspensos los corazones de la mirante turba.* (CERVANTES.) *Presentes ya Cloe y los que la acompañaban, Dafnis encendió el fuego.* (VALERA.) Hoy día son muy raros los casos en que tiene en caste-

llano el participio activo esta función verbal, pues casi siempre asume la de adjetivo.

606] Cuando el participio de presente hace de *adjetivo*, se reconoce por el hecho de expresar una cualidad más o menos permanente del nombre al cual se refiere, y no un estado de acción presente. Ejemplos: *El brio devorador a par que plasmante de la llama.* (VALERA.) *Es la única que, por su permanente belleza, vive y debe gustar en todo tiempo.* (ID.)

607] El participio de presente es función *variable*, como habrá podido comprobarse por los ejemplos que anteceden. Únicamente son invariables durante, *embargante, mediante, obstante* y algunos más de análogo sentido, en expresiones como: *Todo se arregló, MEDIANTE las promesas hechas. La empresa fracasó, NO OBSTANTE los beneficios obtenidos.* Aunque en otros tiempos, aun éstos se hacían concertar con el sustantivo al cual se referían, como puede observarse en los siguientes ejemplos: *Lo que después se hace, mediante los actos exteriores, es la ejecución de esta determinación de la voluntad.* (PALACIOS RUBIOS.) *Era imposible vencer la tormenta, no obstante los ayunos y oraciones que se habían hecho.* (MÁRQUEZ.)

608] El **Participio Pasivo** tiene funciones bastante complejas, de las que vamos a considerar las principales.

609] En primer lugar le hallamos *unido directamente al sustantivo* al cual se refiere, y provisto de accidentes gramaticales, circunstancias todas ellas que hacen de él un verdadero adjetivo. Ejemplos: MARCO ANTONIO, **ocupado en ofender y defenderse.** (CERVANTES.) *Luego acabado este pleito, entró en el Juzgado una mujer.* (ID.) *¿Quién te trajo hasta ponerte en un patíbulo, las MANOS enclavadas, los MIEMBROS descoyuntados, las VENAS agotadas, los LABIOS secos y, TODO, finalmente, despedazado?* (GRANADA.) *Por mi mano plantado tengo un HUERTO* (FRAY LUIS.)

610] Otras veces se une al sustantivo o pronombre mediante verbos, que expresan el tiempo en que se

cumple la acción, debiendo distinguirse entonces tres casos:

1°. La unión se hace mediante el verbo *ser*, originándose entonces la *voz pasiva* de los verbos, como es notorio, conservando el participio los accidentes gramaticales. Ejemplos: *El heroísmo ES admirado, las virtudes SON respetadas por los hombres. De los osos SEAS comido.* (CERVANTES.)

2°. La unión se hace mediante el verbo *haber*, dando lugar así a los *tiempos compuestos* de la conjugación; debiendo advertirse entonces que el participio se vuelve invariable y pasa a formar con el verbo *haber* un todo indisoluble. Ejemplos: *El profesor ha dado una lección nueva. La maestra no había llegado aún. Los marinos ya habrán partido para esa época.*

3°. La unión se hace por intermedio de cualquier otro verbo, recobrando en tal caso el participio sus accidentes. Ejemplos: *Escribe a tus señores y muéstrateles agradecido.* (CERVANTES.) *No hay pueblo ninguno de donde no SALGAN comidos y bebidos, como suele decirse.* (ID.) *Pocos días pasaron, y las viñas QUEDARON vencimiadas, y las tinajas llenas de mosto.* (VALERA.)

611] En otros casos el participio entra a formar *locuciones conjuntivas*, que deben considerarse como todos coherentes. Ejemplos: *El rey, visto que no podía tomar por fuerza la villa, mandóla escalar.* (MARIANA.) *Ni dado que yo creyese—novelas que el mundo forja—temería por tu honor.* (BRETÓN.)

612] Pasando ahora a considerar la *forma del participio pasivo*, ya se habrá notado que los regulares de la primera conjugación terminan en *—ado*, y en *—ido* los de la segunda y tercera. Los demás son irregulares, como los siguientes: *abierto, cubierto, dicho, escrito, hecho, impreso, muerto, puesto, resuelto, visto, vuelto.*

**Verbos que tienen dos participios pasivos.**—613] Algunos verbos tienen dos participios pasivos, uno *regular*, que es el verdadero participio y sirve para formar los tiempos compuestos de la conjugación, y otro *irre-*

gular que sólo se usa como adjetivo, salvo *frío* y *pro-*  
*risto*, que se usan lo mismo que *freído* y *proveído*. Da-  
mos a continuación la nómina de dichos verbos con las  
dos formas de sus participios: Abstraer (*abstraído, abs-*  
*tracto*); Afligir (*afligido, aflicto*); Ahitar (*ahitado,*  
*ahito*); Atender (*atendido, atento*); Bendecir (*bendecido,*  
*bendito*); Circuncidar (*circuncidado, circunciso*); Com-  
peler (*compelido, compulso*); Comprender (*comprende-*  
*do, comprenso*); Comprimir (*comprimido, compreso*);  
Concluir (*concluído, concluso*); Confesar (*confesado,*  
*confeso*); Confundir (*confundido, confuso*); Consu-  
mir (*consumido, consunto*); Contundir (*contundido,*  
*contuso*); Convencer (*convencido, convicto*); Convertir  
(*convertido, converso*); Corregir (*corregido, correc-*  
*to*); Corromper (*corrompido, corrupto*); Despertar  
(*despertado, despierto*); Difundir (*difundido, difu-*  
*so*); Dividir (*dividido, dīviso*); Elegir (*elegido, elec-*  
*to*); Enjugar (*enjugado, enjuto*); Excluir (*excluído,*  
*excluso*); Eximir (*eximido, exento*); Expeler (*expe-*  
*lido, expulso*); Expresar (*expresado, expreso*); Exten-  
der (*extendido, extenso*); Extinguir (*extinguido, ex-*  
*tinto*); Fijar (*fijado, fijo*); Freír (*freído, frito*); Har-  
tar (*hartado, harto*); Incluir (*incluído, incluso*); In-  
currir (*incurrido, incurso*); Infundir (*infundido, infu-*  
*so*); Injertar (*injertado, injerto*); Insertar (*insertado,*  
*inserto*); Invertir (*invertido, inverso*); Juntar (*junta-*  
*do, junto*); Maldecir (*maldecido, maldito*); Manifes-  
tar (*manifestado, manifiesto*); Nacer (*nacido, nato*);  
Oprimir (*oprimido, opreso*); Pasar (*pasado, paso*);  
Poseer (*poseído, poseso*); Prender (*prendido, preso*);  
Presumir (*presumido, presunto*); Pretender (*pretendi-*  
*do, pretenso*); Propender (*propendido, propenso*);  
Proveer (*proveído, provisto*); Recluir (*recluído, reclu-*  
*so*); Salpresar (*salpresado, salpreso*); Salvar (*salva-*  
*do, salvo*); Sepultar (*sepultado, sepulto*); Soltar (*sol-*  
*tado, suelto*); Substituir (*substituído, substituto*); Su-  
jetar (*sujetado, sujeto*); Suprimir (*suprimido, supre-*  
*so*); Suspender (*suspendido, suspensio*); Teñir (*teñi-*  
*do, tinto*); Torcer (*torcido, tuerto*).

## CAPITULO VII

### DEL ADVERBIO

**Concepto y definición.** — 614] Toda palabra o complejo que modifica al *verbo* o al *adjetivo*, debe considerarse como *Adverbio*. Ejemplos: *El viento* SOPLA fuerte. ESTARE contento cuando vuelva mi amigo. *Ese lago es extremadamente* HERMOSO. *Juan es* CARIÑOSO con sus hermanos. *Ese hombre es* GENEROSO como no puedo decirlo.

615]. El adverbio puede también modificar a *otro adverbio*. Ejemplos: *El caballo corre extremadamente* LIGERO. *Ese alumno escribe* DESPACIO, más que ninguno de sus compañeros.

**Adverbio vocablo, frase y oración.** — 616] Los adverbios pueden ser *vocablo*, *frase* u *oración*.

617] El *adverbio vocablo* consta de una sola palabra, como en: *el interesado* ESTUVO aquí, *se mostró muy* SATISFECHO y *expresó su aprobación bastante claramente*. El adverbio vocablo puede ser *simple*, como todos los del anterior ejemplo, o *compuesto*, como *anteayer*, *anteanteayer*, *sobremanera*, etc. También puede ser *primitivo*, como *hoy*, *sí*, *luego*, etc., o *derivado*, como, por ejemplo, los terminados en *mente*, en cuya formación entran adjetivos.

618] Como ejemplos de *adverbios frase*, daremos los siguientes: *El mensajero* VOLVIÓ con la mayor prontitud. *Los alumnos se mostraron* COMEDIDOS por encima de toda ponderación. *El orador habló* SOLEMNEMENTE, más que otras veces.

619] Los *adverbios oración*, como su nombre lo indica, son oraciones con función adverbial. Ejemplos: LEERÉ la lección mientras te vistas. *Ese cuadro está*

PINTADO como le agradaría al maestro. *El general caminaba NERVIOSAMENTE, como no lo había hecho nunca.*

**Clasificación de los adverbios teniendo en cuenta su significado.** — 620] Dejando a un lado las otras clasificaciones de los adverbios ya esbozadas en los párrafos que anteceden, nos atendremos ahora a la más importante de todas, o sea a la que tiene en cuenta su significado.

621] Por su significado, los adverbios tanto *vocablo* como *frase y oración* pueden ser de las siguientes clases:

a) De MODO: *Eso está mal; Apenas oigo; Lo hizo adrede; Lo hizo aposta; Viene corriendo; Viven cantando; Ese obrero trabaja sin cuidado; Logró evadirse pasando a nado el río; Procedí conforme deseas.* Casi todos los adverbios terminados en *mente* pertenecen a esta clase.

b) De LUGAR: *Está aquí; Queda ahí; Viene allí; Está dentro; No sé dónde quedó; Vive enfrente; Viene lejos; Dejó el libro sobre la mesa; La nave entró en el puerto; No pasaste por donde te dije.*

c) De TIEMPO: *Vino ayer o anteayer; Ahora lo sé; Después veremos; Hoy no saldré; Jamás lo diré; Siempre lo dije; La obra se hizo en un mes; Contestaré después de las seis; En llegando veremos; Escribiré cuando pueda.*

d) De CANTIDAD: *Molesta bastante; Casi prefiero lo otro; Harto lo tengo dicho; Hay que trabajar mucho; Adelanta poco; Habla con exceso; Lo estimo muy mucho; Gritaban cuanto podían.*

e) De COMPARACIÓN: *Veo menos; Oigo más; Canta mejor; Se porta peor.*

f) De ORDEN; a esta clase pertenecen los en *mente*, cuyo sentido envuelve aquella idea, como **primeramente, últimamente, correlativamente, alternativamente, sucesivamente, etc.**

g) De AFIRMACIÓN: **Sí, iré; Cierto, lo dije; Puedo asegurarlo, sin duda de ninguna clase.**

h) De NEGACIÓN: **No puedo; Ni lo digo ni lo pienso; Tampoco quiero eso.**

i) De DUDA: **Acaso pueda; Quizá o quizás vuelva.**

j) De CAUSA: **Se salvó, debido a los oportunos cuidados; Triunfará merced a su constancia; Acerté gracias a lo que me aconsejaste.**

k) De FIN: **Estudio para saber; Lo dije por ver; Le dió el dinero intentando sobornarlo; Te lo comuniqué a fin de que se lo dijeras.**

l) De CONDICIÓN: **De ser eso verdad, te haría un regalo; Hallándome bien de salud, iré a verlo; Si me escuchas, te convencerás.**

622] Lo expresado en la anterior enumeración no quiere decir que un mismo adverbio no pueda pertenecer en ciertos casos a dos o más de las precedentes clases, según sea su sentido en la cláusula; y no necesitamos recordar el principio en cuya virtud esto ocurre.

**Positivos, comparativos y superlativos. — 623]**

Cuando se toma el adverbio en su forma corriente y habitual, sin modificación cuantitativa alguna, se dice que está en grado *positivo*. Así sucede, verbigracia, con *tarde, temprano, bien, mal, poco*, etc.

624] Por las mismas razones que el del adjetivo, el *comparativo* del adverbio puede ser de *igualdad*, de *superioridad* y de *inferioridad*.

625] Son notables los adverbios *mejor* y *peor*; *superiormente* e *inferiormente*; *mayormente* y *menormente*, por expresar la superioridad y la inferioridad mediante un solo vocablo.

626] En los demás casos, para expresar una y otra, es preciso acudir a medios supletorios que consisten, como para el adjetivo, en anteponer al adverbio la palabra *tan* y posponerle *como*, o en emplear la forma *tanto como* para el *comparativo de igualdad*, y para los de *superioridad* e *inferioridad* anteponer respectivamente

te al positivo las palabras *más* o *menos*, y posponer *que*. Ejemplos: *Juan camina tan ligero como Pedro* o *Juan camina ligero tanto como Pedro*; *Juan camina más ligero que Pedro* *Juan camina menos ligero que Pedro*.

627] Los adverbios sólo tienen *superlativos absolutos*.

628] El *superlativo* de los adverbios puede formarse:

a) Añadiendo *ísimo* al positivo, de acuerdo con las reglas expuestas para el adjetivo, como ocurre v. gr. en: *ligerísimo, tardísimo, lejísimo, justísimo*; a menos que se trate de adverbios en *mente*, pues entonces se añade *ísima* antes de aquella terminación, y siempre siguiendo las reglas recordadas. Ejemplos: de *ligeramente, ligerísimamente*; de *lentamente, lentísimamente*, etc.

b) Agregando al positivo los adverbios *muy, sumamente, extremadamente, en extremo, en sumo grado*, y otros equivalentes.

629] Los *diminutivos* de los adverbios pueden a veces, como ocurre en ciertos casos con los de los adjetivos, servir de *superlativos puros*, como en: *venga usted mañana tempranito* (= *muy temprano* = *tempranísimo*); pero, suponiendo que el del ejemplo citado sea verdaderamente un *superlativo puro*, son muy raros los casos de esa índole.

**Grados de significación del adverbio.** — 630] Ocurre con respecto a los *grados de significación* del adverbio lo mismo que con el adjetivo. Esta circunstancia nos exime de entrar en mayores detalles, que importarían una repetición de lo ya expuesto, razón por la cual nos limitaremos a resumir los puntos principales del tema.

631] El adverbio, lo mismo que el adjetivo, no puede formar sus *grados de significación cuantitativos puros* mediante las terminaciones aumentativas o diminutivas del caso, pues éstas envuelven siempre una tonalidad afectiva. Para obtener, pues, *aumentativos puros*, se emplearán también aquí los *superlativos correspondientes*. Ejemplos: *Llegó corriendo ligerísimo*; *El acusado*

*contestó muy despacio*; *Esto me halaga en grado sumo*, etc. Y cuando se trate de *diminutivos puros*, habrá que formarlos echando mano de las formas supletorias conocidas. Ejemplos: *Eso está algo mal*; *El coloquio se desarrolló poco afablemente*; *El artículo está escrito medio jocosamente*, etc.

632] En cuanto a los *grados de significación afectivos* del adverbio, se expresarán mediante las terminaciones *aumentativas*, *diminutivas* o *despectivas*, como ocurría con el adjetivo, indicándose así la complacencia, la satisfacción, o si no el desagrado o fastidio que embargan nuestro ánimo; ya sea que se mezcle a estos sentimientos alguna idea de cantidad, ya sea que aparezcan puros. Ejemplos: *Saldremos de mañanita*; *Vamos ligerito*; *Es medio tardecito ya*; *Volveré apenas pueda*; *Facilillo es llegar a ese grado de perfección*. (LARRA.) ¡*No camine tan despacito, amigo!*

**Observaciones relativas al uso de algunos adverbios.** — 633] Los adverbios *aquí* y *allí* no son del todo equivalentes a *acá* y *allá*: «*aquí* y *allí* se refieren a lugar más circunscrito que *acá* y *allá*, cuya significación es de suyo más vaga; por lo mismo decimos *más acá*, *más allá*, *muy acá*, *muy allá*, *tan acá*, *tan allá*, y no decimos *más aquí*, *más allí*». (ACADEMIA.)

634] **Muy**, no es sino la apócope de mucho; pero como no puede juntarse a verbos en modo personal, sólo puede formar parte de los adjetivos y adverbios frase, estudiados en su oportunidad como superlativos absolutos: *Es un lugar muy hermoso*; *Ese caballo corre muy ligero*.

635] Dos adverbios de negación, o dos voces que expresan negación, niegan con más energía: **No he oído jamás tal cosa**; **No sale nunca de noche**; **No sé nada**; *Eso no es nada*. Salvo cuando a **no** sigue **sin**: *Habló no sin elocuencia*, es decir *con elocuencia*.

636] «El adverbio **cuanto** es frecuentemente correlativo de **tanto**, si ambos se usan como comparativos: v. gr. : **Tanto vales cuanto tienes**; siendo de advertir que

en construcciones semejantes *cuanto* es las más de las veces substituído por *como*, que entonces significa lo mismo.» (ACADEMIA.)

637] «Siempre que sigue al adverbio tanto el de comparación **más**, deben tenerse por correlativos los vocablos **cuanto que**, v. gr.: *Tanto más me empeño en acabar hoy esta obra, cuanto que no me podré dedicar mañana a ella*. (ACADEMIA.)

638] Cuando empleamos seguidos varios adverbios en *mente*, sólo el último llevará escrita dicha terminación: *Se condujo noble, heroica y caballerescamente*.

**Modos y locuciones adverbiales.** — 639] Se dan estos nombres a complexos de carácter adverbial *que el uso nos da ya formados*, y que por lo tanto no es posible modificar ni alterar. De la Gramática de la Academia tomamos la siguiente lista, que podría prolongarse considerablemente: *a sabiendas; a hurtadillas; a diestro y siniestro; a roso y veloso; a ciegas; a la francesa; a la antigua; a la moderna; a la moda; a la chita callando; a pie juntillas; a la buena de Dios; a la cuenta; a obscuras; a tientas y a locas; a troche y moche; al revés; al anochecer; con todo; de golpe; de pronto; de nuevo; de cuando en cuando; de vez en cuando; en el acto; en efecto; en resumen; en fin; en un santiamén; entre dos luces; por último; por alto; por mayor; por junto; sin embargo; sin más ni más, etc., etc.*

640] Son poco numerosas las locuciones adverbiales de carácter oracional, como verbigracia: *Arrebató contra nosotros sin decir agua va*.

## CAPÍTULO VIII

### DE LA PREPOSICIÓN

**Concepto y definición.** — 641] Cualquier definición de este oficio gramatical que no tome por base los *casos* y la *declinación* — y especialmente aquella que partiendo de la etimología quiere llamar *preposición* todo aquello que se *pre-pone*, es decir se *antepone* a las palabras — conduce necesariamente a lamentables errores y confusiones.

642] Siguiendo, pues, otro camino, diremos que la *Preposición* es una función invariable cuyo papel consiste en expresar la dependencia que guardan con una palabra las palabras o las entidades elocutivas que *completan* su significado, o sea, en términos gramaticales, sus *complementos*. Ejemplos: *La casa de Juan*; *El libro está sobre la mesa*; *Partiré sin ti*; *Viene con él*; *Miel sobre hojuelas*; *Es muy cariñoso para con sus discípulos*; *El hombre vano habla para llamar la atención*; *Lo despidió sin que pudiera contestar*.

643] No es necesario que vaya uniformemente la preposición entre los términos que une, como en los ejemplos anteriores, sino que puede alterarse ese orden, diciendo, verbigracia: **Sobre** LA MESA ESTÁ *el libro*. **Para con** SUS DISCÍPULOS *es muy cariñoso*. **Sin que** PUDIERA CONTESTAR *lo despidió*; etc.

**Preposiciones simples y modos prepositivos.**—644] Las *preposiciones simples* constan de una sola palabra, como *de*, *en*, *por*, *con*, *sin*, *sobre*, etc.

645] Llámanse *modos prepositivos* dos o más palabras encargadas del oficio de preposición. Ejemplos: *en vista de*; *con motivo de*; *con la rendición de*; *a cau-*

*sa de; a fin de; para con; por entre; a cambio de; para antes de; para después de; encima de; debajo de; dentro de; por encima de; etc.*

**Preposiciones separables e inseparables.**— 646] En sus ediciones anteriores a la de 1917, distinguía la Academia dos especies de preposiciones: las *separables* y las *inseparables*; «las primeras — añadía — tienen valor por sí solas, aunque alguna vez entren también en la composición de otras palabras; las segundas sólo se usan en composición». Luego daba la lista de ambas, agregando además al final algunas voces que, sin ser preposiciones, correspondía sin embargo incorporar en cierto modo a las llamadas *preposiciones inseparables*, por tener uso y valor como *prefijos* y *partículas prepositivas*.

647] Desde la primera edición de nuestra *Analogía*, en 1915, nos apartábamos y hemos seguido apartándonos de tal manera de considerar el asunto, y de ese año son estas palabras nuestras: «No tenemos por qué decir que no acertamos a vislumbrar las razones que puedan tener la Academia y quienes la siguen en esto, para incluir en la *preposición* las que llaman *preposiciones inseparables*, ni mucho menos los que titulan *prefijos* y *partículas prepositivas*: tanto las citadas preposiciones inseparables, como los tales prefijos y partículas prepositivas, son simples *prefijos*, cuyo estudio corresponde a la etimología, y que nada tienen que ver con la preposición, tal como debe entenderse y definirse, y, lo que es más extraño, tal como la entiende y define la misma Academia». (*Analogía*, p. 278).

648] Nos complace dejar constancia de que, al pensar y proceder en la forma que lo hicimos, es decir al no considerar como preposiciones sino a las *separables*, nos amoldábamos por anticipado al dictamen de la Academia, tal como consta en su *Gramática* de 1917, donde tampoco admite otras preposiciones que aquéllas, sancionando así el criterio netamente expresado por D. Eduardo Benot en su *Arte de Hablar*, cuando escribe:

«Las llamadas *preposiciones inseparables* son solamente signos de composición» (p. 64).

**Lista y significado de las preposiciones castellanas.**  
649] Damos a continuación la nómina de nuestras preposiciones, con los principales significados de cada una de ellas, de acuerdo con lo que de más indiscutible y claro nos ofrecen sobre este punto la Academia, Salvá y Benot:

### A

Como preposición de Acusativo, denota el término directo de la acción del verbo: *Veo a Juan. Saludo a ustedes; Bruto mató a César; Compadezco a los enfermos.*

Cuando es preposición de Dativo, indica el término indirecto de la acción, es decir aquel sobre el cual recaen sus *consecuencias* de todo orden, ya sean de *daño* o *provecho* o las meramente *indiferentes*: *El fiscal dirige su acusación a los administradores; La propuesta conviene a ustedes; Anoche escribí una carta a mi amigo.*

Puede además denotar Ablativo de dirección: *Voy a Roma*; de posición: *Estaba a la derecha*; de modo: *Cose a máquina*; de precio: *Se vende a tres pesetas*; de lugar: *Duermo al raso*; de tiempo: *A la cosecha pagaré*; de usanza: *A ley de Castilla; a la jineta*; de distribución: *A real por vecino*; de causa: *A instancias del fiscal*; de límite: *No te llega la capa a la rodilla*; de intermediación: *Le hablé cara a cara*; de lentitud: *Gota a gota.*

### ANTE

Puede indicar Ablativo de situación: *Compareció ante el juez*; de tiempo u orden: *Dímelo ante todo.*

### BAJO

Puede denotar Ablativo de lugar: *Pasó bajo el puente*; de modo: *Está bajo tutela.*

### CABE

Esta preposición, que hoy sólo se usa con matiz arcaico, denota Ablativo de proximidad, y equivale a *junto a, cerca de*: *Dejó el cántaro cabe la fuente.*

### CON

Indica Ablativo de instrumento: *Escribió con lápiz*; de compañía: *Vivo con mi padre*; de modo: *El invierno entró con furia.*

### CONTRA

Expresa Ablativo de oposición en sentido recto o figurado: *Se estrelló contra la pared*; *El electorado está contra la iniciativa*; *La quinina se usa contra la fiebre*; de dirección u orientación: *El ejército marcha contra el enemigo*; *Esta habitación está contra el norte.*

### DE

Como preposición de Genitivo, indica posesión, pertenencia o dependencia: *La casa de Pedro*; *Es hijo de sus obras*; *Es tributario de los terratenientes.*

Puede además denotar Ablativo de procedencia: *Viene de Aranjuez*; de tiempo: *Estudia de noche*; de modo: *Lo hizo de mala gana*; de causa: *Lo hizo de lástima*; de límite: *Lo miró de pies a cabeza*; de materia: *Vaso de plata*; de indeterminación: *Le dieron de puñaladas*; de naturaleza: *Alma de cántaro*; de origen: *De esto se sigue*; de fin: *Avíos de caza*; de agencia: *El rey es odiado de sus súbditos*; de asunto: *Predicará de San Juan Bautista.*

### DESDE

Denota Ablativo de lugar: *Vine desde Getafe*; de tiempo: *Empezaré desde mañana*; de límite: *Desde el puño a la contera.*

### EN

Expresa Ablativo de lugar: *No está en casa*; de tiem-

po: *Estamos en la canícula*; de modo: *Salió en mangas de camisa*; de ocupación: *Pasa la noche en el juego*; de excelencia: *Es docto en Medicina*; de estado: *La san-día estaba en su sazón*; de finalidad: *Le irritó en daño suyo*.

#### ENTRE

Indica Ablativo de situación: *Entre la espada y la pared*; de tiempo: *Entre dos luces*; *Entre doce y una*; de cooperación: *Entre cuatro amigos llevaban el fé-retro*.

#### HACIA

Suele indicar Ablativo de dirección: *Navegaba hacia el Norte*; de tiempo: *Hacia mediados del mes*.

#### HASTA

Denota Ablativo de término: *Iré hasta Londres*; de tiempo: *Se despidió hasta la noche*; de posibilidad: *Es capaz hasta de robarnos*.

#### PARA

Cuando es preposición de Dativo, denota, como la preposición *a* en el mismo caso, *consecuencias* de toda índole: *El padre trabaja para sus hijos*; *Este libro es para los alumnos*; también expresa entonces *finalidad* o *destino*: *Se hacen trajes para niños*.

Puede denotar además Ablativo de dirección: *Salgo para París*; de tiempo: *Lo dejamos para mañana*; de finalidad: *Trabaja para comer*; de relatividad: *Para principiante no lo ha hecho mal*; de proximidad: *Estás para salir a capitán*; de aptitud: *Es bueno para comer*.

#### POR

Expresa Ablativo de lugar: *Pasea por el campo*; de tiempo: *Voy por un mes*; de instrumento o medio: *Le hablé por teléfono*; de causa: *Lo hizo por comodidad*; de finalidad: *Va por leña*; de precio: *Lo vendió por*

*treinta dineros; de agencia: El mundo fué hecho por Dios; de medio: Casarse por poderes; de modo: Vende por mayor; de equivalencia: Váyase lo uno por lo otro; de beneficio: Abogar por alguno; de sustitución: Asisto por mi compañero; de cambio: Doy mi gabán por el tuyo; de opinión: Pasa por rico; de falta: La carta está por escribir; de clase: La recibió por esposa; de encarecimiento: Por grande que sea.*

#### SEGÚN

Indica Ablativo de conformidad: *Sentenció según ley; de origen: esto es cierto según los testigos.*

#### SIN

Acompaña al Ablativo de privación: *Estoy sin empleo; de encarecimiento: Llevaba joyas de diamantes sin (además de) otras alhajas de oro y plata.*

#### SO

Con el valor de *bajo de*, es preposición de Ablativo, pero sólo se emplea con los sustantivos *capa, color, pena y pretexto*: *So COLOR de ayudarnos, nos perjudica; Deberán pagar la multa, so PENA de perder la mercadería; No concurrió so PRETEXTO de no haber recibido aviso.*

#### SOBRE

Denota Ablativo de lugar: *Está sobre la mesa; de actualidad: Está sobre el tapete; de asunto o finalidad: Habló sobre Matemáticas; de aproximación: Pedro tendrá sobre cincuenta años; de proximidad: Zamora está sobre el Duero.*

#### TRAS

Expresa Ablativo de lugar: *Se escondió tras el armario; de sucesión: La adversidad viene tras la fortuna; de orden: Tras la tarde que mu...*

ponderación: **Tras de ser culpado, es el que más levanta el grito.**

**Valor de la preposición para determinar los casos.** — 650] No cambiando de forma en nuestro idioma las palabras al declinarse, salvo los pronombres personales, son las preposiciones uno de los medios para indicar el caso gramatical de aquéllas en el discurso. Por eso nuestra declinación no pertenece a la clase de las *desinenciales*, como la griega y la latina, sino de las *preposicionales*, como ocurre con la mayor parte de las lenguas modernas.

Sentado lo anterior, diremos que al *genitivo* corresponde la preposición **de**; al *dativo*, **a** o **para**; al *acusativo*, **a**; y al *ablativo* todas las existentes, inclusive **de**, **a** y **para**.

651] No es posible dar reglas para el empleo de las preposiciones en las diferentes modalidades del caso ablativo. Sólo la lectura de los buenos autores y el uso de las personas cultas puede enseñarlo en toda su variada complejidad.

**Voces compuestas con las diferentes clases de preposiciones.** — 652] Las preposiciones de que acabamos de hablar, y también partículas similares que en latín y en griego tienen valor preposicional, suelen entrar como elementos iniciales en la composición de muchas palabras. Pero en tales casos pierden las primeras su valor de preposición, para transformarse en meros *signos de composición*, y en cuanto a las segundas nunca tienen otro carácter que éste. *Prefijos* es el nombre que corresponde entonces a unas y otras.

653] La lista de los *principales prefijos castellanos* puede consultarse en nuestros **ELEMENTOS DE SINTAXIS**, pp. 164-169.

## CAPÍTULO IX

### DE LA CONJUNCIÓN

**Concepto y definición.** — 654] *Conjunción* es toda palabra o serie de palabras cuyo objeto es unir (de donde su nombre, que viene de *cum*, con, y *jungere*, unir) vocablos o entidades de una *misma categoría sintáctica*, como ser sujetos y sujetos, complementos y complementos, oraciones y oraciones, cláusulas y cláusulas. Ejemplos: *Juan y Pedro vienen juntos; El barco trae oro y marfil; No tengo en ello arte ni parte; Hazme este favor, siquiera sea el último; Sufre la pena, pues cometiste la culpa; Iré si puedo; Unos ríen y otros lloran; Digo que está bien; No haré lo que me dices, ni aspiro a lo que piensas; Hay que acertar o bien hay que callarse.*

**Su importancia como signo del raciocinio.** — 655] Lo dicho al definir este oficio gramatical, nos exige de encarecer *su importancia como signo del raciocinio*, pues ella consiste ni más ni menos que en ser el vínculo de unión entre las piezas sueltas constitutivas de nuestro discurso: sin la conjunción, dichas piezas permanecerían separadas y aisladas unas de otras, sin conexión posible.

**Clasificación de las conjunciones.** — 656] Por su *estructura* se dividen las conjunciones en *simples, compuestas y modos conjuntivos*.

a) Las *conjunciones simples* constan de un solo vocablo: *si, y, o, pues*.

b) Las *conjunciones compuestas* constan de más de una palabra, pero se escriben juntas: *además, empero, ahora*.

c) Los *modos conjuntivos* son conglomerados de

dos o más conjunciones, que el idioma nos da ya hechos; tales son: *si bien, antes bien, a pesar de, no obstante, por otra parte, con todo, así como, por lo tanto, por consiguiente, en todo caso, de igual modo, por lo demás, etc.*

657] Por su significado las conjunciones pueden ser *copulativas, disyuntivas, distributivas, adversativas, continuativas, ilativas, causales, finales, modales, de conformidad, condicionales, privativas, concesivas.*

a) Las conjunciones copulativas son destinadas simplemente a unir. Estas conjunciones son: **y** (o **e**), **ni**, **que**.

b) Las conjunciones disyuntivas expresan diferencia, separación, alternativa. La principal de ellas es **o**, que se vuelve **u** cuando la palabra siguiente comienza por *o* u *ho*. Ejemplos: *Es necesario vencer o morir; Vienen diez u once; ¿Es mujer u hombre?*

c) Las conjunciones distributivas equivalen a la disyuntiva *o* en cuanto a sentido; pero se caracterizan por repetirse. Ejemplo: *El poeta vivía tomando ora la espada ora la pluma.*

d) Las conjunciones adversativas denotan oposición entre los términos que unen. Ejemplos: *Me convendría salir, mas no puedo; El dinero hace a los hombres ricos pero no dichosos; La virtud, bien que perseguida, es respetada.*

e) Las conjunciones continuativas unen una cláusula a otra reanudando el discurso interrumpido. Ejemplos: *He dicho lo que tenía que decir; por lo demás quedo su amigo; He expresado mis razones, y no pienso agregar nada: además otros hablarán mejor que yo.*

f) Las conjunciones ilativas sirven para expresar derivación, deducción o consecuencia. Ejemplos: *Estos dos ángulos valen un recto: luego este triángulo es rectángulo; Gasta y no trabaja: por consiguiente no tardará en vender el coche; Juega y pierde: pues ya veremos.*

g) Las conjunciones causales expresan la razón o motivo de lo que ocurre; las principales son *porque,*

*que, pues, pues que, como, ya que, por causa de, a causa de, con motivo de, cuando.* Ejemplos: **Pues** la noche viene, idos a descansar; **Se conformó, ya que** no había remedio; **Debe tener algo bueno cuando** lo persiguen.

h) Las *conjunciones finales* denotan el objeto o propósito que se tiene en vista; las principales son: *a fin de que, con el objeto de que, para que, a que, porque.* Ejemplos: **Vengo a fin de que** me veas; **Te lo digo para que** tomes medidas; **Te visitó porque** le dieses el voto.

i) Las *conjunciones modales* denotan manera; las principales son: *como, de modo que, de manera que, hasta el punto de que, como si.* Ejemplos: **Se conduce de modo que** nadie lo descubre; **Habla como si** fuese inocente.

j) Las *conjunciones de conformidad* expresan acuerdo; las principales son: *conforme, según, a lo que.* Ejemplos: **Lo haré conforme** desees; **Dame tu opinión según** lo entiendas; **Estoy a lo que** suceda.

k) Las *conjunciones condicionales* expresan salvedad; las principales son: *si, dado que, supuesto que, cuando, con tal que, siempre que, como, donde no.* Ejemplos: **Adelantarías si** siguieras mi consejo; **Como me contestes mal, reñimos; Donde no, conmigo seriais en batalla; Estudiaré supuesto que** tenga tiempo.

l) Las *conjunciones privativas* denotan carencia de una circunstancia; tal es: *sin que.* Ejemplo: **Esos soldados mueren sin que** sus familias puedan cerrarles los ojos.

m) Las *conjunciones concesivas* denotan que se admite un supuesto; tales son: *ya que, sea como, aunque sea que, demos que.* Ejemplos: **No os han de castigar ya que os averigüen** la mentira; **No son todos iguales aunque tengan el mismo peso; Sea como quieras, yo tengo formada mi opinión; Demos que no le pegara, siempre resultará que** la ofendió.

## CAPÍTULO X

### DE LA INTERJECCIÓN

**Concepto y definición.** — 658] Todas las funciones gramaticales estudiadas hasta aquí expresaban en mayor o menor grado, con mayor o menor amplitud, ideas o relaciones.

659] La función que aun nos queda por estudiar, se separa en esto completamente de las demás, pues responde únicamente a la expresión de nuestras emociones de todas clases.

660] Sentado lo anterior, diremos que hace el oficio de *interjección* cualquier exclamación articulada con que expresamos la sorpresa, el asombro, el agrado o su contrario, el miedo, el deseo, y, en una palabra, cualquiera de los afectos capaces de conmover nuestro ánimo. Ejemplo: ¡Oh, qué hermosura!; Ah, me alegro de veras; ¡Vaya con lo que me sale!; ¡Horror!; ¡Ah, si yo pudiera!; ¡Dios bendito, qué susto!; ¡Válgame el cielo, qué horror!

661] Suelen desempeñar el oficio que estamos considerando una serie de vocablos, generalmente monosílabos, como conviene a la índole especial de la interjección, y que por lo común no se emplean con otro objeto. Los principales son: ¡ah!, ¡ay!, ¡bah!, ¡ca!, ¡cáspita!, ¡ea!, ¡eh!, ¡guay!, ¡hola!, ¡huy!, ¡oh!, ¡ojalá!, ¡ox!, ¡puf!, ¡quia!, ¡sus!, ¡tate!, ¡uf!, ¡zapé! y otros.

662] Contrariamente a lo que suele decirse en las gramáticas, donde se afirma que estas palabras no tie-

nen otro oficio que el de interjección, todas ellas pueden ser sustantivos; pero en ese caso dejan de expresar emociones para denotar la idea de esas emociones; y, revistiéndose de accidentes, de invariables pasan a ser variables. Ejemplos: *Un ¡ay!* es una exclamación que puede ser de sorpresa, de alegría o de dolor; *A gran distancia se oían los ayes de las víctimas*; *¡Ea!* es una interjección; *¡Basta de cas!*; *¡Ah!* repliqué: no el *ah* interjección, el *ah* admirativo, sino ese *ah* que quiere decir: *Dispense usted; me lo había olvidado.* (MONTALVO.)

663] También hacen de interjecciones una serie de palabras que generalmente son sustantivos, verbos, adverbios, etc.; pero, inversamente a lo que pasa con las interjecciones cuando se vuelven sustantivos, las citadas palabras al tomarse como interjecciones dejan de significar ideas para expresar emociones y, si son variables, se tornan invariables. En ese caso están, verbi-gracia, los siguientes: *¡anda!*, *¡bravo!*, *¡calle!*, *¡cómo!*, *¡cuidado!*, *¡chito!*, *¡diablo!*, *¡diantre!*, *¡fuego!*, *¡oiga!*, *¡pues!*, *¡qué!*, *¡sopla!*, *¡toma!*, *¡vaya!*, *¡ya!*, *¡cielos!*, *¡canastos!*, etc.

#### Palabras, frases y oraciones interjectivas. — 664]

Las interjecciones constan generalmente de un solo vocablo, y ya hemos dicho que ese vocablo por lo común es monosílabo. De todo ello pueden verse ejemplos en los párrafos anteriores.

665] Hay además *frases* que transformamos en interjecciones cuando es necesario. Ejemplos: *Me sorprendió ¡qué gran felicidad!* con la grata nueva; *¡Caso extraño!* jamás lo hubiera pensado; *Estos Fabio, ¡ay dolor!*, que ves ahora, etc.

666] Finalmente, hasta verdaderas *oraciones* pueden asumir aquel papel. Ejemplos: *Esto me dijo, ¡quién creería!*, sin inmutarse; *Esa es, ¿por qué negarlo?*, la triste verdad, etc.

**Modos interjectivos.** — 667] Las frases u oraciones interjectivas que componemos según las necesida-

des de nuestra expresión, no son las únicas de esa clase; sino que existen en el idioma otras ya formadas, a las cuales se da el nombre de *modos interjectivos*. Tales son, por ejemplo: ¡*Apaga y vámonos!* ¡*Santo cielo!* ¡*Dios mío!* ¡*Mal haya!* ¡*Voto a bríos!* ¡*Santa Bárbara bendita!*, etc.

**Observaciones relativas al uso de las interjecciones.** — 668] Transcribiremos sobre este punto el siguiente pasaje de la Academia:

«**Ah**, **ay** y **oh** se usan indiferentemente para denotar pena, gozo, mofa, sorpresa, desprecio, ira y admiración. Así, lo mismo decimos ¡*ah qué desgracia!*, ¡*ay de mí!*, ¡*oh asombro!*, ¡*ah qué necio!*, ¡*oh!*, *ya nos veremos*, etc. **Bah** indica que nos causa molestia, desdén o repugnancia lo que oímos. **Ca** o **quia** es indicio de negación o incredulidad. **Cáspita** se usa para manifestar admiración o extrañeza. **Ea** sirve unas veces para infundir ánimo, otras para meter prisa, otras para imponer silencio, y otras, en fin, para significar enojo o contradicción. Con la interjección **eh**, no menos variada que **ah**, reprendemos, llamamos, preguntamos, despreciamos y advertimos. **Guay** vale intimación y amenaza. Con la voz **hola** se llama a los inferiores, y se denota ya alegría, ya extrañeza. **Huy** es una exclamación arrancada por dolor físico repentino, y también denota asombro con mezcla de disgusto. **Ojalá** indica vivo deseo de alguna cosa. **Ox** es voz con que se espanta a las aves. **Puf** manifiesta asco o desagrado. **Sus** sirve únicamente para animar. **Tate** es demostración de sorpresa, de advertencia para contenerse o contener a otro, o lo es también de que se cae en la cuenta de algo que no se tenía presente. **Uf** manifiesta cansancio, sofocación. **Zape**, además de emplearse para ahuyentar a los gatos, es indicio de temer algún riesgo o ponderarle».

669] Como habrá podido notarse en dicho pasaje, los afectos de nuestro ánimo son más numerosos que los medios para expresarlos, desde que una misma interjección sirve generalmente para muchos de ellos, y a

veces muy diversos y hasta contradictorios; pero remediamos tal carestía mediante adecuadas inflexiones, actitudes, entonaciones, movimientos y otros mil recursos de la misma índole, así como también, en lo escrito, por medio de signos ortográficos especiales y adecuadas construcciones, sugeridas por la inventiva o los recursos de cada cual.

# LIBRO SEGUNDO

## CAPÍTULO I

### VICIOS DE ELOCUCIÓN

**Vicios de elocución: conceptos y clases.** — 670] Son *vicios de elocución* las faltas que se cometen en el empleo de las palabras. Los principales son el *barbarismo*, el *arcaísmo*, el *neologismo* y la *impropiedad*.

671] Incorre en el vicio de **barbarismo** (palabra que significa lo mismo que *extranjerismo*, pues en griego *bárbaros* quiere decir *extranjero*): 1º, quien emplea vocablos de otros idiomas, cuando existen los correspondientes castellanos, como *dandy* por *elegante*, *debutar*, por *estrenarse*, etc.; o 2º, quien altera la forma de un vocablo castellano, en el sentido de imitar la que tiene en otro idioma, como cuando se dice, verbigracia: *Mayenza* en vez de *Maguncia*, por remedar al francés *Mayence*.

672] Los *barbarismos* pueden ser de tantas clases cuantos sean los idiomas de donde provengan los términos viciosos; los principales son: el *galicismo* (del francés), el *anglicismo* (del inglés), el *italianismo* (del italiano), el *germanismo* (del alemán), el *latinismo* (del latín). Hay además *lusitanismos* (del portugués), *hebraísmos* (del hebraico), *helenismos* (del griego), etc.

673] De todos los *barbarismos*, los que más daño han

hecho al idioma castellano son los *galicismos*, que han llegado literalmente a contaminarlo. Véase, como prueba de ello, una lista de palabras galicadas que tomamos de la Gramática de la Academia: *acaparar*, por *monopolizar*; *accidentado*, por *quebrado*; *aficionado*, por *aficionado*; *aliage*, por *mezcla*; *aprovisionar*, por *surtir*; *avalancha*, por *alud*; *banalidad*, por *vulgaridad*; *bisutería*, por *joyería*; *confeccionar*, por *componer*; *etiqueta*, por *rótulo*; *finanzas*, por *hacienda*; *pretensioso*, por *presuntuoso*; *rango*, por *clase*; *remarcable*, por *notable*; *revancha*, por *desquite*; *susceptible*, por *suspicaz*; *pachá*, por *bajá*; *Brutus*, por *Bruto*; *Bale*, por *Basilca*; *Bordcaux*, por *Burdeos*, etc.

674] Los demás *barbarismos* están muy lejos de poderse comparar por su frecuencia a los *galicismos*.

675] A las *anglicismos* pertenecen muchos términos de moda y de cocina, como *fashionable*, por *elegante*; *sport*, por *deporte*; *pickles*, por *encurtidos*, etc.

676] Los *italianismos* viciosos son raros en nuestro idioma, como también los *germanismos*.

677] Los *latinismos* afectan por lo común el estilo literario, como *reluctar*, por *resistir*; *implicar*, por *abrazar*, etc.

678] Otro vicio de elocución dijimos que era el *arcaísmo*; añadiremos ahora que consiste en el empleo de palabras anticuadas, como *asaz*, por *bastante*; *cabec*, por *cerca de*; o de las formas anticuadas de ciertas palabras, como *fierro*, por *hierro*; *retorcijón*, por *retortijón*, etc.

679] El *neologismo*, cuando es vicioso, consiste en valerse de vocablos nuevos contrarios al genio del idioma y completamente inútiles, como *confeccionar*, *coloridad*, *extemporaneidad*, *primeridad*, y tantos otros. Pero cuando el término neológico es insustituible, entonces no constituye vicio. En tal caso están, v. gr.: *aterrisar*, *acuaticar*, *filmar*, *autobús*, y muchos otros impuestos por las circunstancias.

680] Vicio tan reprensible y feo como el *galicismo* es, por fin, la *impropiedad*, o sea echar mano de pala-

bras que signifiquen algo distinto de lo que deseamos expresar. De la Gramática de la Academia tomamos los siguientes ejemplos de *impropiedad*: *Pasó desapercibido*, por *pasó inadvertido*, pues *desapercibido* significa *desprevenido*; *Reasumiendo lo dicho*, por *resumiendo*, ya que *reasumir* significa *volver a asumir*; *Bajo esta base*, por *sobre esta base*; *Bajo este punto de vista*, por *desde este punto de vista*, etc.

## CAPÍTULO II

### DEL ANÁLISIS ANALÓGICO

681] El *análisis analógico* se propone establecer de qué manera se llenan las diferentes *funciones* u *oficios* en cualquier trozo hablado o escrito.

682] El *análisis analógico* puede ser *inmediato* y *secundario*.

683] *Análisis analógico inmediato* es aquel en el cual se conservan enteras las frases y oraciones que desempeñan funciones analógicas. Sea, por ejemplo, la cláusula siguiente: *El tren expreso de Rosario que esperábamos con tanta impaciencia, llegó esta mañana con el atraso que el jefe preveía*. Sometiéndola al análisis analógico inmediato, tendremos:

*El*: artículo def. masc. sing.

*tren*: sust. apel. masc. sing.

*expreso*: adj. cal. masc. sing.

*de Rosario*: adj. frase determinativo.

*que esperábamos*: adj. explicativo oración.

*con impaciencia*: adverbio frase.

*tanta*: adj. calif. fem. sing.

*llegó*: verbo neutro. de la 1a. conj., regular, 3a. pers. pret. indef. de Indic.

*esta*: adj. det. fem. sing.

*mañana*: sust. apel. fem. sing.

*con el atraso*: adverbio frase.

*que el jefe preveía*: adj. determinativo oración.

684] El *análisis analógico secundario*, partiendo del resultado del anterior, descompone los complejos o entidades en sus vocablos componentes. Tendremos, pues, prosiguiendo el trabajo iniciado en el párrafo anterior:

*El*: como en el *análisis inmediato*.

*tren*: íd., íd.

*expreso*: íd., íd.

*de*: preposición.

*Rosario*: sust. propio, masc. sing.

*que*: pron. relat. en acusativo.

*esperábamos*: verbo trans. reg. de la 1a. conj. 1a. pers. plur. del imperf. de Indicativo.

*con*: preposición de ablativo.

*tanta*: como en el *análisis inmediato*.

*impaciencia*: sust. apel. fem. sing.

*llegó*: como en el *análisis inmediato*.

*esta*: íd., íd.

*mañana*: íd., íd.

*con*: prep. de ablativo.

*el*: art. def. masc. sing.

*atraso*: sust. apel. masc. sing.

*que*: pron. relat. en acusativo.

*el*: art. def. masc. sing.

*jefe*: sust. apel. masc. sing.

*preveía*: verbo trans. irreg. de la 2a. conj. 3a. pers. del pret. imperf. de Indicativo.

685] De acuerdo con los modelos anteriores, puede analizarse analógicamente cualquier pasaje.

686] El *análisis analógico secundario* es el último término a que puede llevarse la investigación en *Analogía*.

FIN DE LOS ELEMENTOS DE ANALOGÍA



# TEXTO DE LECTURA

---

(TÉNGASE EN CUENTA LAS ADVERTENCIAS  
CONSIGNADAS AL DORSO).

## ADVERTENCIAS

---

1.—Las obras y trozos reunidos en los tres volúmenes de las presentes LECTURAS Y BIOGRAFÍAS, forman una serie rigurosamente ordenada y sistemática, que va integrándose paulatinamente a medida que se avanza en la lectura y remontando el curso del tiempo.

2.—La biografía de cada autor sólo se incluye cuando dicho autor se menciona por primera vez. Cuando se le vuelve a encontrar más adelante, su biografía se da por conocida.

3.—Sin extremar la nota, convendrá que los alumnos se enteren de dichas biografías, como asimismo volver sobre lo esencial de ellas, cuando la oportunidad se presente.

4.—Para aclarar la visión de conjunto, utilícese con frecuencia el Índice metódico agregado al final de cada tomo.

# SIGLOS XIX y XX

---

*El siglo XIX se inicia—tanto en la literatura peninsular como en la de Hispanoamérica — siguiendo las normas y modelos académicos y retóricos del anterior, con la incorporación de elementos ideológicos surgidos de la Revolución Francesa.*

*En el segundo tercio de dicha centuria — y como un reflejo de lo que antes había pasado en Alemania, Inglaterra, y muy especialmente en Francia — se entroniza en las letras españolas también la escuela literaria conocida con el nombre de Romanticismo. Fué el Romanticismo un movimiento de protesta contra las reglas arbitrarias del Seudoclasicismo o falso Clasicismo, imperante en el siglo XVIII, y su característica más saliente fué sustituir el sentimiento y la pasión a la razón equilibrada y lógica de los Seudoclásicos; todo ello con una marcada predilección por el pesimismo, la tristeza y el desaliento, sinceros o más o menos fingidamente expresados.*

*Después del Romanticismo viene un período de relativa confusión, en que unos intentan volver al Clasicismo, otros perseveran en el cultivo de las formas románticas, y otros, en fin, inician nuevos derroteros: entre éstos el más importante fué el Naturalismo.*

*En último término, y a contar de las postreras décadas del siglo, se apoderan del terreno una serie de*

doctrinas y prácticas literarias y estéticas cuyo rasgo común fué la busca de lo nuevo e imprevisto, y que suelen rotularse en conjunto con el nombre de Modernismo. Dicho movimiento está lejos de haber tocado a su término, y de sus consecuencias cabe afirmar sin duda alguna que fueron ventajosas para los intereses del arte en general, y en particular de la Literatura.

# 1. - ARTÍCULOS DE COSTUMBRES AUTOBIOGRAFÍA Y RECUERDOS TIPOS

**JOSÉ MARÍA DE PEREDA**

(1833-1906)

**EL BARÓN DE LA RESCOLDERA**

(DE "TIPOS TRASHUMANTES")

Cuando llega en Julio a Santander, viene de Burdeos adonde fué desde París, donde pasó la primavera después de haber repartido el otoño y el invierno entre Madrid (su patria nativa), Berna, Florencia, Berlín y San Petersburgo. Ni los hielos le enfrían, ni el calor le sofoca. Es una naturaleza de roble que se endurece con los años y a la intemperie.

Pasa ya de los cincuenta, es de elevada talla, trigucño de color, de pelo áspero y rapado a punta de tijera.

derecho como un poste; algo protuberante de estómago y de nariz; pequeño de pies, de manos y de boca; ancho de espaldas y de frente, y muy cerrado de barba, que se afeita todos los días cuidadosamente, menos en la parte en que radican sus anchas y bien cuidadas patillas a la macarena.

¡Viste todo el año de medio tiempo, y es su traje intachable en calidad y corte, así como es intachable también la blancura de su camisa, de la que ostenta no flojas pruebas en pecho, puños y pescuezo.

Fuma sin cesar grandes habanos, y saliva mucho, e infaliblemente antes de empezar a hablar lo poco que habla; y en cada desahogo de éstos, larga, zumbando, una pulgada de tabaco, que ha partido con los dientes.

Para saludar, no da la mano entera, sino la punta del índice... cuando alguno le saluda; pues él no saluda a nadie en la calle, ni tampoco se para. Si el que pasea con él se detiene para hacerle alguna observación, él sigue andando inalterable. Si el detenido le alcanza después, bueno; si no, como si jamás se hubiesen visto.

En estos casos, no usa, para sostener la conversación, más que salivazos y monosílabos; también algún carraspeo que otro. Para las grandes ocasiones tiene disponibles unas cuantas frases y pocas más interjecciones y palabras, tan breves como enérgicas: las frases para preguntar, las palabras sueltas para responder, y las interjecciones para comentarios.

Es rico y soltero; trae todo su equipaje en una maleta de cuero inglés.

Viene a Santander acaso porque halla esta ciudad en su camino; pero es lo cierto que viene todos los veranos, y no por pocos días.

Se hospeda en la fonda que mejor le parece, y la deja cuando le conviene; y le conviene dejarla, en cuanto observa que una falta grave se repite hasta tres veces; siendo para él faltas graves, el pescado que da

en la nariz, el desaseo en su cuarto, la servilleta cambiada en la mesa, y el vino adulterado o cualquiera de esas carnavaladas que suelen permitirse los huéspedes a las altas horas de la noche sin respeto ni consideración a los que duermen y descansan.

En cuanto a baños, solamente toma dos o tres en la temporada; pero de a hora y media cada uno. Allí se está como una boya en la mar, restregándose la cabeza, carraspeando, escupiendo y estornudando sin cesar y a sus anchas, y con un estrépito que excede a toda ponderación. Cuando sale del agua, no es porque siente frío, sino porque se aburre sin fumar en tanto tiempo.

La primera vez que vino, tuve el gusto de conocerle y de estudiarle, porque un amigo mío con quien yo en cierta ocasión paseaba, era amigo suyo también: saludóle al cruzarse con él, dióle éste el dedo, y juntos, retrocediendo nosotros dos, continuamos los tres aquella tarde; pues por la tarde era cuando esto sucedía, y en el alto de Miranda, cerca de la ermita.

Según íbamos andando, iba el barón devorando con los ojos el hermoso panorama que se descubría desde allí. A la izquierda la ciudad amontonada, oprimida, agarrándose unas casas a otras, como con miedo de caerse al agua, y cual si se hubiesen detenido un instante, después de bajar rodando desde el paseo del Alta; la bahía mojando los cimientos de las últimas; la bahía, con sus verdes riberas, sembradas de pueblecillos; después sus cerros ondulantes, y detrás de todo, los abruptos puertos, con su gigantesca anatomía recién desnuda y en espera ya de sus blancas vestiduras de invierno. A la derecha el mar, coronado de rizos por la juguetona brisa del Nordeste... y lo demás que sabe el lector tan bien como yo.

—¡ Hermoso es todo esto! — dijo mi amigo al barón, cuando notó, por los gestos de éste, que la misma : + debía andar rodando por sus mientes.

—Sí — contestó lacónicamente el barón.

—Hasta la ciudad tiene algo de curioso, así tendida...

—Derramada,—corrigió enérgicamente el otro, después de lanzar de su boca, con la fuerza de un cohete, medio cuarterón de tabaco.

Y tomó el rumbo del Sardinero, siguiéndole nosotros con trabajillos: tan veloz era su andar.

Hay en aquel crucero, durante las tardes de verano, algo como laberinto de gentes y carruajes, que van y vienen. El barón surcaba impávido sus revueltas dificultades, como si éstas fueran su elemento, o llevara en su mano la punta del famoso hilo de Ariadna. Verdad es que yo no he visto una fuerza de codos como la suya, ni una facilidad más asombrosa para dejar, a su paso, figuras ladeadas y sombreros fuera de la vertical. Nosotros nos colábamos por el surco que él iba abriendo.

Al comenzar la bajada del camino, y en terreno ya más despejado, acortó un poco la marcha, y describió con la vista desde Cabo Mayor a Cabo Quejo; abrió los ojos desmesuradamente, y su pecho y sus narices se dilataron, cual los de noble corcel que aspira el aire de la rozagante pradera, tras de obscuro cautiverio. Era indudable que el espectáculo le agradaba. Después estrelló la mirada contra las tabernas y los bardales inmediatos, frunció las cejas, escupió recio... y apretó el paso.

Así llegamos al Sardinero, y sin momento de descanso, visitamos la galería y la playa, y las casas una a una (exteriormente, se entiende); y las fuentes, y los paseos; y como un torbellino atravesamos el puentecillo y llegamos a la capilla, enfrente de la cual tuvo el barón la buena ocurrencia de hacer un alto. Dióse luego media vuelta sobre sus talones, y encarándose con cuanto habíamos visto desde que comenzamos a bajar, como si quisiera hacer un resumen de todo ello:

— ¡Gran naturaleza! — exclamó, hasta con su poco de entusiasmo.

— ¡Admirable! — dijimos nosotros, haciendo coro a su himno.

— Pero sin arte, — añadió, dejándonos con las notas entre los labios, y en la duda de si también alcanzaba su censura a la humanidad que hormigueaba por ahí.

Y sin más explicaciones, describió la otra media vuelta que le faltaba, y emprendió la marcha hacia la Magdalena, como si el camino le fuera conocido.

Después de contemplar un instante el panorama del Puntal desde el polvorín, echó cambera arriba por detrás de éste. Indudablemente tiene este hombre un instinto particular para adivinar sendas y caminos.

Hasta dar con el Miranda, no dijo una palabra, ni tampoco su respiración se agitó una sola vez. Lo mismo son para él las cuestas arriba que lo llano. Es un roble que anda.

Al bajar a la ciudad, le pidieron limosna, como a todo transeúnte, los pobres del paseo de la Concepción.

Al primero le largó un bufido que heló la plañidera retahila en su gáznate abierto. Más abajo le tendió su arrugada diestra una anciana que estaba sentada a la sombra de un árbol. Entonces el barón, que parecía no fijarse en nada, después de llevar una mano a: bolsillo, acercóse a la pobre y depositó algo en su regazo remendado. Miré hacia ello quedándome dos pasos atrás, y vi que eran monedas de plata. ¿Fue casual la acertada distinción que hizo entre los dos pobres, o es que la costumbre de dar limosnas le ha enseñado a distinguir los buenos de los malos, con una sola mirada?

Ya en Santander, ofrecímosle billete para concurrir al Círculo de Recreo. Aceptó, y acompañámosle por si quería ver sus salones y encrucijadas. Preguntónos por el de lectura, llevámosle a él, y no

quiso visitar los restantes, especialmente el de juego, enteróse de la lista de los periódicos que se recibían allí, dió un vistazo a la biblioteca, y después de decirnos que en aquel departamento había más pasto para el cuerpo que para el alma (señalando respectivamente a la mesa de los papeles y a los estantes de los libros), salimos hacia la calle, sin mirar él siquiera a los que jugaban a la baraja a cuarenta grados de calor, entre nubarrones de humo de tabaco.

Cuando le dejamos a la puerta de la fonda en que se había hospedado, nos dió el índice, se descubrió toda la cabeza con la otra mano, y ofreciéndonos con un ademán fino y expresivo su habitación, trepó hacia ella... no sin haber estrellado antes, con un resoplido, contra el suelo del portal, el medio tabaco que le quedaba entre los labios.

—¡Vaya un tipo!—dije a mi amigo llevándome las manos a los riñones, que me dolían de correr tras él.

—Le conocí en Madrid el año pasado — me replicó mi amigo, — y puedo asegurarte por lo que deduje de sus hechos y lo que de él me contaron los que le conocían mejor que yo, que es hombre que vale mucho. Tiene gran experiencia del mundo, y un ojo sutilísimo para conocer y apreciar las gentes. Es bueno y generoso, hasta el punto de que sería capaz de arrojarse al fuego por sacar de él a su mayor enemigo.

Posteriormente tuve ocasión de ver que no eran exagerados estos informes de mi amigo.

El barón de la Rescoldera, con todos los desabrimientos y resquemores, externos, de su título, es realmente un hombre de positivo valer.

De él puede decirse, como un resumen, que, al revés de tanto farsante y de tanto bribón como vive y medra, a expensas de la pública credulidad, es un hombre que no tiene palabra buena ni obra mala.

## MIGUEL DE UNAMUNO

(1864)

### UNA RIÑA

(DE "RECUERDOS DE NIÑEZ Y DE MOCEDAD")

Luis — le llamaré Luis por darle un nombre — era el gallito de la calle, el chico más roncoso del barrio, un bocota, un verdadero bocota y un fanfarrón. Ninguno de su edad, de los que andaban con él, le había podido y hasta con los mayores se atrevía. Desde que dominó a Guillermo — le llamaré Guillermo — no había quien le metiera roncadas ni se le podía aguantar. Era el que mandaba las partidas y se entretenía en asustar a las chicas del barrio o en meterles boñiga en la boca cuando la abrían para cantar, y nada más que por hacer rabiarse a sus hermanos. Al pobre Paco le tenía dominado, lo que se dice dominado, le mandaba hacer toda clase de barbaridades y el pobre Paco, como estaba dominado, las hacía sin chistar. Se metía en todas partes y su frase era: ¡a callar se ha dicho!

Era un mandón. Y como pesado ¡vaya si era pesado!

Al pobre Enrique, a Enrique el tonto, no hacía más que darle papuchadas, diciéndole: Enrique, ¡infla! y Enrique inflaba los carrillos y él le daba un sopapo y se reía. Y vez hubo en que se empeñó en hacerle comer greda y beber tinta.

¡Le teníamos todos una rabia!

Guillermo desde la última felpa callaba y le dejaba soltar roncadas, esperando y acechando ocasión y diciéndose: ¡dejarle, ya caerá ese roncoso! Y los del barrio le azuzaban haciéndole "chápale! chápale!" como a un perro, y yéndole con cuentos y recaditos a la oreja.

—¡ Dice que le tienes miedo!

—¿ Yo? sí... miedo...

—Dice que te puede...

—¡ Sí, las ganas!

—Dice que como rebolincha...

Se encontraron en el Campo una mañana tibia de primavera; había llovido la noche antes y estaba mojado el suelo. A los dos, Luis y Guillermo, les retozaba en el cuerpo la savia, los brazos les cosquilleaban pidiéndoles moquetes, y a sus acompañantes les barruntaban los corazones morradeo.

Cuando los chicos se zurrean es que el cuerpo les pide zurra y lo que parece motivo no es sino el pretexto que ese prurito busca; la voluntad inventa los motivos. A Luis y a Guillermo el cuerpo, envuelto en primavera, les pedía cachetes.

Sobre si fué el uno o el otro quien derribó un cochorro de una pedrada se trabaron de palabras. Mas sabido es que, según Tirso de Molina, los vizcaínos somos cortos en palabras, pero en obras largos.

El cochorro estaba en el suelo, panza arriba, suplicando paz con el pataleo de sus seis patitas, esperando a que por él y sobre él se decidiera la hegemonía del barrio.

—Sí, tú... sólo sabes echar roncas...

—¿ Yo? ¿ roncas yo? si te doy uno...

Hacía como que se iba, con un desdén solemne, y luego volviendo:

—¡ Calla y no me provoques!

—¡ Aivá! provoques...—exclamó uno de los mirones—provoques... provoques ha dicho... provoques... ¡ qué farolín!... ¡ para que se le diga!...

Se burlaba del vocablo, y le azuzaba. Y empezó el general azuzamiento.

—¡ Anda, pégale!

—¡ Chápale a ése!

—¿ Le tienes miedo?

—¿Miedo yo?

—¡Mójale la oreja!

—¡Tírale saliva!

—¡Lámale aburrido!

—¡Provócale, anda, provócale!

Todos soltaron la risa al oír el *provócale!* que les sonaba cómico; Luis se puso colorado y se acercó a imponer un duro correctivo al burlón.

—¡Déjale quieto!— le gritó Guillermo.

—¡Y a ti también si chillas mucho!

—¿A mí?

Luis le dió un empujón, devolióselo Guillermo, siguió un moquete, y ya estaba armada. Los mirones saltaban de gusto, y uno de ellos se puso a rezar por Guillermo, diciendo a media voz: “Ojalá gane Guillermo... ojalá amén... ojalá gane... ojalá gane...”

Se separaban para dar vuelo al brazo y descargarlo así con más brío. Al principio llevaban la mano a la parte herida y se tomaban tiempo para devolver el golpe; después, calentados ya y enardecidos, sólo se cuidaban de dar y no de no recibir; menudeaban embistes sin darse reposo. Y el *rezador* seguía: ojalá gane... ojalá gane... ojalá gane...

—¡Echale la zancadilla!

Cayeron, al fin, al suelo mojado, Luis debajo, y al caer aplastaron al cochorro que imploraba paz con sus seis patitas. Guillermo sujetó con las rodillas los brazos del enemigo y mientras éste forcejeaba, él, resudado, roja la faz, irradiando alegría e ira los encendidos ojos, le decía entre dientes: ¿Te rindes? ¡No! contestaba el otro con voz ahogada, y él le descargaba un puñetazo en los hocicos. ¿Te rindes? ¡No! Otro puñetazo más y así siguió hasta que le hizo sangrar por las muelas.

En este momento uno de los mirones exclamó: ¡agua... agua... agua! Era el alguacil — o *aguacil* como decíamos nosotros — que venía el muy pi-

llo cautelosamente, haciéndose el distraído, como tigre de caza. Al verle abandonaron todos el campo, echando a correr. Y el alguacil, al ver que se le escapaba la presa, amenazábales desde lejos con el bastón.

Entraron en la calle, el vencedor rodeado de los testigos de su triunfo, y sin hacer caso del que le repetía: ¡he rezado por ti! ¡he rezado por ti! Poco después entró el vencido, sangrando por boca y narices, embarrado, hosco y murmurando ¡ya caerá! ¡ya caerá! Y ¡qué corte rodeó desde aquel día a Guillermo!

En la calle bailaban todos de contento; ya no temían al roncoso, ya podían decirle: ¡Te ha podido Guillermo! Todos estaban llenos de gozo de haber cambiado de amo. Y el vencido repetía: ¡ya caerá! ¡ya caerá!

Así nos educábamos en el sentimiento de la justicia, del desquite, que se reduce a esto: ¿me pega? ¡le pego y en paz!

Y a este propósito, recuerdo un compañero mío de colegio que cuando alguien le pegaba contaba los golpes y él había de darle uno más; quedar encima aunque sólo fuese tocándole con un dedo en la ropa. Hasta si el maestro le proponaba una tocata con la varita había él de tocarle luego en la chaqueta tantas veces más una, cuantos varazos le hubiese dado.

De aquí dicen que salió el castigo que no es sino una pura reacción, como el estornudo. Ofende un granillo de polvo a la laringe y ésta le castiga estornudándole.

## MARIANO JOSÉ DE LARRA ("FIGARO")

(1809-1837)

### YO QUIERO SER CÓMICO

*Anch'io son pittore.*

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si

no sacara a luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vuelta sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo a muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntes elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la Revista. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, o de buen talante para comunicar el suyo a los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más o menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado a un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos e inclinaciones, o su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento a los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase a mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzosamente sumisa y cariñosa:

—¿Es usted el redactor llamado Fígaro?...

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo a pedirle un favor... ¿Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro... Si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un joven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico y dedicarme al teatro...

—¿Al teatro?

—Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora...

—Es la mejor ocasión.

—Como estamos en cuaresma, y es época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño! ¿A quién?

—Al Ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

—Es decir, a la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré a usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.

—Ya le entiendo a usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática, y la propiedad, y...

—No señor, no.

—Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrás de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra; y decir unas voces por otras, actitud por aptitud, y aptitud por actitud, diferencia por deferencia, háyamos por hayamos, dractmático por dramático, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí; todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

—Nada, nada; no señor.

—Perfectamente.

—Le diré a usted... en cuanto a trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre a la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor; si no es tan antiguo, a la antigua francesa o la antigua española; según... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderna o del día, levita a la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón, y media en los padres.

—¡Ah, ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán o a la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme a lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted: el papel lo dirá, y luego, como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle a uno... además, que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

—¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

—No es gran cosa; pero eso no es esencial.

—¿Y de educación, de modales y usos de sociedad? ¿a qué altura se halla usted?

—Mal; porque si se va a decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico, porque se me figura a mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

—Y tiene usted razón.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente, no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

—Escasamente.

—¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré a usted: si hago de rey, de príncipe o de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, a ser obedecidos a la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras o en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia es

tá dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.

—Muy bien.

—Si hago el papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos, y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré a compás, como un juego de escarpas, me temblarán siempre las manos como perlático o descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice a los espectadores: "allá va esto para' ustedes".

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! disformes; tengo una que me toma desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín.

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa a aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención o lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es gran cosa la que tengo; y aun ésa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además qué es es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole a usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír a un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

—¡Ya sé, ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa; pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado*.

—No más, no más; le digo a usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrán usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, o por el verso, aunque no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrán usted quejarse amargamente y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva a decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿sabrán usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

—Vaya si sabré; precisamente ése es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado:

—Venga usted acá, mancebo generoso — exclamé todo alborozado — venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro en que sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.

Diciendo estas y otras razones, despedí a mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

## EDUARDO WILDE

(1844-1913)

(Argentino)

MAR AFUERA

{DE "PROMETEO Y CÍA."}

(*El viajero se despide y se va*)

Es incalculable la cantidad de tontos que hay en el mundo, a juzgar por los que yo he encontrado en el camino, y entre cuyo número me cuento; viajeros como yo, por gusto, y sin maldita la razón que los obligue a viajar, en vez de estarse metidos en su cuarto, en su tierra, tranquilos y descansados.

Cuando oiga usted decir que los viajeros son tan buenos, no crea una palabra, a menos que usted sea dueño de algún hotel, de algún buque, ferrocarril o almacén de maletas y necesarios con navajas de bar-

ba para los que no se afeitan y cepillos empedernidos que no salen de su estuche a dos tirones.

Tanto vale decir que es bueno sufrir, incomodarse, marearse, asolearse y exponerse uno a que lo estrujen, lo alcen, lo bajen, lo acomoden, lo apuren y lo reglamenten.

Comience, si quiere convencerse de la verdad de mi juicio, por recordar que apenas anuncia usted en su pueblo su intención de viajar, divide a sus relaciones en dos bandos: uno que aprueba el viaje, y otro que lo condena; llegando con tal motivo a hacerlo tema de conversación, punto del cual no sale usted sin dejar un buen pedazo de la piel.

Por fin, los bandos se uniforman y declaran indispensable el viaje proyectado, respondiendo a esta idea: cuanto menos bulto, más claridad; y desgraciado de usted si no se va pronto o si resuelve quedarse, porque entonces verá pintada en el rostro de sus mejores amigos la desazón que les causa su demora o su cambio de idea.

— ¿Cómo? — ¿no se va? Y ¿para qué dijo que se iba? Pues hombre, ¡vaya una ocurrencia!

Así, el que anuncia un viaje debe irse, pues sus conciudadanos, hechos ya a la idea de verlo marcharse, son capaces de armarse para echarlo a palos si no se va de *motu proprio*.

\*

Las impresiones de despedida al emprender un viaje por mar, se han modificado mucho en los países, en que es necesario ir a tomar el gran buque a los quintos infiernos, gracias a las incomodidades que los acompañantes y el acompañado experimentan en la travesía. La lucha entre el corazón y el estómago se establece y el último vence. Mejor, así se diluye el sentimiento y los viajeros ahogan sus lágrimas para

agitar sus pañuelos saludando a los parientes que vuelven a tierra.

¡Solo en el buque! ¡Fenómeno curioso! La sensación que invade a cada viajero es la del abandono al entrar en su camarote, aun cuando sepa que va a tener por amigos, a las pocas horas, a los quinientos o mil pasajeros que se hallan a bordo.

La casa flotante, desconocida, llena de olores extraños, el movimiento de bagajes, la confusión de voces, los pedazos de frases que uno oye a los que se despiden de prisa y encargan algo a sus acompañantes, el afán de cada uno por acomodar sus maletas, la imposibilidad de ocuparse metódicamente de cosa alguna, el ansia por que todo concluya y comience a caminar el buque, la distracción con que uno contesta a los que le hablan, la falta de coordinación de las ideas, cierto malestar intranquilo que se sufre por no saber lo que uno ha olvidado, pero calculando que es mucho y lo más importante; el espectáculo que ofrecen todos los que se embarcan, medio atontados y egoístamente ocupados de sí mismos sin miramiento para los otros y sin la cortesía y buena educación de tierra; los gritos de las criaturas que protestan contra la estrechez, y los de las gallinas, patos y gansos izados en cantidades colosales para ser comidos a bordo; la mezcla de visiones, ruidos y olores... todo el conjunto, en fin, de escenas nuevas, produce esa sensación de soledad, de abandono, de angustia y de temor, que es necesario experimentar para conocer.

\*

Allá a lo lejos se ven los buques a vapor o de vela pequeños que se llevan a tierra a los amigos, mientras uno va temeroso a reconocer el *ojo de buey* de su camarote que miró como una amenaza al acercarse al gigantesco navío, ojo de buey que no sé por qué se llama así, siendo una simple ventana que da al río o al mar, destinada a meter la luz y la fotografía del horizonte y de las olas a la celda pequeña del pasaje.

ro mareado que en la travesía pierde desde el deseo de la propia conservación hasta el pudor y la dignidad, cuando el buque se mueve mucho, cabeceando o rolando sobre la onda.

Llega la hora de comer (todos quieren comer haciéndose los guapos); se sientan a la mesa guardando un afligente aplomo; la conversación se anima entre los habituados, una que otra palabra sale también de los labios de los novicios, pero poco a poco una seriedad náutica va extendiéndose sobre los rostros, el bullicio se apaga; sólo continúa el ruido de los platos, y cada uno de los comensales comienza a ver entre nubes y celajes a sus compañeros; ve subir y bajar al de enfrente, ponerse pálido al del lado, levantarse al de más allá y salir tambaleando como un cadáver ambulante en busca del aire de cubierta, para librarse de lo que no se librará en todo el viaje, de su estómago, de su cabeza, de esa enfermedad infinita que se llama mareo, género morboso que absorbe, oprime, remueve todos los pesares, como la suprema fórmula de todas las ansiedades humanas.

La conciencia de la personalidad se pierde, la vista se obscurece, los ojos miran al infinito mil vaguedades sin forma, y a cada hundimiento, levantamiento o inclinación de la casa flotante, siente uno que el universo se confunde, las estrellas bambolean, el firmamento se viene abajo y cae como una mole para aniquilar las percepciones del viajero miserable que haría de buena gana un contrato para que el diablo se llevara su alma con tal que el buque se fuera a fondo en el abismo.

Y luego vienen los consoladores de a bordo; los que no se marean, con sus consejos irritantes, con sus ofertas de comida, con su presencia satisfecha que parece una burla, con su pie marino, odioso para el que no puede moverse, en tanto que sobre cubierta aumen-

ta el tendal de enfermos olvidados de sí mismos, maldiciendo la hora en que nacieron y esperando en vano un momento de quietud, por misericordia, una cesación del vaivén eterno que el barco ejecuta sin piedad, sin conmiseración, sin tregua ni reposo, como un enemigo sarcástico y cruel que se complace en el tormento de sus víctimas.

¡Con qué placer renunciaría uno a su estómago, a su cabeza, a su existencia misma, a su presente y a su porvenir, en aquel mar de sufrimientos en que se ahogan hasta los recuerdos más queridos y las más tiernas ilusiones!

Todo parece cambiado; cada cosa tiene gusto a otra desagradable; las sensaciones están como forradas en algodón; uno tiene el alma colchada, obtusa, negra, obscura; el pobre cuerpo está de más; los brazos incomodan; las piernas deberían estar en otra parte; la nuca atormenta, no tiene uno frente, y la lengua es un trapo espeso, pastoso, impropio para la articulación. Si alguien viniera y recogiendo a uno con una pala lo echara al mar, haría una obra buena que el mareado agradecería y encontraría natural.

El horizonte sube y baja, se ladea y simula buscar un acomodo que no encuentra, y el golpe de las olas, metódicamente desordenado, sobre los flancos de la insoportable embarcación, marca los compases del sufrimiento más intenso, minuto inacabable, que parece una agonía sin principio ni fin, en medio de un baile de todas las cosas, atolondrada y tontamente ejecutado, dentro de una atmósfera de embriaguez envenenada.

\*

*(Donde el viajero continúa experimentando las delicias de la travesía y los encantos de a bordo)*

Los personajes del buque desfilan como los del teatro, metamorfoseados: los que vinieron con sombrero alto y levita, tienen ahora gorro y saco.

¡Jamás he visto mayor colección de gorros, con orejas y sin orejas: negros, blancos, grises, azules, con visera o sin ella! ¡Las mujeres, retiro la palabra, las señoras casadas y las niñas solteras, han cambiado esos increíbles aparatos que se plantan en la cabeza, por casquetes y otros adornos que les sientan generalmente mal, contra su opinión! En un abrir y cerrar de ojos, todas las personas que uno ha conocido en tierra o ha visto y tenido como sujetos cuerdos, aparecen con un traje que jamás usaron y que les da el aspecto más extraño, un poco grotesco y ridículo.

Esta trivialidad de vestirse especialmente para estar en un buque, no se explica ni se entiende, pero es una necesidad. No le creen a uno que se ha embarcado, si no lleva la librea de a bordo; y lo raro del caso es que todos, viejos y jóvenes, mujeres y niños, creen que están adorables con su nuevo traje.

Pero el primer día no tiene uno tiempo de fijarse en estas menudencias; apenas si se da cuenta de cuántos conocidos hacen el viaje. El camarote atrae; la cama, a pesar de su estrechez y de sus almohadas cilíndricas, ¡no sé por qué! y duras como almas de jueces, convida al reposo, y uno se acuesta en ella con el cuerpo molido, el alma molida, la cabeza en torbellino, a rumiar sus recuerdos, a dejar pasar como visiones las escenas de los últimos momentos, las despedidas, los llantos, los apretones de manos mecánicos, los sentimientos sinceros, el panorama de la dársena, el pasaje de los coches que lo trajeron a ella, algún accidente insignificante que se ha grabado en la memoria porque le ha dado la gana, tal como la capa de goma del cochero con un ojal roto o un vendedor de lámparas que se encontró al paso, y sobre todo, sobre todo, bien sobre todo, a masticar con una especie de tristeza apurada la incertidumbre del porvenir obscuro, vacilante, medio amenazador por lo desconocido y presentando como hechos hostiles todos los que

van a ocurrir en las ciudades y conarcas a las que uno se dirige y en las que las gentes extrañas, que será forzoso tratar, se perfilan con una silueta enemiga, interesada, agresiva, contra el extranjero sin defensa.



Una impresión de la mente humana innata en ella nos hace perder el aplomo entre extraños y calcularles sobre nosotros mayores derechos que los nuestros sobre ellos. Así, la ignorancia de las costumbres nos hace suponer que toda exigencia es legítima y toda resistencia de nuestra parte un atentado; ese falso concepto es la base de la explotación universal del indígena sobre el viajero, a menos que el último sea un cumplido caballero de industria.

Todas estas ideas, cálculos, juicios, recuerdos e indiferencias, bullen en la cabeza sobre el cilindro duro que está debajo, martirizándole a uno la oreja, mientras el camarote, siguiendo las oscilaciones del buque, cabecea o rola alrededor de un eje desconocido. La onda amarga, nombre poético de esos seres fugitivos y desagradables que se llaman olas, ha comenzado a golpear los flancos del barco, produciendo un ruido de flagelación con trapo mojado, ruido isócrono que incita al sueño, pero que no deja dormir.

Las visiones, los recuerdos y las indiferencias continúan pasando a compás de las olas bulliciosas; la monotonía del movimiento y de los tonos líquidos sólo se altera por alguna voz que llega de los que aun no se han acostado o algún estremecimiento causado por cadenas que se arrastran o por la salida de la hélice en una inmersión desatinada de la proa, que ha metido demasiado las narices en el océano.

Los pasos cadenciosos de los guardianes sobre cubierta, traen la noticia de que alguien vigila sufriendo las ráfagas de viento, en el silencio de la noche, mirando el horizonte oscuro o contemplando las estre-

llas del firmamento que caminan pestañeando su luz al menudeo, con la imperturbabilidad de los astros lejanos a quienes no les ha llegado aún la noticia de que uno se ha embarcado y que está bien y debidamente estibado, junto con sus recuerdos, en una célula flotante y sobre una cama con costillas.

La noche va haciendo su camino, arrullada por las olas; cada uno en su camarote pasa revista a sus impresiones, las cuenta, las clasifica y elige, como tema de sus meditaciones náuticas, las más importantes o las que más le muerden el corazón: regularmente las reminiscencias tiernas, las amistades que deja, las esperanzas, las desolaciones y las dudas melancólicas que le aprietan las hojas del alma, como si fueran papeles puestos sobre una mesa, para que no se vuelen, bajo la presión de un objeto pesado.

Y haciendo coro a esta falange de imágenes, se hacen sentir inquietantes las pulsaciones de la máquina, corazón del transatlántico, que durante cientos de horas canta constantemente su romanza monótona; pom, pom; pom, pom; con sonidos de aire metálico, inspirando lástima, estremeciendo, deleitando y afligiendo a los que, a través del ruido cadencioso, ven el trabajo titánico de los foguistas, metidos en el infierno acarreado carbón, arrojándolo con las palas en las bocas de las hogueras insaciables, hambrientas; y todo para que cada émbolo entre y salga como un tico envuelto en aceite, en el cuerpo de bomba, y haga disparar desatinado un juego completo de manubrios que, como músculos gigantes y lucientes, dan vueltas vertiginosas, recibiendo por dosis homeopáticas la extremaunción que una mecha embebida les suministra al paso, para traducirse al exterior en un aleteo formidable de las hélices.

No sé si se duerme o se está despierto en las noches de a bordo; la vigilia parece un entresueño y el sueño una inconciencia, durante la cual se percibe por fajas y a retazos los acontecimientos cerebrales. Lo cierto es que, a la hora en que uno se cree despierto, lo primero que oye es el rumor de la sístole y diástole de la máquina, única noticia con que uno cuenta por el momento para saber que no está en su casa. Luego, el viajero, si es avisado, se incorpora y ve por la ventaná el mar, igual exactamente al que dejó la víspera en el mismo sitio, salvo una que otra variación de color que depende del cielo, de la profundidad del agua o de lo que Dios quiera.

Todas cuantas descripciones he oído o he leído del mar, son mentira.

El mar no tiene color ni forma determinada; alterado, tranquilo, tormentoso, con olas chicas o colosales, azul plumizo, celeste, parduzco, verde claro u oscuro, con o sin espuma, el mar, según mi experiencia, es una grande extensión de agua caprichosa, caracterizada especialmente por la ausencia de toda variación y de toda monotonía y por la falta absoluta de peces.

¡Qué barbaridad!, van a decir los lectores, si los tengo; pero yo los pondría en mi caso y les preguntaría su opinión, después de veinte días de navegación en que ni por asomo hubieran visto alma viviente en tres mil leguas de agua, alma de pescado, se entiende.

Los que cuentan sus viajes, dicen:

)“El buque es seguido constantemente por innumerables tiburones”; mentira; no he visto un solo tiburón; y si no contara con más que mi viaje para co-

nocer a esos caballeros, no sabría de ellos una palabra.

“Se ve a lo lejos las columnas de agua que arrajan las ballenas, y muchas veces acompañan eilas por leguas y leguas a las embarcaciones”; mentira; no hay tales ballenas; estos estimables cetáceos se han hecho notables por su ausencia durante nuestra travesía.

“Enjambres de toninas y mil variedades de peces acuden al costado del navío”; mentira; no hay tales enjambres ni tales toninas, ni más variedad de peces que los que uno se imagina, recordando los libros de historia natural en que estudió.

Un pasajero dijo que había visto un tiburón o una ballena, y todos lo tomaron por loco.

A mí me pareció ridículo estar en el mar, hacer una travesía de veinte días, detenerme en los puertos, recorrer las bahías, y no ver un solo pez, pero ni uno solo; apelo al testimonio de los pasajeros todos, cuya nómina pueden ustedes ver en la agencia de mensajerías marítimas, calle Reconquista. Digo, pues, que me pareció ridículo vivir un mes casi en mar sin ver peces, y no queriendo tener que contar tan extraordinario e increíble acontecimiento, allá a la altura del día número 19 de navegación, pedí una caja de sardinas, llamé a todos los pasajeros, procedimos a abrirla con toda solemnidad y fueron esas excelentes y populares conservas los únicos peces que vimos en el océano Atlántico.

\*

En cambio, el mar inmenso, infinito, asombraba y entristecía con su inacabable extensión; el mar sinietro durante la noche, alegre y chispeante en las horas del día, luminoso y fresco a la madrugada, amononaba sus olas alrededor del buque, dejándose hender por la quilla en el rumbo elegido hacia el horizonte que hilvanado al cielo y haciendo causa común con él, no daba señas de concluirse jamás.

De tiempo en tiempo una onda malhumorada se quebraba en la borda y salpicaba con su cabellera desmenuzada la base de los mástiles, rociando la cara de los paseantes de cubierta, algunos de los cuales llegaron a probarla, encontrándola salada, lo que no es raro.

\*

Bien visto, embarcarse es una temeridad, pero una vez a bordo, nadie piensa en el peligro que corre, quizá porque ese peligro es de cada momento, de cada segundo. El buque puede hundirse por mil causas, incendiarse, perder sus velas o su máquina. El comandante, jefe absoluto, puede volverse loco, el piloto equivocarse y estrellarnos contra las rocas, la tripulación rebelarse y emprenderla con los pasajeros. No sé cómo no se muere uno de miedo, al calcular que si cae al mar está irremediablemente perdido, ya sea porque se ahogue, pues nada le serviría nadar aunque pudiera, una, dos o más leguas, que no son distancias apreciables en la inmensa extensión, ya porque se lo coman los voraces carnívoros que habitan, según dicen, el líquido elemento.

Ya me veía yo a brazo partido con un cetáceo colosal por esas olas de Dios, cuando me imaginaba que caía en el mar.

\*

Una noche sobre todo, ¡qué espanto!

El viento había comenzado a soplar fuertemente desde por la tarde. "Había refrescado un poco", dijo el comandante. ¡Maldito vocabulario de estos marinos! Llamen refrescar un poco cuando el buque anda dando tumbos, sacudido por las olas, y los pasajeros como pelotas, de banda a banda, renegando contra los fenicios que inventaron la navegación y contra el sandio que aplicó el vapor a la tortura del mareo.

Durante las primeras horas de la noche continuó

refrescando, y a eso de las doce el refrescamiento llegó a tal grado, que no había a bordo cosa con cosa. Bien acuñado por varias pilas de almohadas, tramitaba yo el escaso pedacito de sueño que las circunstancias me permitían, cuando llegaron a mis oídos los clamores de los pasajeros, los llantos de las criaturas y los juramentos de los marineros.

El buque estaba domando un caballo salvaje; el mar, hecho una furia, lo alzaba en la montaña de sus olas y lo hundía repentinamente en el abismo. El cielo estaba negro como una casa mortuoria, el huracán silbaba en las cuerdas, la armazón del casco crujía y se quejaba como un agonizante martirizado.

Las aguas trepaban sobre cubierta y se estrellaban en las ventanas circulares de los camarotes, que con sus gruesos vidrios y sus formidables cerrojos apenas resistían al empuje desenfrenado. Un combate violento se empeñó entre el barco y el mar; la punta de los mástiles parecía a veces prepararse a ensartar las masas líquidas que los atropellaban; mil trombas juntas semejaban haberse dado cita para destrozarlo todo; la hélice giraba en el vacío fuera del lugar de su trabajo, modulando tonos ásperos y huecos; los fuegos de las hornallas amenazaban apagarse; las olas, convertidas en arietes, atronaban con sus golpes furibundos y, trepando sobre la borda, parecían asomarse a mirar por todos los resquicios cuanto pasaba en los compartimientos.

Los animales en sus jaulas lanzaban gritos afligentes anunciando el fin de sus días. El terror estaba pintado en todos los semblantes; el comandante y los oficiales permanecían mudos y sordos ante las preguntas de los pasajeros.

La bodega estaba casi llena de agua, las bombas de vapor y de mano hacían un trabajo estéril; la tornien-

ta había venido de sorpresa y no dió tiempo a cerrar las bocas de carga; el agua entraba hasta por los ventiladores de las máquinas; dos o tres hombres habían sido barridos a la mar. Todo rugía, golpeaba, crujía, silbaba, tronaba, en tanto que el barco bailaba una danza espantosa en medio de la triste y repentina tragedia. Ni un átomo de luz en el horizonte, ni un segundo de reposo en el mar, que parecía recibir refuerzos por momentos, al mismo tiempo que cada soplo nuevo del huracán anunciaba que el grueso de la tormenta venía en marcha.

Ni una chispa luminosa en el firmamento, ni el pretexto de una esperanza en el alma.

Contra la borda, los marineros, en medio de la borrasca que los entorpecía y los cegaba, se afanaban en preparar los botes y aparatos salvavidas; la obscuridad era intensa; las linternas, a pesar de sus reflectores, no alcanzaban a disiparla: sus rayos penetraban apenas algunos centímetros, disolviéndose en seguida en la compacta espesura; la noche, densa, se los tragaba sin dejar ni la penumbra. Todo se hundía, vacilaba, claudicaba en un ambiente helado, negro y fantástico. Los preparativos, los ruidos, los sacudimientos, los esfuerzos de la máquina y la lucha del pobre timón estropeado, los gemidos de los cables y el aleteo de los jirones de velas, todo, en fin, aterrorizaba en aquel lamentable escenario.

Las horas pasaban en mortal zozobra y todo continuaba golpeando, tronando, silbando, rugiendo, como mil fieras enjauladas.

Todo estaba roto, descompuesto, inobediente, comenzando por el timón y concluyendo por la brújula.

A alguien se le ocurrió rezar, y a la luz de una lámpara ahorcada como un ajusticiado y columpiándose en extensas oscilaciones, se arrodillaron los pasajeros y encomendaron su alma a Dios.

Al levantarse, un terrible estallido, semejante a la explosión de una granada colosal, los dejó extáticos, un grito de espanto se oyó en seguida, las mujeres comenzaron a llorar abrazadas de sus hijos, hermanos y parientes.

La lámpara dió su último columpio y, haciéndose pedazos en su caída, dejó de alumbrar el recinto; todo quedó en tinieblas.

... ..  
... ..  
... ..

El comandante, un agradable caballero instruído, que conoce los mares como la palma de sus manos, porque ha viajado en todo el mundo, hombre sereno y contenido, bajó al recinto donde estaban reunidos los pasajeros. Su aparición nos alarmó aun más; se le notaba conmovido, y, a pesar de sus esfuerzos, la inquietud estaba pintada en su rostro. Con voz un tanto temblorosa nos dijo: "Es necesario que cada uno tome en su camarote los objetos de más valor o que quiera conservar y los asegure contra su cuerpo, bien atados; vamos a embarcarnos en los botes, porque el *Orénoque* está en peligro"... Nadie puede imaginarse el efecto de semejante noticia. Los pasajeros obedecieron la indicación silenciosamente; el recinto quedó desierto; afuera, el rumor de la tempestad continuaba, uniéndosele el ruido de los preparativos para echar los botes al agua. Pronto todo estuvo listo; fuimos llamados a la cubierta para pasar a los botes como pudiéramos. Las pequeñas embarcaciones subían y bajaban al costado del buque, golpeando sus flancos y tironeando las amarras; era imposible transbordarse sin riesgo de la vida. Los marineros

comenzaron a tirar a los botes los pasajeros como si fueran objetos; primero las mujeres, después los niños, que eran barajados por sus madres.

En los momentos de grande peligro, una especie de inconsciencia estoica se apodera de uno, de lo que resulta un semiaplomo salvador con que nos dota la Divina Providencia. Cada padre, madre, marido, hermano o pariente, veía pasar volando a su hijo, su mujer, su hermana o su amigo, del buque al bote, arrojado por un marino y recibido por otro, sin aparente conmoción. Los ojos estaban secos, el pecho oprimido, los semblantes pálidos, la sangre parecía haberse retirado de los capilares para buscar refugio en el interior de las entrañas. Una orquesta de rumores sordos, de golpes y de estremecimientos acompañaba las angustias extremas en el confín de la vida. La tragedia era interesante; cada uno habíase convertido en el espectador de su propio desastre y del de sus compañeros. La imaginación, que siempre está fotografiando, aun en la cabeza del que sube al cadalso, recogía las escenas fantásticas de ese embarque temerario, en el que se veía a los que ya estaban en los botes, tan pronto a la altura de los mástiles como al nivel de la quilla del navío.

Cuando me tocó mi turno, quise pasar, aprovechando un momento en que el bote se ponía cerca de la borda; no acerté a hacerlo, mi pie encontró el vacío y luego sentí una presión espantosa en la rodilla, que había sido tomada entre las dos embarcaciones...; después, como entre sueños, sentí el ruido de un cuerpo que caía en el agua, mis ojos no vieron más que sombras, me helaba, me moría..., me ahoga-

ba. Probablemente me desmayé... ¡Un terrible campanileo resonó en mis oídos! ¡El timbre me pareció conocido!... ¡Llamaba a tomar el té un mozo del comedor, campanero más diestro que Cuasimodo!

¿Cómo!, me dije, ¿también dan té en el otro mundo? pues no podía comprender que las escenas tan vivas de la tormenta no fueran reales.

La máquina seguía con su monótono compás, cantando por lo bajo su ópera eterna y anunciando que no había cesado de andar en toda la noche. Una brisa ligera entraba por la ventana; el mar continuaba cosido al horizonte; ningún buque estaba a la vista, y un mundo de almohadas comenzó a llover de mi camarote.

Al fin y al cabo había visto una tempestad siquiera en sueños, para que la uniformidad del viaje con menos accidentes que haya habido, fuera destruída.

## 2.-RELATOS DE EXCURSIONES Y VIAJES - DESCRIPCIONES DE SITIOS Y LUGARES

MIGUEL DE UNAMUNO

YUSTE

(DE "POR TIERRAS DE ESPAÑA Y PORTUGAL")

No bien descansamos un día en Navalmoral de la Mata, de nuestra excursión a Guadalupe, cuando emprendimos otra al célebre monasterio de Yuste.

Huelga casi recordar el origen de la celebridad de este monasterio, donde fué a acabar sus días el gran emperador Carlos I de España y V de Alemania. ¿Qué le llevó al nieto de los Reyes Católicos, al poderoso Habsburgo, al monarca más poderoso y afortunado del mundo en un tiempo, a ir a enterrarse en aquel escondido repliegue de las estribaciones de Gredos? ¿Por qué escogió para morir aquella plegadura de verdor y de soledad?

Desde Navalmoral de la Mata se contempla hacia el poniente el formidable y sombrío macizo de los mon-

tes Carpetanos, y dominándolos los picachos, casi siempre canos por las nieves, de la Sierra de Gredos. Cuantas veces he ido desde esta Salamanca a Madrid, por Extremadura, he pasado horas de tren embebiendo mis ojos en la visión de esa severa e imponente mole. En sus faldas y hasta el río Tiétar, que corre paralelo a la sierra, se extiende la llamada Vera de Plasencia, región tan abandonada como hermosa, que me recordaba hace pocos días a mi tierra vascongada por el carácter de su paisaje.

Uno de los pueblos de la Vera es Cuacos, donde vivía en el siglo XIV un hombre devoto llamado Sancho Martín, que en 1402 donó unas tierras a unos ermitaños llegados de Plasencia, y de aquí tuvo lugar el que fué monasterio de Yuste. Nunca muy rico, ni comparable con Guadalupe, y, como éste, de jerónimos.

Fuimos desde Navalmoral a caballo, atravesando en barca el río Tiétar, vivero de fiebres palúdicas. Y pasado el río empezamos la subida a la Vera por unas tierras desoladas, de jara y brezo, atravesando una garganta por donde se precipitan las aguas de la sierra.

Mas, una vez en la falda misma de la cordillera, la vegetación se agiganta y los árboles os brindan con su sombra. La Vera es rica en frutales y surte de cerezas a Madrid. El cultivo principal es, sin embargo, el del pimiento; un cultivo terrible.

Llegamos a Cuacos, y, no bien apeados de nuestras caballerías, emprendimos a pie la subida a Yuste, con la in paciencia natural de quien va a ver un lugar consagrado por la historia: el sitio en que vivió sus últimos años y murió un hombre que llenara en un tiempo a Europa con su nombre y su fortuna.

¿No se ve lo que del monasterio queda hasta que no se está en él, y se padece, en un cierto sentido, una desilusión, aunque luego ésta se rectifique.

Nunca debió de ser, como ya os dije, muy rico el

monasterio en que fué a morir Carlos V; pero hoy, desmantelado y empobrecido, ofrece pobrísimo aspecto. Y aun más pobre debió ofrecerlo cuando lo visitó Castelar, antes de encargarse de él los franciscanos que hoy lo ocupan.

La iglesia es espaciosa, pero sencillísima y muy pobre. La sillería de su coro, de no gran mérito, está distribuída entre varios pueblecitos, lo más de ella en Cuacos. El retablo nos dijeron que estaba en Casatejada. Los ornamentos, los libros de coro, todo se desparramó.

A la entrada muestran un nogal que dicen plantó allí el emperador. Y es una de las cosas más permanentes de cuantas nos dejó aquel hijo de la fortuna.

¡Melancólico espectáculo el del claustro del monasterio, hoy en ruinas! Las desnudas piedras se calientan al sol; yacen por el suelo, entre maleza y hierbajos, los sillares que abrigaron las siestas y las meditaciones de los jerónimos; columnas truncadas se proyectan sobre la verdura del monte y el azul del cielo, y piensa uno, modificando la sentencia del clásico, que hasta las ruinas perecerán.

Junto a la iglesia está el llamado palacio de Carlos V, con su amplio mirador que se abre a un vallecito de frondosidades, y más allá, por una escotadura entre las lomas, la vasta llanura soleada, y en lontananza los contornos azules de remotas sierras. Parece, visto desde el mirador aquel, que es un mundo limitado, un campo de aventuras, el que se nos despliega allende la abertura de la soledad del monte. Y yo pensaba que, contemplando el emperador aquellas extensiones que se pierden de vista, pensaría muchas tardes de otoño, a la hora de acostarse el sol, en todo lo que tras de sí había dejado, la rota de los Comuneros, los esplendores de América, la captura de Francisco I, la Dieta de Worms. Y pasarían por su mente Padilla, el cardenal Adriano, Hernán Cortés,

Pizarro, Lutero, y tantos otros gigantes de aquel su reinado tan henchido de historia.

¿Cómo fué aquel hombre a encerrarse en aquellas soledades serranas? Allí os muestran el desnudo y pobre cuarto donde murió; allí otro cuarto donde dicen que durmió alguna vez Felipe II, y en Cuacos una humilde casa en que os aseguran vivió algún tiempo don Juan de Austria. Y todo ello pobrísimo; hoy al menos.

Hoy, los caminos para llegar a Yuste son malos, escarpados y pedregosos; pero, ¿y entonces? Llévanle en litera y por lo más fragoso de la sierra. En Jarandilla se detuvo y allí demoró algún tiempo, en el castillo de los condes de Oropesa, hoy en ruinas, hasta que en Yuste le prepararon alojamiento.

Emprendimos la caminata a pie, de Cuacos a Jarandilla, por un camino que es un tormento para los pies y una delicia para los ojos. Frescura y verdor por todas partes. Corpulentos castaños encandelados, y por entre ellos algún torrente que baja saltando y rompiéndose en las rocas desde lo alto de la sierra. Una naturaleza risueña y amable, tal como suele ofrecérsenos en estas sierras de la meseta interior de España.

Los que hablan de Castilla, León y Extremadura como si no fuesen más que pelados parameros, desnudos de árboles, abrasados por los soles y los hielos, áridos y tristes, no han visto estas tierras sino al correr del tren y muy parcialmente. Donde en estas mesetas se yergue una sierra, tened por seguro que en el seno de ella se esconden valles que superan en verdor, en frescura y en hermosura a los más celebrados del litoral cantábrico.

# 3. - NOVELAS - LEYENDAS EN PROSA - TRADICIONES Y CREENCIAS POPULARES CUENTOS - CHASCARRILLOS

JUAN VALERA

QUIEN NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE

(DE "CUENTOS Y CHASCARRILLOS ANDALUCES")

No nos atrevemos a asegurarlo, pero nos parece y queremos suponer que el tío Cándido fué natural y vecino de la ciudad de Carmona.

Tal vez el cura que le bautizó no le dió el nombre de Cándido en la pila, sino que después todos cuantos le conocían y le trataban le llamaron Cándido, porque lo era en extremo. En todos los cuatro reinos de Andalucía no era posible hallar sujeto más inocente y sencillote.

El tío Cándido tenía además muy buena pasta. Era generoso, caritativo y afable con todo el mundo. Como había heredado de su padre una haza, algunas aranzadas de olivar y una casita en el pueblo, y como no

tenía hijos, aunque estaba casado, vivía con cierto desahogo.

Con la buena vida que se daba se había puesto muy lucio y muy gordo.

Solía ir a ver su olivar, caballero en un hermosísimo burro que poseía; pero el tío Cándido era muy bueno, pesaba mucho, no quería fatigar demasiado al burro y gustaba de hacer ejercicio para no engordar más. Así es que había tomado la costumbre de hacer a pie parte del camino, llevando el burro detrás asido del cabestro.

Ciertos estudiantes sopistas le vieron pasar un día en aquella disposición, o sea a pie, cuando iba ya de vuelta para su pueblo.

Iba el tío Cándido tan distraído que no reparó en los estudiantes.

Uno de ellos, que le conocía de vista y de nombre y sabía sus cualidades, informó de ellas a sus compañeros y los excitó a que hicieran al tío Cándido una burla.

El más travieso de los estudiantes imaginó entonces que la mejor y la más provechosa sería la de hurtarle el borrico. Aprobaron y hasta aplaudieron los otros, y puestos todos de acuerdo, se llegaron dos en gran silencio, aprovechándose de la profunda distracción del tío Cándido, y desprendieron el cabestro de la jáquima. Uno de los estudiantes se llevó el burro, y el otro estudiante, que se distinguía por su notable desvergüenza y frescura, siguió al tío Cándido con el cabestro asido en la mano.

Cuando desaparecieron con el burro los otros estudiantes, el que se había quedado asido al cabestro tiró de él con suavidad. Volvió el tío Cándido la cara y se quedó pasmado al ver que en lugar de llevar el burro llevaba del diestro a un estudiante.

Este dió un profundo suspiro, y exclamó;

—Alabado sea el Todopoderoso,

—Por siempre bendito y alabado,—dijo el tío Cándido.

Y el estudiante prosiguió:

—Perdóneme usted, tío Cándido, el enorme perjuicio que sin querer le causo. Yo era un estudiante pependenciero, jugador y muy desaplicado. No adelantaba nada. Cada día estudiaba menos. Enojadísimo, mi padre me maldijo, diciéndome: eres un asno y debieras convertirte en asno.

Dicho y hecho. No bien mi padre pronunció la tremenda maldición, me puse en cuatro pies sin poderlo remediar y sentí que me salía rabo y que se me alargaban las orejas. Cuatro años he vivido con forma y condición asnales, hasta que mi padre, arrepentido de su dureza, ha intercedido con Dios por mí, y en este mismo momento, gracias sean dadas a su Divina Majestad, acabo de recobrar mi figura y condición de hombre.

Mucho se maravilló el tío Cándido de aquella historia, pero se compadeció del estudiante, le perdonó el daño causado y le dijo que se fuese a escape a presentarse a su padre y a reconciliarse con él.

No se hizo de rogar el estudiante, y se largó más que de prisa, despidiéndose del tío Cándido con lágrimas en los ojos y tratando de besarle la mano por la merced que le había hecho.

Contentísimo el tío Cándido de su obra de caridad se volvió a su casa sin burro, pero no quiso decir lo que le había sucedido, porque el estudiante le rogó que guardase el secreto, afirmando que si se divulgaba que él había sido burro lo volvería a ser o seguiría diciendo la gente que lo era, lo cual le perjudicaría mucho, y tal vez impediría que llegase a tomar la borla de doctor, como era su propósito.

Pasó algún tiempo y vino el de la feria de Mairena.

El tío Cándido fué a la feria con el intento de comprar otro burro.

Se acercó a él un gitano, le dijo que tenía un burro que vender y le llevó para que le viera.

Qué asombro no sería el del tío Cándido cuando reconoció en el burro que quería venderle el gitano al mismísimo que había sido suyo y que se había convertido en estudiante. Entonces dijo el tío Cándido para sí:

—Sin duda que este desventurado, en vez de aplicarse, ha vuelto a sus pasadas travesuras, su padre le ha echado de nuevo la maldición y cátele ahí burro por segunda vez.

Luego acercándose al burro y hablándole muy quedito a la oreja, pronunció estas palabras que han quedado como refrán:

—*Quien no te conozca, que te compre.*

## CONDESA DE PARDO BAZÁN

(1852-1921)

*Nació en la Coruña, y era hija única de los Condes de Pardo Bazán. Dotada de un claro y equilibradísimo entendimiento, y de un espíritu ávido de saber y conocer, alcanzó mediante el trabajo y el gran amor a los libros que demostró desde los años de la niñez, una vasta cultura verdaderamente enciclopédica, aumentada con los viajes que realizó por Europa después de su casamiento, en 1868, con D. José Quiroga.*

*Introduce y representa en la novela española, la Condesa de Pardo Bazán, las formas y procedimientos de la novela llamada Naturalista, cuyo jefe era el escritor francés Emilio Zola, aunque atenuando y adaptando sus modalidades al ambiente español. Ella misma ha resumido como sigue su doctrina: "En el día la novela es traslado de la vida, y lo único que el autor pone en ella es su modo peculiar de ver las cosas reales: bien como dos personas refiriendo un mismo suceso cierto lo hacen con diferentes palabras y estilo. Merced a este reconocimiento de los fueros de la verdad, el realismo puede entrar, alta la frente, en el campo de la literatura". Preciso es añadir que no se atuvo la autora inmutablemente a su actitud inicial, sino que*

su naturalismo se fué matizando con el tiempo cada vez más de idealismo.

Entre sus muchas novelas, es preciso mencionar: Los Pazos de Ulloa (1886), que se tiene por la mejor, y es en todo caso la más naturalista; Una Cristiana y La Prueba, ambas de 1890, y de un naturalismo mitigado y depurado; La Sirena Negra, aonde apunta la influencia del novelista ruso León Tolstói; Morriña (1889) y Bucólica, regionales y de asunto gallego; Misterio, de argumento histórico relativo al enigma del hijo de Luis XVI; y por fin, La Quimera (1905), en que describe la sociedad aristocrática, empleando procedimientos en los cuales se descubre el influjo de las corrientes novelescas más modernas. Debe añadirse a la presente lista la mención de numerosos y muy hermosos Cuentos.

No para en esto la actividad de esta vigorosa autora de purísimo y perfecto estilo; sino que además se expande por la poesía, la política, la propaganda feminista, la conferencia pública, la cátedra universitaria — pues tuvo a su cargo la cátedra de Literatura Neolatina en la Universidad Central de Madrid — y la crítica literaria.

En este último campo es donde — después de la novela — rayó más alto la Condesa de Pardo Bazán; mencionaremos su libro La cuestión palpitante (1883), en el cual sostiene la tesis naturalista, y que D. Juan Valera rebatió en sus Apuntes sobre el Nuevo Arte de escribir Novelas; y no dejaremos en el olvido la revista Nuevo Teatro Crítico, fundada por la activa escritora para difundir sus ideas sobre el arte, y que redactó enteramente sola en los años de 1891 a 1893, ambos inclusive.

## BARQUILLOS

(DE "LA TRIBUNA")

[En el siguiente pasaje puede verse un ejemplo de prosa naturalista de buena ley, donde sin recargar las tintas se da sin embargo la sensación desalentadora del medio.]

Comenzaba a amanecer, pero las primeras y vagas luces del alba a duras penas lograban colarse por las tortuosas curvas de la calle de los Castros, cuando el señor Rosendo, el barquillero que disfrutaba de más parroquia y popularidad de Marineda, se asomó,

abriéndose a bostezos, a la puerta de su mezuino cuarto bajo. Vestía el madrugador un desteñado pantalón grancé, reliquia bélica, y estaba en mangas de camisa. Miró al poco cielo que blanqueaba por entre los tejados, y se volvió a su cocinilla, encendiendo un candil y colgándolo del estribadero de la chimenea. Trajo del portal un brazado de astillas de pino y sobre la piedra del fogón las dispuso artísticamente en pirámide, cebada por su base con virutas, a fin de conseguir una hoguera intensa y flameante. Tomó del vasar un tarterón, en el cual vació cucurucho de harina y azúcar, derramó agua, cascó huevos y espolvoreó canela. Terminadas estas operaciones preliminares, estremeciéndose de frío—porque la puerta había quedado de par en par, sin que en cerrarla pensase—y descargó en el tabique dos formidables puñadas.

Al punto salió rápidamente del dormitorio o cuchitril contiguo una mozuela de hasta trece años, desgredada, con el incierto andar de quien acaba de despertarse bruscamente, sin más atavíos que una enagua de lienzo y un justillo de dril, que adhería a su busto, anguloso aún, la camisa de estopa. Ni miró la muchacha al señor Rosendo ni le dió los buenos días; atontada con el sueño y herida por el fresco matinal que le mordía la epidermis, fué a dejarse caer en una silleta, y mientras el barquillero encendía estrepitosamente fósforos y los aplicaba a la viruta, la chiquilla se puso a frotar con una piel de gamuza el enorme cañuto de hojalata donde se almacenaban los barquillos.

Instalóse el señor Rosendo en su alto trípode de madera ante la llama chisporroteadora y crepitante ya, y metiendo en el fuego las magnas tenazas, dió principio a la operación. Tenía a su derecha el barreño del amohado, en el cual mojaba el cargador, especie de palillo grueso; y extendiendo una leve capa de líquido sobre la cara interior de los candentes hierros

apresurábase a envolverla en el molde con su dedo pulgar, que a fuerza de repetir ese acto se hallaba convertido en una callosidad tostada, sin uña, sin yema y sin forma casi. Los barquillos, dorados y tibios, caían en el regazo de la muchacha, que los iba introduciendo unos en otros a guisa de tubos de cañalejo, y colocándolos simétricamente en el fondo del cañuto; labor que se ejecutaba en silencio, sin que se oyese más rumor que el crujir de la leña, el rítmico chirrido de las tenazas al abrir y cerrar sus fauces de hierro, el seco choque de los crocantes barquillos al tropezarse, y el silbo del amohado al evaporar su humedad sobre la ardiente placa. La luz del candil y los reflejos de la lumbre arrancaban a la hojalata limpia, al barro vidriado de las cazuelas del vasar, y la temperatura se suavizaba, se elevaba, hasta el extremo de que el señor Rosendo se quitaba la gorra con visera de hule, descubriendo la calva sudorosa, y la niña echábase atrás con el dorso de la mano sus indómitas guedejas que la sofocaban.

Entretanto el sol, campante ya en los cielos, se enpeñaba en cernir alguna claridad al través de los vidrios verdosos y puercos del ventanillo que tenía obligación de alumbrar la cocina. Sacudía el sueño la calle de los Castros, y mujeres en trenza y en cabello, cuando no en refajos y chancletas, pasaban apresuradas, cuál en busca de agua, cuál a comprar provisiones a los vecinos mercados; oíanse llantos de chiquillos, ladridos de perros; una gallina cloqueó; el canario de la barbería de enfrente redobló trinando como un loco. De tiempo en tiempo la niña del barquillero lanzaba codiciosas ojeadas a la calle. ¡Cuándo sería Dios servido de disponer que ella abandonase la dura silla, y pudiese asomarse a la puerta, que no es mucho pedir! Pronto darían las nueve, y de los seis mil barquillos que admitía la caja sólo estaban hechos cuatro mil y pico. Y la muchacha se desesperó maquinalmente. Es que desde algunos meses acá

bien poco le lucía el trabajo a su padre. Antes despachaba más.

El que viese aquellos cañutos dorados, ligeros y deleznablez como las ilusiones de la niñez, no podía figurarse el trabajo ímprobo que representaba su elaboración. Mejor fuera manejar la azada o el pico que abrir y cerrar sin tregua las tenazas abrasadoras, que además de quemar los dedos, la mano y el brazo, cansaban dolorosamente los músculos del hombro y del cuello. La mirada siempre fija en la llama se fatigaba; la vista disminuía; el espinazo, encorvado de continuo, llevaba, a puros esguinches, la cuenta de los barquillos que salían del molde. ¡Y ningún día de descanso! No pueden los barquillos hacerse de víspera; si han de gustar a la gente menuda y golosa, conviene que sean fresquitos. Un nada de humedad los reblandece. Es preciso pasarse la mañana, y a veces la noche, en fabricarlos; la tarde en vocarlos y venderlos. En verano, si la estación es buena y se despacha mucho y se saca pingüe jornal, también hay que estarse las horas caniculares, las horas perezosas, derritiendo el alma sobre aquel fuego, sudando el quilo, preparando provisión doble de barquillos para la venta pública y para los cafés. Y no era que el señor Rosendo estuviese mal con su oficio: nada de eso; artistas habría orgullosos de su destreza, pero tanto como él, ninguno. Por más que los años le iban venciendo, aun se jactaba de llenar en menos tiempo que nadie el tubo de hojalata. No ignoraba primor alguno de los concernientes a su profesión: barquillos anchos y finos como seda para rellenarlos de huevos hilados; barquillos rócios y estrechos para el agua de limón y el sorbete; hostias para las confiterías—y no las hacía para las iglesias por falta de molde que tuviese una cruz;—flores, hojuelas y orejas de fraile en Carnaval, buñuelos en todo tiempo... Pero nunca lo tenía de lucir estas habilidades accesorias, porque los barquillos de diario eran absorben-

tes. ¡Bah! en consiguiendo vivir y mantener la familia...

A las nueve muy laigas, cuando cerca de cinco mil barquillos reposaban en el tubo, todavía el padre y la hija no habían cruzado palabra. Montones de brasa y ceniza rodeaban la hoguera, renovada dos o tres veces. La niña suspiraba de calor, el viejo sacudía frecuentemente la mano derecha, medio asada ya. Por fin, la muchacha profirió:

—Tengo hambre.

Volvió el padre la cabeza, y con expresivo arqueamiento de cejas indicó un anaquel del vasar. Encaramóse la chiquilla trepando sobre la artesa, y bajó un mediano trozo de pan de mixtura, en el cual hincó el diente con buen ánimo. Aun rebuscaba en su falda las migajas sobrantes para aprovecharlas, cuando se oyeron crujidos de catre, carraspeos, los ruidos característicos del despertar de una persona, y una voz entre quejumbrosa y despótica llamó desde la alcoba cercana al portal:

—¡Amparo!

Se levantó la niña y acudió al llamamiento, resonando de allí a poco rato su hablar.

—Afiáncese, señora... así... cárguese más... aguarde, que voy a batir este jergón... (Y aquí se escuchó una gran sinfonía de hojas de maíz, un *sirrißsch* prolongado y armonioso).

La voz mandona dijo opacamente algo, y la infantil contestó:

—Ya la voy a poner a la lumbre, ahora mismito... ¿Tendrá por ahí el azúcar?

Y respondiendo a una interpelación, altamente ofensiva para su dignidad, gritó la chiquilla:

—Y piensa que... ¡Aunque fuera oro puro! Lo escondería usted misma... Ahí está, detrás de la funda... ¿lo ve?

Salió con una escudilla desportillada en la mano, llena de morena melaza, y arrimando al fuego un pu-

cherito donde estaba ya la cascarilla, le añadió en debidas proporciones azúcar y leche, y volvióse al cuarto del portal con una taza humeante y colmada a reverter. En el fondo del cacharro quedaba como cosa de otra taza. El barquillero se enderezó llevándose las manos a la región lumbar, y sobriamente, sin concupiscencia, se desayunó bebiendo las sobras por el puchero mismo. Enjugó después su frente regada de sudor con la manga de la camisa, entró a su vez en el cuarto próximo, y al volver a presentarse, vestido con pantalón y chaqueta de paño pardo, se terció a las espaldas la caja de hoja de lata y se echó a la calle. Amparo, cubriendo la brasa con ceniza, juntaba en una cazuela berzas, patatas, una corteza de tocino, un hueso rancio de cerdo, cumpliendo el deber de condimentar el caldo del humilde menaje. Así que todo estuvo arreglado, metióse en el cuchitril, donde consagró a su aliño personal seis minutos y medio, repartidos como sigue: un minuto para calzarse los zapatos de becerro, pues todavía estaba descalza; dos para echarse un refajo de bayeta y un vestido de tartán; un minuto para pasarse la punta de paño húmedo por ojos y boca (más allá no alcanzó el aseo); dos minutos para escardar con un peine desdentado la revuelta y rizosa creocha, y medio para tocarse al cuello un pañolito de indiaua. Hecho lo cual, se presentó más oronda que una princesa a la persona encamada, a quien había llevado el desayuno. Era ésta una mujer de edad madura, agujereada como una espumadera por las viruelas, chata de frente, de ojos chicos. Viendo a la chiquilla vestida se escandalizó: ¿adónde iría ahora semejante vagabunda?

—A misa, señora, que es Domingo... ¿Qué volver con noche ni con noche? Siempre vine con día, siempre. . . ¡Una vez de cada mil! Queda el caldo preparado al fuego... Vaya, abur.

Y se lanzó a la calle con la impetuosidad y brío de un cohete bien disparado.

## BENITO PÉREZ GALDÓS

(1843-1920)

*Nació este importante novelista en Las Palmas, en las islas Canarias. En 1864 se trasladó a Madrid a estudiar Derecho, pero concluyó dedicándose a la literatura. Su carrera fué larga y fecunda, demasiado fecunda indudablemente, pues las novelas salían de sus manos con una abundancia y regularidad abrumadoras. Con todo, y descartados los defectos inherentes a tal manera de escribir, representa Galdós demasiado en la novela española del siglo XIX para que su gloria se empequeñezca demasiado por tal motivo. Los últimos años de su vida transcurrieron casi en la miseria, por haber perdido la vista el gran escritor, y con ella su principal medio de existencia.*

*Las novelas de Galdós pueden dividirse en un grupo inicial, donde figuran La Fontana de oro (1867), Doña Perfecta (1876), Gloria (1877) y otras más; vienen luego las importantísimas series de los Episodios Nacionales, comenzadas en 1873, y en cuyos cuarenta y seis volúmenes ha puesto el autor, en forma de novela histórica, lo más importante de la vida de España en el siglo XIX; finalmente deben mencionarse las novelas sueltas de la madurez y ancianidad del autor, contemporáneas de las últimas series de los Episodios, y entre las cuales sobresalen Fortunata y Jacinta (1886), El Doctor Centeno (1883), Angel Guerra (1891), y otras.*

### PLÁCIDO ESTUPIÑÁ

(DE LA NOVELA "FORTUNATA Y JACINTA")

En 1871 conocí a este hombre, que fundaba su vanidad en haber visto toda la historia de España en el presente siglo. Había venido al mundo en 1803, y se llamaba hermano de fecha de Mesonero Romanos, por haber nacido, como éste, el 19 de Julio del citado año. Una sola frase suya probará su inmenso saber en esa historia viva que se aprende con los ojos: "Vi a José tal como lo estoy viendo a Ud. ahora". Y parecía que se relamía de gusto cuando le preguntaban: "¿Vió Ud. al

duque de Angulema, a lord Wellington?...". "Pues ya lo creo". Su contestación era siempre la misma: "Como le estoy viendo a Ud.". Hasta llegaba a incomodarse cuando se le interrogaba en tono dubitativo. "¡Que si vi entrar a María Cristina!... Hombre, si eso es de ayer...". Para completar su erudición ocular, hablaba del *aspecto que presentaba Madrid* el 1º de Septiembre de 1840, como si fuera cosa de la semana pasada. Había visto morir a Canterac, ajusticiar a Merino, "nada menos que sobre el propio patíbulo", por ser él hermano de la Paz y Caridad; había visto matar a Chico... precisamente ver no, pero oyó los tiritos, hallándose en la calle de las Velas; había visto a Fernando VII el 7 de Julio cuando salió al balcón a decir a los milicianos que *sacudieran* a los de la guardia; había visto a Rodil y al sargento García arengando desde otro balcón, el año 36; había visto a O'Donnell y Espartero, abrazándose, a Espartero solo saludando al pueblo, a O'Donnell solo, todo esto en un balcón; y por fin, en un balcón había visto también en fecha cercana a otro personaje diciendo a gritos que se habían acabado los reyes. La historia que Estupiñá sabía estaba escrita en los balcones.

La biografía mercantil de este hombre es tan curiosa como sencilla. Era muy joven cuando entró de hortera en casa de Arnaíz, y allí sirvió muchos años, siempre bien quisto del principal por su honradez acrisolada y el grandísimo interés con que miraba todo lo concerniente al establecimiento. Y a pesar de tales prendas, Estupiñá no era un buen dependiente. Al despachar, entretenía demasiado a los parroquianos, y si le mandaban con un recado o comisión a la Aduana, tardaba tanto en volver que muchas veces creyó Don Bonifacio que le habían llevado preso. La singularidad de que teniendo Plácido estas mañas, no pudieran los dueños de la tienda prescindir de él, se explica por la ciega confianza que inspiraba, pues estando él al cuidado de la tienda y de la caja, ya podían Arnaíz y su

familia echarse a dormir. Era su fidelidad tan grande como su humildad, pues ya le podían reñir y decirle cuantas perrerías quisieran, sin que se incomodase. Por esto sintió mucho Arnaíz que Estupiñá dejara la casa en 1837, cuando se le antojó establecerse con los dineros de una pequeña herencia. Su principal, que le conocía bien, hacía lúgubres profecías del porvenir comercial de Plácido, trabajando por su cuenta.

Prometíaselas él muy felices en la tienda de bayetas y paños de Reino que estableció en la Plaza Mayor junto a la Panadería. No puso dependientes, porque la corteidad del negocio no lo consentía; pero su tertulia fué la más animada y dicharachera de todo el barrio. Y ved aquí el secreto de lo poco que dió de sí el establecimiento, y la justificación de los vaticinios de Don Bonifacio. Estupiñá tenía un vicio hereditario y crónico, contra el cual eran impotentes todas las demás energías de su alma; vicio tanto más avasallador y terrible cuanto más inofensivo parecía. No era la bebida, no era el amor, ni el juego ni el lujo, era la conversación. Por un rato de palique era Estupiñá capaz de dejar que se llevaran los demonios el mejor negocio del mundo. Como él pegase la hebra con gana, ya podía venirse el cielo abajo, y antes le cortaran la lengua que la hebra. A su tienda iban los habladores más frenéticos, porque el vicio llama al vicio. Si en lo más sabroso de su charla entraba alguien a comprar, Estupiñá le ponía la cara que se pone a los que van a dar sablazos. Si el género pedido estaba sobre el mostrador, lo enseñaba con gesto rápido, deseando que acabase pronto la interrupción; pero si estaba en lo alto de la anaquelaría, echaba hacia arriba una mirada de fatiga, como el que pide a Dios paciencia, diciendo: “¿Bayeta, amarilla? Mírela Ud. Me parece que es angosta para lo que Ud. la quiere”. Otras veces dudaba o aparentaba dudar si tenía lo que le pedían: “¿Gorritas para niño? ¿Las

quiere Ud. de visera de hule?... Sospecho que hay algunas, pero son de esas que no se usan ya...

Si estaba jugando al tute o al mus, únicos juegos que sabía y en los que era maestro, primero se hundía el mundo que apartar él su atención de las cartas. Era tan fuerte el ansia de charla y de trato social, se lo pedía el cuerpo y el alma con tal vehemencia, que si no iban habladores a la tienda no podía resistir la comezón del vicio, echaba la llave, se la metía en el bolsillo y se iba a otra tienda en busca de aquel licor palabrero con que se embriagaba. Por Navidad, cuando se empezaban a armar los puestos de la plaza, el pobre tendero no tenía valor para estarse metido en aquel cuchitril oscuro. El sonido de la voz humana, la luz y el rumor de la calle eran tan necesarios a su existencia como el aire. Cerraba y se iba a dar conversación a las mujeres de los puestos. A todas las conocía, y se enteraba de lo que iban a vender y de cuanto ocurría en la familia de ellas. Perteneecía, pues, Estupiñá a aquella raza de tenderos de la cual quedan aún muy pocos ejemplares, cuyo papel en el mundo comercial parece ser la atenuación de los males causados por los excesos de la oferta impertinente, y disuadir al consumidor de la malsana inclinación a gastar dinero. “Don Plácido, ¿tiene usted pana azul?” — “¡Pana azul! ¿Y quién te mete a ti en esos lujos? Sí que la tengo; pero es cara para ti”. — “Enséñemela usted... y a ver si me la arregla...” Entonces hacía el hombre un desmedido esfuerzo como quien sacrifica al deber sus sentimientos y gustos más queridos, y bajaba la pieza de tela. “Vaya, aquí está la pana. Si no la has de comprar, si todo es gana de moler, ¿para qué quieres verla? ¿Crees que yo no tengo nada que hacer?” — “¿No tiene usted una clase mejor?” — “Lo que dije, estas mujeres marean a Cristo. Hay otra clase, sí, señora. ¿Le compras, sí o no? A veintidós reales, ni un cuarto menos.” — “Pero déjela ver... ¡ay qué hombre! ¿Cree que me voy a comer la pieza?” — “A veintidós reales.” —

“¡Ande y que lo parta un rayo!”—“Que te parta a ti, mal criada, respondona, tarasca...”

Era muy fino con las señoras de alto copete. Su afabilidad tenía tonos como éste: “¿La cúbica? Sí que la hay; ¿Ve usted la pieza allá arriba? Me parece, señora, que no es de lo que usted busca... Digo, me parece; no es que yo me quiera meter... Ahora se estilan rayaditas; de eso no tengo. Espero una remesa para el mes que entra. Ayer vi a las niñas con el señor Don Cándido. Vaya que están creciditas. ¿Y cómo sigue el señor mayor? No le he visto desde que íbamos juntos en la bóveda de San Ginés...” Con este sistema de vender, a los cuatro años de comercio se podían contar las personas que al cabo de la semana traspasaban el dintel de la tienda. A los seis años no entraban allí ni las moscas. Estupiñá abría todas las mañanas, barría y regaba la acera, se ponía los manguitos verdes y se sentaba detrás del mostrador a leer el *Diario de Avisos*; Poco a poco iban llegando los amigos, aquellos hermanos de su alma, que en la soledad en que Plácido estaba le parecían algo como la paloma del arca, pues le traían en el pico más que un ramo de oliva, le traían la palabra, el sabrosísimo fruto y la flor de la vida, el alcohol del alma, con que apacentaba su vicio... Pasábanse el día entero contando anécdotas, comentando sucesos políticos, tratando de tú a Mendizábal, a Calatrava, a María Cristina y al mismo Dios; trazando con el dedo planes de campaña sobre el mostrador en extravagantes líneas tácticas; demostrando que Espartero debía ir necesariamente por aquí y Villarreal por allá; refiriendo también sucedidos del comercio, llegadas de tal o cual género; lances de iglesia y de milicia y de mujeres y de la Corte, con todo lo demás que cae bajo el dominio de la bachillería humana. A todas éstas el cajón del dinero no se abría ni una sola vez, y a la vara de medir, sumida en plácida quietud, le faltaba poco para re-

verdecer y echar flores como la vara de San José. Y como pasaban meses y meses, sin que se renovase el género, y allí no había más que maulas y vejeces, el trueno fué gordo y repentino. Un día le embargaron todo. y Estupiñá salió de la tienda con tanta pena como dignidad.

## FERNÁN CABALLERO

(1796-1877)

### LA OREJA DE LUCIFER

(DE "CUENTOS POPULARES ANDALUCES")

*Fernán* :

Vamos, tío Romance, cuénteme usted un cuento.

*Tío Romance*

Qué, señor don Fernán, si los que yo sé no son más que mormajos.

*Fernán*

No le hace; sepa usted que a muchos les gustan los cuentos andaluces, y me dicen que se los escriba.

*Tío Romance*

¿Y qué, lo que le cuento a su mercé va a ser *imprentado*? ¡Ah qué gracia! Vea usted; yo que pensaba que aquellas gentes tan *estirozadas*, que todàs van a la escuela de principios, no les había de gustar más que la *latinidad*. Pero anda con Dios, yo he de hacer lo que su mercé me mande, que el que te favorece te ayuda

a vivir, y es deuda agradecer, que el que no es agradecido no es bien nacido. Yo iré relatando, su mercé irá apuntando y le quitará a la relación mía los *escuajos* y barbaridades que diga yo, la pondrá repulida como cosa de imprenta, y podrá su mercé escribir a aquellos usías: “Entre mi oficial y yo hicimos este re-tablo; si está bueno lo hice yo, y mi oficial si está malo”. ¿Quiere su mercé un cuento de encantamiento?

*Fernán*

El primero que se le venga a las mientes; y si usted lo inventa, mejor.

*Tío Romance*

¡Qué, señor, yo no sé inventar!, eso de inventar son rayos que se vienen al sentido, y yo tengo el sentido tupido, señor don Fernán; así, le contaré un cuento que sé desde que me salieron los dientes, y ya se me han caído, con que vea su mercé la fecha que trae.

*Fernán*

Mejor: los cuentos son como el vino, mientras más viejos, más valen.

*Tío Romance*

Pues señor, había una vez un mercader muy rico que tenía un hijo que era un sol. Lo crió como si fuese hijo de un rey; le enseñó de todo como si se fuese a ordenar, y los ejercicios de caballero en que salió muy amaestrado. Habíase hecho un mozo muy bien plantado, muy jaque, muy bien empatillado, y guapo como otro.

Un día le dijo a su padre que aquel lugar le venía angosto, que no se hallaba, y que quería irse.

—¿Y dónde quieres ir? le preguntó su padre.

—A ver mundo, contestó el hijo.

—Estás como el cigarrón, dijo el mercader, que salta y no sabe dónde. ¿Cómo has de irte por esos mundos?

—Padre, quien tiene arte va por todas partes, respondió el hijo; y como el padre había dejado criar muchas alas al pollo para poder retenerlo, tomó éste sus armas, un caballo de los de punta y echó a andar por esos mundos.

Al cabo de tres días que anduvo por breñales y matuloras, se halló con un hombre que llevaba auestas una carga de tarama, como dos veces la que puede cargar una carreta, como que pesaba ciento cincuenta arrobas.

—Hombre, le dijo el caballero, cargas más que un mulo matriz: ¿cómo te llamas?

—Me llamo Carguín Cargón, hijo del buen cargador, respondió el hombre.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Así fuera su mercé para llevarme como yo para irme, respondió Carguín.

Se apellaron, pues, y siguieron su camino.

Al cabo de una hora hallaron a un hombre que estaba soplando a dos carrillos, echando más aire que los fuelles de la fragua de Vulcano, que dicen fué un herrero gigante de los sonados.

—¿Qué haces ahí?, le preguntó el caballero.

—Calle su mercé, contestó el hombre, que no puedo dejar de soplar, porque estoy haciendo moler con mi sopro cuarenta y cinco molinos.

—¿Y cómo te llamas?

—Soplín Soplón, hijo del buen soplador, contestó el hombre.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Sí que me voy, respondió Soplín, que estoy harto de soplar cuantos días echa Dios al mundo.

Más allá se toparon con un hombre que estaba en acecho.

—¿Qué haces ahí?, le preguntó el caballero.

—Aquí estoy en acecho, a ver cuando oigo salir del mar una bandada de mosquitos.

—¡Hombre! si el mar está a cien leguas.

—¡Y qué, si los oigo!

—¿Y cómo te llamas?

—Oidín Oidón, hijo del buen oidor.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Sí que me voy, que rae ha hecho su merced gracia; ya avisarán los mosquitos su llegada.

Echaron, pues, los cuatro a andar en amor y compañía y llegaron a la vista de un castillo tan mustio, solitario y encapotado, que más que vivienda de vivos parecía sepultura de difuntos.

Conforme se acercaban se iba ahogando el cielo, de manera que cuando llegaron estalló una tormenta de truenos y relámpagos, con unos aguaceros, que cada gota de lluvia parecía en el tamaño y en el sonsonete un cascabel.

—Pierda su merced cuidado, mi amo, dijo Soplín, que ahora verá dónde va la tormenta; y poniéndose en seguida a soplar, echaron a correr las nubes, los truenos y los relámpagos por esos cielos tan desatinadamente, que al verlos se quedó bizzo el sol, y la luna con la boca abierta.

Mas no fué esto lo peor, sino que cuando llegaron al castillo se hallaron que no tenía puerta, ni entrada, ni postigo, pero ni señal.

—Bien le dije a su mercé, dijo Oidín, que llevaba más miedo que vergüenza, que ese castillo mal encarado era sólo para nido de urracas y aposentadero de mochuelos.

—Pero yo estoy fatigado y quiero descansar, le respondió el caballero.

—Pierda su mercé cuidado, dijo Carguín, que trajo en seguida un peñasco que arrimó al muro del castillo, y entraron por una ventana.

En las salas aquellas se hallaron unas mesas puestas con unos manjares de los famosos, sus licores, sus alcarazas de agua, sus aceitunas, y un pan como unas hostias.

Después que se hartaron de comer hasta que no pudieran más, quiso el caballero registrar el castillo.

—Señor, dijo Oidín, para meterse en casas ajenas es necesario tener *conocencia* para que no digan: ¿dónde va este bolo?

—¡Qué! dijo Carguín, acá no llevamos malos fines; y al que anda derecho, ¿quién le echa el arado atrás?

—Vámonos de aquí, mi amo, dijo Oidín, a quien no se le pegaba la camisa al cuerpo; este castillo no está en gracia de Dios, y mire su mercé que debajo de tierra oigo ruidos que suenan como lamentos.

Pero el caballero no atendió a Oidín, sino que echó a andar, seguido de sus criados, y se metieron por aquellos aposentos, corredores y pasadizos, que estaban todos más intrincados que si los hubiese labrado un escribano, hasta que por fin vinieron a dar en un patio como una plaza de toros. Apenas entraron, cuando les salió al encuentro una serpiente de siete cabezas a cuál más fiera, con siete lenguas que parecían lanzas, y catorce ojos que parecían dardos. Carguín, Soplín y Oidín, más asombrados que rata que sale de vallaño, echaron a correr que se desuñaban; pero el caballero, que era valiente como un Cid, y esforzado como un Bernardo, sacó su espada, y con cuatro tajos y cuatro reveses le cortó a la serpiente sus siete cabezas en un decir tilín; la mayor de las siete, después de mirar al caballero con sus fieros ojos que echaban fuego y sangre, saltó en medio del patio, en el que se abrió un hoyo por donde coló.

Volvieron entonces a las voces del caballero los

tres que habían huído, y se quedaron asombrados de la guapeza de su amo.

—Sabed, les dijo éste mirando el agujero por el que había colado la cabeza de la serpiente, al que no se le veía el fin, sabed que ahora vamos al campo por hojas de palma y esparto, para hacer un hicar tan largo que alcance al fondo de este pozo.

Así sucedió, y estuvieron los cuatro, cuatro años haciendo sogas. Al cabo de este tiempo, alcanzó por fin a dar en lo firme, y su amo le dijo a Oidín que se descolgase por la soga, para que viese lo que había allí abajo y se lo viniese a relatar. Pero Oidín se plantó sobre sus sostenes como palma barranquera que nada menea, y le dijo que sólo hecho pedazos bajaría.

El caballero le dijo entonces a Soplín que bajase; éste se ató la soga al cuerpo, y empezó a descender de noche y de día, hasta que llegó abajo. Allí se encontró con un palacio de los más famosos, y en una cama recostada a la princesa de Nápoles, llorando por su cara abajo cada lagrimón como un garbanzo; ésta le contó que Lucifer se había enamorado de ella, y la tenía allí presa y encantada hasta que se presentase alguno que la quisiese salvar, para lo cual tendría que batirse con él y vencerlo. Pues ya se halló el que va a acometer la empresa, dijo Soplín tomando resuello, y no bien lo hubo hecho, cuando se apareció Lucifer en propia persona. Al verlo fué tal el espanto de Soplín, que echó a huir y se encaramó sobre una puerta. Lucifer con su gran rabo le dió a la puerta un rabizazo que la desgoznó y cayó al suelo con Soplín, a quien quebró una pierna.

Dejemos a Soplín con esta hiel, y vamos al caballero, que viendo que no volvía a aparecer, le preguntó a Oidín lo que sucedía allá en las entrañas de la tierra, y Oidín se lo dijo todo, y cómo estaba oyendo a Soplín que se quejaba de una pierna que tenía rota.

Envió entonces el caballero a Carguín, que le aseguró que cargaría con Lucifer, y se lo traería aunque pasase más que todo el plomo de la Sierra Almagrera; pero punto por punto le sucedió a Carguín lo que a Soplín, sólo que al caer fué un brazo lo que se rompió.

—Allá voy yo, dijo el caballero cuando Oidín le relató lo que oía; y al llegar al palacio y al ver a la princesa de Nápoles, quedó tan enamorado de su gran belleza, que se preparó con redoblados bríos al combate con Lucifer.

¡Cristianos! combate como sostuvieron el buen caballero y el maldecido de Lucifer, no se ha visto por el mundo; ¡ay! ¡cómo se había de ver, si para combatir por acá arriba no viene nunca ese condenado a cara descubierta, sino disfrazado en vicios! Mas el caballero se persignó, y como todo el que a Dios se encomienda vence a Lucifer, pudo más el caballero, y le cortó una oreja.

¡Cómo se quedaría Lucifer al ver su oreja en manos de un cristiano! déjolo a la consideración del que me escuche. Los bramidos que daba hacían pegar a Oidín cada repulso y dar cada salto, que parecía picado de tarántula.

—¡Dame mi oreja!, gritaba Lucifer con una voz que parecía una bocina.

—Si la quieres, le dijo el caballero, ha de ser dándome por ella un buen rescate, como poderoso que eres, compadre Lucifer; que ganada la tengo en buen combate, como leal, y así pongo tres condiciones que has de cumplir.

—Atrevido, insolente, envalentonado, dijo Lucifer.

—Sí, echa quinas por esa boca, respondió el caballero; pero te advierto que voy a meter tu oreja en salmuera y a enseñarla por dinero.

Lucifer pataleaba; ¿pues qué quieres, mal nacido, mal criado y mal modrado?, le dijo.

—Que pongas a esa noble princesa en su reino y en su palacio sobre la marcha; respondió el caballero.

Lucifer no tuvo más que apenar, puso a la princesa en su real palacio, y en seguida dijo al caballero:

— Dame mi oreja.

— Ahora, respondió éste, es preciso que me traspongas a la gran corte de Nápoles con mis tres criados, y que allí me tengas prevenido un albergue y un séquito regio, como compete a tu vencedor.

— No me da gana, dijo Lucifer, que te diviertas y triunfes a expensas mías, so hampón.

— Pues a son de trompa voy a publicar, dijo el caballero, que te falta una oreja; veremos entonces cómo te disfrazas de escribano, abogado, usurero, lechuzo o enamorado, sin que te conozcan sobre la marcha.

— Dame mi oreja, gritó trinando Lucifer después que hubo hecho lo que pedía el caballero, poniéndolo en Nápoles con mucho dinero y muchos trenes.

— Ahí la tienes, le respondió éste, no la quiero, que huele a azufre; pero falta que cumplas una de las tres condiciones que te puse.

— ¿Cuál es, bribonazo macarónico?

— No te la quiero decir por ahora; entretanto ten paciencia, que si a ti no te ha de servir para ganar el cielo, te servirá para rescatar tu oreja.

Lucifer se puso hecho un veneno: eres, le dijo a su vencedor, siete veces más malo que yo; ¡por vía de Napoleón!, más picardías se ven en la tierra que en el infierno: pero tú te acordarás de mí; te lo juro por mi rabo y mis cuernos; y Lucifer se fué tirando de su sola oreja, por ver cómo le traía un cristiano guasón.

Pues vamos a que cuando la princesa vió al caballero tan bien *jateado* y con tanto boato, lo reconoció y le dijo a su padre que era su salvador, y que lo que quería era casarse con él, lo que sucedió; y yo fuí y vine, y no me dieron nada, bien que no me echaron de ver porque me escurrí, teniendo presente aquello de a boda ni bautizado, no vayas sin ser llamado.

Pues, señor, sabrá su mercé cómo, después de comerse el pan de la boda, se llevaban la princesa y el

caballero como perro y gato, porque como la mujer había estado tanto tiempo en poder de Lucifer, tenía un genio bragado y pintado por el lomo, que sólo el demonio la podía aguantar. Así fué que cuando al cabo de algún tiempo se volvió a presentar Lucifer pidiendo su oreja, le dijo el caballero:

—Bien, te la daré; pero sabes que te queda que cumplirme la tercera condición que te impuse por su rescate.

—Pícaro, truhán, dijo Lucifer, me habías de condenar si ya no lo estuviese. ¿Y cuál es esa condición, perverso?

—La de que cargues con mi mujer, respondió el caballero, pues sois tal para cual, Pedro para Juan.

## JORGE ISAACS

(1837 - 1891)

(COLOMBIANO)

*Autor sentimental y lleno de ensoñaciones, de cuya pluma salió la novela María, una de las mejores escritas en América, y en la cual refiere el autor la triste historia de un primer amor, en medio de la exuberante belleza de los trópicos americanos. Escribió también Poesías, que alcanzaron poco éxito.*

## LA CAZA DEL TIGRE

Serían las diez cuando, listos ya todos, cargado Lucas con el fiambre que Luisa nos había preparado, y después de las entradas y salidas de José para poner en su gran garniel de nutria tacos de cabuya y otros chismes que se le habían olvidado, nos pusimos en marcha.

Eramos cinco los cazadores: el mulato Tiburcio, peón de la chacra; Lucas, neivano agregado de una hacienda vecina; José, Braulio y yo. Todos íbamos armados de escopetas. Eran de cazoleta las de los dos

primeros, y excelentes, por supuesto, según ellos, José y Braulio llevaban, además, lanzas cuidadosamente enastadas.

En la casa no quedó perro útil: todos, atramojados de dos en dos, engrosaron la partida expedicionaria dando aullidos de placer; y hasta el favorito de la cocinera Marta, Palomo, a quien los conejos temían con ceguera, brindó el cuello para ser contado en el número de los hábiles; pero José le despidió con un ¡zumba! seguido de algunos reproches humillantes.

Luisa y las muchachas quedaron intranquilas, especialmente Tránsito, que sabía bien era su novio quien iba a correr mayones peligros, pues su idoneidad para el caso era indisputable.

Aprovechando una angosta y enmarañada trocha, empezamos a ascender por la ribera septentrional del río. Su sesgo cauce, si tal puede llamarse el fondo selvoso de la cañada, encañonado por peñascos en cuyas cimas crecían, como en azoteas, crespos helechos y cañas enredadas por floridas trepadoras, estaba obstruido a trechos con enormes piedras, por entre las cuales se escapaban las corrientes en ondas veloces, blancos borbollones y caprichosos plumajes.

Poco más de media hora habíamos andado, cuando José, deteniéndose a la desembocadura de un zanjón ancho, seco y amurallado por altas barrancas, examinó algunos huesos mal roídos dispersos en la arena; eran los del cordero que el día antes se le había puesto de cebo a la fiera. Precediéndonos Braulio, nos internamos José y yo por el zanjón. Los rastros subían. Braulio, después de unas cien varas de ascenso, se detuvo, y sin mirarnos hizo además de que parásernos. Puso oído a los rumores de la selva; aspiró todo el aire que su pecho podía contener; miró hacia la alta bóveda que los cedros, jiguas y yarumos formaban sobre nosotros, y siguió andando con lentos y silenciosos pasos. Detúvose de nuevo al cabo de un ra-

to: repitió el examen hecho en la primera estación; y mostrándonos los rasguños que tenía el tronco de un árbol que se levantaba desde el fondo del zanjón, nos dijo, después de un nuevo examen de las huellas: "Poi aquí salió: se conoce que está bien comido y baquiano". La chamba terminaba veinte varas adelante por un paredón, desde cuyo tope se conocía, por la hoya que tenía al pie, que en los días de lluvia se despeñaban por allí las corrientes de la falda.

Contra lo que creía yo conveniente, buscamos otra vez la ribera del río, y continuamos subiendo por ella. A poco halló Braulio las huellas del tigre en una playa, y esta vez llegaban hasta la orilla del río.

Era necesario cerciorarse de si la fiera había pasado por allí al otro lado, o si, impidiéndoselo las corrientes, ya muy descolgadas e impetuosas, había continuado subiendo por la ribera en que estábamos, que era lo más probable.

Braulio, la escopeta terciada a la espalda, vadeó el raudal atándose a la cintura un rejo, cuyo extremo retenía José para evitar que un mal paso hiciera rodar al sobrino a la cascada inmediata.

Guardábamos un silencio profundo y acallábamos uno que otro aullido de impaciencia que dejaban escapar los perros.

—No hay rastro acá — dijo Braulio después de examinar las arenas y las malezas.

Al ponerse en pie, vuelto hacia nosotros, sobre la cima de un peñón, le entendimos por los ademanes que nos mandaba estar quietos.

Zafóse de los hombros la escopeta; la apoyó en el pecho como para disparar sobre las peñas que teníamos a la espalda; se inclinó ligeramente hacia adelante, firme y tranquilo, y dió fuego.

—¡Allí!—gritó señalando hacia el arbolado de las peñas cuyos filos nos era imposible divisar; y bajando a saltos a la ribera, añadió:

—¡La cuerda firme!; ¡los perros más arriba!

Los perros parecían estar al corriente de lo que había sucedido: no bien los soltamos, cumpliendo la orden de Braulio, mientras José le ayudaba a pasar el río, desaparecieron a nuestra derecha por entre los cañaverales.

—¡Quietos!—volvió a gritar Braulio ganando ya la ribera; y mientras cargaba precipitadamente la escopeta, divisándome a mí, agregó:

—Usted aquí, patrón.

Los perros perseguían de cerca la presa, que no debía tener fácil salida, puesto que los ladridos venían de un mismo punto de la falda.

Braulio tomó una lanza de manos de José diciéndonos a los dos:

—Ustedes más abajo y más alto, para cuidar este paso, porque el tigre volverá sobre su rastro si se nos escapa de donde está Tiburcio con ustedes — agregó.

Y dirigiéndose a Lucas:

—Los dos a costear el peñón por arriba.

Luego, con su sonrisa dulce de siempre, terminó al colocar con pulso firme un pistón en la chimenea de la escopeta:

—Es un gatico, y está ya herido.

En diciendo las últimas palabras nos dispersamos.

José, Tiburcio y yo subimos a una roca convenientemente situada. Tiburcio miraba y remiraba la ceba de su escopeta. José era todo ojos. Desde allí veíamos lo que pasaba en el peñón y podíamos guardar el paso recomendado; porque los árboles de la falda, aunque corpulentos, eran raros.

De los seis perros, dos estaban ya fuera de combate: uno de ellos destripado a los pies de la fiera; el otro, dejando ver las entrañas por entre uno de los costillares desgarrado, había venido a buscarnos y expiraba dando quejidos lastimeros junto a la piedra que ocupábamos.

De espaldas contra un grupo de robles, haciendo

serpentear la cola, erizado el dorso, los ojos llameantes y la dentadura descubierta, el tigre lanzaba unos bufidos roncós, y al sacudir la enorme cabeza, las orejas hacían un ruido semejante al de las castañueñas de madera. Al revolver, hostigado por los perros, no escarmentados aunque no muy sanos, se veía que su ijar izquierdo chorreaba sangre, la que a veces intentaba lamer inútilmente, porque entonces lo acosaba la jauría con ventaja.

Braulio y Lucas se presentaron saliendo del cañaveral sobre el peñón, pero un poco más distantes de la fiera que nosotros. Lucas estaba lívido, y las manchas de carate de sus pómulos, de azul turquí.

Formábamos así un triángulo los cazadores y la pieza, pudiendo ambos grupos disparar a un tiempo sobre ella sin ofendernos mutuamente.

—¡Fuego, todos a un tiempo!—gritó José.

—No, no; los perros — respondió Braulio; y dejando se le a su compañero, desapareció.

Comprendí que un disparo general podía terminarlo todo; pero era cierto que algunos perros sucumbirían; y no muriendo el tigre, le era fácil hacer una diablura encontrándonos sin armas cargadas.

La cabeza de Braulio, con la boca entreabierta y jadeante, los ojos desplegados y la cabellera revuelta, asonó por entre el cañaveral, un poco atrás de los árboles que defendían la espalda de la fiera: en el brazo derecho llevaba enristrada la lanza, y con el izquierdo desviaba los bejucos que le impedían ver bien.

Todos quedamos mudos; los perros mismos parecían interesados en el fin de la partida.

José gritó al fin:

—¡Hubi! ¡Mataleón! ¡Hubi! ¡Pícalo, Truncho!

No convenía dar tregua a la fiera, y se evitaba así riesgo mayor a Braulio.

Los perros volvieron al ataque simultáneamente. Otro de ellos quedó muerto sin dar un quejido.

El tigre lanzó un maullido horroroso.

Braulio apareció tras el grupo de robles, hacia nuestro lado, empuñando el asta de la lanza sin la hoja.

La fiera dió la misma vuelta en su busca, y él gritó: — ¡Fuego!, ¡fuego! — volviendo a quedar de un brinco en el mismo punto donde había asestado la lanzada.

El tigre lo buscaba. Lucas había desaparecido. Tiburcio estaba de color de aceituna. Apuntó, y sólo se quemó la ceba.

José disparó. El tigre rugió de nuevo, tratando como de morderse el lomo, y de un salto volvió instantáneamente sobre Braulio. Este, dando una nueva vuelta tras de los robles, lanzóse hacia nosotros a recoger la lanza que le arrojaba José.

Entonces la fiera nos dió frente. Sólo mi escopeta estaba disponible: disparé; el tigre se sentó sobre la cola, tambaleó y cayó.

Braulio miró atrás instintivamente para saber el efecto del último tiro. José, Tiburcio y yo nos hallábamos ya cerca de él, y todos dimos a un tiempo un grito de triunfo.

La fiera arrojaba sanguaza espumosa por la boca: tenía los ojos empañados e inmóviles, y en el último paroxismo de la muerte estiraba las piernas temblorosas y removía las hojarascas al enrollar y desenrollar la hermosa cola.

## 4. - LA HISTORIA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

### BARTOLOME MITRE

(1821-1906)

(ARGENTINO)

*Nació en Buenos Aires, y desde la adolescencia empezó a llamar la atención como poeta y como militar en el sitio de Montevideo, donde al propio tiempo que actuaba como capitán, publicaba sus primeras poesías. Más tarde, en el segundo sitio de dicha ciudad, volvió a señalarse, defendiendo la causa de la libertad con las armas y la pluma; allí obtuvo el grado de teniente coronel. De Montevideo pasó a Bolivia, donde se batió al mando de la artillería y dirigió el periódico La Epoca. Emigrado de Bolivia se trasladó a Chile, donde en 1848 comenzó a escribir en El Mercurio de Valparaíso. Después de una estada en el Perú volvió a Chile en 1852, y al tener noticia del levantamiento que se preparaba contra Rosas, atravesó los Andes con otros emigrados, y le cupo la gloria de mandar en Caseros la artillería oriental. Elegido diputado, desde ese momento desempeña un papel de primera fila en la lucha de dicha provincia contra la Confederación. Con el grado de coronel mandó las fuerzas de Buenos Aires en la batalla de Pavón, en que triunfaron las armas de la Confederación, al mando de Urquiza. Elegido al año siguiente gobernador de su provincia natal, se dedicó a mejorar su administración, y de nuevo le tocó mandar sus fuer-*

zas contra las de Urquiza, a quien esta vez derrotó en Pavón, el año 1861. Restablecida la concordia entre Buenos Aires y las demás provincias, fué elegido Mitre Presidente, y en tal carácter gobernó al país desde 1862 hasta 1868. Como es sabido, durante dicha presidencia estalló la guerra del Paraguay, y fué Mitre quien condujo al triunfo a los ejércitos aliados, cuyo mando supremo le correspondió. A pesar de tan grave complicación, su gobierno se caracterizó por toda clase de mejoras en bien del país. En 1890 realizó un viaje a Europa y a su vuelta decidió retirarse a la vida privada, donde hasta su muerte le rodeó la veneración de los argentinos, exteriorizada en forma solemne en las fiestas de su jubileo, celebradas en junio de 1901, cuando cumplió ochenta años de edad.

La actividad literaria de Mitre se inicia, como hemos visto, mediante obras poéticas escritas antes de los veinte años, y editadas por vez primera en 1854, bajo el nombre de Rimas. A los años de su madurez, en cambio, corresponden las dos monumentales obras históricas en que descansa su renombre de escritor: la Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina, en cuatro volúmenes, y la Historia de San Martín y de la Emancipación Americana, en seis.

## SAN MARTÍN

(DE LA "HISTORIA DE SAN MARTÍN")

El 9 de Marzo de 1812, llegaba al puerto de Buenos Aires procedente de Londres la fragata inglesa "George Canning", nombre bajo cuyos auspicios debía imponerse más tarde al viejo mundo el reconocimiento de la independencia sudamericana, que uno de los oscuros pasajeros que conducía aquella nave estaba llamado a hacer triunfar por la fuerza de su genio. Era éste el entonces teniente coronel José de San Martín, "el más grande de los criollos del Nuevo Mundo", como con verdad y con justicia póstuma ha sido apellidado.

Hacia veintiséis años que, niño aún, se había separado de la tierra natal, y regresaba a la sazón a ella en toda la fuerza de la virilidad, poseído de una idea y animado de una pasión, con el propósito de ofrecer

su espada a la revolución sudamericana, que contaba ya dos años de existencia, y que en aquellos momentos pasaba por una dura prueba. Templado en las luchas de la vida, amaestrado en el arte militar, iniciado en los misterios de las sociedades secretas propagadoras de las nuevas ideas de libertad, formado su carácter y madurada su razón en la austera escuela de la experiencia y el trabajo, el nuevo campeón traía por contingente a la causa americana, la táctica y la disciplina aplicadas a la política y a la guerra, y en germen, un vasto plan de campaña continental, que abrazando en sus lineamientos la mitad de un mundo, debía dar por resultado preciso el triunfo de su independencia.

Se ha dicho que San Martín no fué un hombre, sino una misión. Sin exagerar su severa figura histórica, ni dar a su genio concreto un carácter místico, puede decirse con la verdad de los hechos comprobados, que pocas veces la intervención de un hombre en los destinos humanos fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos, como en el desarrollo lógico de sus consecuencias.

Dar expansión a la revolución de su patria que entrañaba los destinos de la América, salvándola y americanizándola, y ser a la vez el brazo y la cabeza de la hegemonía argentina en el período de su emancipación: combinar estratégica y tácticamente en el más vasto teatro de operaciones del orbe, el movimiento alternativo o simultáneo y las evoluciones combinadas de ejércitos o naciones, marcando cada evolución con un triunfo matemático o la creación de una nueva república: obtener resultados fecundos con la menor suma de elementos posibles y sin ningún desperdicio de fuerzas, y por último, legar a su posteridad el ejemplo de redimir pueblos sin fatigarlos con su ambición o su orgullo, tal fué la múltiple tarea que llevó a cabo en el espacio de un decenio y la lección que dió este genio positivo, cuya magnitud circumscrip

puede medirse con el compás del geómetra dentro de los límites de la moral humana.

De aquí la unidad de su vida y lo compacto de su acción en el tiempo y en el espacio en que se desarrolla la una y se ejercita la otra. Toda su juventud es un duro aprendizaje de combate. Su primera creación es una escuela de táctica y disciplina. Su carrera pública es la ejecución lenta, gradual y metódica de un gran plan de campaña, que tarda diez años en desenvolverse desde las márgenes del Plata hasta el pie del Chimborazo. Su ostracismo y su apoteosis es la consagración de esta grandeza austera, sin recompensas en la vida, que desciende con serenidad, se eclipsa silenciosamente en el olvido, y renace a la inmortalidad, no como un mito, sino como la encarnación de una idea que obra y vive dilatándose en los tiempos.

\*

Esta figura de contornos tan correctos es empero todavía un enigma histórico por descifrar. ¿Qué fué San Martín? ¿Qué principios le guiaron? ¿Cuáles fueron sus designios? Estas preguntas que los contemporáneos se hicieron en presencia del héroe en su grandeza, del hombre en el ostracismo y de su cadáver nudo como su destino, son las mismas que se hacen aún los que contemplan las estatuas que su posteridad le ha erigido, cual si fueran otras tantas esfinges de bronce que guardasen el secreto de su vida.

San Martín no fué ni un mesías ni un profeta. Fué simplemente un hombre de acción deliberada, que obró como una fuerza activa en el orden de los hechos fatales, teniendo la visión clara de un objetivo real. Su objetivo fué la independencia sudamericana, y a él subordinó pueblos, individuos, cosas, formas, ideas, principios y moral política, subordinándose él mismo a su regla disciplinaria. Tal es la síntesis de su genio concreto. De aquí el contraste entre su acción contem-

poránea y su carácter póstumo, y de aquí también esa especie de misterio que envuelve sus acciones y designios, aun en presencia de su obra y de sus resultados.

La historia en posesión de esta síntesis delineará su verdadera grandeza, reduciéndola a sus proporciones naturales, y explicará la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios en medio de la lucha, por la lógica inflexible del hombre de acción, colocando su figura histórica en el pasado y en el presente bajo la luz en que la contemplarán los venideros. La grandeza de los que alcanzan la inmortalidad no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, haciéndola vibrar simpáticamente de generación en generación en nombre de una pasión, de una idea o de un resultado trascendental. La de San Martín pertenece a este número. Es una acción y un resultado, que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por cualidades inherentes al hombre que la simboliza; más por la fuerza de las cosas, que por la potencia del genio individual.

No es el precursor de los hechos fatales a que sirve; pero es el que mejor los discierne, y el que en definitiva los hace triunfar. Sus creaciones no nacen súbitamente de su cerebro, armadas de pies a cabeza como la divinidad fabulosa: son el simple resultado de sus acciones que se suceden, produciendo resultados espontáneos. Más soldado que hombre especulativo, resuelve arduos y complicados problemas, concibiendo estratégicamente planes militares. Conjura peligros dando la fórmula práctica de una situación. Da formas tangibles a una revolución organizando ejércitos regulares. Liberta pueblos, ganando tácticamente sus batallas. Emancipa esclavos, sin confesar un credo político. Crea nuevas asociaciones, sin perseguir un ideal social. Bosqueja con su espada las gran-

des líneas de la geografía política de Sud América, y las fija para siempre, obedeciendo por instinto a la índole de los pueblos. Funda empíricamente repúblicas democráticas, por el solo hecho de no contrariar las tendencias nativas de los pueblos que emancipa, abrigando empero en su mente otro plan teórico de organización política. Era un libertador en acción que obedecía a su propia impulsión. Por eso sus acciones son más trascendentales que su genio, y los resultados de ellas más latos que sus previsiones. Y sin embargo, no puede concebirse ni aún hipotéticamente quién pudo haberlo reemplazado en la tarea contemporánea, ni quién llenaría el vacío que resultaría en la conciencia de la posteridad si su espíritu no la impregnase.

Inteligencia de concepciones concretas: general más metódico que inspirado; político por necesidad y por instinto más que por vocación, su grandeza moral consiste en que, cualesquiera que hayan sido sus ambiciones secretas en la vida, no se le conocen otras que las de sus designios históricos; en que tuvo la fortaleza del desinterés, de que es el más noble y varonil modelo; en que supo tener moderación para mantenerse en los límites de su genio y de su misión; en que habló sólo dos veces en la vida—una para exhalar una débil queja al despedirse por siempre de su patria, dándole sus consejos, y otra para abdicar el poder sin enojo y despedirse por siempre de la América, apelando al fallo de la posteridad;—y en que murió en silencio después de treinta años de olvido, sin debilidad, sin orgullo y sin amargura, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria.

La posteridad agradecida lo ha aclamado grande, la América del Sur lo reconoce como a uno de sus dos grandes libertadores, y tres repúblicas lo llaman padre de la patria y fundador de la independencia.

A esta fisonomía histórica correspondía una figura varonil, un rostro reflejo de sus cualidades y una alma ardiente de pasión concentrada con manifestaciones frías y reservadas que a veces hacían explosión.

En los heroicos días de su edad viril, San Martín, como la estatua viva de las fuerzas equilibradas, era alto, robusto y bien distribuido en sus miembros, ligados por una poderosa musculatura. Llevaba siempre erguida la cabeza, que era mediana y de una estructura sólida sin pesadez, poblada de una cabellera lacia, espesa y renegrida que usaba siempre corta, dando relieve a sus líneas simétricas sin ocultarlas. El desarrollo uniforme del contorno craneano, la elevación rígida del frontal, la ligera inclinación de los parietales apenas deprimidos sobre las sienes, la serenidad enigmática de la frente, la ausencia de proyecciones hacia el idealismo, si no caracterizaban la cabeza de un pensador, indicaban que allí se encerraba una mente robusta y sana, capaz de concebir ideas netas, incubarlas pacientemente y presidir sus evoluciones hasta darles formas tangibles. Sus facciones, vigorosamente modeladas en una carnadura musculosa y enjuta, revestida de una tez morena y tostada por la intemperie, eran interesantes en su conjunto y cautivaban fuertemente la atención. Sus grandes ojos, negros y rasgados, incrustados en órbitas dilatadas, y sombreados por largas pestañas y por anchas cejas— que se juntaban en medio de la frente al contraerse hacia arriba, formando un doble arco tangente,—miraban hondamente, dejando escapar en su brillo normal el fuego de la pasión condensada, al mismo tiempo que guardaban su secreto. — Este era el rasgo característico de su fisonomía, que según la expresión de un contemporáneo que le observó de cerca, simbolizaba la verdadera expresión de su alma y la electricidad de su naturaleza. La nariz pronunciada y larga, aguileña y bien perfilada, se proyectaba atrevidamente en líneas regulares, a la manera de un contrafuerte que

sustentase el peso de la bóveda saliente del cráneo. Su boca, pequeña, circumspecta y franca, con labios acarmirados, firmes, carnosos y bien cortados, se animaba a veces con una sonrisa simpática y seria que dejaba entrever una rica dentadura verticalmente clavada. Los planos de la parte inferior del rostro eran casi verticales, destacándose de ellos horizontalmente la barba que cerraba el óvalo, y lo acentuaba como un signo de la voluntad persistente, sin acusar ningún apetito sensual, rasgo que la edad avanzada puso más de relieve. La oreja era regularmente grande, sin carácter determinado, pero asentada, mansa y llena de atención, como la de un caballo veterano avezado al fuego de las batallas. Su voz era ronca; a su talante marcial unía un porte modesto y grave; eran sus ademanes sencillos, dignos y deliberados, y todo en su persona, desnuda de aparato teatral, inspiraba naturalmente el respeto sin excluir la simpatía.

No obstante su vigorosa constitución, el sufrimiento físico fué el compañero de la vida. Los dolores neurálgicos y reumáticos, complicados con una doble afección al pecho y al estómago, que le producían vómitos, dispepsias y abundantes esputos de sangre, habían afectado el pulmón y la médula vertebral, y por simpatía al cerebro. Los héroes necesitan tener salud robusta, para sobrellevar las fatigas y dar a sus soldados el ejemplo de la fortaleza en medio del peligro; pero hay héroes que sujetos a enfermedades continuas o con un físico endeble, se han sobrepuesto a sus miserias por la energía de su espíritu. A esta raza de los inválidos heroicos pertenecía San Martín.

San Martín hablaba con sencillez, daba sus órdenes verbales con precisión, y tenía chiste espontáneo en su conversación. Escribía lacónicamente con estilo y pensamiento propio. Poseía el francés, leía con frecuencia, y según se colige de sus cartas, sus autores predilectos eran Guibert y Epicteto, cuyas máximas observaba o procuraba observar, como militar y como

filósofo práctico. Profundamente reservado y caluroso en sus afecciones, era observador sagaz y penetrante de los hombres, a los que hacía servir a sus designios según sus aptitudes. Altivo por carácter y modesto por temperamento y por sistema más que por virtud, era sensible a las ofensas, a las que oponía por la fuerza de la voluntad un estoicismo que llegó a formar en él una segunda naturaleza. Moderado por cálculo y humano por temperamento; paciente en la elaboración de sus planes, austero en el deber sin dejar de ser tolerante con las debilidades humanas; severo hasta la dureza a veces, pero sólo cuando lo consideraba necesario; reservado hasta tocar el disimulo, prevalecía sobre sus cualidades adquiridas su naturaleza apasionada de criollo americano, que reflejaba inconscientemente las ideas caducas del orden de cosas que odiaba y combatía. Hombre de acción por sus cualidades nativas, cuando fué llamado a dirigir los hombres por móviles morales, mostró pertenecer a la raza de aquellos descendientes de Hércules de que habla Lisandro, que sabían coser la piel del zorro a la del león.

Los hombres de acción o de pensamiento, que, como San Martín, realizan grandes cosas, son almas apasionadas que elevan sus pasiones a la potencia del genio y las convierten en fuerza para obrar sobre los acontecimientos, dirigirlos o servirlos. Ellos marcan las pulsaciones intensas de una época, de las que se deduce una ley positiva, reveladora de las leyes morales en actividad, y de percusión de las ideas circulantes en la corriente humana. Manifestaciones de una vida múltiple y de una potencia individual, condensadores o generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como una acción eficiente o se lanzan en las corrientes permanentes, y de este modo su influencia

se prolonga en los venideros como hecho durable o como pensamiento trascendental.

Así como cada pueblo tiene un rasgo principal, del que todos los demás se derivan, y como las partes componentes del pensamiento se deducen de una cualidad original, así también en los hombres que condensan las pasiones activas de su época, todos sus rasgos y cualidades se derivan y deducen de un sentimiento fundamental, motor de todas sus acciones. En San Martín, el rasgo primordial, el sentimiento generador de que se derivan y deducen las cualidades que constituyen su ser moral, es el genio del desinterés, de que es la más alta expresión en la revolución sudamericana, ya sea que medite en su limitada esfera intelectual, luche, destruya, edifique, según sus alcances; mande, obedezca, abdique y se condene al eterno silencio y al eterno ostracismo.

Según ese criterio y esta síntesis, puede formularse su juicio póstumo, sin exagerar su severa figura histórica, reducida a sus proporciones naturales, ni dar a su genio concreto, de concepciones limitadas, un carácter místico, al reconocer que pocas veces la intervención de un hombre fué más decisiva que la suya en los destinos de un pueblo.

San Martín concibió grandes planes políticos y militares, que al principio parecieron una locura y luego se convirtieron en conciencia que él convirtió en hecho. Tuvo la primera intuición del camino de la victoria continental, no para satisfacer designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana con el menor esfuerzo posible. Organizó ejércitos poderosos, que pesaron con sus bayonetas en las balanzas del destino, no a la sombra de la bandera pretoriana, ni del perdón personal, sino bajo las austeras leyes de la disciplina, inoculándoles una pasión que los dotó de un alma. Tuvo el instinto de la moderación y del desinterés, y antepuso siempre el bien público al interés personal. Fundó repúblicas, no como pedestales de su

ergrandecimiento, sino para que vivieran y se perpetuaran por sí, según su genialidad libre. Mandó, no por ambición, y solamente mientras consideró que el poder era un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto. Fué conquistador y libertador sin fatigar a los pueblos por él redimidos de la esclavitud, con su ambición o su orgullo. Abdicó conscientemente el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, si no de su poder, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su tarea había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho para la América. Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje a sus principios morales y en holocausto a su causa. Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y fué pensando en los demás. Pasó sus últimos años en la soledad con estoica resignación, y murió sin quejas cobardes en los labios, sin odios amargos en el corazón, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria. Salvador de la independencia de su patria en momentos en que la República Argentina vacilaba sobre sus cimientos, fundó dos repúblicas más, y cooperó directamente a la emancipación de la América del Sur. Es el primer capitán del Nuevo Mundo, y el único que haya suministrado lecciones y ejemplos a la estrategia moderna, en un teatro nuevo de guerra, con combinaciones originales inspiradas sobre el terreno, al través de un vasto continente, marcando su itinerario militar con triunfos matemáticos y con la creación de nuevas naciones que le han sobrevivido.

El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se transmite a su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se depositó en su alma, y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina

primero, y de la chilenoargentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional a la América, cohesión a sus partes componentes, y equilibrio a sus Estados independientes. Con todas sus deficiencias intelectuales y sus errores políticos, con su genio limitado y meramente concreto; con su escuela militar más metódica que inspirada, y a pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y transcendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana. Fiel a la máxima que regló su vida: "Fué lo que debía ser", y antes que ser lo que no debía, prefirió: "No ser nada". Por eso vivirá en la inmortalidad,

## 5.- LA CRÍTICA Y LA ERUDICIÓN

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

EL FUNDADOR

DE "THE HISPANIC SOCIETY OF AMERICA"

(DE "BURLA BURLANDO")

Al mediar el invierno de 1898, sonóse en Sevilla que un opulento arqueólogo norteamericano dirigía unas excavaciones en Santiponce, muy cerca del famoso anfiteatro de Itálica, y que, sobre haber dado por el permiso para hacerlas tanto como podían valer en venta los terrenos, ocupaba a cuatro o cinco veintenas de hombres, pagándoles de jornal más del doble de lo que en el país es costumbre pasado el tiempo de la sementera. Tratando de las curiosidades que allí tropezaban a cada momento, mentíase a más y mejor: gigantescas estatuas de plata, idolillos de oro macizo, ánforas atestadas de áureas monedas... ¡los portentos de *Las mil y una noches* soterrados y entonces descubiertos, en la tierra dichosa en donde

*«... de Elio Adriano,  
de Teodosio dizino,  
de Silio peregrino  
rodaron de marfil y oro las cunas!»*

Pensando estábamos algunos amigos en ir cualquier día a Santiponce, por curiosar, cuando una expresa invitación abrió de par en par las puertas a nuestro deseo. Mr. Archer Milton Huntington, que así se llamaba el pródigo yanqui, había rogado a un su compañero de hotel, a M. Arthur Engel, insigne arqueólogo francés, que invitase a algunos de sus amigos para 'visitar las excavaciones. Yo fuí de la partida, y ésta se efectuó el día 13 de febrero de 1898.

Acompañados del señor Engel, recorrimos los lugares en donde se habían descubierto interesantes restos de edificaciones romanas; examinamos un gran trozo de la gruesa muralla de la ciudad en pie, pero muy hundido por un extremo, trastorno indicador de que Itálica fué destruída probablemente por un terremoto, y después, cuando aun molestaba algo el picante solecillo de febrero, nuestro amable guía nos condujo a la casita de Santiponce en que el señor Huntington nos esperaba trabajando.

Ocupábase en unir y pegar con yeso los trozos de un lindo mosaico desenterrado la tarde anterior. La salita en que trabajaba era un improvisado museo: esbeltas ánforas, graciosas lucernas de barro, lacrimatorios de vidrio, tégulas, trozos epigráficos, torsos, brazos y cabezas de mármóreas estatuas... Mr. Huntington, en mangas de camisa, pintadas del yeso las amplias manos, incorporóse al llegar nosotros, y después de las rituales presentaciones, salió para volver muy pronto *algo limpiamente*, como él decía. Archialto de estatura (un metro y noventa y nueve centímetros), acompañado de carnes, de rostro expresivo y muy de su raza, corto el pelo y recortado el bigote a la usanza de allá, y vivos y chispeantes los ojos detrás de los grandes cristales de sus gafas, el hoy fundador de *The Hispanic Society of America* podría tener entonces hasta treinta y cinco años. Érale familiar nuestro idioma y lo hablaba seguida y correctamente, aun-

que no sin acento o dejillo extranjero. Respondiendo a nuestras preguntas y mostrándonos los objetos encontrados en las excavaciones, bien nos dejó entrever, llanamente y sin proponérselo, su vasta cultura arqueológica y que estaba muy bien enterado de nuestra antigua historia peninsular.

Con todo eso, mientras nos obsequiaba después con pastas, vinos y cigarros, díjonos que no era su fuerte la Arqueología, sino una de sus aficiones de adolescente, y que su pasión, su amor grande eran los libros españoles: unos diez y ocho mil tenía en Nueva York, del mejor tiempo los más: de los siglos XV y XVI. Amén de esto, él era antiguo huésped de España, aunque hasta entonces no había visitado a Andalucía, ocupado como estaba en preparar una edición, muy trabajada, del *Poema del Cid*, en tres volúmenes: el primero impreso en 1897, que contenía el *Poema*, fijada su lección en presencia de diversos códices y estudios; el segundo, que había de contener la traducción inglesa, y el tercero, de variantes y notas. Y, en efecto, han salido a luz estos dos volúmenes, tan ricamente ilustrados como el primero, en 1901 y 1903, respectivamente.

Con tales noticias subieron de punto nuestra admiración y la simpatía con que mirábamos a aquel extranjero meritísimo. Y cuenta que ya por aquellos días lo yanqui, con harto motivo, nos estaba desplaciendo muy mucho. Preguntéle si conocía la biblioteca del marqués de Jerez de los Caballeros; díjome que no, y que lo deseaba con vehemencia; entonces yo me ofrecí a presentarle a mi amigo y a enseñarle con él aquel inapreciable tesoro bibliográfico. Véase por dónde yo, el amador más apasionado de aquella biblioteca, y acaso, y sin acaso, el que, exceptuando al dueño, más a su sabor la disfrutaba, di inocentemente el primer paso para la enajenación que había de apartarme de ella por siempre jamás.

Cumplí mi ofrecimiento a los pocos días, y tanto el

marqués, peritísimo en materia de libros españoles, como yo, mero aficionado a ellos, por ser inexcusables instrumentos de mi trabajo, nos admiramos de lo mucho que sabía y conocía de nuestras letras Mr. Huntington. Enumeraba ediciones rarísimas con entera precisión y gentil familiaridad; ya notaba las leves diferencias que existen entre tal y tal obra; ya recordaba en qué apartada biblioteca había visto ejemplar de este o estotro libro; ahora advertía de golpe ser rehecha tal portada o tal hoja del fin; entrábase luego como por casa propia por los impresos más raros, para hacer ver tal o cual particularidad curiosa de su estampa o de su texto...; y yo, viendo tal especial noticia y tan notable habilidad en lo tocante a libros puramente españoles, hacíame cruces de asombrado.

Larga fué la visita. Ya entrambos en la calle, Huntington, a quien habían enamorado sobremanera los libros del marqués, pues entre ellos había columbrado centenares de *números* de rareza desesperante, me dijo:

—De buena gana compraría esta biblioteca.

Y yo, sandio, le respondí *incontinenti*, como si fuese mío todo aquel tesoro bibliográfico:

—¡Vano deseo! ¡No se vende!

.....

¡Pues vendióse! ¡Vendióse en enero de 1902! Cuatro años de tenaces y reservadas gestiones, del señor Huntington por una parte, y por otra de persona muy allegada al dueño de tal tesoro, resolvieronle al cabo a enajenar su sin par biblioteca. Días de consternación fueron aquéllos para los pocos que verdaderamente amamos las reliquias de nuestro pasado gloriosísimo. ¿En dónde ver ya aquellas peregrinas joyas, aquellas inverosímiles alhajas, que nadie sino el marqués poseía? «Lo que más lamento — escribíame inconsolable el mayor sabio de España — es que salgan de aquí algunos ejemplares únicos y los interesantes ma-

nuscritos de poesías varias que fueron de Sancho Rayón y que, a juzgar por lo poco que de ellos pude examinar, deben de contener preciosidades». Yo, como quien acude tarde a salvar algo siquiera de la voracidad de un incendio repentino e insofocable, dejé a un lado mis tareas y, mientras que a toda prisa iba pasando a las cajas, revestidas de cinc, como las de muertos, el contenido de la estantería, apliquéme seis, ocho y más horas diarias, por espacio de medio mes, a copiar o a extractar, no ciertamente lo mejor y lo más curioso, sino lo que había de servirme para algunas obras de mi humilde pluma, unas ya en el telar y otras todavía en la urdidera.

Justo es, empero, reconocer que aquella famosa librería, tal que no se volverá a ver en España otra como ella, fué a parar a muy buenas manos. Porque Mr. Huntington, por fortuna, lejos de ser uno de esos opulentos engréidos y de minerva escasa que sólo por necia presunción de millonarios allegan y acaparan obras de arte para darse el abominable gusto de hurtarlas a la admiración y al disfrute de los entendidos, goza con comunicar a sus amigos sus mejores y más peregrinas piezas bibliográficas; haciéndolas reproducir en facsímiles, a mucho costo, en ediciones de perfección insuperable. Rarísimas obras del marqués de Jerez que no creí volver a ver en mi vida son hoy honra y gala de mi humilde librería de trabajo, como ejemplares de esas famosas ediciones del señor Huntington, a quien, entre otras amistosas finezas — muy cordialmente agradecidas — debo la dedicatoria de la hermosa edición en que reprodujo la príncipe, ultrararisima, de la primera parte de *La Araucana* (Madrid, Pierres Cossin, 1569).

Pero el generoso hispanista norteamericano ha hecho más, mucho más que juntar cincuenta o sesenta mil libros españoles y que reproducir regiamente algunas docenas de los más raros y solicitados por los cu-

riosos. Compró amplio solar en uno de los mejores sitios de Nueva York, en Audubon Park, y ha edificado a su costa un palacio magnífico para instalar su biblioteca y su abundante museo de preciosidades históricas y artísticas españolas, poniendo toda esta riqueza, en que alienta, viva y admirable, el alma de nuestra raza, a disposición de los estudiosos de allende el gran mar, y bajo la dirección de *The Hispanic Society of America*, que él ha fundado y dotado, y en la cual tiene el cargo de presidente.

Tampoco será perezosa ni inactiva esta Sociedad, y mucho empieza a deberle el buen nombre de España; creada en 1904, ya al siguiente año, para celebrar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, acordó reproducir en facsímiles, por medio de magníficas ediciones, las principales de todas las obras de Cervantes, y hasta ahora lleva reproducidas maravillosamente—y no hay en el adverbio pizcá de andaluzada—las dos ediciones que de la primera parte de aquel libro inmortal hizo en 1605 Juan de la Cuesta, y la edición príncipe de la segunda parte, sacada a luz, como es sabido, en 1615.

Enviados hay más de un año sus títulos a los condados españoles que por afectuosa deferencia del señor Huntington pertenecemos a la sociedad por él fundada, n.eses después recibimos las hermosas medallas de plata que nos acreditan asimismo como tales socios. Y a fe que son muy significativos sus relieves; porque quienes representan a España mostrando amorosamente a la joven América la historia del mundo, amigos son nuestros, hablen el idioma que hablen. Así Mr. Archer Milton Huntington, él solo, ha hecho y hace en honra de nuestra nación más que innumerables españoles ocupados de por vida en la negra y traidora tarea de renegar de todo lo de casa. Por tan especiales merecimientos debe España a este hispanista insigne y generoso, tan amigo de nuestras pasadas glorias y tan

entusiasta amor de nuestra antigua cultura, que fué señora del mundo, agradecimiento cordialísimo, que ya le manifestaron las Academias Española y de la Historia, y antes que éstas la Sevillana de Buenas Letras — con frecuencia favorecidas por sus muy estimables donativos bibliográficos —, inscribió afectuosamente su nombre entre los de sus correspondientes extranjeros.

## 6. - FABULISTAS

**RAMÓN DE CAMPOAMOR**

**LA CARAMBOLA**

**EL CHICO, EL MULO Y EL GATO**

Pasando por un pueblo un maragato, llevaba sobre un mulo atado un gato, al que un chico, mostrando disimulo, le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible, pególe al macho un arañazo horrible; y herido entonces el sensible macho, pegó una coz y derribó al muchacho.

*Es el mundo, a mi ver, una cadena,  
do, rodando la bola,  
el mal que hacemos en cabeza ajena,  
refluje en nuestro mal, por carambola.*

## DOMINGO DE AZCUÉNAGA

(ARGENTINO)

### EL MONO ENFERMO

(FÁBULA.)

Cuentan que en Tetuán le sobrevino,  
una noche a las doce, a un mono herrero,  
por boca y narices,  
un vómito de sangre repentino,  
tan fuerte, que dos monos aprendices,  
salieron en camisa, y sin sombrero,  
por médico volando,  
quedándose con él en la herrería,  
una mona, aguardando  
el término fatal de su agonía.

Los dos monos hicieron  
muy bien la diligencia; pero fueron  
sus pasos excusados,  
porque estaban los físicos resfriados.  
El Doctor Piernatuerta, (alias *Tenaza*),  
dijo: "Vayan al Médico de casa";  
y diciéndole que era un accidente  
replicó: "Vayan, vayan, brevemente."  
El sabio Licenciado Boca-abierta  
tenía dada orden, que la puerta  
no abriesen de su casa, aunque pedazos  
la hicieran, por llamarle, a aldabonazos;  
y el bachiller nombrado Pelos-rubios  
dijo: que había tomado pediluvios;  
de tal manera que, al venir la aurora,  
llegando a la herrería los monitos  
a darle la respuesta a su señora  
la encontraron furiosa, dando gritos,

porque el enfermo ya en sueño profundo  
se había ido a curar al otro mundo.

¡Quién, señores, creyera  
que entre los monos médicos se viera  
tan poca caridad y amor tan poco!  
Cualquiera lo creerá, sin estar loco,  
porque no es menester, (yo lo confieso)  
el ir hasta Tetuán para ver eso,

## 7.- LA POESÍA LÍRICA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

### I. LÍRICOS POSTERIORES AL ROMANTICISMO, O SEA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX EN ADELANTE.

**GASPAR NÚÑEZ DE ARCE**

(1832-1903)

#### **LA INUNDACIÓN**

ANTES

Todo respira paz: la fértil vega,  
el cielo transparente, el bosque umbrío  
y el viento que en las márgenes del río  
sus olas bate y con las ramas juega.

Abre sus cauces el Segura, y riega  
los campos secos por tenaz estío.

do redoblando su fecundo brío  
el ribereño a su labor se entrega.

Al través de la copa embalsamada  
de los verdes naranjos, su dichosa  
casa, que dora el sol, cerca divisa.  
¡Cuán feliz es! Alegran su jornada  
el dulce canto de la amante esposa  
y de sus hijos la inocente risa.

### DESPUÉS

¡Ay, todo inspira horror! La noche oscura  
tendió su manto, y en la sombra envuelta,  
su audaz corriente alborotada y suelta,  
extiende hasta los montes el Segura.

Arrolla cuanto encuentra en la llanura  
con ímpetu feroz la onda revuelta,  
el puente secular, la torre esbelta,  
el molino, la casa y la espesura.

Hallando el valle a su soberbia estrecho,  
no respetó el torrente embravecido  
el templo augusto, ni la humilde choza;  
y el labrador en lágrimas deshecho,  
sin amores, sin hijos y sin nido,  
sobre las ruinas de su hogar solloza.

## RAMON DE CAMPOAMOR

(1819-1901)

### CORTA ES LA VIDA

(DOLORA)

Paróse, una voz sentida  
cierto viajero escuchando,  
y vió un ave que, rendida

al pie de un árbol, piando,  
triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido  
mirando desde la grama,  
alzaba el postrer gemido  
hacia la flexible rama,  
que era el sostén de su nido  
— he aquí — dijo en su sorpresa —  
la imagen de la fortuna:  
vagando sin ley alguna,  
al fin hallamos la huesa  
al mismo pie de la cuna.

Y alejándose al momento,  
por templar su mal no escaso,  
añadió en su pensamiento:  
— ¿Cuánto las separa? — ¡Un paso!  
¿Y qué media entre ambas? — ¡Viento!

## EL GAITERO DE GIJÓN

(DOLORA)

### I.

Ya se está el baile arreglando,  
y el gaitero, ¿dónde está?  
“Está a su madre enterrando,  
pero en seguida vendrá.”  
“Y ¿vendrá?” “Pues ¿qué ha de hacer?”  
Cumpliendo con su deber  
vedle con la gaita... pero  
¿cómo traerá el corazón  
*el gaitero,*  
*el gaitero de Gijón!*

II

¡Pobre! Al pensar en su casa  
toda dicha se ha perdido,  
un llanto oculto le abrasa,  
que es cual plomo derretido.  
Mas, como ganan sus manos  
el pan para sus hermanos,  
en gracia del panadero  
toca con resignación  
*el gaitero,*  
*el gaitero de Gijón.*

III

No vió una madre más bella  
la nación del sol poniente...  
pero ya una losa de ella  
le separa eternamente.  
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!  
Mas, cuando entre dientes gime,  
no bala como un cordero,  
pues ruge como un león  
*el gaitero,*  
*el gaitero de Gijón.*

IV

La niña más bailadora,  
“¡Aprisa!—le dice,—¡aprisa!”  
y el gaitero sopla y llora,  
poniendo cara de risa.  
Y al mirar que de esta suerte  
llora a un tiempo y los divierte,  
¡silban, como Zoilo a Homero,  
algunos sin compasión,  
*al gaitero,*  
*al gaitero de Gijón!*

V

Dice el triste en su agonía,  
entre soplar y soplar:  
“¡Madre mía, madre mía!  
¡cómo alivia el suspirar!”  
Y es que en sus entrañas zumba  
la voz que apagó la tumba;  
¡voz que, pese al mundo entero  
siempre la oirá el corazón  
del gaitero,  
del gaitero de Gijón!

VI

Decid, lectoras, conmigo:  
¡cuánto gaitero hay así!  
¿Preguntáis por quién lo digo?  
Por vos lo digo y por mí.  
¿No veis que al hacer, lectoras,  
doloras y más doloras,  
mientras yo de pena muero  
vos las recitáis, al son  
del gaitero,  
del gaitero de Gijón?...

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

(1836-1870)

Nació en Sevilla, y debe considerarse como uno de los dos o tres más grandes líricos españoles del siglo XIX. Huérfano desde niño, quedó a cargo de su madrina, de cuya tutela se emancipó en 1854, para marcharse a Madrid en busca de la gloria literaria. En la capital, su vida transcurrió en medio de la mayor estrechez, sin poderse mantener en los pequeños empleos que le obtuvieron, y teniendo que dedicarse a ínfimas

*tareas periodísticas para vivir. En medio de estas miserias, pudo sin embargo realizar viajes por Toledo, Avila y otras antiguas ciudades, y escribir las obras, no muy numerosas, pero sí hermosísimas a las cuales debe la inmortalidad. Son éstas sus famosas poesías denominadas Rimas, una muy hermosa serie de Leyendas en prosa, y las nueve cartas literarias, puestas bajo el común epigrafe de Desde mi Celda.*

## ¡QUÉ SOLOS SE QUEDAN LOS MUERTOS!

(DE LAS "RIMAS")

Cerraron sus ojos  
que aun tenía abiertos;  
taparon su cara  
con un blanco lienzo;  
y unos sollozando,  
otros en silencio,  
de la triste alcoba  
todos se salieron.

La luz, que en un vaso  
ardía en el suelo,  
al muro arrojaba  
la sombra del lecho;  
y entre aquella sombra  
veíase a intervalos,  
dibujarse rígida  
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,  
y a su albor primero,  
con sus mil ruidos  
despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste  
de vida y misterios,  
de luz y tinieblas,  
medité un momento:  
"¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!"

De la casa en hombros  
lleváronla al templo,  
y en una capilla  
dejaron el féretro.  
Allí rodearon  
sus pálidos restos  
de amarillas velas  
y de paños negros.

Al dar de las ánimas  
el toque postrero,  
acabó una vieja  
sus últimos rezos;  
cruzó la ancha nave,  
las puertas gimieron,  
y el santo recinto  
quedóse desierto.

De un reloj se oía  
compasado el péndulo,  
y de algunos cirios  
el chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
tan obscuro y yerto  
todo se encontraba...  
que pensé un momento:  
*"¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!"*

De la alta campana  
la lengua de hierro,  
le dió, volteando,  
su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
amigos y deudos  
cruzaron en fila,  
formando el cortejo.

Del último asilo,  
obscuro y estrecho,  
abrió la piqueta

el nicho a un extremo.  
Allí la acostaron,  
tapiáronle luego,  
y con un saludo  
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,  
el sepulturero  
cantando entre dientes  
se perdió a lo lejos.  
La noche se entraba,  
reinaba el silencio;  
perdido en las sombras,  
medité un momento:

*“¡Dios mio, qué solos  
se quedan los muertos!”*

En las largas noches  
del helado invierno,  
cuando las maderas  
crujir hace el viento  
y azota los vidrios  
el fuerte aguacero,  
de la pobre niña  
a solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
con un son eterno;  
allí la combate  
el soplo del cierzo.

Del húmedo muro  
tendida en el hueco,  
¡acaso de frío  
se hielan sus huesos!...

.....

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es vil materia,  
podredumbre y cieno?  
¡No sé; pero hay algo

que explicar no puedo,  
que al par nos infunde  
repugnancia y miedo,  
al dejar tan tristes,  
tan solos los muertos!

## ANTONIO MACHADO

(n. en 1875)

*Puede considerarse a Antonio Machado como uno de los grandes poetas españoles de todos los tiempos. El mismo refiere lo esencial de su vida en las siguientes sobrias palabras: "Nací en Sevilla una noche de Julio de 1875, en el célebre palacio de las Dueñas, sito en la calle del mismo nombre. Mis recuerdos de la ciudad natal son todos infantiles, porque a los ocho años pasé a Madrid, donde mis padres se trasladaron, y me educó en la Institución Libre de Enseñanza. A mis maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud. Mi adolescencia y mi juventud son madrileñas. He viajado algo por Francia y por España. En 1907 obtuve cátedra de Lengua Francesa, que profesé durante cinco años en Soria. Allí me casé; allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompañará siempre. Me trasladé a Baeza, donde hoy resido. Mis aficiones son pasear y leer".*

*La poesía de Antonio Machado es austera y triste como su vida; de líneas sobrias y anchos horizontes, como la llanura castellana en medio a la cual vivió, y cuyo suelo regaron sus lágrimas.*

### ¿Y HA DE MORIR CONTIGO...

(DE "SOLEDADES, GALERÍAS Y OTROS POEMAS")

¿Y ha de morir contigo el mundo mago  
donde guarda el recuerdo  
los hálitos más puros de la vida;  
la blanca sombra del amor primero,  
la voz que fué a tu corazón, la mano

que tú querías retener en sueños,  
y todos los amores,  
que llegaron al alma, al hondo cielo?  
¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,  
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?  
¿Los yunques y crisoles de tu alma  
trabajan para el polvo y para el viento?

### DESNUDA ESTÁ LA TIERRA

(DE "SOLEDADES, GALERÍAS Y OTROS POEMAS")

Desnuda está la tierra,  
y el alma aúlla al horizonte pálido  
como loba famélica. ¿Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?

¡Amargo caminar, porque el camino  
pesa en el corazón! ¡El viento helado,  
y la noche que llega, y la amargura  
de la distancia!... En el camino blanco  
algunos yertos árboles negrean;  
en los montes lejanos  
hay oro y sangre... El Sol murió... ¿Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?

### RAFAEL OBLIGADO

(1851 - 1920)

(ARGENTINO)

*Entre los poetas posteriores al Romanticismo, uno de los principales entre nosotros es Rafael Obligado, en quien la tradición de Echeverría se prolonga y adquiere perfecciones desconocidas en el modelo, a la par que se enriquece, como haace observar D. Calixto Oyuela, mediante finas influencias provenientes de la poesía griega y la hebrea.*

*Nació Rafael Obligado en Buenos Aires. Después de cursar los estudios secundarios en el Colegio Nacional, se limitó al cultivo de su espíritu sin emprender otros de carácter profesional, pues su situación de fortuna le eximía de aquella exigencia. En tales condiciones, tranquila y apacible transcurrió su vida en el estudio, la lectura y el trabajo, vivificados por la contemplación de la naturaleza, el culto de los ideales patrios, y velados poéticamente por los dulces recuerdos de una adolescencia feliz. Ocurrió su muerte en Mendoza en 1920.*

*Las obras en verso de Rafael Obligado se publicaron bajo el título de Poesías por primera vez en 1885. En 1906 salió a luz una segunda y última edición, mucho más completa.*

*Pueden agruparse dichas Poesías en tres grandes clases: composiciones de carácter nacional y patriótico, leyendas y tradiciones argentinas, y cuadros de la naturaleza y del hogar, incluyéndose en este grupo algunas delicadas composiciones amorosas, en las cuales el poeta vuelve melancólicamente su espíritu hacia la imagen persistente y suave de un afecto juvenil inolvidable.*

*Entre las composiciones del primer grupo, pueden mencionarse Ayohuma, El Negro Falucho y la Retirada de Moquegua. Las de la segunda, en número de cinco, Santos Vega, La Salamanca, La Mula Anima, El Yaguarón y El Cacuí, han sido agrupadas por el autor bajo el título común de Leyendas Argentinas, y se refieren, respectivamente, al gaucho, las grutas, las montañas, los ríos y las selvas argentinas, debiendo advertirse que la más importante de todas es Santos Vega, dividida a su vez en cuatro partes: El Alma, La Prenda, El Himno y La Muerte del Payador. En cuanto a las de la tercera clase, no siempre ofrecen caracteres netamente diferenciados, mezclándose en muchas de ellas la pintura de la naturaleza con la del hogar o la evocación de recuerdos sentimentales del autor.*

## EL ALMA DEL PAYADOR

(Ia. PARTE DE "SANTOS VEGA")

Cuando ra tarde se inclina  
sollozando al occidente,  
corre una sombra doliente  
sobre la pampa argentina.  
Y cuando el sol ilumina  
con luz brillante y serena

del ancho campo la escena,  
la melancólica sombra  
huye besando su alfombra  
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo  
que, en tibia noche de luna,  
en solitaria laguna,  
para la sombra su vuelo;  
que allí se ensancha, y un velo  
va sobre el agua formando,  
mientras se goza escuchando  
por singular beneficio  
el incesante bullicio  
que hacen las olas rodando.

Dicen que en noche nublada  
si su guitarra algún mozo  
en el crucero del pozo  
deja de intento colgada,  
llega la sombra callada  
y, al envolverla en su manto,  
suena el preludio de un canto  
entre las cuerdas dormidas,  
cuerdas que vibran heridas  
como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noches de aquellas  
en que la pampa se abisma  
en la extensión de sí misma  
sin su corona de estrellas,  
sobre las lomas más bellas,  
donde hay más trébol risueño,  
luce una antorcha sin dueño  
entre una niebla indecisa,  
para que temple la brisa  
las blandas alas del sueño.

Mas, si troncado el desmayo  
en tempestad de su seno,  
estalla el cóncavo trueno,

que es la palabra del rayo,  
hierre el ombú de soslayo  
rojiza sierpe de llamas,  
que, calcinando sus ramas,  
serpea, corre y asciende,  
y en la alta copa desprende  
brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,  
las brillazones remedan  
vastos oleajes que ruedan  
sobre fantástico río,  
mudo, abismado y sombrío,  
baja un jinete la falda  
tinta de bella esmeralda,  
llega a las márgenes solas...  
¡Y hunde su potro en las olas,  
con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,  
galopando sobre el llano  
solitario algún paisano,  
viendo al otro en los reflejos  
de aquel abismo de espejos,  
siente indecibles quebrantos,  
y, alzando en vez de sus cantos  
una oración de ternura,

al persignarse murmura:  
“¡El alma del viejo Santos!”

Yo, que en la tierra he nacido  
donde ese genio ha cantado,  
y el pampero he respirado  
que al payador ha nutrido,  
beso este suelo querido  
que a mis caricias se entrega,  
mientras de orgullo me anega  
la convicción de que es mía  
¡la patria de Echeverría,  
la tierra de Santos Vega!

## RUBÉN DARÍO

(1867-1916)

(NICARAGÜENSE)

### MARINA

(DE "CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA")

Mar armonioso,  
mar maravilloso,  
tu salada fragancia,  
tus colores y músicas sonoras  
me dan la sensación divina de mi infancia,  
en que suaves las horas  
venían en un paso de danza reposada  
a dejarme un ensueño o regalo de hada.

Mar armonioso,  
mar maravilloso,  
de arcadas de diamante que se rompen en vuelos  
rítmicos que denuncian algún ímpetu oculto,  
espejo de mis vagas ciudades de los cielos;  
blanco y azul tumulto  
de donde brota un canto  
inextinguible;  
mar paternal, mar santo,  
mi alma siente la influencia de tu alma invisible.

Velas de los Colones  
y velas de los Vascos  
hostigadas por odios de ciclones  
ante la hostilidad de los peñascos.  
O galeras de oro,  
velas purpúreas de bajeles  
que saludaron el mugir del toro  
celestes, con Europa sobre el lomo  
que salpicaba la revuelta espuma.

Magnífico y sonoro  
se oye en las aguas como  
un tropel de tropeles,  
¡tropel de los tropeles de tritones!  
Brazos salen de la onda, suenan vagas canciones,  
brillan piedras preciosas,  
mientras en las revueltas extensiones  
Venus y el Sol hacen nacer mil rosas.

### EL SONETO DE TRECE VERSOS

(DE "CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA")

¡De una juvenil inocencia  
qué conservar sino el sutil  
perfume, esencia de su Abril,  
la más maravillosa esencia!

Por lamentar a mi conciencia  
quedó en un sonoro marfil  
un cuento que fué de las *Mil*  
y *una Noches* de mi existencia...

Scherazada se entredurmió...  
El Visir quedó meditando...

Dinarzada el día olvidó...  
Mas el pájaro azul volvió...  
Pero...

No obstante...

Siempre...

Cuando...

## JULIO HERRERA Y REISSIG

(1873-1909)

(URUGUAYO)

*Es éste uno de los más poderosos poetas uruguayos, y debe colocársele, por la índole de su poesía, entre los modernistas.*

*Nació en Montevideo. Su vida breve y fecunda, pues sólo alcanzó a vivir 36 años, se vió amargada por la escasez, los sinsabores y la indiferencia. Era sin embargo Herrera y Reissig un nombre de gran valor moral e ilustración, y de una sólida y vasta cultura clásica, extendida hasta el dominio del griego.*

*Lo más valioso de su obra es una serie de sonetos en versos de catorce sílabas, agrupados bajo el título de Los Extasis de la Montaña, y otra en versos endecasílabos, Los Parques Abandonados.*

*Las Obras completas de Herrera y Reissig fueron publicadas en el año 1913, en Montevideo, y comprenden los cinco volúmenes designados, respectivamente con los siguientes títulos: Los Peregrinos de Piedra — El Teatro de los Humildes — Las Lunas de Oro — Las Pascuas del Tiempo — y La Vida y otros poemas.*

### LA SIESTA

No late más que un único reloj: el campanario,  
que cuenta los dichosos hastíos de la aldea,  
el cual, al sol de enero, agriamente chispea,  
con su aspecto remoto de viejo refractario...

A la puerta, sentado se duerme el boticario...  
en la plaza yacente la gallina cloquea,  
y un tronco de ojaranzo arde en la chimenea,  
junto a la cual el cura medita su breviario.

Todo es paz en la casa. Un cielo sin rigores,  
bendice las faenas, reparte los sudores...  
madres, hermanas, tías, cantan lavando en rueda  
las ropas que el domingo sufren los campesinos...  
y el asno vagabundo que ha entrado en la vereda  
huye, soltando coacs, de los perros vecinos.

### AMADO NERVO

(1870-1919)

(MEJICANO)

### YA NO TENGO IMPACIENCIA

Ya no tengo impaciencia; porque no aguardo nada,  
Ven Fortuna, o no vengas, que tu máquina alada

llegue al toque del alba, llegue al toque de queda;  
con el brote abrioleño, con la hoja que rueda...

Ya no tengo impaciencia, porque no aguardo nada.

Al fulgor de las tardes, del balcón anehuroso  
de mi estancia tranquila, con un libro en la mano,  
yo contemplo el paisaje, siempre austero y hermoso,  
y mi espíritu plácido, con fervor religioso,  
tiende amante las alas de oro en pos del Arcano.

Nadie turba las aguas de este lago dormido  
de mi ser, de este lago de caudal puro y terso.  
No hay afán que me inquiete; nada quiero ni pido,  
y del cáliz de mi alma, cual aroma elegido,  
brota cándido, uncioso y apacible mi verso.

## MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

(MEJICANO)

### ONDAS MUERTAS

En la sombra, debajo de tierra,  
donde nunca llegó la mirada,  
se deslizan en curso infinito  
silenciosas corrientes de agua.

Las primeras, al fin, sorprendidas,  
por el hierro que rocas taladra,  
en inmenso penacho de espumas  
hervorosas y impidas saltan.

Mas las otras, en densa tiniebla,  
retorciéndose siempre resbalan,  
sin hallar la salida que buscan,  
a perpetuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos,  
y en su espejo movable de plata,  
van copiando los astros del cielo  
o los pálidos tintes del alba.

Ellos tienen cendales de flores,  
en su seno las ninfas se bañan,  
fecundizan los fértiles valles,  
y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos,  
juguetona y traviesa es el agua,  
como niña que en regio palacio  
sus collares de perla desgrana:  
y cual flecha bruñida se eleva,  
ya en abierto abanico se alza,  
de diamante salpica las hojas  
o se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas  
los peñascos abruptos asaltan:  
al moverse, la tierra conmueven  
y en tumulto los cielos escalan.  
Allí es vida y es fuerza invencible,  
allí es reina colérica el agua,  
como igual con los cielos combate  
y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente  
a perpetua prisión condenada,  
la que vive debajo de tierra  
do ni yertos cadáveres bajan.  
La que nunca la luz ha sentido,  
la que nunca solloza ni canta,  
esa muda que nadie conoce,  
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,  
como ella, de sombras cercadas,  
sois vosotras también, las obscuras  
silenciosas corrientes del alma.  
¿Quién jamás conoció vuestro curso?  
¡Nadie a veros benévolo baja!  
Y muy hondo, muy hondo se extienden  
vuestras olas cautivas que callan!

Si camino os abrieran saldríais,

como chorro bullente de agua,  
que en columnas rabiosas de espuma  
sobre pinos y cedros se alza!  
Pero nunca jamás, prisioneras,  
sentiréis de la luz la mirada:  
seguid siempre rodando en la sombra,  
silenciosas corrientes del alma.

## JULIÁN DEL CASAL

(1863 - 1893)

(CUBANO)

*Por el gusto a lo exótico, a lo artificial, a lo marchito, que este poeta se complacé en manifestar en muchas de sus composiciones, donde aparece visible la influencia del francés Baudelaire, autor de Las Flores del Mal, suele considerársele con razón como uno de los primeros representantes del modernismo en la poesía americana. En cuanto a las formas métricas por él empleadas, nada ofrece de nuevo aún, pues son las tradicionales en uso hasta su tiempo.*

*Nació en La Habana y murió prematuramente a los veinte años. Publicó en 1890 un libro de versos Hojas al Viento, y el mismo año de su muerte salió a luz una obra suya póstuma en prosa y verso, denominada Bustos y Rimas.*

*Damos, como muestra de su manera modernista, un fragmento de la composición En el Campo.*

### EN EL CAMPO

Tengo el impuro amor de las ciudades,  
y a este sol que ilumina las edades  
prefiero yo del gas las claridades.

Mucho más que las selvas tropicales,  
plácenme los sombríos arrabales  
que encierran las vetustas capitales.

A la flor que se abre en el sendero,  
como si fuese terrenal lucero,  
olvido por la flor de invernadero.

Más que la voz del pájaro en la cima  
de un árbol todo en flor, a mi alma anima  
la música armoniosa de una rima.

Al oro de la mies en primavera,  
yo siempre en mi capricho prefiriera  
el oro de teñida cabellera.

No cambiara sedosas muselinas  
por los velos de nítidas neblinas  
que la mañana prende en las colinas.

Más que al raudal que baja de la cumbre  
quiero oír a la humana muchedumbre  
gimiendo en su perpetua servidumbre.

El rocío que brilla en la montaña  
no ha podido decir a mi alma extraña  
lo que el llanto al bañar una pestaña.

Y el fulgor de los astros rutilantes  
no trueco por los vívidos cambiantes  
del ópalo, la perla o los diamantes.

## II. LÍRICOS ROMÁNTICOS, O SEA DEL SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO XIX.

**JOSÉ DE ESPRONCEDA**

(1808-1842)

**A LA PATRIA**

(ELEGÍA)

¡Cuán solitaria la nación que un día  
poblara inmensa gente!

¡La nación cuyo imperio se extendía  
del Ocaso al Oriente!

Lágrimas viertes, infeliz ahora,  
soberana del mundo,  
¡y nadie de tu faz encantadora  
borra el dolor profundo!

Obscuridad y luto tenebroso  
en ti vertió la muerte,  
y en su furor el déspota sañoso  
se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía;  
cayó el joven guerrero,  
cayó el anciano, y la segur impía  
manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura  
del déspota sombrío,  
como eclipsa la rosa su hermosura  
en el sol del estío.

¡Oh, vosotros del mundo habitantes!  
contemplad mi tormento:  
¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores  
al dolor que yo siento?

Yo, desterrado de la patria mía,  
de una patria que adoro,  
perdida miro su primer valía,  
y sus desgracias lloro.

Hijos espurios y el fatal tirano  
sus hijos han perdido,  
y en campo de dolor su fértil llano  
tienen ¡ay! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,  
sus hijos implorando;  
sus hijos fueron, mas traidora seña  
desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,  
oh mi patria querida?

¿Dónde fueron tus héroes esforzados,  
tu espada no vencida?

¡Ay! de tus hijos en la humilde frente  
está el rubor grabado;

a sus ojos caídos tristemente  
el llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron  
en tiempos de ventura.

Y las naciones tímidas la vieron  
vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Líbano se ostenta,  
su frente se elevaba;  
como el trueno a la virgen amedrenta,  
su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,  
yaces desamparada,  
allá en tierra apartada,  
y el justo desgraciado vaga incierto.

Cubren su antigua pompa y poderío  
pobre hierba y arena,  
y el enemigo que tembló a su brío  
burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera  
y dadla al vago viento;  
acompañad con arpa lastimera  
mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares  
lloremos duelo tanto:  
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?  
¿Quién secará tu llanto?

## JOSE ZORRILLA

(1817-1893)

A LA MEMORIA DESGRACIADA DEL JOVEN  
LITERATO D. MARIANO JOSÉ DE LARRA

*(Versos leídos por su autor sobre la tumba de aquél)*

Ese vago clamor que rasga el viento  
es la voz funeral de una campana;

vano remedio del postrer lamento  
de un cadáver sombrío y macilento  
que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,  
y dejó su existencia carcomida,  
como una virgen al placer perdida  
cuelga el profano velo en el altar.  
Miró en el tiempo el porvenir vacío,  
vacío ya de ensueños y de gloria,  
¡y se entregó a ese sueño sin memoria,  
que nos lleva a otro mundo a despertar!

Era una flor que marchitó el estío,  
era una fuente que agotó el verano;  
ya no se siente su murmullo vano,  
ya está quemado el tallo de la flor.  
Todavía su aroma se percibe,  
y ese verde color de la llanura,  
ese manto de yerba y de frescura  
hijos son del arroyo creador.

Que el poeta, en su misión  
sobre la tierra que habita,  
es una planta maldita  
con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria  
donde no llegue a tu cegado oído  
más que la triste y funeral plegaria  
que otro poeta cantará por ti.  
¡Esta será una ofrenda de cariño  
más grata, sí, que la oración de un hombre,  
pura como la lágrima de un niño,  
memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo  
de los poetas mansión,  
y sólo le queda al suelo  
ese retrato de hielo,  
fetidez y corrupción;  
¡digno presente por cierto

se deja a la amarga vida!  
¡Abandonar un desierto  
y darle a la despedida  
la fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*  
hay un recuerdo de ayer,  
una vida como aquí  
detrás de ese firmamento...  
conságrame un pensamiento  
como el que tengo de ti.

## ESTEBAN ECHEVERRÍA

(1805-1851)

(ARGENTINO)

### FRAGMENTO

(DEL POEMA "LA GUITARRA")

Hay a más del externo que los sentidos palpan  
un mundo misterioso sin forma ni color,  
mundo que presentimos y que sin duda existe  
porque nos cerca y mueve su infatigable acción.

Un mundo de armonías, de fuerzas que difunden,  
fluyendo de la vida, la actividad doquier,  
de ocultas simpatías, magnéticas influencias  
que obran bajo el imperio de inescrutable ley.

Cadena imperceptible que el ser al no ser liga,  
la materia al espíritu y la natura al "yo".  
Y uniendo de las almas los íntimos afectos,  
en relación nos pone con lo animado y Dios.

Eléctrica sustancia que al Universo abarca,  
emanación divina, espíritu sutil;—  
misterios son de un mundo que el ojo no percibe,  
y la razón en vano pretende concebir.

La voz de la conciencia a veces nos lo anuncia,  
a veces lo adivina profeta el corazón,  
a veces el poeta columbra sus prodigios,  
les da visible forma su soplo engendrador.

¿Por qué al mirar la luna, surcando majestuosa  
en carro de zafiros el firmamento azul,  
cuando el aura embalsama el lecho donde el Plata  
dormita bajo palio de transparente luz,  
estáticos probamos deleite indefinible,  
gozamos de la calma que reina en derredor,  
los ecos escuchamos de música inefable,  
vivimos de la vida que anima la creación?

La vida es la armonía; nuestra alma un instrumento  
que vibra unisonante con la obra del Creador;  
pero se rompe frágil y disonantes ecos  
exhala destemplada su solitaria voz.

Del instrumento entonces las fibras enmudecen,  
o al aire dan en vano su lánguido gemir;  
la vida es como antorcha que en medio de un sepulcro  
sin pábulo arde mustia para extinguirse al fin.

## GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

(1814-1873)

(CUBANA)

*Es esta gran poetisa la mayor figura del romanticismo cubano, aunque suele reclamarla para sí la literatura peninsular, pues en España transcurrió casi toda su vida.*

*Nació en Puerto-Príncipe, demostrando, a la par de muchos poetas de su raza, una vocación literaria precoz e incontenible.*

*En 1836 se dirigió a España, donde pasó primero algunos años en Andalucía, para radicarse después en Madrid. Casada dos veces, la primera con D. Pedro Sabater y la segunda con el Coronel D. Pedro Verdugo, en cuya compañía hizo un viaje a América. Falleció en Madrid.*

*Gertrudis Gómez de Avellaneda cultivó la novela, el drama y la poesía lírica.*

Como novelista no llegó a descollar, siendo sus principales novelas Sab, Espatolino y Guatimozin.

En el teatro en cambio rayó a grande altura, con obras tan hermosas como Alfonso Munío, Saúl, Baltasar, El Príncipe de Viana, Recaredo y muchas otras.

Como poetisa lírica fueron tres, como hace notar Menéndez y Pelayo, las fuentes de su inspiración: el amor humano, con poesías tan hermosas como A él, Amor y orgullo y tantas otras; el amor divino, que le inspira entre otras obras el canto A la Cruz y su Dedicación de la lira a Dios; y, por fin, el entusiasmo por el arte de la poesía, que le dicta su oda A la Poesía, sus octavas Al Genio Poético, y otras composiciones más, donde sigue las huellas clásicas de Quintana y Gallego.

## A LA MUERTE DEL CÉLEBRE POETA CUBANO DON JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

*Le poète est semblable aux oiseaux de passage,  
Qui ne bâtissent point leur nid sur le rivage.*

LAMARTINE.

Voz pavorosa en funeral lamento  
desde los mares de mi patria vuela  
a las playas de Iberia; tristemente  
en son confuso la dilata el viento;  
y el dulce canto en mi garganta hiela,  
y sombras de dolor viste a mi mente.

¡Ay! que esa voz doliente,  
con que su pena América denota  
y en estas playas lanza el Océano,  
“murió, pronuncia, el férvido patriota...”  
“murió, repite, el trovador cubano”;  
y un eco triste en lontananza gime,  
“¡murió el cantor del Niágara sublime!”

¿Y es verdad? ¿Y es verdad?... ¿La muerte impía  
apagar pudo con su soplo helado  
el generoso corazón del vate,  
do tanto fuego de entusiasmo ardía?  
¿No ya en amor se enciende, ni agitado  
de la santa virtud al nombre late?...

Bien cual cede al embate  
del aquilón sañoso el roble erguido,  
así en la fuerza de su edad lozana  
fué por el fallo del destino herido...  
Astro eclipsado en su primer mañana,  
sepúltanle las sombras de la muerte,  
y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡Numen feliz! ¡Nombre divino!  
¡ídolo puro de las nobles almas!  
¡objeto dulce de su eterno anhelo!  
ya enmudeció tu cisne peregrino...  
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,  
tu sol de fuego, tu brillante cielo?...  
Ostenta, sí, tu duelo

que en ti rodó su venturosa cuna.  
Por ti clamaba en el destierro impío,  
y hoy condena la pérfida fortuna  
a suelo extraño su cadáver frío.  
Do tus arroyos, ¡ay! con su murmullo  
no darán a su sueño blando arrullo.

¡Silencio! de sus hados la fiereza  
no recordemos en la tumba helada  
que lo defienda de la injusta suerte.  
Ya reclinó su lánguida cabeza  
— de genio y desventuras abrumada —  
en el inmóvil seno de la muerte.

¿Qué importa al polvo inerte,  
que torna a su elemento primitivo,  
ser en este lugar o en otro hollado?  
¿Yace con él el pensamiento altivo?...  
Que el vulgo de los hombres, asombrado  
tiemble al alzar la eternidad su velo;  
mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman,  
ni roba al sol su luz la noche oscura,  
ni se conoce de la tierra el lloro...

Allí el amor y la virtud proclaman  
espíritus vestidos de luz pura,  
que cantan el Hosanna en arpas de oro.

Allí el raudal sonoro

sin cesar corre de aguas misteriosas,  
para apagar la sed que enciende al alma;  
— sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,  
nunca este mundo satisface o calma. —

Allí jamás la gloria se mancilla,  
y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre  
el amor inconstante; la esperanza,  
engañosa visión que lo extravía;

tal vez los vanos ecos de un renombre  
que con desvelos y dolor alcanza;  
el mentido poder; la amistad fría;  
y el venidero día

— cual el que expira breve y pasajero —  
al abismo corriendo del olvido...

y el placer, cual relámpago ligero,  
de tempestades y pavor seguido...  
y mil proyectos que medita a solas,  
fundados, ¡ay! sobre agitadas olas?

De verte ufano, en el umbral del mundo  
el ángel de la hermosa poesía  
te alzó en sus brazos y encendió tu mente;  
y ora lanzas, Heredia, el barro inmundado  
que tu sublime espíritu oprimía,  
y en alas vuelas de tu genio ardiente.

No más, no más la mente  
destino tal nuestra ternura ciega,  
ni la importuna queja al cielo suba...  
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,  
su espíritu al Señor, su gloria a Cuba;  
¡Que el genio, como el sol, llega a su ocaso,  
dejando un rastro fúlgido su paso!

## JOSÉ EUSEBIO CARO

(1817-1853)

(COLOMBIANO)

*Es una de las tres grandes figuras del Romanticismo colombiano, surgido a influjos del venezolano, pero muy superior a él. Por la energía y belleza de su vida privada y pública, es este autor tan digno de admiración como por sus versos, encendidos por el ardor de las pasiones que bullían en su ánimo.*

*Nació en Ocaña, en Nueva Granada, el año 1817. Huérfano a los 13 años, tuvo que trabajar para vivir, lo cual no le impidió estudiar Filosofía y Jurisprudencia en la Universidad de San Bartolomé, donde se le enseñaron las teorías materialistas y utilitarias, contra las cuales más tarde le vemos alzarse en 1840. Desde ese año además empezó a tomar parte activa y violenta en las luchas políticas de su patria, que tuvo que abandonar a raíz del movimiento de 1849 para trasladarse a Estados Unidos. Allí permaneció hasta 1853, año en que, habiendo vuelto a Colombia, falleció de fiebre amarilla en el puerto de Santa Marta, poco después de llegar a él.*

*Como tantos otros poetas románticos, empezó Caro imitando a los clásicos precedentes, como Quintana, Gallego, Lista y otros.*

### DESPEDIDA DE LA PATRIA

*...terraeque urbesque recedunt.*

VIRGILIO, *Eneida*.

Lejos ¡ay! del sacro techo  
que mecer mi cuna vió,  
yo, infeliz proscrito, arrastro  
mi miseria y mi dolor.  
Reclinado en la alta popa  
del bajel que huye veloz,  
nuestros montes irse miro  
alumbrados por el sol.  
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,  
aun no puedo odiarte; adiós!

A tu manto, cual un niño,  
me agarraba en mi aflicción;  
mas colérica tu mano  
de mis manos lo arrancó;  
y en tu saña desoyendo  
mi sollozo y mi clamor,  
más allá del mar tu brazo  
de gigante me lanzó.

¡Adiós, patria! ¡Patria mía,  
aun no puedo odiarte, adiós!

De hoy ya más, vagando triste  
por antípoda región,  
con mi llanto pasajero  
pediré el pan del dolor:  
de una en otra puerta el golpe  
sonará de mi bastón.

¡Ay, en balde! ¿En tierra extraña  
quién conocerá mi voz?

¡Adiós, patria! ¡Patria mía,  
aun no puedo odiarte, adiós!

¡Ah, de ti sólo una tumba  
demandaba humilde yo!  
cada tarde la excavaba  
al postrer rayo del sol:

“¡Ve a pedirla al extranjero!”  
fué tu réplica feroz;

y llenándola de piedras  
tu planta la destruyó.

¡Adiós, patria! ¡Patria mía,  
aun no puedo odiarte, adiós!

En un vaso un tierno ramo  
llevo de un naranjo en flor;

¡El perfume de la patria  
aun aspiro en su botón!

Él mi huesa con su sombra  
cubrirá; y entonces yo  
dormiré mi último sueño

de sus hojas al rumor.  
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,  
aun no puedo odiarte, adiós!

## ABIGAÏL LOZANO

(1821-1866)

(VENEZOLANO)

*Autor de poesías por demás estrepitosas y grandilocuentes en la mayoría de los casos, es importante este poeta por haber sido uno de los primeros iniciadores y propulsores del Romanticismo en América.*

*Nació en Valencia de Venezuela el año 1821. Dió a la publicación sus primeros versos en 1843, afiliándose decididamente entre los discípulos e imitadores del poeta romántico español Zorrilla, a cuya enorme boga en América contribuyó sin duda muchísimo. Fué varias veces Diputado en su patria y Cónsul de Venezuela en París. Murió en Nueva York en 1866.*

### A LA NOCHE

El Ángel de la tarde en la pradera  
con un beso de paz durmió las flores,  
y del bosque los dulces trovadores  
le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz... Las sílfides nocturnas  
rápidas cruzan el dormido viento,  
y vierten sobre el mundo soñoliento  
el opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz... Sobre sus blancas huellas  
el Ángel de la noche se adelanta,  
y sobre el éter diáfano levanta  
su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,  
la blanca brisa, el ronco tortellino,

cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,  
a su modo te rinden homenaje.

No es por guardar el sueño de la tierra,  
que se apaga el bullicio entre la sombra;  
es porque envuelto en su gigante alfombra,  
desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala  
la inercia nocturnal de los sentidos;  
ese coro de mágicos sonidos  
que en la callada atmósfera resbala;  
son un don celestial, un don querido,  
que encontramos los hombres en la cuna  
para endulzar las horas sin fortuna  
que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios  
las almas de las vírgenes se mecen,  
y aspirando su aroma, se adormecen  
en celestes y púdicos delirios.

Tal vez en sus sueños vaporosos  
el recuerdo del mundo las despierta,  
y oyen un Ángel que les dice: "¡Alerta!"  
y vuelven a sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío  
que ornan del valle el manto de esmeralda,  
lágrimas son que derramó en su falda  
un espíritu errante en el vacío.

Tal vez al levantarse en el Oriente  
el alba de su lecho de jazmines,  
alumbra de sus blancos serafines  
la fugitiva nube transparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa  
el eco de las arpas celestiales,  
cuando el bando de genios inmortales  
a su mansión beatífica se avanza.

Yo sé tan sólo ¡oh noche! que es tu imperio  
la soledad augusta y religiosa;  
que eres la virgen pura y misteriosa

que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama  
la vieja ceiba al despedir sus hojas,  
el eco errante son de tus congojas  
que resbala fugaz de rama en rama.

Y sé también que el pájaro salvaje,  
la fresca brisa, el ronco torbellino,  
cuando emprendes tu lóbrego camino,  
a su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé... Tal vez mi canto  
interrumpió tu majestuosa calma...

Noche: ¡perdón! si en su delirio el alma  
profanó tu silencio augusto y santo.

### III. POETAS LÍRICOS PRECURSORES DEL ROMANTICISMO.

#### MANUEL DE CABANYES

(1808-1833)

*Nació en Cataluña, y en la mayor parte de sus hermosas poesías se muestra partidario del clasicismo verdadero. Sólo en algunas composiciones, como, por ejemplo, en la denominada A Cintia, revela cierta inclinación a la libertad romántica.*

A.....

Perdón, celeste Virgen,  
si a tus honestos labios  
arrebaté de amor costoso un sí;  
si a tu inocente pecho,  
si a tus sueños tranquilos

turbé la calma plácida, perdón...

Yo te adoré, y un ara  
de purísimo culto

en el seno del alma te erigí:  
que ni mi ardiente boca,  
ni mis ojos de fuego,

ni un pensamiento vago profanó.

¡Yo te adoré a ti sola!

Y ledo ya tejía

nupcial corona para orlar tu sien;

mas de repente en punzas,  
en punzas venenosas

vi tornarse en mis manos ruda flor.

¡Lejos, fatal guirnalda!

De la dicha renuncio,

si al bien que adoro llanto ha de costar:

de mi dolor el cáliz

apuraré yo solo:

sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.

¡Sé tú feliz... Del pecho

la infausta imagen borra

de quien más que amador tu amigo fué;

y en urna funeraria

la triste llama ahoga,

llama primera que en tu seno ardió.

Sin una pobre choza,

sin un árbol antiguo

a cuya sombra el cuerpo adormecer,

yo arrastraré mi vida,

como torrente inútil

entre jaras y breñas corre el mar.

Mas solitario, errante

entre agitadas olas,

so el templo santo, en desesperada lid,

¡oh Virgen! dondequiera

al ánimo afligido

dulzura tus memorias llevarán.

Y cuando al fin mi espíritu  
las odiadas cadenas  
rompa que le atan al arcilla vil,  
y sus alas despliegue,  
y a volar se aperciba  
a la eterna mansión del Sumo Bien;  
¡ángel mío! en los coros  
yo esperaré encontrarte  
que himnos santos entonan al Señor;  
y a tan plácida idea  
sobre el muriente labio  
sonrisa celestial florecerá.

## JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

(1803-1839)

(CUBANO)

*En este poeta suele verse al primer lírico de Cuba, a menos que quiera darse este título a Da. Gertrudis Gómez de Avellaneda, superior a él según algunos.*

*Nació Heredia en Santiago de Cuba, de padres dominicanos. Realizó estudios de Derecho en Santo Domingo y La Habana, graduándose de bachiller en leyes en 1820. De carácter indomable y ardiente, tomó parte en una conspiración separatista, lo cual motivó en 1823 su condena a destierro perpetuo de la isla. De 1823 a 1826 vivió en Estados Unidos, de donde pasó a Méjico, país en el cual transcurrió el resto de su vida, salvo una breve estada en Cuba, donde se le permitió volver por algunos meses en 1836.*

*Vuelto a Méjico, el mal estado de su salud le obligó al poco tiempo a retirarse a Toluca, donde falleció cuando tenía poco más de 35 años de edad. En Méjico ocupó Heredia durante su relativamente larga permanencia en dicho país numerosos e importantes puestos públicos, como ser Juez de 1a. instancia, Fiscal de la Audiencia, Magistrado y Director de la Gaceta Oficial.*

*Como poeta, el puesto de Heredia está entre los precursores del Romanticismo, cuyo apasionamiento, verbal a veces, palpita en muchos de sus versos; cabiendo observar, al asignarle dicha colocación, que uno de los poetas cuyo influjo más se nota en él es Cienfuegos, precursor remoto del Romanticismo español,*

y que conocía y leía Cienfuegos las obras de los románticos y prerrománticos ingleses, franceses e italianos, como ser Byron, Chateaubriand, Lamartine, Fóscolo, Alfieri y otros. Por lo demás — y por ello no puede verse en Heredia más que un precursor del Romanticismo y no un romántico — hallábase muy influido por los autores de la escuela clásica de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, y muy especialmente por Quintana y Gallego.

Las poesías de Heredia pueden dividirse en políticas, amatorias y descriptivas, siendo ellas de muy desigual valor. En realidad Heredia ocupa tan alto puesto en la poesía americana únicamente por dos grandes composiciones: El Niágara y En el Teocalli de Cholula; las demás composiciones salidas de su pluma se hallan a un nivel muy inferior al de las dos mencionadas, que pueden leerse más adelante.

## EL NIÁGARA

(SILVA)

[Es ésta la más popular y admirada de las poesías de HEREDIA. Al referirse Menéndez y Pelayo a tan manifiesta preferencia de la opinión general, dice lo siguiente, que puede considerarse como un juicio completo sobre la importante obra: “¿A quién no asombra, en efecto, aquella elevación gradual y majestuosa con que el poeta se levanta desde la esfera de la contemplación física hasta la intuición del total destino humano y del particular suyo; y cómo, desde la revelación de Dios en las maravillas de la naturaleza, desciende a las agitaciones y flaquezas de la conciencia propia; y el arte soberano, la divina condensación lírica con que acierta a congregar, en tan breve espacio, un cuadro descriptivo en que nada falta ni nada sobra de cuanto puede tener expresión y alma en el estupendo fenómeno que se nos pone delante de los ojos; una meditación moral altísima y serena, contrastando con la efervescencia de los versos anteriores, que parecen remedar el bullir y el estrépito de la ingente catarata; y una suave y lánguida tristeza que templá la austeridad del conjunto y no permite olvidar al hombre en el peñador y en el poeta? Todo con cierta grandiosa unidad de composición que contrasta con el desorden habitual de Heredia”. Esto último lo explica Menéndez y Pelayo, por el hecho de haber trazado previamente Heredia un esbozo en prosa de su poesía, siguiendo

Dadme mi lira, dádmela: que siento  
en mi alma estremecida y agitada  
arder la inspiración. ¡Oh! cuánto tiempo  
en tinieblas pasó, sin que mi frente  
brillase con su luz!... Niágara undoso,  
sola tu faz sublime ya podría  
tornarme el don divino, que ensañada  
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla  
tu trueno aterrador: disipa un tanto  
las tinieblas que en torno te circundan,  
y déjame mirar tu faz serena,  
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte: siempre,  
lo común y mezquino desdeñando,  
ansié por lo terrífico y sublime.  
Al despeñarse el huracán furioso,  
al retumbar sobre mi frente el rayo,  
palpitando gocé: vi al Oceano  
azotado del austró proceloso  
combatir mi bajel, y ante mis plantas  
sus abismos abrir, y amé el peligro,  
y sus iras amé: mas su fiereza  
en mi alma no dejara  
la profunda impresión de tu grandeza.

Corres sereno y majestuoso, y luego  
en ásperos peñascos quebrantado,  
te abalanzas violento, arrebatado,  
como el destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana describir podría  
de la sirte rugiente  
la aterradora faz? El alma mía  
en vagos pensamientos se confunde,  
al contemplar la férvida corriente,  
que en vano quiere la turbada vista  
en su vuelo seguir al borde oscuro  
del precipicio altísimo: mil olas,

cual pensamiento rápidas pasando,  
chocan y se enfurecen,  
y otras mil y otras mil ya las alcanzan,  
y entre espuma y fragor desaparecen.  
Mas llegan... saltan... el abismo horrendo  
devora los torrentes despeñados,  
crúzanse en él mil iris, y asordados  
vuelven los bosques el fragor tremendo.  
Al golpe violentísimo en las peñas  
rómpe se el agua, y salta, y una nube  
de revueltos vapores  
cubre el abismo en remolinos, sube,  
gira en torno, y al cielo  
cual pirámide inmensa se levanta,  
y por sobre los bosques que le cercan  
al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista  
con inquieto afanar? ¿Por qué no miro  
alrededor de tu caverna inmensa  
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,  
que en las llanuras de mi ardiente patria  
nacén del sol a la sonrisa, y crecen,  
y al soplo de la brisa del Océano  
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...  
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,  
ni otra corona que el agreste pino  
a tu terrible majestad conviene.  
La palma y mirto, y delicada rosa,  
muelle placer inspiren y ocio blando  
en frívolo jardín: a ti la suerte  
guarda más digno objeto y más sublime.  
El alma libre, generosa y fuerte,  
viene, te ve, se asombra,  
menosprecia los frívolos deleites  
y aun se siente elevar cuando te nombra.  
¡Dios, Dios de la verdad! en otros climas

vi monstruos execrables  
blasfemando tu nombre sacrosanto,  
sembrar error y fanatismo impío,  
los campos inundar con sangre y llanto,  
de hermanos atizar la infanda guerra  
y desolar frenéticos la tierra.

Vilos, y el pecho se inflamó a su vista  
en grave indignación. Por otra parte  
vi mentidos filósofos que osaban  
escrutar tus misterios, ultrajarte,  
y de impiedad al lamentable abismo  
a los míseros hombres arrastraban:  
por eso siempre te buscó mi mente  
en la sublime soledad: ahora  
entera se abre a ti; tu mano siente  
en esta inmensidad que me circunda,  
y tu profunda voz baja a mi seno  
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!

¡Cómo tu vista mi ánimo enajena  
y de terror y admiración me llena!  
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza  
por tantos siglos tu inexhausta fuente?  
¿Qué poderosa mano  
hace que al recibirte  
no rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,  
cubrió tu faz de nubes agitadas,  
dió su voz a tus aguas despeñadas  
y ornó con su arco tu terrible frente.

¡Miro tus aguas que incansables corren,  
como el largo torrente de los siglos  
rueda en la eternidad: así del hombre  
pasan volando los floridas días  
y despierta el dolor... ¡Ay! ya agotada  
siento mi juventud, mi faz marchita,  
y la profunda pena que me agita

ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día  
mi mísero aislamiento, mi abandono,  
mi lamentable desamor... ¿Podría  
una alma apasionada y borrascosa  
sin amor ser feliz?... ¡Oh! ¡Si una hermosa  
digna de mí me amase  
y de este abismo al borde turbulento  
mi vago pensamiento  
y mi andar solitario acompañase!  
¡Cuán gozara al mirar su faz cubrirse  
de leve palidez, y ser más bella  
en su dulce terror y sonreírse  
al sostenerla en mis amantes brazos...!  
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,  
sin patria, sin amores,  
sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!

Oye mi última voz: en pocos años  
ya devorado habrá la tumba fría  
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso,  
al contemplar tu faz algún viajero,  
dar un suspiro a la memoria mía.

Y yo al hundirse el sol en Occidente,  
vuela gozoso do el Criador me llama,  
y al escuchar los ecos de mi fama  
alce en las nubes la radiosa frente.

# IV. POETAS LÍRICOS SEUDOCLÁSICOS Y ACADÉMICOS DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX

## a. La Nueva Escuela Sevillana

### JOSÉ MARÍA BLANCO

(1775-1841).

*Nació en Sevilla. Ordenado de sacerdote, alcanzó por oposición la Canonjía Magistral de Cádiz en 1801. Más tarde, cuando los franceses invadieron a España, se trasladó en 1810 a Inglaterra, donde pasó el resto de su vida. Murió en Liverpool.*

*Por sus poesías líricas, merece Blanco figurar entre los mejores poetas de aquellos años.*

#### A LICIO

(ODA)

[Licio es el nombre pastoril dado por el autor a su colega Alberto Lista.]

Torna del año la estación amena,  
y ya el agudo hielo  
del monte al valle corre desatado:  
ya con luz más serena  
el sol fecunda el aterido suelo,  
la tierra anuncia el fruto deseado,  
el prado se florece,  
y de verde esmeralda se enriquece.

Las aguas que sus límites pasando  
cubrieron la llanura,  
cuando del Betis el furor deshecho

Hispalis vió temblando,  
no amenazan del campo la hermosura;  
que recogido ya el antiguo lecho,  
la orilla floreciente  
halaga con su plácida corriente.

¿ Con vigor nuevo, oh Licio, ves la tierra  
cuál rejuvenecida  
adorna ahora su rostro lisonjero  
con cuanto hermoso encierra?

Aguarda, pues, que Febo le despida  
en el estivo ardor su rayo fiero,  
verás cuál desaparece  
el lozano verdor que la embellece.

Así nada hay estable. Los cruéles  
soplos del noto airado  
ceden del dulce céfiro al aliento;  
del Mayo los vergeles  
quema Agosto de espinas coronado;  
luego el otoño alivio da al sediento  
campo, y muestra su frente  
con mil opimos frutos relucientes.

Vemos, Licio, del tiempo repetido  
en sucesión constante,  
el año renacer de nuevo al mundo;  
mas cuando ya cumplido  
de nuestra vida el término, el instante  
fatal llegare, entonces en profundo  
olvido sepultado,  
del tiempo nuestro nombre será hollado.

¡ Cuán necio es quien pretende su memoria  
de la común ruina  
librar en duros mármoles, que acaba  
el tiempo con su historia!  
De la inmortalidad se le destina  
sólo el asiento a quien su nombre graba  
y sus heroicos hechos  
con sólo amor en los humanos pechos.

## FELIX JOSE REINOSO

(1772-1845)

*Nacido en Sevilla como los dos anteriores, llegó a ser Deán del Cabildo de Valencia. Sus poesías líricas, de gusto académico, le permiten figurar al lado de Blanco y Lista.*

### HIMNO II. EN LOOR DE SAN ISIDORO

*Antes de morir anuncia la pérdida de España*

A la tumba cercano Isidoro,  
de Rodrigo predice el desdoro,  
de la mísera patria el dolor.

“¡Ay, exclama, tus culpas, oh España,  
del potente incendiaron la saña,  
que ya el rayo vibró en su furor.

“Sobre el godo la muerte revuela  
y su trono y sus huestes asuela,  
cual las mieses furioso huracán.

“¡Ay! tus ondas orladas de espigas,  
cuántos yelmcs, oh Lete, y lorigas,  
cuántos cuerpos al mar volcarán!

“Ya, ya surgen del afro las popas,  
ya descienden las bárbaras tropas,  
ya las miro los campos correr.

“Tal se vió de Coré en el estrago  
entre llamas ignífero lago,  
de Jacob la progenie envolver.

“Mas célica alegría,  
depuesto ya el encono,  
baja del almo trono:  
Hispanos, confiad.

“Feliz nacerá un día  
en que benigno el cielo,  
sobre el amado suelo

derrame su piedad.

“Las cruzadas entenas  
de la española gente,  
domando tu corriente  
verá la tumba infiel;

“y rotas las cadenas,  
Betis, del cuello laso,  
darás abierto paso  
al cautivo Israel.

“Que ya Jehová guerrero,  
al soplo de su enojo,  
hundiendo en el Mar Rojo  
la pérfida legión,

“por sólido sendero  
el golfo dividido,  
salvó al pueblo escogido  
del duro Faraón”.

## **b. Continuadores o discípulos de la Segunda Escuela Salmantina.**

[El movimiento poético iniciado en Salamanca en la segunda mitad del siglo XVIII, al cual debió su origen la llamada Segunda Escuela Salmantina, se prolongó a principios del XIX, gracias a los discípulos o continuadores de aquélla.

En tal carácter, no pueden pasarse por alto los nombres de Quintana y Gallego.]

# **MANUEL JOSÉ QUINTANA**

(1772-1857)

**A ESPAÑA**

¿Qué era, decidme, la nación que un día  
reina del mundo proclamó el destino.

lla que a todas las zonas extendía  
su cetro de oro y su blasón divino?  
Volábase a occidente,  
y el vasto mar Atlántico sembrado  
se hallaba de su gloria y su fortuna.  
Doquiera España: en el preciado seno  
de América, en el Asia, en los confines  
del África, allí España. El soberano  
vuelo de la atrevida fantasía  
para abarcarla se cansaba en vano  
la tierra sus mineros le rendía,  
sus perlas y coral el Oceano,  
y donde quier que revolver sus olas  
él intontase, a quebrantar su furia  
siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,  
abandonada a la insolencia ajena,  
como esclava en mercado, ya aguardaba  
la ruda argolla y la servil cadena.  
¡Qué de plagas, ¡oh Dios! Su aliento impuro,  
la pestilente fiebre respirando,  
infestó el aire, emponzoñó la vida;  
la hambre enflaquecida  
tendió sus brazos lívidos, ahogando  
cuanto el contagio perdonó; tres veces  
de Jano el templo abrimos,  
y a la trompa de Marte aliento dimos;  
tres veces ¡ay! los dioses tutelares  
su escudo nos negaron, y nos vimos  
rotos en tierra y rotos en los mares.  
¿Qué en tanto tiempo viste  
por tus inmensos términos, oh Iberia?  
¿Qué viste ya sino funesto luto,  
honda tristeza, sin igual miseria,  
de tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,  
obre bajel a naufragar camina,

de tormenta en tormenta despoñado,  
por los yermos del mar; ya ni en su popa  
las guirnaldas se ven que antes le ornaban,  
ni en señal de esperanza y de contento,  
la flámula riendo al aire ondea.  
Cesó en su dulce canto el pasajero,  
ahogó su vocería  
el ronco marinero,  
terror de muerte en torno le rodea,  
terror de muerte silencioso y frío;  
y él va a estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano  
el tirano del mundo al occidente,  
y fiero exclama: "El occidente es mío."  
Bárbaro gozo en su ceñuda frente  
resplandeció, como en el seno oscuro  
de nube tormentosa en el estío  
relámpago fugaz brilla un momento  
que añade horror con su fulgor sombrío.  
Sus guerreros feroces  
con gritos de soberbia el mundo llenan;  
gimen los yunques, los martillos suenan,  
arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso  
pensáis que espadas son para el combate  
las que mueven sus manos codiciosas?  
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,  
cadenas son que en vergonzosos lazos  
por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España  
del indigno rumor que cerca oía,  
y al grande impulso de su justa saña  
rompió el volcán que en su interior hervía.  
Sus déspotas antiguos  
consternados y pálidos se esconden;  
resuena el eco de venganza en torno,  
y del Tajo las márgenes responden:  
"¡Venganza!" ¿Dónde están, sagrado río,

Los colosos de oprobio y de vergüenza  
que nuestro bien en su insolencia ahogaban?  
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;  
y tú orgulloso y fiero,  
viendo que aun hay Castilla y castellanos,  
precipitas al mar tus rubias ondas  
diciendo: "Ya acabaron los tiranos."

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!  
¿Conque puede ya dar el labio mío  
el nombre augusto de la patria al viento?  
Yo le daré; mas no en el arpa de oro  
que mi cantar sonoro  
acompañó hasta aquí; no aprisionado  
en estrecho recinto, en que se apoca  
el numen en el pecho  
y el aliento fatídico en la boca.

Desenterrad la lira de Tirteo,  
y el aire abierto a la radiante lumbre  
del son, en la alta cumbre  
del riscoso y pinífero Fuenfría,  
allí volaré yo y allí cantando  
con voz que atruene en rededor la sierra,  
lanzaré por los campos castellanos  
los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora subline  
único asilo y sacrosanto escudo  
al impetu sañudo,  
del fiero Atila que a occidente oprime!  
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis  
ved del Tercer Fernando alzarse airada  
la augusta sombra; su divina frente  
mostrar Gonzalo en la imperial Granada;  
blandir el Cid su centellante espada,  
y allá sobre los altos Pirineos,  
del hijo de Jimena  
animarse los miembros gigantes.  
En torvo ceño y desdeñosa pera

ved cómo cruzan por los aires vanos;  
y el valor exhalando que se encierra  
dentro del hueco de sus tumbas frías,  
en fiera y ronea voz pronuncian: “¡Guerra.

¡Pues qué! ¿Con faz serena  
vierais los campos devastar opimos,  
eterno objeto de ambición ajena,  
herencia inmensa que afanando os dimos?  
Despertad, raza de héroes; el momento  
llegó ya de arrojarse a la victoria;  
que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,  
que vuestra gloria humille nuestra gloria.  
No ha sido en el gran día  
el altar de la patria alzado en vano  
por vuestra mano fuerte.

Juradlo, ella os lo manda: *¡Antes la muerte  
que consentir jamás ningún tirano!*”

Sí, yo lo juro, venerables sombras;  
yo lo juro también, y en este instante  
ya me siento mayor. Dadme una lanza,  
ceñidme el casco fiero y refulgente:  
volemós al combate, a la venganza,  
y el que niegue su pecho a la esperanza,  
hunda en el polvo la cobarde frente.  
Tal vez el gran torrente  
de la devastación en su carrera  
me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura  
no se muere una vez? ¿No iré expirando,  
a encontrar nuestros ínclitos mayores?  
“¡Salud, oh padres de la patria mía,  
yo les diré, salud! La heroica España  
de entre el estrago universal y horrores  
levanta la cabeza ensangrentada,  
y vencedora de su mal destino,  
vuelve a dar a la tierra amedrentada  
su cetro de oro y su blasón divino.”

**c. Líricos americanos de este grupo.**

**FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA**

(1790-1862)

(Uruguayo)

**LETRILLA SATÍRICA**

*“Navega nuestro bajel  
Viento en popa y mar bonar  
¡Buena va la danza!”*

No den interpretaciones  
a mis versos los ilusos,  
que el que ataca los abusos  
ama a las instituciones;  
mas si aquestas prevenciones  
no son suficiente fianza,

*“¡Buena va la danza!”*

De las capas que yo mismo  
me admiro de su grandor,  
es la más “doble” y mejor  
la capa del patriotismo:  
muchos profesan civismo  
mientras corre la pitanza;

*“¡Buena va la danza!”*

Defiende en campo de honor  
la libertad un valiente  
como un héroe, y no consiente  
ni aún sombra del opresor;  
mas en la paz ¡qué dolor!  
aquél duerme y éste avanza.

*“¡Buena va la danza!”*

Con más astucia que un gato,  
más agallas que un taurón,

se presenta un trapalón  
con un proyecto barato;  
luego tocan a rebato  
y asegura lo que alcanza.

*“¡Buena va la danza!”*

Tiene por padrino a un “gordo”  
el gran sisador don Tejo,  
y dándole para “el manejo”  
un empleo de alto bordo:  
ordeña a la patria el tordo  
cual si fuera vaca mansa.

*“¡Buena va la danza!”*

Consigue otro parvulillo  
“Mangia con tutti”, y gandul,  
vender por blanco y azul  
lo que es “verde y amarillo”,  
y logra algún empleillo  
en que se llena la panza.

*“¡Buena va la danza!”*

Muestra Fabio por trofeo  
sus heridas, su opinión,  
buscando colocación  
sin alcanzar su deseo,  
o le ofrecen un empleo  
en la isla de Sancho Panza.

*“¡Buena va la danza!”*

Confiado en el galardón,  
sirve Jorge en trance duro;  
mas en pasando el apuro  
le relegan a un rincón,  
a vivir, cual camaleón,  
del aire de la esperanza.

*“¡Buena va la danza!”*

Va el pueblo en una elección:  
a votar como en barbecho,  
y la astucia y el cohecho  
triunfan en la votación:

se repite otra ocasión,  
y sigue la contradanza  
“¡Buena va la danza!”

Entra un licurgo doncel  
de la ley en el santuario,  
y se adhiere a un partidario,  
sacrificando por él  
de Temis la espada fieri  
y de Astrea la balanza.

“¡Buena va la danza!”

¡Alto ahí! dice un figurón;  
yo soy la Patria y la Ley,  
los demás son una grey  
de irracional condición;  
mis fueros son el cañón  
y mi derecho la lanza.

“¡Buena va la danza!”

Manchados de concusión  
muchos se lavan ufanos  
como Pilatos, las manos  
sin lavarse el corazón,  
y al hacer la expoliación  
se escudan con la ordenanza.

“¡Buena va la danza!”

El escribano Pantoja  
gordo escribe y apartado,  
sin ver que el papel sellado  
cuesta a dos reales la hoja:  
de sus derechos no afloja,  
según su maldita usanza.

“¡Buena va la danza!”

Llega un albéitar de “alén”,  
nuevo adepto de Esculapio,  
conjugando el verbo “rapio”  
y matando a “tutiplén”;  
todos le dicen amén,

y autorizan la matanza.

*"¡Buena va la danza!"*

Odio al vicio, dice Andrés,  
¡virtud es nuestra divisa!  
mientras pierde la camisa  
al "En puertas" y al "En tres"  
perorando en los cafés  
de Colón y de la Alianza.

*"¡Buena va la danza!"*

Llega en cerdudo lenguaje  
un gringo diciendo "güí",  
y mil monos luego aquí  
le imitan el aire y traje,  
o le encargan que trabaje  
en la pública enseñanza.

*"¡Buena va la danza!"*

Sóplase orondo un trompeta  
en el Parnaso, porque  
aprendió el "peopo-e",  
"poe-teata-poeta",  
y en su misera quarteta  
enreda una mescolanza.

*"¡Buena va la danza!"*

Hay escritor adulón  
que al sol que nace se inclina,  
hace Bruto a un Catilina  
y Vespasiano a un Nerón,  
Itúrbide es Washington  
mientras no hay una mudanza.

*"¡Buena va la danza!"*

Es verdad que hay mil varones  
en patriotismo acendrados;  
hay virtuosos magistrados,  
Temístocles y Catones;  
sólo hablo con los bribones  
cuando les digo por chanza:

*"¡Buena va la danza!"*

*"¡Buena va la danza!"*

## FELIPE PARDO Y ALIAGA

(1806-1868)

(Peruano)

*Es el más notable representante en la poesía peruana de la escuela clásica del siglo XIX, y su actividad literaria abarca casi todos los géneros con igual éxito.*

*En prosa merecen citarse los cuadros de costumbres publicados por él en 1840 con el título de El Espejo de mi Tierra, y en los cuales manifiesta seguir a Larra y Mesonero.*

*Como poeta dramático pertenece a la escuela de Moratín y Gorostiza, y nos ha dejado tres comedias: Frutos de la Educación, Una huérfana en Chorrillos y Don Leocadio, o el aniversario de Ayacucho, por las cuales lo considera Menéndez y Pelayo como el más notable representante del teatro cómico en América después de Gorostiza.*

*Como poeta lírico cultivó la oda y la poesía amatoria, pero se destacó especialmente en la sátira, ya sea la festiva y epigráfica, o la moral y política. En esta última, expresó, según hace notar Menéndez y Pelayo, "su aversión a la anarquía, al desenfreno, al charlatanismo político, a las constituciones escritas en el papel y no en la conciencia de los pueblos".*

*Nació Pardo y Aliaga en Lima. En 1821 su padre le llevó consigo a España, donde estudió en el Colegio de San Mateo y luego en casa de D. Alberto Lista, quien se ocupó privadamente de su educación. De vuelta al Perú se dedicó a la abogacía y a la política. De 1835 a 1840 estuvo en Chile, de donde volvió para ocupar el cargo de Magistrado del Tribunal Supremo.*

*Trastornos políticos posteriores dieron con él en nuevos desastros, falleciendo ciego y paralítico en 1868.*

### LOS PARAÍDOS DE SEMPRONIO

"Si yo fuera Presidente,  
¡ bello el país estaría!  
¡ Ah! ¡ Cómo se elevaría  
prontamente,  
hasta un grado incomprensible  
de prosperidad y gloria!  
No aféaran nuestra historia

de la horrible  
anarquía los tizones  
que trastornan las naciones  
y desgarran”...

—*Otra cosa es con guitarra.*

“Cuanto en los libros se ensarta  
sobre romanas escenas;  
cuanto se admira de Atenas  
y de Esparta;  
cuanto hablan autores ciento  
de públicas libertades,  
no fuera en estas edades  
puro cuento,  
si los destinos quisieran  
que los peruanos cayeran  
en mi garra”.

—*Otra cosa es con guitarra.*

“Dicta el Congreso una ley;  
en cumplirla seré activo,  
pues yo soy ejecutivo,  
no soy rey;  
arruina el país quien la invoque;  
no importa: tieso que tieso,  
hasta que en otro Congreso  
se revoque.  
Huirá el desorden maldito  
como se borra lo escrito  
en pizarra”.

—*Otra cosa es con guitarra.*

“Se encerrarán los poderes  
dentro de un límite eterno,  
y no hablarán de gobierno  
las mujeres:  
con mi política unidos  
todos al bien marcharán,  
y ya no se agitarán  
los partidos.

¿Quién, mandando yo, alborota?

¿Quién no es sincero patriota?

¿Quién desbarra?"

—*Otra cosa es con guitarra.*

“¿Qué obstáculo habrá que impida

hacer mejoras a miles;

formar códigos civiles,

dar la vida

a la agonizante hacienda;

honra a la literatura;

y lograr que la cultura

tal se extienda

(no son estas paradojas)

cual suelen las verdes hojas

de la parra?"

—*Otra cosa es con guitarra.*

“Quien de su deber se aparta,

quien la opinión atropella,

quien con pie atrevido huella

nuestra carta,

creará mil Marcos Brutos.

Los periódicos, las leyes,

el pueblo serán mis reyes

absolutos.

Y con tan sanos intentos,

¿quién me hace pronunciamientos?

¿Quién me amarra?"

—*Otra cosa es con guitarra.*

“Si de esta administración

cuatro años el Perú alcanza,

será de la bienandanza,

la mansión.

Y cuando haya terminado

de mi gobierno el período,

en regla dejaré todo:

al Estado,

sin disensiones cruentas;  
a las Cámaras contentas”.

—*Otra cosa es con guitarra.*

Sempronio, tus intenciones

son patrióticas, honrosas;

pero no pasan de hermosas

ilusiones;

manda, lucha con la inopia;

de intrigantes ambiciosos,

egoístas, perezosos,

con la copia;

y dirás (hago una apuesta):

“Otra vez para esta fiesta,

¿quién me agarra?”

—“¡Vaya al diablo la guitarra!”

## RAFAEL MARÍA BARALT

(1810-1860)

(VENEZOLANO)

AL MAR

(SONETO)

Te admiro ¡oh mar! si la movable arena  
besas rendida al pie de tu muralla,  
y si bramas furioso cuando estalla  
la ronca tempestad que el mundo atruena.

¡Cuán majestuosa y grande si serena!  
¡Cuán terrible si agitas en batalla,  
pugnando por romper su eterna valla,  
con cólera de esclavo tu cadena!  
Tienes, mar, como el cielo, tempestades;

de mundos escondidos prodigiosa  
suma infinita que tu mole oprime;  
y son tu abismo y vastas soledades,  
como imagen de Dios, la más grandiosa;  
como hechura de Dios, la más sublime.

## 8.-ENSAYOS Y MONOGRAFÍAS

**JOSÉ ENRIQUE RODÓ**

(1872-1917)

(URUGUAYO)

**EL AMAZONAS Y EL PLATA**

(DE "EL MIRADOR DE PRÓSPERO")

Más de una vez, pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido a considerar las líneas majestuosas de esos dos grandes ríos del continente: el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Norte y el rey de la cuenca hidrográfica del Sud; ambos rivales en las magnificencias de la naturaleza y en los prestigios de la leyenda y de la historia, y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar o un río lo que tenían delante, pusieron a ambos ríos el mismo nombre hiperbólico: "Mar Dulce" llamó Yáñez Pinzón al Amazonas, y "Mar Dulce", también, llamó al Plata, Díaz de Solís.

Venido el uno, el Amazonas, donde se sueltan sus niñeces de Marañón, de las fundidas nieves de los Andes, rompe, desgobernado y tortuoso, entre el misterio

de las selvas; recoge a su paso el enorme caudal de centenares de ríos y de lagos, y ya fuerte y soberbio, corre, buscando la cuna del sol, hacia el Oriente, se empuja hasta tocar la misma línea equinoccial, y repeliendo la resistencia orgullosa del Océano con la convulsión suprema del Pororoca, se precipita sobre él como un titánico jinete, y cabalga leguas y leguas dentro del mar. El otro, el maestro, el Plata, amamantado en su primer avatar del Paraná con las aguas de la meseta central americana, no lejos de donde toman su vertiente tributarios del Amazonas, crece al arrullo de la floresta guaraníca, subyuga, a uno y otro lado, la ingente multitud de sus vasallos, y descendiendo con su séquito en dirección a las latitudes templadas del Sud, donde el Polo y el Trópico sellan sus paces, cruza, al sentirse grande, sus dos brazos ciclópeos del Paraná y el Uruguay y se echa en el mar, de un empuje de su pecho gigante, en el más ancho estuario del mundo.

Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales nacidos del corazón de nuestra América y que se reparten, en la extensión del continente, el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los lusoamericanos y los hispanoamericanos, los portugueses de América y los españoles de América; venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios; confundiéndose y entrecruzándose a menudo en sus exploraciones y conquistas, como a menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos e impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su historia, como ellos serenan, al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter, en el Océano inmenso del espíritu humano, amargado y salobre con el dolor y el esfuerzo de los

siglos, su eterno tributo de aguas dulces: ¡las aguas dulces de un porvenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la grande amistad de los hombres!

## RUBÉN DARÍO

(NICARAGÜENSE)

AL CARBÓN

(DE "AZUL")

Vibraba el órgano con sus voces trémulas, vibraba acompañando la antifona, llenando la nave con su armonía gloriosa. Los cirios ardían goteando sus lágrimas de cera entre la nube de incienso que inundaba los ámbitos del templo con su aroma sagrado; y allá en el altar, el sacerdote, todo resplandeciente de oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería, bendiciendo a la muchedumbre arrodillada.

De pronto, volví la vista cerca de mí, al lado de un ángulo de sombra. Había una mujer que oraba. Vestida de negro, envuelta en un manto, su rostro se destacaba severo, sublime, teniendo por fondo la vaga oscuridad de un confesionario. Era una bella faz de ángel, con la plegaria en los ojos y en los labios. Había en su frente una palidez de flor de lis, y en la negrura de su manto resaltaban juntas, pequeñas, las manos blancas y adorables. Las luces se iban extinguendo, y a cada momento aumentaba lo oscuro del fondo, y entonces, por un ofuscamiento, me parecía ver aquella faz iluminarse con una luz blanca misteriosa, como la que debe de haber en la región, de los coros prosternados y de los querubines ardientes; luz alba, polvo de nieve, claridad celeste, onda santa que baña los ramos de lirio de bienaventurados.

## AMADO NERVO

(MEJICANO)

### LA PREGUNTA

(DE "PLENITUD")

En los días de mayores agitaciones dolorosas, en que hayas sufrido más choques de tus semejantes, más rozamientos penosos, en que hayas tratado más negocios difíciles y ásperos, en que hayas, en suma, sufrido más contrariedades y disgustos, en que a pesar de tu esfuerzo y de tu voluntad de dominio sobre ti mismo, hayas sentido en tu interior el aguijón de la impaciencia, aun cuando nada dejases ver en tu rostro; en esos días en que toda la cosecha de espinas de la jornada parece haber sido para ti solo, pregúntate simplemente, en el silencio del atardecer y después de inventariar tus dolores:

“¿He hecho, por desgracia, mal a alguien?”

Y si por ventura no lo has hecho, si la sola víctima has sido tú, si los únicos desgarramientos producidos por las malezas han sido los de tu carne, regocíjate cuanto puedas; pon en tu cara la más luminosa de tus sonrisas, y vete a dormir con el corazón sereno y reposado.

...Pero, si no solamente no has hecho ningún mal, sino que en medio de la tormenta has acertado a hacer algún bien, que tu regocijo no tenga límites y tu alma esté más luminosa que el crepúsculo.

## JUAN MONTALVO

(1833-1889)

(ECUATORIANO)

*Este gran prosista, uno de los primeros de América en todo el siglo XIX, nació en Ambato, en los Andes ecuatorianos.*

*Temperamento fogoso y enérgico, enemigo de toda sujeción, se hizo inmortal por sus campañas contra las tiranías sucesivas de García Moreno — a quien combatió desde las columnas de El Cosmopolita y de La Dictadura Perpetua; de Borrero — que cayó ante las andanadas que le dirigiera desde El Regenerador; y, por fin, de Veintemilla — a quien cupo la misma suerte, gracias a las doce Catilinarias que dirigió contra él aquel incansable y audaz fulminador de tiranos.*

*Fuera de los mencionados artículos políticos, escribió Montalvo la extraordinaria novela titulada Capítulos que se le olvidaron a Cervantes; ensayo de imitación de un libro inimitable, cuyo mejor elogio será repetir con un crítico, que "es sin duda la hija más parecida que ha tenido la obra-biblia de la literatura castellana: El Quijote.*

*Tan importantes como la mencionada obra por la perfección del idioma, aunque de índole completamente diversa, son los Siete Tratados, del mismo autor.*

## SIMÓN BOLÍVAR

(DE "SIETE TRATADOS")

Al tiempo que el genio de la guerra se coronaba emperador de Francia por mano de un pontífice cautivo, corría la Europa un hijo del Nuevo Mundo, poseído de inquietud indefinible que no le daba punto de reposo. De ciudad en ciudad, de gente en gente, ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa, y vuelve y se agita como la pitonisa atormentada por el secreto divino. *Est Deus in nobis*, exclama el poeta gimiendo bajo el poder de Apolo, en la desesperación que le causa la tiranía de las Musas. No el Genio impuro del vicio lo posee a ese desconocido, sino un

Genio superior a todos, el primero en la jerarquía mundana, el Genio de la libertad encendido en las llamas del cielo. De Madrid a París, de París a Viena, de Viena a Berlín, de Berlín a Londres no para el extranjero: ¿qué desea? ¿qué busca? El dios de su pecho le atormenta, pero él no le conoce todavía, si bien columbra algo de grande en la obscuridad del porvenir, y ve apuntar en el horizonte la luz que ha de ahuyentar la hambrienta sombra que le devora el alma. No podemos decir que no procurase poner remedio a su inquietud, cuando sabemos por él mismo que en tres semanas echó a mal treinta mil duros en una de esas capitales, como quien quisiese apartar los ojos de sí mismo. O era más bien que tenía por miserables sus riquezas si no daba como rey, él que había nacido para rehusar las ofertas de cien agradecidos pueblos. Si la vanidad no es flaco de las naturalezas elevadas, el esplendor suele influir, en ocasiones: mal de príncipes, si ya la inclinación a lo grande es enfermedad en ningún caso.

Llamábase Bolívar ese americano; el cual sabiendo al fin para lo que había nacido, sintió convertirse en vida inmensa y firme la desesperación que le mataba. La grande, la muda, inerme presa echa al fin la primer queja y da una sacudida. Los patriotas sucumben, y el Pichincha siente los pies bañados con la sangre de los hijos mayores de la patria. La primera voz de independencia fué a extinguirse en el sepulcro. Ese ¡ay! que quería decir: ¡Americanos, despertaos!, ¡americanos, a las armas! llegó a Bolívar, y él se creyó citado para ante la posteridad por el nuevo mundo que ponía en sus manos sus destinos. Presta el oído, salta de alegría, se yergue y vuela hacia donde tiene un compromiso tácitamente contraído con las generaciones venideras. Vuela, mas no antes de vacar a una promesa que tenía hecha al Monte Sacro, mausoleo de la Roma libre, porque el espíritu de Cincinato y de Furio Camilo le asistiera en la obra estupenda a la cual iba

a poner los hombros. Medita, ora, se encomienda al Dios de los ejércitos, y en nao veloz cruza los mares a tomar lo que en su patria le corresponde de peligro y gloria.

Peleó Bolívar en las primeras campañas de la emancipación a las órdenes de los próceres que, ganándole en edad, le ganaban en experiencia; y fué tan modesto mientras hubo uno a quien juzgó superior, como fiero cuando vió que nadie le superaba.

No era Bolívar el mayor de los oficiales cuando hubo para sí el mando del ejército; y con ser de los más jóvenes, principió a gobernarle como general envejecido en las cosas de la guerra. Hombre de juicio recto y voluntad soberana, aunque temblaran cielos y tierra sus órdenes habían de ser obedecidas. En los ojos tenía el domador de la insolencia, pues verle airado era morir el atrevido. Estaba su corazón tomado de un fluido celestial, y no era mucho que su fuego saliese afuera ardiendo en la mirada y la palabra. La fuerza física nada puede contra ese poder interno que obra sobre los demás por medios tan misteriosos como irresistibles. Los hombres extraordinarios, en los ojos tienen rayos con que alumbran y animan, aterran y pulverizan. Pirro, agonizante, hace caer de la mano la espada del que iba a cortarle la cabeza, con una mirada; qué mirada! eléctrica, espantosa: en ella fulguran el cielo y el infierno. Mario pone en fuga al Cimbrio que viene a asesinarle, sin moverse, con sólo echarle la vista; y se dice que la mirada de César Borgia era cosa imposible de sostener. El general Páez habla de los ojos de Bolívar encareciendo el vigor de esa luz profunda, la viveza con que centelleaban en ocasiones de exaltación.

) Bolívar no era blanco, más aún, de tez curtida al sol del Ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuraban los bustos de los emperadores romanos; rostro bajo cuya epi-

dermis corría ardiente el caudal de su noble sangre. Era de pelo negro y ensortijado; semejante al de lord Byron, pelo rico y floreciente, que en graciosos anillos de ébano se cuelga hacia las sienes del poeta, mas que el guerrero tiene el cuidado de atusar, como quien sabe que nada de femenino conviene al heroísmo.

Fervoroso, activo, pronto, no era hombre cuyo genio fuese irse paso a paso en las operaciones de la guerra; antes, si mal resultó en ella varias veces, fué por sobra de ardor en la sangre y de prontitud en la resolución. De Fabio Máximo no mucho, de Julio César poco, todo de Alejandro en el determinarse y en el acometer. Cierta ocasión que había dejado mal seguras las espaldas, reparó con la celeridad el daño de la imprudencia; porque revolviendo sobre el enemigo cuando éste menos lo pensaba, hizo en él estragos tales, que el escarmiento fué igual a la osadía: unos a punta de lanza, otros ahogados en la fuga, dió tan buena cuenta de ellos, que si alguno se escapó fué merced al paso que llevaba. Agualongo, caudillo famoso, griego por la astucia, romano por la fuerza de carácter, sabe si a uno como Bolívar se le podía acosar impunemente. Pocas veces erró Bolívar por imprevisión: el don de acierto comunicaba solidez a sus ideas, y al paso que iba levantando muy alto en el ingenio, asentaba el pie sobre seguro, creciendo su alma en la erección con que propendía de continuo hacia la gloria. El leer y el estudiar habían sido en él diligencias evacuadas en lo más fresco de la juventud; lo que es en la edad madura, tiempo le faltó para la guerra, siendo así que combatió largos veinte años con varia fortuna, hasta ver colocada la imagen de la libertad en el altar de la patria. El cultivo de las letras más sosiego necesita del que permite el ruido de las armas, ni es de todos el dar ocupación a la pluma a un mismo tiempo que a la espada. En los hombres extraordinarios, esos que prevalecen sobre cien generaciones, y dominan la tierra altos como una montaña, el genio viene armado de to-

das armas, y así menean la cuchilla como dejan correr la pluma y sueltan la lengua en sonoros raudales de elocuencia. Guerrero, escritor, orador, todo lo fué Bolívar, y de primera línea. El pensamiento encendido, el semblante inmutado, cuando habla de la opresión, “la dulce tiranía de los labios” es terrible en el hombre que nació para lo grande. Su voz no ostentaba lo del trueno, pero como espada se iba a las entrañas de la tiranía, fulgurando en esos capitolios al raso que la victoria erigía después de cada gran batalla. Cuéntase que al penetrar en el recinto del congreso, libertada ya Colombia y constituida la República, entró que parecía ente sobrehumano por el semblante, el paso, el modo, y un aire de superioridad y misterio, que dió mucho en que se abismasen los próceres allí reunidos. Una obra inmensa llevada a felice cima; batallas estupidas, triunfos increíbles, proezas de valor y de constancia, y por corona la admiración y el aplauso de millones de hombres, son en efecto para comunicar a un héroe ese aspecto maravilloso con que avasalla el alma de los que le miran, agolpándose a la memoria los hechos con los cuales ha venido a ser tan superior a todos.

Bolívar tiene conciencia de su gran destino: hierven en su pecho mil aspiraciones a cual más justa y noble, y sus anhelos misteriosos trascienden a lo exterior de su persona, bañándola toda, cual si en ella se difundiera el espíritu divino. Lo que en los otros es esperanza, en él había pasado a certidumbre, aun en los tiempos más adversos; y seguro de que combatía por el bien de una buena parte del género humano, no dudaba del fin y desenlace de ese romance heroico.

Libertad era su dios vivo; después del Todopoderoso, a ella rendía culto su grande alma. Caído muchas veces, alzábase de nuevo y tronaba en las nubes. Gran virtud es el tesón en las empresas donde el vaivén de triunfos y reveses promete dejar arriba el lado de la constancia, sin la cual no hay heroísmo. El secreto de

erguirse en la propia ruina, romper por medio de la desgracia y mostrarse aterrador al enemigo, no lo poseen sino los hombres realmente superiores, esas almas prodigiosas que en la nada misma hallar elementos para sus obras. Hoy prófugo, proscripto, solo y sin amparo en extranjero suelo; mañana al frente de sus soldados, blandiéndole en el rostro al enemigo la espada de la libertad, esa hoja sagrada que empuñó Pelayo y que, depositada en las regiones secretas e invisibles de la Providencia, ha ido sirviendo a los bienhechores de los pueblos, a Guillermo Tell, a Wáshington, a Bolívar. ¿Cuál era la maga protectora de este fabuloso caballero? No eran Melisa, Hipermea, la sabia Lini-gobria, era Urganda la desconocida, pero no la mágica de Belianís, sino otra más afectuosa en la protección y más eficaz en los encantos, esa mágica que vela por los hombres predestinados para los grandes fines de Dios, que es su providencia misma, llámese Urganda o ángel de la guarda.

Tan ciega era la fe de Bolívar en el poder oculto de su protectora, que donde se hubiera visto perdido para siempre cualquier otro, él desenvolvía a lo victorioso sus planes de conquistador, y se paseaba en el imperio de los Incas libertando medio mundo. Sucedió que una ocasión, sorprendido con cuatro oficiales por un destacamento de españoles, acudiese a salvar la vida enzarzándose en un jaral, donde hubo de permanecer una buena pieza a riesgo de muerte si daba un paso. Perdida la batalla, dispersa la gente, el enemigo corriendo la tierra, ellos sin salida: pues en cuanto duraba el peligro, se puso a discurrir en cosas que tanto parecían más extravagantes y efectos de locura a su cuitado auditorio, cuanto eran más grandes e inverosímiles. Acaba con los españoles en Venezuela; liberta la Nueva Granada, y lleva la independencia al país del Ecuador: constituida una gran nación con estas tres colonias, no hace sino un paso al Perú, y fun-

da otras repúblicas, cabalmente en tierras poseídas por grandes y poderosos enemigos. ¿Adónde iría después? No hubo, sin duda, un Cineas que se lo preguntase, escuchándole sus oficiales en la angustia de sus corazones, pues para ellos era cierto que a su general se le trabucaba el juicio; tan imposibles parecían esas cosas. Y llegaron a ser tan positivas, que el mundo las vió con asombro, y los sudamericanos las gozan sin cuidado. Su maga protectora, que no era sino el ángel de la guarda del Nuevo Mundo, le sacó a paz y a salvo, y le llevó a una montaña, de donde le hizo ver en el porvenir la suerte de nuestros pueblos.

Andando el tiempo, hallábase enfermo en Pativilca, desencajado, mustio: uno de sus admiradores nos le describe sentado ahí, juntas y puntiagudas las rodillas, pálido el rostro, hombre más para la sepultura que para la batalla. Los españoles formidables, dueños de todo el alto Perú y de la mayor parte del bajo: quince mil hombres de los que habían vencido a las huestes napoleónicas y echado de España el águila poderosa. Laserna, Canterac y otros valientes generales, bien armados, ricos y atrevidos con mil triunfos: la República, perdida. “¿Qué piensa hacer Vuestra Excelencia?” pregunta don Joaquín Mosquera. “Venecer”, responde el héroe. Toques sublimes de elevación y longanimidad que acreditan lo noble de su sangre y lo alto de su pecho.

Errores, puede ser; bastardías, ni una sola en la historia de Bolívar. Sagrada su palabra, sus promesas realidades. Bolívar era un rey; Dios, patria y pundonor la trinidad augusta de su religión, dando por sentado que falta uno al pundonor cuando falta a la palabra. Liberal y magnífico por naturaleza, no cuidaba sino del acicalamiento del alma; en lo tocante al arreo de su persona, no era ello de sus ocupaciones predilectas; antes dicen que tenía el ánimo tan embebido en las cosas grandes, que poco reparaba en las suyas propias,

si sus edecanes no andaban a la mira. Así ocurrió que una mañana hallase un uniforme nuevo en lugar del que había dejado por la noche; y no le pareció tan bien que no echase de menos el deterioro causado en el antiguo por las fechorías del tiempo y las travesuras de las armas. Bonaparte miraba con cara predilección su sombrero de Eylau, prenda que se conserva en su mausoleo entre las más respetables. Y en verdad que el viajero contempla absorto esa figurilla que ha abrigado el molde más perfecto de la inteligencia, cráneo en el cual Naturaleza echó el resto de su sabiduría. Bolívar era hombre esencial; su ánimo raras veces hacía diversiones hacia las cosas de poco valor.

Hombre constante, hombre avisado: en cada una de sus obras parecía echar el resto de su genio; tan fecundo era en los arbitrios y tan ejecutivo en las resoluciones. Empeñado más y mejor en su grandioso intento a cada golpe de la suerte, era cosa de ver con el ardor que volvía a la demanda cada vez más pavoroso. “¡Conque yo combato a la hidra de Lerna, cuyas cabezas se multiplican al paso que se las va cortando!” exclamaba un gran conquistador al ver cómo el general enemigo volvía más formidable después de cada una de sus derrotas. Arruinado varias ocasiones, fugitivo, proscrito, y siempre el mismo contrario al frente de los españoles: ¿qué mágico terrible era ese? Sus enemigos nunca dieron con el secreto de vencerle de remate.

Fundadas dos naciones en el Perú, tornó Bolívar a Colombia: el reinado de los favores había concluído, principió el de la ingratitud. Cuando su espada no fué necesaria vino su poder en disminución, y tanto subieron de punto la envidia y la maldad, que apenas hubo quien no acometiese a desconocerle e insultarle. Y cinco repúblicas estaban ahí declarando deber la existencia al hombre a quien con descaro inaudito llamaban monarquista los demagogos de mala fe, y tachaban de aspirar a la corona. Los grandes dolores pro-

penden a la tumba; los hay tan fuera de medida, que con ser vastas las entrañas de ese refugio insondable, rebosan en ellas, y sus senos repiten sordamente los gemidos de los desgraciados grandes. La posteridad toma a su cargo el resarcir esos quebrantos; pero lo padecido ni la gloria lo borra. Hombres ciegos, hombres ingratos que habéis desconocido y escarnecido a vuestro libertador, si en los confines de la eternidad encontráis la sombra del padre de la patria, allí será el bajar la vista y el caer de rodillas ante ese gran espectro. Bárbaros hay todavía que escarnecen sus llagas, horadando el sepulcro, escarbando sus entrañas: si el héroe lo sintiese, la eternidad temblaría a esos gemidos, como la mar temblaba a los ayes de Filoctetes. Los augures anunciaron a Genucio Cipo que si entraba en Roma sería rey. Genucio torció el camino y se desterró de Roma para siempre. Bolívar hubiera hecho lo propio: un libertador no desciende a la condición de simple monarca.

A orillas del Atlántico, en quinta solitaria se halla tendido un hombre en lecho casi humilde: poca gente, poco ruido. El mar da sus chasquidos estrellándose contra las peñas, o gime como sombra cuando sus ondas se apagan en la arena. Algunos árboles oscuros alrededor de la casa parecen los dolientes; los dolientes, pues ese hombre se muere. ¿Quién es? Simón Bolívar. ¿Y el libertador de tantos pueblos agoniza en ese desamparo?, ¿dónde los embajadores, dónde los comisionados que rodeen el lecho de ese varón insigne? Ese varón insigne es proscrito a quien cualquier perdido puede quitar la vida: su patria lo ha decretado. Murió Bolívar casi en la necesidad, rasgo indispensable a su grandeza. Manio, Curio, Fabricio, Emilio Paulo murieron indigentes; Régulo, si no araba con su mano su pegujalito, no podía mantener a su familia; y Mumio nada tomó para sí de los tesoros inagotables de Corinto.

Aristides, el más justo; Epaminondas, el mayor de los griegos, no dejaron con qué se los enterrase; y habían vencido reyes en pro de la libertad. Las riquezas son como un desdoro en los hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno, y mueren dejando el mundo lleno de gloria. Los enemigos de Bolívar desaparecen de día en día sin dejar herederos de sus odios: dentro de mil años su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado con la fama, ungido por los siglos.

## 9.- EL TEATRO EN LOS SIGLOS XIX Y XX

### EL TEATRO DESPUÉS DEL ROMANTICISMO, O SEA DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX.

[El teatro en este período se libra de las trabas clásicas y de los excesos románticos, acercándose más a la verdad; abundan las piezas de costumbres y de tesis.]

#### MANUEL TAMAYO Y BAUS

(1829-1898)

Nació en Madrid en una familia de actores, y desde muy joven comenzó a escribir para el teatro, revelando gran conocimiento de los medios respectivos; tenía además don creador y condiciones literarias de primer orden.

Sus principales obras dramáticas son: los dramas históricos Juana de Arco (1847), en verso, y Locura de Amor (1855), en admirable prosa; la tragedia de corte clásico Virginia (1853): las piezas de costumbres La Bola de Nieve (1856), contra los celos infundados, Lances de honor (1863), contra el duelo; y el drama famoso titulado Un drama nuevo (1867), donde es sensible la influencia de Shakespeare.

#### LA LOCURA DE AMOR

*Argumento general*

[Este hermoso drama, el mejor quizá de Tamayo y uno de los más importantes del siglo XIX, contiene la pintura de un

santo y grande amor femenino, contrastado por celos devoradores e incomprendido por la liviandad de un hombre voluble, — hasta que la muerte, al cerrarle los ojos del cuerpo, ábrele los del alma sobre aquel tesoro menospreciado, aunque tarde para reparar el daño.

Con sumo arte enlaza el autor estos eternos valores pasionales y humanos con la historia de la reina D<sup>a</sup> Juana la Loca, entendida por él a su modo, con la libertad de que siempre ha gozado el artista para interpretar los hechos de la realidad; parte pues Tamayo en su drama, del supuesto de que la reina Da. Juana de Castilla no estuvo loca jamás, sino que padecía crisis pasionales ocasionadas por la conducta de su marido el rey Felipe el Hermoso, a quien amaba con incontrastable pasión.

La acción corresponde al año 1506, y se inicia en Tudela de Duero, donde se desarrolla todo el primer acto. Allí nos enteramos de los celos de la reina, y de que D. Felipe, haciéndose pasar por un simple caballero flamenco, concurre a un mesón de las inmediaciones, donde le atrae la seducción de una supuesta sobrina del mesonero, que no es sino una hija del destronado rey Zagal de Granada, que bajo ese disfraz viene siguiendo al capitán D. Alvaro de Estúñiga; es preciso añadir que D. Felipe, apoyado por la nobleza flamenca y parte de la castellana, intenta hacer pasar por locura los accesos de desesperación de la reina, a fin de usurpar su puesto.

El acto segundo se desarrolla en el aludido mesón, donde la reina descubre a D. Felipe, aunque sin saber por quién iba allí.

Desde el acto tercero y hasta el final de la pieza, la acción se lleva al palacio del Condestable, en Burgos. Allí ha conseguido el rey que fuese Aldara, haciéndola pasar por una dama castellana, bajo el nombre de Beatriz; aunque Aldara si fué a palacio no es por el rey, sino por seguir a D. Alvaro. Al final del acto, habiendo hallado D<sup>a</sup> Juana una carta de mujer en los papeles del rey, manifiesta síntomas extremos de excitación, y concluye por estallar en una violenta escena con la supuesta Beatriz, al enterarse de haber sido esta última la autora de la carta.

En el acto cuarto, a base de lo ocurrido, y dudando ya hasta sus mismos partidarios del buen juicio de la reina, D. Felipe se dispone a encerrarla y ocupar el trono; pero en ese mismo momento aparece Da. Juana, y en una magnífica escena reasume con dignidad sus derechos. Al terminar este acto D. Felipe, humillado y vencido por la fatiga, da señales de hallarse gravemente enfermo. Doña Juana, desesperada, le perdona todo.

El acto quinto y último es el acto de la agonía de D. Felipe, durante la cual se convierte al amor de D<sup>a</sup> Juana, a quien a un

mismo tiempo hace feliz con tal revelación, y profundamente desgraciada con su muerte.

Resumido así el argumento, damos a continuación las escenas culminantes del celebrado drama.]

### La locura de la reina

[Los caballeros castellanos y flamencos de la Corte se dirigen hacia la reina en un momento grave, con el intento de hablarla y de paso cerciorarse de su estado mental. Es el momento precisamente en que Da. Juana, trastornada por la carta que sorprendió en el escritorio del rey, intenta descubrir de qué dama de la corte puede ser. Después descubre que es de Aldara, y se produce la violenta escena con ésta, a la cual pone término la llegada del Rey, y su manifestación de tener la reina trastornado el juicio.]

## ACTO TERCERO

### ESCENA XI

La REINA, el ALMIRANTE, D. JUAN MANUEL, el MARQUÉS DE VILLENA, FILIBERTO DE VERÉ y NOBLES: después DOÑA ELVIRA y DAMAS DE LA REINA.

ALMIRANTE. — Veremos si está loca. (*A los que con él vienen, que se colocan en el lado derecho del escenario.*) Penoso deber nos conduce, señora, a vuestra presencia. (*Acercándose a la Reina.*)

REINA. — Pues ¿qué ocurre?

ALMIRANTE. — Grandes males amenazan a todo el reino, y sólo Vuestra Alteza puede evitarlos.

REINA. — Hablad: mi madre me legó por herencia el amor que tuvo a su pueblo.

ALMIRANTE. — ¿Oís? (*A los Nobles con íntima satisfacción*) (*A la Reina.*) Intervenid en la gobernación de vuestros estados si no queréis presenciarse su ruina. Vos sois la Reina propietaria.

REINA. — ¿Verdad que sí? Yo soy la Reina, la única señora.

ALMIRANTE. — ¿Y a qué callarlo? El Rey abusa de la ternura que como fiel esposa le tributáis.

REINA. — Decís bien, Almirante; el Rey es el más inicuo de todos los hombres.

ALMIRANTE. — No he dicho eso, señora. (*Sorprendido y titubeando.*)

REINA. — Lo digo yo; es igual.

ALMIRANTE. — (¡Cielos!) (*Rumores de extrañeza. Sonrisas maliciosas de D. Juan Manuel, el Marqués de Villena y Filiberto de Vere.*)

REINA. — (¡Cuándo acabarán de venir!)

ALMIRANTE. — Los flamencos saquean y tiranizan a Castilla. El Rey exige el servicio otorgado en Valladolid; y el hambre, en tanto, hace estragos terribles en vuestro pueblo.

REINA. — ¿Conque mi pueblo tiene hambre? ¿Y los flamencos se enriquecen? ¿Y el Rey?... ¡Ah! Por fin. (*Viendo entrar a Elvira seguida de sus damas. Quédanse éstas en el lado izquierdo*) ¿Vienen todas? (*A Elvira.*)

DOÑA ELVIRA. — Doña Beatriz no estaba en su aposento; ya he mandado buscarla.

REINA. — (¿Cuál de éstas será?) Señora de Javalquinto, escribid aquí cualquiera cosa. (*La dama a quien se dirige la Reina acércase a la mesa y escribe.*)

ALMIRANTE. — No me oye Vuestra Alteza, y de esta conferencia depende quizá la suerte futura del reino. (*Como queriendo fijar la atención de la Reina en lo que él le dice.*)

REINA. — Sí, os escucho: decíamos que los flamencos... Podéis seguir.

ALMIRANTE. — Pues bien, señora...

REINA. — No es ésta. (*Acercándose de nuevo a la mesa y comparando furtivamente lo escrito por su dama con la carta de Aldara.*) Condesa, vos ahora. (*A otra que también se pone a escribir.*)

ALMIRANTE. — ¿Tanto os importa conocer la letra de esas damas?

REINA. — ¿Que si me importa? Nada me importa tanto.

ALMIRANTE. — ¿Ni la salvación de un reino?

REINA. — Ni la salvación de un reino. Tampoco. (*Repetiendo el juego anterior.*) Vos, Leonor. (*Otra dama escribe también.*)

MARQUÉS. — Capricho más extravagante. (*Hablando con los Nobles.*)

DON JUAN MANUEL. — ¿Os vais convenciendo? (*Al Almirante.*)

NOBLE I.º — No hay duda, señor Almirante: la Reina desvaría.

ALMIRANTE. — Señora, prestad atención a mis palabras. (*A la Reina con gran vehemencia.*) Hay quien duda de vuestra aptitud para reinar, y es preciso que hagáis por que nadie lo dude.

REINA. — Haré luego todo lo que queráis. (*Repetiendo otra vez el mismo juego.*) Tampoco, tampoco. Escribid todas. (*Escriben algunas más.*)

ALMIRANTE. — Ved que España entera está a punto de sublevarse.

REINA. — Que se subleve; ya es hora de que nos teman los austriacos.

ALMIRANTE. — Y el Rey... el Rey es vuestro mayor enemigo: conspira contra vos. ¡Si supieseis!... (*Los partidarios del Rey dan señales de indignación y enojo contra el Almirante, cuya audacia sorprende a todos igualmente.*)

REINA. — Lo sé. (*Bajo al Almirante.*) ¿La conocéis, por ventura? ¿Cuál de éstas es?

ALMIRANTE. — (¿Qué dice?) No entiendo a Vuestra Alteza.

REINA. — Entonces yo estoy mucho mejor enterada. Y vosotras, ¿por qué no escribís? (*Volviendo a ver la letra de las damas a quienes últimamente se dirigió, y reparando en algunas que no han escrito.*)

DAMA I.ª — Porque no sabemos.

REINA.—(¿Será alguna de éstas? ¿Habrá conocido mi intención la culpada?) ¿Que no sabéis escribir?... Falso, señores, ¿no es cierto que estas damas saben escribir?

DAMA 1.<sup>a</sup>.—La verdad dijimos a Vuestra Alteza.

REINA.—(Pues no hay remedio; alguna ha fingido la letra.) Leonor, venid acá. Miradme cara a cara. (*Trae al proscenio a esta dama y la mira, poniéndola una mano en la frente.*)

DON JUAN MANUEL.—¿Más loca la queréis?

REINA.—(Ésta no se turba.) Condesa (*Dirigiéndose a otra*), ¿qué noticias tenéis del mesón?

DAMA 2.<sup>a</sup>.—¿De qué mesón, señora?

REINA.—(¿Y no he de dar con ella?) ¿Ninguno de vosotros (*A los Nobles bajo.*) sabe si alguna de estas damas ha vivido en un mesón hace poco? (*Todos contestan con una señal negativa. La Reina se aleja llena de despecho.*)

ALMIRANTE.—Caballeros, respetad su desgracia. (*A algunos que se rien.*)

REINA.—¡Oh, todos sois traidores, y vosotras todas me engañáis! Salid; sal, Elvira. (*A Doña Elvira que se le acerca.*)

DON JUAN MANUEL.—¿Dudáis aún? (*Al Almirante.*)

ALMIRANTE.—¿Qué significa esto?

NOBLE 1.<sup>o</sup>.—Loca está, señor Almirante.

NOBLES.—¡Ésta loca! (*Vanse todos, excepto la Reina.*)

REINA.—Don Álvar la conoce. ¡Hola! Yo sabré obligarle a que me diga la verdad. Al capitán don Álvar (*A Hernán que sale.*), que aquí le espero. Si ya no estuviese en Palacio, corre en su busca. (*Vase Hernán.*)

ESCENA XII.

*La REINA; a poco D. ÁLVAR; luego ALDARA*

REINA.—Beatriz es la única que no ha escrito. Va a venir; escribirá también. ¿Será ella? ¿Tenerla aquí entre mis manos y no saber cuál es? En Flandes me di por satisfecha cortando a mi rival los rizos encantadores que tanto habían agradado a mi esposo. Más necesitaría hoy para satisfacerme. ¡Oh malditas grandezas humanas! ¡Por qué no nací pobre y humilde! Ni el más ruin labriego me hubiera ultrajado de esta suerte. Sólo un rey es capaz de poner bajo el mismo techo a su esposa y a su manceba. ¡Dios mío, si este premio alcanza la virtud en la tierra, grande debe ser en el cielo tu misericordia con los malos!

DON ÁLVAR.—¿Me habéis mandado llamar?

REINA.—Sí, para deciros que sois un traidor.

DON ÁLVAR.—¡Señora!...

REINA.—La dama del mesón está aquí, en Palacio. Vos, como todos, me engañabais. No abráis la boca para mentir de nuevo: mirad esta carta.

DON ÁLVAR.—(¡ Su letra es!)

REINA.—¿Por qué no me habéis dicho la verdad?

DON ÁLVAR.—Disponed de mi vida. La muerte ambicioso.

REINA.—En vuestra vida pienso yo ahora. ¿Qué me importa a mí vuestra vida? Todo lo habéis remediado ya con ofrecermos vuestra vida.

DON ÁLVAR.—¿Sabe esa mujer que está descubierta?

REINA.—Aun lo ignora: va a saberlo al instante.

DON ÁLVAR.—Yo la veré, yo la obligaré a partir.

REINA.—¡Partir! ¿He dispuesto yo que parta, por ventura?

DON ÁLVAR.—Desistid, señora, de todo propósito que

hayáis formado; no veáis a esa mujer; confiadme el encargo de hacerla abandonar este sitio.

REINA.—(¡Y no la descubre!)

DON ÁLVAR.—Por la memoria de vuestra madre, por la vida de vuestros hijos, os lo ruego. (*Cayendo a sus plantas.*)

REINA.—(¡Y no la descubre!)

DON ÁLVAR.—¿Qué resolvéis?

REINA.—Vengarme, capitán; vengarme.

ALDARA.—¡A sus pies! (*Saliendo por el foro.*)

DON ÁLVAR.—¡Oh! (*Viéndola y levantándose.*) ¡Qué fatalidad!

REINA.—¡Cómo! (*Volviendo el rostro y viendo también a Aldara.*)

DON ÁLVAR.—Evitad un escándalo.

REINA.—¿Conque era ésa, era ésa?

DON ÁLVAR.—¿Lo ignorabais?

REINA.—Vos me lo habéis dicho.

DON ÁLVAR.—¡Yo!

REINA.—Dejadme.

DON ÁLVAR.—¡Por piedad!

REINA.—¡Fuego de Dios! Salid.

DON ÁLVAR.—(¿Qué va a suceder?) (*Vase por el foro.*)

### ESCENA XIII.

#### La REINA y ALDARA.

REINA.—¿Es vuestra esta carta? (*Corriendo hacia Aldara y mostrándole el papel.*)

ALDARA.—(Me ha vendido.)

REINA.—Contestad.

ALDARA.—Mía es.

REINA.—¿Vuestra? Franca sois a lo menos. Pero qué, ¿aun no estáis pidiéndome perdón? ¿Aun no estáis de rodillas delante de vuestra Reina? ¡De rodillas! (*Asiendo de un brazo a Aldara y queriendo obligarla a arrodillarse.*)

ALDARA.—No todo el mundo se ha de prosternar hoy ante vos. (*Resistiéndose.*)

REINA.—¿Estoy soñando? ¿Qué dice esta mujer? Si creo que me desafía.

ALDARA.—Hija de reyes sois; yo también.

REINA.—¿Tú?

ALDARA.—Me aborrecéis porque vuestro esposo me ama; os aborrezco porque amáis al que amo; porque adoráis en Jesús y yo en el Profeta; porque sois hija de la reina Isabel y yo de Muley Audalla, el Rey Zagal; yo sí que os aborrezco.

REINA.—¿Que naciste infiel, enemiga de mi Dios? No cabe mayor ignominia en ti, ni mayor vileza en él; ni puede ser más ofendida una reina cristiana. ¿Y lo dices? ¿Ya no mientes? ¿Ya no me engañas? ¡Oh! Mal hizo la pantera del desierto en ponerse frente a frente de la leona de Castilla.

ALDARA.—Leona de Castilla, la pantera del desierto te ha vencido esta vez.

REINA.—Pero ¿no conoces que por tu imprudencia es mayor tu crimen, y tendrá que ser mayor tu castigo? Castigada estarías si yo hubiere elegido manera de castigarte; pero todo cuanto imagino, todo es poco, muy poco. ¡Oh, qué felices son los hombres! Cuando uno se cree injuriado, cuando tiene un rival, corre en su busca; y allí donde le encuentra, allí, sin más tardanza, le insulta, allí le arroja un guante a la cara. Y si hay gente que presencie el agravio, mil veces mejor. Y luego, cuerpo a cuerpo, con una buena espada pelea: pelea y muere o mata. ¡Esto sí que es vengarse! Así, así, así, no de otra manera, quisiera yo vengarme de esta mujer.

ALDARA.—Y yo de vos.

REINA.—¿De veras? Pues aguarda, aguarda. (*Éntrase en la habitación del Rey aceleradamente.*)

ESCENA XIV

ALDARA sola; dos PAJES en seguida; a poco D. ÁLVAR; después la REINA; luego el REY. el ALMIRANTE, MARIANO, D. JUAN MANUEL, el MARQUÉS DE VILLENA, FILIBERTO DE VERE, NOBLES, MÉDICOS, DAMAS Y PAJES.

ALDARA.—¡Hola, pajes, hola: pronto, acudid! (*Asonándose a la puerta del foro.*)

PAJE.—¿Qué mandáis? (*Apareciendo con otro.*)

ALDARA.—La Reina, dominada de su locura, quiere matarme; está furiosa. Corred, avisad al Rey, llamad gente. (*Vanse los pajes.*) Esta es la ocasión. ¿Quién luego podrá dudar de que ha perdido el juicio?

DON ÁLVAR.—¿Cuál es vuestro intento? (*Saliendo por el foro y asiendo a Aldara violentamente de la mano.*)

ALDARA.—¿Acechando estabais?

DON ÁLVAR.—Para defenderla contra vos.

ALDARA.—¿Y si hubieseis llegado tarde?

DON ÁLVAR.—Ved que no respondo de mí.

ALDARA.—Cuenta con lo que decís a una dama, señor capitán español.

DON ÁLVAR.—Desoisteis mis súplicas.

ALDARA.—Y desprecio vuestras amenazas.

REINA.—Toma. *Arroja al suelo una de las dos espadas que trae y quédase con la otra en la mano.*

DON ÁLVAR.—Reprimid vuestra furia. El Rey va a venir.

REINA.—Me alegro: le veré temblar por su amada.

DON ÁLVAR.—Esta cámara va a llenarse de gente.

REINA.—Mejor; mi venganza tendrá testigos.

DON ÁLVAR.—¡Oh, desdichada; al veros, al oiros, se afirmarán más y más en la idea de que!... ¡Fuerza es decíroslo todo! Se trama contra vos un horrible atentado. El Rey quiere arrojaros del trono; quiere encerraros para siempre en una cárcel.

REINA.—¿A mí; a su reina; a su esposa? ¡A la madre de sus hijos! (*Prorrumpiendo en copioso llanto.*)

DON ÁLVAR.—¡Y bajo qué pretexto! No hay mayor infamia, no hay mayor crueldad. Apoyado por la Nobleza, por vuestros mismos médicos, por cuantos os rodean, afirma...

REINA.—Acabad.

DON ÁLVAR.—Afirma que habéis perdido la razón, que estáis loca.

REINA.—¡Jesús! ¡Loca! (*Danda un grito terrible y dejando caer el acero.*)

REY.—Sí; loca estáis, desdichada. (*Saliendo por el foro con el acompañamiento arriba indicado. Acércase rápidamente a su esposa, comprendiendo lo que sucede; y como para contenerla, le dice estas palabras con reconcentrado furor. Pausa.*)

REINA.—¡Loca!... ¡Loca!... ¡Si fuera verdad! ¿Y por qué no? Los médicos lo aseguran, cuantos me rodean lo creen... Entonces todo sería obra de mi locura, y no de la perfidia de un esposo adorado. Eso..., eso debe ser. Felipe me ama; nunca estuve yo en un mesón; yo no he visto carta ninguna; esa mujer no se llama Aldara, sino Beatriz; es deuda de D. Juan Manuel, no hija de un rey morc de Granada. ¿Cómo he podido creer tales disparates? Todo, todo efecto de mi delirio. Díme-lo tú, Marliano (*Dirigiéndose a cada uno de los personajes que nombra*); decídmelo vosotros señores; vos, señora; vos, capitán; tú, esposo mío; ¿no es cierto que estoy loca? Cierto es; nadie lo dude. ¡Qué felicidad, Dios eterno, qué felicidad!

Creía que era desgraciada, y no era eso: ¡era que estaba loca!

FIN DEL ACTO TERCERO

*Después de lo ocurrido al final del Acto tercero, D. Felipe y sus partidarios ya no dudan del éxito de sus insidias. Y precisamente cuando se disponen a llevarlas a la práctica sobreviene D<sup>a</sup> Juana.*

La reina desbarata los planes de sus adversarios

ACTO CUARTO

ESCENA III

*El médico MARLIANO, D. ÁLVAR, el ALMIRANTE, el MARQUÉS DE VILLENA, D. JUAN MANUEL, FILIBERTO DE VERE y NOBLES que acuden por ambos lados.*

FILIBERTO.—Don Felipe será modelo de monarcas.

DON JUAN MANUEL.—Puede decirse que hoy empezará su reinado; hoy que la Reina loca dejará de ser óbice de sus planes maravillosos.

MARQUÉS.—Era inhumanidad tener aquí a esa desdichada.

DON JUAN MANUEL.—¡Oh, señor Almirante! (*Saludándole.*)

MARQUÉS.—¡Cuánto me duele vuestra ciega obstinación! Tenéis al Rey muy enojado.

DON JUAN MANUEL.—Pero ¿qué plausible motivo os obliga a rechazar una vez y otra el toisón de que Su Alteza quiere haceros merced?

ALMIRANTE.—Gracia inmerecida es salario, no premio; y no quisiera que, al ver tal insignia en mi pecho, dijese alguno: he ahí, no la recompensa de su virtud, sino el precio de su infamia: he ahí, no lo que ha ganado, sino por cuánto se ha vendido.

MARQUÉS.—¿Tratáis por ventura de ofendernos?

FILIBERTO.—Pudiera suceder que el Rey no gustase de veros en Palacio.

MARQUÉS.—Dejadle: bien me sé yo por qué sirve tan fielmente a una Reina loca. El Almirante, por su sangre y por su juicio, tiene con ella parentesco.

ALMIRANTE.—Cierto es que sirvo fielmente a una Reina; vosotros servís a un amo: díganlo si no esos collares que os ha puesto en el cuello. (*Por el toisón que llevan D. Juan Manuel, El Marqués de Villena, Filiberto de Vere y otros nobles.*)

DON JUAN MANUEL.—¡Almirante!

MARQUÉS.—¡Por vida mía!

DON ÁLVAR.—El Rey.

#### ESCENA IV

DICHOS, *el REY con manto, el CAPITÁN de la guardia de Palacio, NOBLES, PRELADOS, MÉDICOS, PAJES y SOLDADOS, que se sitúan a uno y otro lado del trono.*

REY.—Sabéis, señores, el triste motivo que aquí nos reúne. Dementada la Reina, es imposible que gobierne; y solamente reduciéndola a estrecha clausura se logrará dilatar su vida. ¿Estáis prontos, señores, a hacer pública la demencia de Doña Juana, a reconocerme por legítimo y único señor de Castilla, a prestarme todo el auxilio que necesite, en el caso deplorable de que mis enemigos fomentasen alguna alteración en el reino?

DON JUAN MANUEL.—Todos haremos lo que Vuestra Alteza desea para el bien de la patria. ¿Todos, no es cierto, señores?

NOBLES.—Todos.

ALMIRANTE.—No todos. Hay quien asegura que la Reina sólo padece efímeros arrebatos, hijos, no de enfermedad corporal, sino de aflicciones del espíritu.

REY.—Nadie ayer ponía en duda su demencia.

ALMIRANTE.—Ayer muchos, y yo el primero, creímos ver indicios de enajenación mental en las acciones de Doña Juana. Después se ha descubierto la verdadera causa de tales acciones. Espero que Vuestra Alteza no me obligará a publicarla.

REY.—Yo sí que no os comprendo a vos, Almirante. ¿Quién diablos ha podido explicar naturalmente el proceder de la Reina?

DON ÁLVAR.—Yo, señor.

REY.—(¡Don Álvarez!)

ALMIRANTE.—Recuerde Vuestra Alteza que las ciudades en las Cortes de Valladolid negaron su asentimiento a lo que hoy arbitrariamente se trata de llevar a cabo; tened presente que, para defender a Doña Juana, se han confederado en Andalucía el Conde de Cabra y el de Ureña, el Marqués de Priego y el Duque de Medina-Sidonia; ved que el pueblo en que estáis es un pueblo de valientes y de leales.

REY.—¡Amenaza a su Rey!

DON JUAN MANUEL.—¡Es un crimen.

NOBLES.—Sí, sí.

ALMIRANTE.—Vuestras voces no me intimidan.

MARLIANO.—Yo juro por el nombre de Dios que aun no ha perdido el juicio la Reina.

REY.—Estos son traidores vendidos al Rey D. Fernando.

ALMIRANTE.—Sólo el rey D. Fernando, según el testamento de la reina Doña Isabel, tendría derecho a sentarse en el trono si la locura de su hija Doña Juana fuese cierta.

REY.—¿Oís, señores? Bien hice en contar con vuestro apoyo.

MARQUÉS.—Subid al trono, señor; solemnemente prestaremos el juramento que tengáis a bien exigirnos. Vuestra es la corona; ceñidla. (*El Rey se pone la corona y empuña el cetro.*)

DON JUAN MANUEL.—Vuestro es el trono; ocupadle.  
ALMIRANTE.—Oíd antes, señor. (*Poniéndose delante del Rey.*)

REY.—Atrás, rebelde.

MARQUÉS.—; Detener al Monarca! (*Rumores entre los cortesanos.*)

DON ÁLVAR.—(¡ Villanos!)

REY.—; Plaza al Rey!

## ESCENA V

DICHOS y la REINA, con manto, corona y cetro.

REINA.—; Plaza a la Reina! (*Subiendo al trono antes que el Rey.*)

REY.—; La Reina! (*Prolongados rumores, sorpresa general.*)

MARQUÉS.—; Doña Juana!

DON ÁLVAR.—(Esto es más de lo que esperábamos.)  
(*Pausa.*)

REINA.—; Qué os turba y sorprende? ; No contabais con mi presencia? Pues mal lo imaginasteis. Cerradas estaban las puertas de mi aposento; mas diz que para todo hay remedio en el mundo, si no es para la muerte. Que las cerrasen mandó el Rey; la Reina mandó que las abriesen de par en par; pudo más que la perfidia flamenca la lealtad castellana, y aquí me tenéis.

DON JUAN MANUEL.—Fuerza es obrar con energía.  
(*Bajo al Rey.*)

REY.—Dignaos de volver a vuestra estancia, señora.

REINA.—No hay para qué. Sé de qué graves negocios estabais tratando. Trátase de recluirme en alguna buena fortaleza por todo el resto de mi vida; trátase de hacer propiedad de D. Felipe de Austria la corona que a mí sola me pertenece. Acuerdo es éste de todo punto necesario; tal lo juzgo

yo propia, y vengo, por lo tanto, a endulzar la pena que, a no dudar, oprime el tierno corazón de mi esposo; a pagar el noble celo que en pro del público bien habéis casi todos vosotros manifestado; a decir en seguida un adiós eterno al trono de mis padres. Y noticiosa de que ya ibais cobrando ojeriza a mi pobre vestido negro, para contentaros, y siquiera una vez pareceros Reina, me he echado encima, como veis, mis galas más deslumbradoras. (*Desciende del trono y apostrofa a D. Juan Manuel y a los otros grandes con delicada ironía.*) Guárdeos el cielo, D. Juan Manuel, señor de Belmonte de Campos y de Cevico de la Torre, embajador en Roma, maestresala de mi madre doña Isabel, primer caballero español del Toisón de Oro de la casa de Borgoña, y presidente de mi Consejo. Gloria mayor la vuestra que la de aquel otro D. Juan Manuel, cuya docta pluma hizo su nombre tan famoso, y cuyo invicto acero rindió y desbarató al fuerte Ozmín, general de la casa de Granada, a orillas del río Guadalferce. He aquí, señores, a un nieto del infante D. Manuel, a un descendiente del rey San Fernando y de los emperadores de Constantinopla, convertido hoy en agente de los excesos de un Archiduque de Austria.

DON JUAN MANUEL.—¡ Señora!

REINA.—¡ Oh, que también está por aquí el noble Marqués de Villena, Duque de Escalona! Cuentan que vuestro ascendiente, el caballero portugués Diego López Pacheco, fué por ansia de medro uno de los asesinos de doña Inés de Castro; que vuestro noble padre dió veneno al príncipe D. Alfonso, de quien era parcial, para volver a la gracia de su legítimo señor, mi tío D. Enrique, al cual después, no sabiendo ya qué quitar, quitó el entierro que el buen Monarca para sí destinaba en el Parral de Segovia; que vos hi-

cisteis matar a vuestra primera mujer, la Condesa de Santisteban, nieta del condestable D. Álvaro de Luna; que ahora, desposeído, por la voluntad de mis padres, de Trujillo, Chinchilla, Albacete, San Clemente, Rota y demás pueblos del marquesado de Villena, de la ciudad de Alcázar y de la tenencia de Madrid, queréis recobrarlos a toda costa, pronto, por conseguirlo, a matarme a mí y a diez mujeres más. ¡A ser esto cierto, señor Marqués de Villena, gloriosa raza la vuestra, por vida mía!

MARQUÉS.—(¡Conténgame Dios!)

REINA.—Llor a todos vosotros, señores. Natural es que así procuréis el ultraje de vuestra Reina y la ignominia de vuesta patria, cuál por un aumento de territorio, cuál por una dignidad que ha tiempo codiciaba, cuál por un Toisón de Oro para deslumbrar a sus inferiores, cuál por diez oficios públicos para diez de sus allegados. No hay por qué a nadie se maraville: constantemente fué vuestro anhelo empobrecer al pechero y al monarca; siempre fuisteis enemigos naturales del trono y del pueblo.

NOBLE I.º.—Nos insultáis.

DON JUAN MANUEL.—Insultáis a la Grandeza de Castilla.

REINA.—Bueno fuera que os dieseis por ofendido. ¿Sabe una loca lo que se dice? Y yo estoy loca hasta más no poder. Como que estos señores, que son mis médicos, quieren encerrarme. (*Dirigiéndose a los médicos.*) Sólo que yo no quiero dejarme encerrar. Matad a la gente, señores míos; tal es vuestro derecho: para enterrarla viva aun no tenéis licencia. Pero ¿qué? ¿También vosotros os enojáis? ¡Todos malvados! (*Con acento de cólera.*) ¡Todos necios! (*Riéndose.*)

REY.—Ved que yo por más tiempo no puedo tolerar...

REINA.—Y a ti, Felipe, ¿qué te podré decir para consuelo de tu pena? (*Apartándose de los demás, y en voz baja.*) Que harto bien pagada está la corona de Castilla con tus estados de Borgoña y de Flandes; que aun necesitas reposo y vigor en el espíritu para terminar la obra que bajo tan buenos auspicios has comenzado: hacer tuyo el trono de la madre, ha sido empezarla; quitárselo al hijo legítimo para dárselo a un bastardo infame, será concluirla.

REY.—¡Doña Juana!

REINA.—¡Bah! Si ya sabes y acabas de oír que estoy rematadamente loca.

REY.—Señores, esto es ya demasiado: llegó el momento...

REINA.—Sí, ¡por Cristo!; sonó la hora de que yo empezase a reinar. Demencia y crimen era en mí anteponer otro amor al amor de mi pueblo. Yo expié mi culpa: de hoy más no lloraré torpes ingratitudes. Amar como todas las mujeres, es amar a un hombre; a semejanza de Dios debe amar una reina, amando a un pueblo entero.

REY.—(¡Me vence, me humilla!) (*Los Grandes se acercan, como ofreciéndole amparo contra Doña Juana.*)

REINA.—Ni penséis vosotros romper de nuevo el freno de las leyes, con que os sujetó la mano poderosa de la católica Isabel. Temblad ante la hija, como temblabais ante la madre. Vuelvan al reino los bienes que le arrebató vuestra codicia; vuelva la fuerza que es suya a la Corona; deponed del todo vuestros cetros usurpados. Ya vosotros no sois Castilla: Castilla es el pueblo; Castilla es el monarca.

REY.—Salid de aquí. No me obliguéis a emplear la violencia.

REINA.—¿Quién se atreverá a tocarme?

ALMIRANTE.—Conteneos, señor; si no queréis encender oprobiosa guerra.

DON ÁLVAR.—No hagáis que la sangre española corra por mano española vertida.

REY.—La rebelión está dentro de mi propio palacio.

MARQUÉS.—¡ Viva el Rey!

NOBLES.—¡ Viva!

REY.—Oís, señora, cómo la Grandeza de Castilla aclama al Rey.

PUEBLO.—¡ Viva la Reina! ¡ Viva la Reina! (*Dentro.*)

REINA.—Oye tú cómo el pueblo español aclama a su Reina.

REY.—¡ Oh rabia!

ALMIRANTE.—La justicia prevalece.

DON ÁLVAR.—¡ La Reina triunfa!

REINA.—Parece que esos gritos no os suenan bien: pues yo quiero oírlos más de cerca. (*Asómase al balcón.*)

PUEBLO.—¡ Viva la Reina! Viva la Reina! (*Dentro.*)

REINA.—Gracias, hijos míos. Nada temáis; no saldré de Burgos. Fío en vuestra constancia. (*Desde el balcón.*)

PUEBLO.—¡ Viva la Reina! ¡ Mueran los flamencos!

REINA.—¿ Qué queréis, Felipe? Mi pueblo ha perdido el juicio como yo. (*Volviendo al lado del Rey.*)

REY.—Soldados, dispersad esa turba.

CAPITÁN.—Si la Reina lo manda.

REINA.—Calla, ¿ éstos también? Con razón asegura el refrán que un loco hace ciento. Ya lo veis: los locos abundan en Burgos que es una maravilla. Réstame advertiros que no es cordura jugar con ellos. Felipe, señores, adiós quedad. La Reina loca os saluda. (*Hace una reverencia y se va.*)

La muerte de Felipe el Hermoso

ACTO QUINTO

ESCENA III.

El ALMIRANTE, D. ÁLVAR, MARIANO, el MARQUÉS DE VILLENNA, PRELADOS, NOBLES y MÉDICOS; a poca D. JUAN MANUEL, después la REINA, luego HERNÁN,

DON ÁLVAR.—¿Y Su Alteza?

MARIANO.—Acaba de abandonar el lecho.

ALMIRANTE.—¿Con vuestro permiso?

MARIANO.—No he querido oponerme a que cumpla su gusto.

ALMIRANTE.—Pero ¿sigue acaso en aumento su mejoría?

MARIANO.—Bien dije yo que ese repentino alivio era anuncio de su próximo fin. (*Muévese el tapiz que cubre la puerta de la derecha.*)

DON ÁLVAR.—¿No hay esperanza ninguna?

MARIANO.—Ninguna: mátale una calentura pestilencial incurable.

ALMIRANTE.—¿Y suponéis que dejará de existir hoy mismo?

MARIANO.—Esta misma mañana. (*Oyése un lamento detrás del tapiz.*)

DON ÁLVAR.—¿No oís?

ALMIRANTE.—¿Qué?

DON ÁLVAR.—Nada: el corazón me engañó, sin duda.

DON JUAN MANUEL.—Señores (*Saliendo por la puerta del foro*): ya es urgente refrenar la audacia de los flamencos. Que el Rey muere de veneno andan divulgando por todas partes.

MARQUÉS.—¿Será posible?

ALMIRANTE.—¡Qué iniquidad!

DON JUAN MANUEL.—Unos achacan el crimen a los

agentes del rey don Fernando; otros dicen que la Reina es quien le ha envenenado en un arrebato de celos.

REINA.—¿Que yo he envenenado a mi esposo? (*Saliendo de detrás del tapiz.*) ¿Eso dicen? ¿Eso dicen? ¡Jesús! No se lo tome Dios en cuenta. (*Cúbrese el rostro y solloza.*)

MARLIANO.—Nos estaba escuchando.

DON ÁLVAR.—¡Infeliz!

MARLIANO.—¡Señora! (*Acercándose a ella con tierna solicitud.*)

ALMIRANTE.—No se aflija así Vuestra Alteza.

REINA.—Conque... (*Contiene los sollozos y hace, como para hablar, inútiles esfuerzos.*)

MARLIANO.—Hablad.

REINA.—¿Conque no hay remedio?

MARLIANO.—¡Qué no puede remediar la misericordia de Dios!

ALMIRANTE.—Confíad en Él.

REINA.—Y ¿por qué no en vosotros? Llegaos acá (*A los médicos, que se acercan a ella.*) El Rey es joven, sólo tiene veintiocho años: debe haber medio de curar una dolencia cualquiera en cuerpo vigoroso. Recordad bien: posible es que hayáis olvidado precisamente el remedio que nos hace falta; sin duda existe algún bálsamo, alguna planta con virtud suficiente para salvarle. ¿No bastaría toda mi sangre para reanimar la suya? Otro esfuerzo, mi buen Marliano, mis fieles amigos. No; no calléis. Decidme algo, por piedad.

MARLIANO.—Ya hemos hecho por él cuanto estaba en nuestra mano.

REINA.—¿Y he de perderle? ¡Dios mío, qué enfermedad tan horrorosa! Ha breves días lleno de salud y de fuerza... Hoy ¿quién le conoce? Mañana... mañana... Parece imposible. Nunca imaginé que él se pudiera morir primero que yo.

ALMIRANTE.—Conformidad, señora.

REINA.—Bien procuro irme conformando poco a poco; pero ¡ay! ¡No puedo conformarme, no puedo!

ALMIRANTE.—Dominad vuestra aflicción como cumple a una Reina.

REINA.—Por su vida cuanto poseo; mi cetro por su vida. ¿Verdad, señores, que todos me ayudaríais a sentar en el trono al que lograrse evitar su muerte? Dicho está: el que codicie una corona que le salve, que me le devuelva. ¿No sois médicos? ¿No es obligación vuestra curarle? Pues ¡ay de vosotros si le pierdo! Don Juan Manuel, señor Marqués de Villena, creo que sin razón os ofendí el otro día. No me guardéis rencor, sed generoso con esta pobre mujer que tanto padece. ¿No se os ocurre medio ninguno que tentar? ¿No conocéis a alguno que sepa curar este linaje de dolencias? ¿A uno de esos nigromantes que hacen prodigios? Sí, buscad a uno de esos y traedle para que vea a Felipe.

DON JUAN MANUEL.—Al Altísimo pedid socorro.

REINA.—Dios no ha querido oirme. Ni en la tierra ni en el cielo encontré piedad. Almirante, escribid a mi padre hoy mismo; decidle que venga, que Castilla se va a quedar sin Reyes, y mis pobres hijos sin padre y sin madre.

DON ÁLVAR.—(*Adelantándose.*) Le escribiremos: vendrá.

REINA.—¡Don Álvaro! No había reparado en vos. El Rey quiere veros.

DON ÁLVAR.—Yo aspiro a la gloria de besar sus plantas.

REINA.—(*Con pena muy reconcentrada.*) ¡Se muere, Álvaro, se muere!

ALMIRANTE.—Considerad que todavía os quedan sagrados deberes que cumplir.

MARLIANO.—A pesar vuestro, os salvaremos si es preciso.

REINA.—¿A mí podéis salvarme y a él no? ¡Acabarán

con mi paciencia! Id, señores; haced que ni un momento se interrumpan las preces en la capilla del Palacio. Orad por vuestro Rey. (*Marliano entra en el cuarto del Rey, y los demás se van por el foro.*)

#### ESCENA IV.

*La REINA, después el REY, MARLIANO y otro MÉDICO*

REINA.—¡Que tenga valor! Cuando a ellos se les esté muriendo la esposa o el hijo, iré yo también a decirles que tengan valor. (*Medita en silencio.*) No hay remedio. Se muere. Dios se le lleva; me le quita porque le quiero demasiado. Me enmendaré. ¡Le querré menos si vive! ¡Ay Dios de mi alma, que si le pierdo voy a quererle más! (*Otra breve pausa.*) ¡Y no hago nada! Y ¿qué puedo hacer? Siento que no esté Aldara aquí. Dice que se arrepiente de haberla amado. ¿Quién sabe? Quizá viéndola se reanime. ¿Qué no puede el amor? Si muerta yo, me llamase él, creo que le respondería. ¡Que venga esa mujer, que venga al instante! (*Da precipitadamente algunos pasos hacia el foro.*) ¡Jesús! (*Deteniéndose.*) ¡Qué infame, qué horrible pensamiento! Loca estoy. Ahora sí que ya no es posible dudarle. ¡Espantosa locura que me deja conocer quién soy, qué me sucede, cómo y cuánto padezco! ¡Reina Isabel, madre y señora mía: si, como afirman tus pueblos, estás en la gloria de Dios, intercede con Él por esta hija infeliz que dejaste en la tierra: pídele que muramos juntos Felipe y yo!

REY.—(*Momentos antes habrá aparecido en la puerta de la derecha apoyado en Marliano y otro médico. Ahora se acerca al proscenio y se sienta.*) Tú vivirás aunque yo muera.

REINA.—(*Cambiando en apacible la expresión de su rostro.*) ¿Tú aquí? ¿Es posible? (¡Ay de mí, qué semblante!) (*Apartando de él los ojos con terror.*)

REY.—(*A los médicos, que se retiran.*) Salid: que nadie venga.

### ESCENA ÚLTIMA

LA REINA y el REY; después el ALMIRANTE, MARLIANO y DON ÁLVAR; luego D. JUAN MANUEL, el MARQUÉS DE VILLENA, FILIBERTO DE VERE, PRELADOS, GRANDES y MÉDICOS.

REY.—Sí; tú vivirás, porque Dios te ordena vivir para un pueblo que en ti sola cifra todas sus esperanzas, y para nuestros hijos, que de hoy más necesitarán doblemente de tu ternura. Y cuando Carlos vaya a subir al trono, dile que al borde de la tumba, sólo por el remordimiento, es el Rey culpado más grande que los demás hombres; dile que si dirige a un lado sus ojos, allí se le mostrará el mal que hizo, cual fantasma implacable; que si los dirige a otro lado, allí, el bien que estaba en su mano haber hecho, le acosa y le aterra; que si los vuelve al cielo, ve entre su culpa y la misericordia divina el mar de llanto vertido por su pueblo. Dile todo el daño que por mí padeció Castilla; pero no le digas el daño que a ti te causé; que deteste al monarca, pero que no aborrezca a su padre.

REINA.—(*Arrodillándose a su lado y sosteniéndole con sus brazos.*) No me hables de ese modo; calla, serénate.

REY.—Dios me da fuerza para que pueda pedirte perdón.

REINA.—¿Perdón?... ¿De qué? ¡Te agitas! Calla, Felipe, calla.

REY.—Al morir no se miente. Oyelo: te amo.

REINA.—¿Me amas?

REY.—(*Levantándose.*) Con amor indecible. Quiere el cielo, para mi castigo, que cuando va a cesar de latir, empiece mi corazón a idolatrarte. Permite generosa que te estreche en mis brazos; que ponga mis labios en tu frente purísima. Mas ¿qué digo? Vete, déjame solo: no merezco la dicha de expirar a tu lado. Vete y no llores por mí. Vete y... ¡Oh! (*Cayéndose en el sillón.*)

REINA.—¡Felipe!

REY.—Llegó la hora de mi muerte.

REINA.—No: te engañas; deliras...

REY.—(*Dejándose caer del sillón a los pies de la Reina.*) Juana, perdóname.

REINA.—¿Qué haces? ¿Qué profieres?

REY.—Pon tus manos sobre mi cabeza y perdóname, ya que tan grande es tu piedad.

REINA.—¿Yo perdonarte?

REY.—Pronto; no te detengas.

REINA.—(*Poniendo sus manos sobre la cabeza del Rey.*) Pues bien, sí, te perdono; te perdono, Felipe mío.

REY.—(*Volviendo a sentarse, ayudado por la Reina.*) Tu perdón quizá me redima.

REINA.—(*Alejándose, como con intención de pedir socorro.*) ¡Oh!

REY.—No; no te vayas.

REINA.—(*Volviendo a su lado.*) ¡Ánimo, Felipe, valor!

REY.—¡Imposible!

REINA.—Vive para tu padre, que tanto te quiere.

REY.—¡Padre mío!

REINA.—Para tus hijos; para tu Carlos, para tu Isabel, para tu María. Y no ignoras que el cielo iba a concederte otra gran ventura. Felipe, si tienes corazón de padre, vive para ver, para abrazar al hijo que llevo en mis entrañas.

REY.—La vida, Señor, la vida, para hacerla tan venturosa como hasta aquí la hice desdichada. ¡Oh, si yo pudiese vivir, cuánto te amaría!

REINA.—¡ Señor, sólo tú sabes lo que yo por él he padecido, y ahora que me ama, ahora vas a matarle! No, mentira, imposible. No puedes, no debes permitirlo. ¡ Señor, que eres justo! ¡ Señor, que eres misericordioso!

REY.—¡ Mi Juana!

MARLIANO.—(*Apareciendo en la puerta del foro. Salen en seguida también por ella D. Álvaro y el Almirante.*) Llegad.

REINA.—(*Yendo hacia él.*) ¡ Marliano, Marliano de mi corazón!

DON ÁLVAR.—¡ Señor!

REY.—Don Álvaro, vuestra mano; seamos amigos; vedad todos por ella. (*Don Álvaro, arrodillándose, besa la mano que el Rey le tiende.*)

REINA.—(*Llevándose aparte a Marliano.*) Pero ¿qué es eso? Habla. ¿Es que se va a morir?

ALMIRANTE.—(*Asiéndole una mano.*) Fuerza es que nos sigáis.

REINA.—(*Rechazando al Almirante y corriendo al lado del Rey. Cógele una mano, que, dando un grito, suelta en seguida.*) Dejadme. ¡ Oh, qué frialdad! ¡ La frialdad de la muerte!

MARLIANO.—(*Después de haber tocado al Rey. El Almirante se va precipitadamente por el foro.*) Avisad, Almirante.

REINA.—(*Poniéndose delante del Rey, como si tratase de cerrar a alguien el paso y dando señales de verdadera demencia.*) Allí la veo, que viene a llevarse. No, no pasará.

REY.—¡ Juana!

REINA.—Pasa, pasa a través de mi cuerpo! ¡ Se apodera del tuyo!

REY.—¡ Juana! ¡ Juana mía! ¡ Qué horrible castigo! ¡ Dios eterno, piedad..., perdón!... (*Expira.*)

REINA.—(*Arrojándose sobre su cuerpo.*) ¡ Felipe, Felipe!

MARLIANO.—(*En tono solemne, al Almirante y los prelados y caballeros que entran por la puerta del foro.*) El Rey ha muerto.

REINA.—(*Dando espantoso grito, y levantándose de pronto.*) ¡Oh!

DON ÁLVAR.—¡Venid, por compasión!

REINA.—¿Adónde? Él está aquí; yo con él.

ALMIRANTE.—Ya es tan sólo un cadáver.

REINA.—Pues con su cadáver. Su cadáver es mío. ¡Quitad! ¡Apartaos! (*Todos se apartan con profunda emoción.*) ¡Mío, nada más! Le regaré con las lágrimas de mis ojos; le acariciaré con los besos de mi boca! ¡Siempre a mi lado! ¡Él muerto! ¡Yo viva! ¿Y qué? ¡Siempre unidos! Sí, muerte implacable, burlaré tu intento. Poco es tu poder para arrancarle de mis brazos. (*Cambiando repentinamente de expresión y de tono.*) ¡Silencio, señores, silencio!... El Rey se ha dormido. ¡Silencio!... No le despertéis. ¡Duerme, amor mío; duerme... duerme!... (*Quédase contemplando al Rey con ternura inefable.*)

FIN DEL DRAMA

# 10.- LA POESIA GAUCHESCA EN EL RIO DE LA PLATA

**HILARIO ASCASUBI**

(1807-1875)

HOJA DE SERVICIOS DEL BRIGADIER GENERAL  
D. JUAN MANUEL ROSAS, GOBERNADOR DEL  
CONTINENTE AMERICANO

(DE "PAULINO LUCERO")

*Excmo. Sr. Restaurador de las Leyes y Gobernador  
del Continente Americano.*

*Montevideo, a 30 del mes de Rosas de 1849.*

También de acá, Vucelencia,  
pido como el porteñaje,  
aunque soy gaucho «salvaje»  
(con su perdón y licencia),  
que sea su permanencia  
infinita en el Gobierno;

porque será acaso tierno  
que vuelvan los unitarios  
y que a sus peticionarios  
los aventen al infierno. ☉

¡Ah gente linda! jamás  
tuvo tanta efervescencia:  
¡barajo! ¡qué diferencia  
a la del tiempo de atrás!  
ya no puede ofrecer más  
la pueblada que anda al trote  
ofreciéndole el cogote,  
y la fortuna y la fama:  
¡velay!, eso sí se llama  
entusiasmo y no cerote.

Yo apenas, señor, le ofrezco  
una pistola reyuna,  
porque de fama y fortuna  
completamente carezco.  
Pero siempre que amanezco  
con pescuezo, en *realidá*,  
bendigo la *libertá*  
que debo a la Providencia,  
ausente de Vucelencia  
que es tan feliz por allá.

De eso me alegre, y no importa  
que yo esté en Montevideo  
*atrasao* como me veo,  
y de yapa a sogá corta:  
esto un gaucho lo soporta  
por más que *haiga* sido inquieto;  
así, yo aguanto sujeto,  
y aunque me voy aguachando  
cambién me estoy preparando  
para buen "federal neto".  
Si tal me vuelvo, señor,  
por allá me le *apiaré*,  
y espero que lo hallaré

siempre de gobernador:  
hágame pues el favor  
hasta entonces de aguantarse:  
no vaya a *precitriparse*,  
déjese andar *sosegao*,  
que bastante le ha costao  
el poder acreditarse.

¡Vea el peligro fatal  
que Vuecelencia corrió  
la vez que se le chingó  
una máquina infernal!  
¡y esa campaña triunfal  
que ha olvidado el almanaque,  
la cual sin un triquitraque  
Vuecelencia terminó,  
cuando al Desierto marchó  
y nos trujo el estoraque! (1)

Después... la hazaña atrevida  
que hizo en los *Santos Lugares*,  
que en sus glorias militares  
es la más esclarecida:  
pues con sólo una partida  
y en mulas con aparejos  
mandó traer desde allá lejos,  
vivos para degollarlos  
a sangre fría y matarlos,  
a unos cuatro curas viejos.

Además, la decadencia  
de su salud y los perjuicios  
que tantísimos servicios  
le han causado a Vuecelencia,

---

(1) En una campaña que hizo Rosas al Desierto, habiendo prometido destruir las hordas de indios salvajes, lo único que hizo fué oficiar al gobierno de Buenos Aires diciendo que en dicha campaña había descubierto que se producía abundantemente la *papilla* y *estoraque* o *benjú*.

por los que en Dios y en *conciencia*  
se le debe suplicar,  
que no deje de mandar  
*aspótico y disoluto*,  
hasta que dé todo el fruto  
y leche que puede dar.

Toda vez que no se acorte  
ni se achique en el mandar,  
pues merece gobernar  
la patria de sur a norte,  
debiendo hacerle la corte  
los gobiernos interiores;  
y si los gobernadores  
quieren medio *culanchar*,  
del cuerpo hágales sacar  
maneas y maneadores:  
lo que podrá conseguir  
fácilmente sin fatiga;  
de ahí tendido de barriga  
coja y échese a dormir,  
que ya basta de servir  
del año diez al presente,  
y de estar *constantemente*  
con fina benevolencia  
salvando la independencia  
y el honor del Continente.

Y a quienes le hablen de asuntos  
o reclamos al gobierno,  
despáchelos al infierno  
o a cenar con los difuntos;  
o que acudan todos juntos  
a la niña Manuelita,  
pues ya estará la mocita  
vaqueanaza en el despacho,  
y será un ministro ¡a macho!  
como para su tatita.

Sólo de la intervención

encárguese en el asunto,  
y no se le recule un punto  
en ninguna pretensión;  
duro y parejo, patrón,  
délø guasca, retrucando,  
y si le siguen mandando  
condes, *loros* y marqueses,  
a gauchadas y dobleces  
váyase los trajinando...

Pero ¡por Cristo! todo esto  
¿qué importa en mi pretensión?  
¡voto al diablo que al botón  
me iba saliendo del tiesto!  
Así, otra vez me recuesto  
volviéndole a suplicar,  
que no se vaya a enojar  
con la gente que hoy alega  
y de rodillas le ruega  
que no se piense largar.

Yo pienso hacer la zoncera  
de aguantarme por acá,  
mientras Vuceleñcia va  
llenando allá su *manguera*;  
entre la cual bien pudiera  
alzarse la salvajada  
ahora que está entreverada:  
y esos brutos y baguales  
de sus buenos federales  
sufren una disparada.

Por último esta ocurrencia,  
velay, señor, me ha venido:  
por su madre se lo pido  
y suplico a Vuceleñcia,  
que me haga la complacencia,  
cuando el caso se lo exija,  
y *haiga* de soltar manija  
por cualesquier desacierto,

o porque ¡se caiga muerto!  
de largarle el mando a su hija...

Que así la niña podrá,  
si el campo le desagrada,  
soltárselo de humorada  
a don *Eusebio*, o *Biguá*,  
a quien *Butata* inflará;  
y cuando esté barrigón,  
lo hará empuñar el bastón  
y que salga a gobernar,  
y al mismo tiempo a solfear  
a los de la petición.  
Hasta la vista, patrón.

*El gaucho,*

SANTOS CONTRERAS

# 11.- CARTAS-DISCURSOS-ESCRITOS VARIOS NO COMPRENDIDOS EN LAS CLASES ANTERIORES

**GUSTAVO ADOLFO BECQUER**

DESDE MI CELDA

(CARTA SEGUNDA)

Queridos amigos. Si me vieran ustedes en algunas ocasiones con la pluma en la mano y el papel delante, buscando un asunto cualquiera para emborronar catorce o quince cuartillas, tendrían lástima de mí. Gracias a Dios que no tengo la perniciosa, cuanto fea costumbre, de mordirme las uñas en caso de esterilidad, pues hasta tal punto me encuentro apurado e irresoluto en estos trances, que ya sería cosa de haberme comido la primera falange de los dedos. Y no es precisamente porque se hayan agotado de tal modo mis ideas, que registrando en el fondo de la imaginación, en donde andan enmarañadas e indecisas, no pudiesen topar con alguna y traerla, a ser preciso, por la oreja, como domine de lugar a muchacho travieso. Pero no basta tener una idea; es necesario despojarla de su extraña manera de ser, vestirla un poco al uso

para que esté presentable, aderezarla y condimentarla, en fin, a propósito, para el paladar de los lectores de un periódico, político por añadidura. Y aquí está lo espinoso del caso, aquí la gran dificultad.

Entre los pensamientos que antes ocupaban mi imaginación y los que aquí han engendrado la soledad y el retiro, se ha trabado una lucha titánica, hasta que, por último, vencidos los primeros por el número y la intensidad de sus contrarios, han ido a refugiarse no sé dónde, porque yo los llamo y no me contestan, los busco y no parecen. Ahora bien: lo que se siente y se piensa aquí en armonía con la profunda calma y el melancólico recogimiento de estos lugares, ¿podrá encontrar un eco en los que viven en ese torbellino de intereses opuestos, de pasiones sobreexcitadas, de luchas continuas, que se llama la Corte?

Yo juzgo de la impresión que pueden hacer ideas que nacen y se desarrollan en la austera soledad de estos claustros, por la que a su vez me producen las que ahí hierven, y de las cuales diariamente me trae *El Contemporáneo* como un abrasado sople. Al periódico que todas las mañanas encontramos en Madrid sobre la mesa del comedor o en el gabinete de estudio, se le recibe como a un amigo de confianza que viene a charlar un rato, mientras se hace hora de almorzar, con la ventaja de que si saboreamos un veguero, mientras él nos refiere, comentándola, la historia del día de ayer, ni siquiera hay necesidad de ofrecerle otro como al amigo. Y esa historia de ayer que nos refiere, es hasta cierto punto la historia de nuestros cálculos, de nuestras simpatías o de nuestros intereses; de modo que su lenguaje apasionado, sus frases palpitantes, suelen hablar a un tiempo a nuestra cabeza, a nuestro corazón y a nuestro bolsillo: en unas ocasiones repite lo que ya hemos pensado, y nos complace hallarlo acorde con nuestro modo de ver; otras nos dice la última palabra de algo que

comenzábamos a adivinar, o nos da el tema en armonía con las vibraciones de nuestra inteligencia para proseguir pensando. Tan íntimamente está enlazada su vida intelectual con la nuestra; tan una es la atmósfera en que se agitan nuestras pasiones y las suyas. Aquí, por el contrario, todo parece conspirar a un fin diverso. El periódico llega a los muros de este retiro como uno de esos círculos que se abren en el agua cuando se arroja una piedra, y que poco a poco se van debilitando a medida que se alejan del punto de donde partieron, hasta que vienen a morir en la orilla con un rumor apenas perceptible. El estado de nuestra imaginación, la soledad que nos rodea, hasta los accidentes locales parecen contribuir a que sus palabras suenen de otro modo en el oído. Juzgad si no por lo que a mí me sucede.

Todas las tardes, cuando el sol comienza a caer, salgo al camino que pasa por delante de las puertas del monasterio para aguardar al conductor de la correspondencia que me trae los periódicos de Madrid. Frente al arco que da entrada al primer recinto de la abadía, se extiende una larga alameda de chopos tan altos, que cuando agita las ramas el viento de la tarde, sus copas se unen y forman una inmensa bóveda de verdura. Por ambos lados del camino, y saltando y cayendo con un murmullo apacible por entre las retorcidas raíces de los árboles, corren dos arroyos de agua cristalina y transparente, fría como la hoja de una espada y delgada como su filo. El terreno sobre el cual flotan las sombras de los chopos, salpicadas de manchas inquietas y luminosas, está a trechos cubierto de una yerba alta, espesa y finísima, entre la que nacen tantas margaritas blancas, que semejan a primera vista esa lluvia de flores con que alfombran el suelo los árboles frutales en los templados días de abril. En los ribazos, y entre los zarzales y los juncos del arroyo, crecen las violetas silvestres,

que, aunque casi ocultas entre sus rastreras hojas, se anuncian a gran distancia con su inmenso perfume; y por último, también cerca del agua y formando como un segundo término, déjase ver por entre los huecos que quedan de tronco a tronco una doble fila de nogales corpulentos con sus copas redondas, compactas y obscuras.

Como a mitad de esta alameda deliciosa, y en un punto en que varios olmos dibujan un círculo pequeño, enlazando entre sí sus espesas ramas, que recuerdan, al tocarse en la altura, la cúpula de un santuario; sobre una escalinata formada de grandes sillares de granito, por entre cuyas hendiduras nacen y se enroscan los tallos y las flores trepadoras, se levanta gentil, artística y alta, casi como los árboles, una cruz de mármol, que merced a su color es conocida en estas cercanías por la *Cruz negra de Veruela*. Nada más hermosamente sombrío que este lugar. Por un extremo del camino limita la vista el monasterio con sus arcos ojivales, sus torres puntiagudas, y sus muros almenados e imponentes; por el otro, las ruinas de una pequeña ermita se levantan al pie de una eminencia sembrada de tomillos y romeros en flor. Allí, sentado al pie de la cruz, y teniendo en las manos un libro que casi nunca leo, y que muchas veces dejo olvidado en las gradas de piedra, estoy una y dos y a veces hasta cuatro horas aguardando el periódico. De cuando en cuando veo atravesar a lo lejos una de esas figuras aisladas que se colocan en un paisaje para hacer sentir mejor la soledad del sitio. Otras veces, exaltada la imaginación, creo distinguir confusamente, sobre el fondo obscuro del follaje, a los monjes blancos que van y vienen silenciosos alrededor de su abadía, o a una muchacha de la aldea que pasa al pie de la cruz con un manojo de flores en el halda, se arrodilla un momento y deja un lirio azul sobre los peldaños. Luego un suspiro que se confunde con el rumor de las hojas;

después... ¡qué sé yo!... escenas sueltas de no sé qué historia que yo he oído o que inventaré algún día; personajes fantásticos que, unos tras otros, van pasando ante mi vista, y de los cuales cada uno me dice una palabra o me sugiere una idea; ideas y palabras que más tarde germinarán en mi cerebro, y acaso den fruto en el porvenir.

La aproximación del correo viene siempre a interrumpir una de estas maravillosas historias. En el profundo silencio que me rodea, el lejano rumor de los pasos de su caballo que cada vez se percibe más distinto, lo anuncia a larga distancia; por fin llega adonde estoy, saca el periódico de la bolsa de cuero que trae terciada al hombro, me lo entrega, y después de cambiar algunas palabras o un saludo, desaparece por el extremo opuesto del camino que traje.

Rompo la faja del periódico, y comienzo a pasar revista por sus renglones hasta que gradualmente me voy engolfando en su lectura, y ya ni veo ni oigo nada de lo que se agita a mi alrededor. El viento sigue suspirando entre las copas de los árboles, el agua sonriendo a mis pies, y las golondrinas, lanzando chillidos agudos, pasan sobre mi cabeza, pero yo, cada vez más absorto y embebido con las nuevas ideas que comienzan a despertarse a medida que me hieren las frases del diario, me juzgo transportado a otros sitios y a otros días. Paréceme asistir de nuevo a la Cámara, oír los discursos ardientes, atravesar los pasillos del Congreso, donde entre el animado cuchicheo de los grupos se forman las futuras crisis; y luego veo las secretarías de los ministerios en donde se hace la política oficial; las redacciones donde hierven las ideas que han de caer al día siguiente como la piedra en el lago, y los círculos de la opinión pública que comienzan en el Casino, siguen en las mesas de los cafés y acaban en los guardacantones de las calles. Vuelvo a seguir con interés las polémicas acaloradas, vuelvo a reanudar el roto hilo de las intri-

gas, y ciertas fibras embotadas aquí, las fibras de las pasiones violentas, la inquieta ambición, el ansia de algo más perfecto, el afán de hallar la verdad escondida a los ojos humanos, tornan a vibrar nuevamente y a encontrar en mi alma un eco profundo. “*El Diario Español, El Pensamiento o La Iberia*, hablan de esto, afirman aquello, o niegan lo de más allá”, dice *El Contemporáneo*; y yo, sin saber apenas dónde estoy, tiendo las manos creyendo que están allí a mi alcance, como si me encontrara sentado a la mesa de la redacción.

Pero esta tromba de pensamientos tumultuosos, que pasan por mi cabeza como una nube de tronada, se desvanecen apenas nacidos. Aun no he acabado de leer las primeras columnas del periódico, cuando el último reflejo del sol que dobla lentamente la cumbre del Moncayo, desaparece de la más alta de las torres del monasterio, en cuya cruz de metal llamea un momento antes de extinguirse. Las sombras de los montes bajan a la carrera y se extienden por la llanura; la luna comienza a dibujarse en el Oriente como un círculo de cristal, que trasparenta el cielo, y la alameda se envuelve en la indecisa luz del crepúsculo. Ya es imposible continuar leyendo. Aun se ven por una parte y entre los huecos de las ramas chispazos rojizos del sol poniente; y por la otra una claridad violada y fría. Poco a poco comienzo a percibir otra vez, semejante a una armonía confusa, el ruido de las hojas y el murmullo del agua, fresco, sonoro, y continuado, a cuyo compás vago y suave vuelven a ordenarse las ideas y se van moviendo con más lentitud en una danza cadenciosa, que languidece al par de la música, hasta que por último se aguzan unas tras otras como esos puntos de luz apenas perceptibles que de pequeños nos entreteníamos en ver morir en las pavesas de un papel quemado. La imaginación entonces, ligera y diáfana, se mece y flota al rumor del agua, que la arrulla como una madre arru-

lla a un niño. La campana del monasterio, la única que ha quedado colgada en su ruinoso torre bizantina, comienza a tocar la oración, y una cerca, otra lejos, éstas con una vibración metálica y aguda, aquéllas con un tañido sordo y triste, les responden las otras campanas de los lugares del Somontano. De estos pequeños lugares, unos están en las puntas de las rocas colgados como el nido de un águila, y otros medio escondidos en las ondulaciones del monte o en lo más profundo de los valles. Parece una armonía que a la vez baja del cielo y sube de la tierra, y se confunde y flota en el espacio, mezclándose al último rumor del día que muere el primer suspiro de la noche que nace.

Ya todo pasó. Madrid, la política, las luchas ardientes, las miserias humanas, las pasiones, las contrariedades, los deseos, todo se ha ahogado en aquella música divina. Mi alma ya está tan serena como el agua inmóvil y profunda. La fe en algo más grande, en un destino futuro y desconocido, más allá de esta vida, la fe de la eternidad, en fin, aspiración absorbente, única e inmensa, mata esa fe al por menor que pudiéramos llamar personal, la fe en el mañana, especie de aguijón que espolea los espíritus irresolutos, y que tanto se necesita para luchar y vivir y alcanzar cualquier cosa en la tierra.

Absorto en estos pensamientos, doblo el periódico y me dirijo a mi habitación. Cruzo la sombría calle de árboles y llego a la primera cerca del monasterio, cuya dentellada silueta se destaca por obscuro sobre el cielo en un todo semejante a la de un castillo feudal; atravieso el patio de armas con sus arcos redondos y timbrados, sus bastiones llenos de saeteras y coronados de almenas puntiagudas, de las cuales algunas yacen en el foso, medio ocultas entre los jaramagos y los espinos. Entre dos cubos de muralla, altos, negros e imponentes, se alza la torre que da paso al interior: una cruz clavada en la punta indica el carácter religioso de aquel edificio, cuyas enormes puertas de hierro y muro fortí-

simos, más parece que deberían guardar soldados que monjes.

Pero apenas las puertas se abren rechinando sobre sus goznes enmohecidos, la abadía aparece con todo su carácter. Una larga fila de olmos, entre los que se elevan algunos cipreses, deja ver en el fondo la iglesia bizantina con su portada semicircular llena de extrañas esculturas: por la derecha se extiende la remendada tapia de un huerto, por encima de la cual asoman las copas de los árboles, y a la izquierda se descubre el palacio abacial, severo y majestuoso en medio de su sencillez. Desde este primer recinto se pasa al inmediato por un arco de medio punto, después del cual se encuentra el sitio donde en otro tiempo estuvo el enterramiento de los monjes. Un arroyuelo, que luego desaparece y se oye gemir por debajo de la tierra, corre al pie de tres o cuatro árboles viejos y nudosos: a un lado se descubre el molino medio agazapado entre las ruinas, y más allá, obscura como la boca de una cueva, la portada monumental del claustro con sus pilastras platerescas llenas de hojarasca, bichos, ángeles, cariátides y dragones de granito que sostienen emblemas de la Orden, mitras y escudos.

Siempre que atravieso este recinto cuando la noche se aproxima y comienza a influir en la imaginación con su alto silencio y sus alucinaciones extrañas, voy pisando quedo, y poco a poco, las sendas abiertas entre los zarzales y las yerbas parásitas, como temeroso de que al ruido de mis pasos despierte en sus fosas y levante la cabeza alguno de los monjes que duermen allí el sueño de la eternidad. Por último, entro en el claustro, donde ya reina una obscuridad profunda: la llama del fósforo que enciendo para atravesarlo vacila agitada por el aire, y los círculos de luz que despide luchan trabajosamente con las tinieblas. Sin embargo, a su incierto resplandor pueden distinguirse las largas series de ojivas, festoneadas de hojas de trébol, por entre las que asoman con una mueca muda y horrible esas mil fantásticas y

caprichosas creaciones de la imaginación que el arte misterioso de la Edad Media dejó grabadas en el granito de sus basílicas: aquí un endriago que se retuerce por una columna y saca su deforme cabeza por entre la hojarasca del capitel; allí un ángel que lucha con un demonio y entre los dos soportan la recaída de un arco que se apunta al muro; más lejos, y sembradas por el batiente obscuro del lucillo que las contiene, las urnas de piedra, donde bien con la mano en el montante o revestidas de la cogulla, se ven las estatuas de los guerreros y abades más ilustres que han patrocinado este monasterio o lo han enriquecido con sus dones.

Los diferentes y extraordinarios objetos que unos tras otros van hiriendo la imaginación, la impresionan de una manera tan particular, que cuando después de haber discurrido por aquellos patios sombríos, aquellas alamedas misteriosas y aquellos claustros imponentes, penetro al fin en mi celda y desdoble otra vez *El Contemporáneo* para proseguir su lectura, pareceme que está escrito en un idioma que no entiendo. Bailes, modas, el estreno de una comedia, un libro nuevo, un cantante extraordinario, una comida en la embajada de Rusia, la compañía de Price, la muerte de un personaje, los clowns, los banquetes políticos, la música, todo revuelto: una obra de caridad con un crimen, un suicidio con una boda, un entierro con una función de toros extraordinaria.

A esta distancia y en este lugar me parece mentira que existe aún ese mundo que yo conocía, el mundo del Congreso y las relaciones, del Casino y de los teatros, del Suizo y de la Fuente Castellana, y que existe tal como yo lo dejé, rabiando y divirtiéndose, hoy en una broma, mañana en un funeral, todos de prisa, todos cosechando esperanzas y decepciones, todos corriendo detrás de una cosa que no alcanzan nunca, hasta que corriendo den en uno de esos lazos silenciosos que nos va tendiendo la muerte, y desaparezcan como por escotillón con una gacetilla por epitafio.

Cuando me asaltan estas ideas, en vano hago esfuerzos para templarme como ustedes y entrar a compás en la danza. No oigo la música que lleva a todos envueltos como en un torbellino; no veo en esa agitación continua, en ese ir y venir, más que lo que ve el que mira un baile desde lejos, una pantomima muda e inexplicable, grotesca unas veces, terrible otras.

Ustedes, sin embargo, quieren que escriba alguna cosa, que lleve mi parte en la sinfonía general, aun a riesgo de salir desafinado. Sea, y sirva esto de introducción y prelude: quiere decir que si alguno de mis lectores ha sentido otra vez algo de lo que yo siento ahora, mis palabras le llevarán el recuerdo de más tranquilos días, como el perfume de un paraíso distante; y los que no, tendrán en cuenta mi especial posición para tolerar que de cuando en cuando rompa con una nota desacorde la armonía de un periódico político.

## EMILIO CASTELAR

(1832-1899)

*[Es uno de los más notables oradores de España, y, en cierto sentido, el mayor de todos ellos. En los momentos culminantes su oratoria se eleva a las más altas regiones del lirismo, y entonces sus palabras se asemejan a esas aves que surcan volando el remoto espacio azul; en esos momentos el idioma se transfigura por la magia de aquel decir inimitable, y nada puede compararse a la misteriosa seducción con que nos habla al alma.]*

Nació Castelar en Cádiz, estudió en la Escuela Normal de Filosofía, y desde muy joven se dedicó con éxito a la política, donde militó en las filas del liberalismo y adquirió inmenso prestigio por el poder de su palabra. Además de orador y político fué también filósofo, historiador y novelista. Entre sus principales obras pueden mencionarse *La fórmula del progreso*, *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*, *las novelas Fra Filippo Lippi*, *El suspiro del Moro*, y *sus Discursos*.

DISCURSO

*pronunciado en la reunión del partido republicano —  
histórico de Barcelona el 22 de octubre de 1888.*

PÁRRAFOS INICIALES

Amigos y correligionarios: Pocas veces hanme sobrecogido emociones, de suyo tan profundas, como las que hoy afectan mi ánimo, capaces de retener la idea en el cerebro, extinguir la palabra en el labio, ahogar la voz en el pecho. Las dos frases primeras que debemos decir aquí, los dos nombres que aquí debemos invocar, son éstos: Santiago Soler, Eusebio Pascual y Casas, llorándolos a una sin reserva y sin rubor. Cuando pienso cómo ellos, más jóvenes ambos que yo, debían hallarse a mi lado ahora; y sólo descubro sus queridas sombras mudas y misteriosas, tentado estoy de disolver la reunión en señal de luto y duelo, yéndonos todos, con el cilicio de tantas memorias queridas como nos punzan el corazón, a tendernos sobre la cruz del Dolor, esperando en Dios la hora de confundirnos allá por la eternidad insondable con ellos, y con todos los nuestros para siempre. Mas, al morir el hombre, no muere, no, enteramente, no. En las frías cenizas, devueltas al torbellino de los átomos, al inmenso Universo, hay como en las partículas de celestial éter, luz, herencias espirituales, consoladoras esperanzas. Aun los animales, el perro y el caballo, voy a decir, se añoran de los idos y ausentes para siempre. Las escuelas políticas, los partidos militantes, sobre todo, forman una verdadera espiritual familia. Esta idea de familia, producto primero del espíritu ario en que nuestras individuales almas respiran calor vivísimo de la sangre aria que discurre por nuestras venas, funda el hogar y su fuego, la cuna de sus hijos, el ágape de sus comuniones, el santuario de sus artes y sus ciencias, el ara y los altares de sus dioses

¡ah! sobre lo más religioso y lo más divino que hay en el mundo: sobre la tumba de sus muertos. La piedra de aquellos hogares, donde se cuecen los panes de la vida, tiene como por su revés el sepulcro donde se guardan los despojos de la muerte. Adoremos todos estos misterios, ante cuya majestad la elocuencia calla y la razón muere; pues así como sin la sombra de nuestras noches no veríamos las estrellas innumerables en el espacio, sin la sombra del misterio no veríamos los ideales religiosos y divinos del espíritu. Esos árboles, destinados por la química terrestre a convertir la materia inorgánica en materia orgánica, extraen del terrón y hasta del estiércol donde prenden sus raíces, resinas, gomas, esencias, mieles, flores y frutos; como la fe destinada por nuestra Providencia incomunicable a convertir las inspiradas intuiciones en verdades prácticas, extrae de los sepulcros y de su podre y de sus gusanos el incienso místico de inmortalidad. Aquí, con las cosas mediterráneas, los pensamientos relativos a la inmortalidad no se contienen sólo dentro del dogma cristiano, contiénnense también dentro de los recuerdos antiguos helénicos; cual en las colmenas de nuestros apriscos, en el chirriar de nuestras cigarras, en el zumbido de nuestras abejas, en los olivares de nuestros campos, se contienen dulzores del Híbla, dejos del Ática, resonancias del Fedón, reminiscencias del Pireo. Inmortal es el alma y destinada en su relativa unidad a juntarse, sin confundirse, con la suprema unidad, pues, así como por el bien pensar participamos los míseros mortales de la divina inteligencia, y por el buen proceder de la divina voluntad y hasta de la suprema perfección, dotados de fuerzas espirituales, por tanto, de medios para subyugar la materia y someter las pasiones, ¡ah! por una buena muerte participaremos de la eternidad, ya que alcanzamos la supraesencial substancia de las cosas por nuestra razón, y tenemos en la memoria reminiscencias como en el corazón presentimientos de otro mundo mejor, y sobre alas, cual esas de las ideas, volamos hasta los enormes arquetipos, de-

jando al paso y en el camino de la vida obras superiores a nosotros mismos, y más que nosotros duraderas, como los dedos de las toscas manos y los cordajes de la inerte arpa, uniéndose, con ser pura materia, bajo el impulso de una inspiración artística, producen algo de naturaleza desmedidamente superior a ellos mismos, la suave melodía, etérea, impalpable, invisible, a cuyas cadencias no sólo se acelera la sangre humana en su acompasada circulación y golpea pulso, corazón y sienes, absórtese nuestro ser entero en una especie de místico éxtasis o delirio, mediante los cuales vemos y tocamos y sentimos, como realidad viviente, de bulto y de relieve, lo ideal, lo eterno y lo infinito. Pero los muertos queridos no están en la eternidad solamente, se hallan a una en todos nosotros, y se perpetúan en la vida y en el alma de aquellos que les heredan y suceden.

## SIGLO XVIII

*El siglo XVIII en literatura castellana, suele calificarse y definirse diciendo que es el siglo de la influencia o más aún, de la imitación francesa; y es costumbre corroborar tal aserto, recordando que desde los comienzos de dicha centuria entró a gobernar en España la dinastía francesa de los Borbones, con un rey francés, Felipe V.*

*Ahora bien, aunque la mencionada influencia es innegable, debe tenerse en cuenta, para asignarle su verdadero carácter, en primer término que fué entonces un hecho común a toda Europa, y luego que no asumió en España, a pesar de su corte borbónica, mayor magnitud que en el resto del continente.*

*Debe agregarse, además, que en las letras castellanas dicha influencia no comprendió todos los géneros, ni asumió en todos igual intensidad: verdaderamente solo se la encuentra con caracteres resaltantes en la dramática, y en especial en la comedia, a partir de la segunda mitad del siglo.*

*Sentado lo anterior, diremos que la nota más saliente de la influencia francesa en las letras, es el academismo, el apego a las reglas de la preceptiva pseudo-clásica, y el culto de la razón y la verosimilitud.*

# 1. - LA POESÍA LÍRICA EN EL SIGLO XVIII

[La historia de la poesía lírica en el siglo XVIII debe hacerse teniendo en cuenta las dos mitades del mismo: en la primera todo es decadencia, amaneramiento y mediocridad; en la segunda se inicia en cambio un movimiento de restauración, cuyos frutos ofrecen interés por más de un concepto.]

## I.- LIRICOS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO

### a. La nueva escuela salmantina

**JUAN MELÉNDEZ VALDÉS**

(1754-1817)

DE MIS DESEOS

(ODA ANACREÓNTICA)

¿Qué te pide el poeta?  
di, Apolo, ¿qué te pide,  
cuando derrama el vaso,  
cuando el himno repite?

No que le des riquezas,  
que necios le codicien,  
ni puestos encumbrados,  
que mil cuidados siguen.

No grandes posesiones  
que abracen con sus lindes  
las fértiles dehesas  
que el Guadiana ciñe;  
ni menos de la India  
la concha y los marfiles,  
preciadas esmeraldas,  
lumbrosos amatistes.

Goce, goce en buen hora,  
sin que yo se lo envidie,  
el rico sus tesoros,  
sus glorias el felice.

y el mercader avaro,  
que entre escollos y sirtes  
de oro vaga sediento,  
cuando la playa pise,

con perfumados vinos  
a sus amigos brinde  
en la esmaltada copa  
que su opulencia indique;

que yo, en mi pobre estado,  
y en mi llaneza humilde,  
con poco estoy contento,  
pues con poco se vive.

Y así te ruego sólo  
que en quietud apacible  
inocentes y ledos  
mis años se deslicen;

sin que a ninguno tema,  
ni ajeno bien suspire,  
ni la vejez cansada  
de mi lira me prive.

## NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS

(1764-1809)

*Nació en Madrid y fué amigo de Meléndez Valdés, aunque le sobró la entereza y el patriotismo que siempre faltaron a este último. Habiéndose manifestado contra los franceses en 1808, fué desterrado de España por los mismos, y falleció en el destierro. Por el tono sentimental de algunas de sus composiciones y la íntima tristeza evidenciada en ellas, es considerado Cienfuegos como un precursor de los Románticos, en pleno período seudoclásico.*

### MI PASEO SOLITARIO EN PRIMAVERA

(FRAGMENTOS)

*[Por la composición a la cual pertenecen los fragmentos que van a leerse, y por algunas otras de la misma clase, ha sido considerado con razón Cienfuegos como un precursor del romanticismo en el siglo XVIII. Nada más penetrante que la honda tristeza de estos versos.]*

*Mihi natura aliquid semper amare dedit.*

Dulce Ramón, en tanto que dormido  
a la voz maternal de primavera,  
vagas errante entre el insano estruendo  
del cortesano mar siempre agitado,  
yo, siempre herido de amorosa llama,  
busco la soledad, y en su silencio  
sin esperanza mi dolor exhalo.  
Tendido allí sobre la verde alfombra  
de grama y trébol, a la sombra dulce  
de una nube feliz, que marcha lenta,  
con menudo llover regando el suelo,  
late mi corazón, cae, y se clava  
en el pecho mi lánguida cabeza,  
y por mis ojos violento rompe

el fuego abrasador que me devora.

Todo desapareció: ya nada veo  
ni siento sino a mí, ni ya la mente  
puede enfrenar la rápida carrera  
de la imaginación, que un momento  
de amores en amores va arrastrando  
mi ardiente corazón, hasta que prueba,  
en cuantas formas el amor recibe,  
toda su variedad y sentimientos.

.....

Tente, tente, ilusión... Cayó la venda  
que me hacía feliz; un cefirillo  
de repente voló y al son del ala  
voló también mi error idolatrado,  
Torno ¡mísero! en mí, y hállome solo,  
llena el alma de amor y desamado  
entre las flores que el Abril despliega,  
y allá sobre un amor lejos oyendo  
del primer ruiñeñor el nuevo canto.

.....

Mi querido Ramón, vos mis amigos,  
cuantos partís mi corazón amante,  
vosotros solos habitáis los yermos  
de mi país de amor. ¡Imagen santa  
de este mundo ideal de la inocencia!  
¡Ay, ay! fuera de vos no hay universo  
para este amigo, que por vos respira.  
Tal vez un día la amistad augusta  
por la ancha tierra estrechará las almas  
con lazo fraternal. ¡Ay! no: mis ojos,  
adormecidos en la eterna noche,  
no verán tanto bien; pero entretanto  
amadme, oh amigos, que mi tierno pecho  
pagará vuestro amor, y hasta el sepulcro  
en vuestras almas buscaré mi dicha.

## JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA

(1748-1791)

### LETRILLA JOCOSA

Faltando yo, es cierto  
que habré nombradía:  
*¡qué gran bobería,  
después de yo muerto!*

Diz que mi gran musa  
heroica me llama  
con póstuma fama  
sin tener excusa;  
vanidad intrusa  
del vulgo inexperto:  
*¡qué gran bobería,  
después de yo muerto!*

Al hacer de las mías  
dicen que me aplique,  
que casa edifique,  
torre y galerías,  
sin ver que mis días  
no han instante cierto:  
*¡qué gran bobería,  
después de yo muerto!*

Diz que si yo falto  
(mi Dios me perdone)  
harán se empadrone  
mi nombre tan alto,  
que llegue de un salto  
al polo más yerto:  
*¡qué gran bobería,  
después de yo muerto!*

Diz que otra Artemisa  
hará un mauseolo,  
al funeral sólo  
de mi hora precisa;

y morir de risa  
yo tengo por cierto:  
*¡qué gran bobería,  
después de yo muerto!*

Diz que mi retrato  
(¡qué cosa tan mona!)  
grabará Carmona  
con su buril grato,  
de frente a zapato  
de laurel cubierto:  
*¡qué gran bobería,  
después de yo muerto!*

## b. Líricos independientes

### LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

A DON GASPAR DE JOVELLANOS

(ÉPISTOLA)

Sí; la pura amistad que en dulce nudo  
nuestras almas unió, durable existe,  
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga  
ni la distancia, ni interpuestos montes  
y proceloso mar que suena ronco,  
de mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio a mi cariño impuso  
el son de Marte, que suspende ahora  
la paz, la dulce paz. Sé que en obscura,  
deliciosa quietud, contento vives;  
siempre animado de incansable celo  
por el público bien, de las virtudes  
y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos  
no castigados de tu docta lima,  
fáciles versos, la verdad te anuncian

de mi constante fe; y el cielo en tanto  
vuélveme presto la ocasión de verte  
y renovar en familiar discurso  
cuanto a mi vista presentó del orbe  
la varia escena. De mi patria orilla,  
a las que el Sena turbulento baña  
teñido en sangre, del audaz britano  
dueño del mar al aterido belga,  
del Rhin profundo a las nevadas cumbres  
del Apenino, y la que en humo ardiente  
cubre y ceniza a Nápoles canora,  
pueblos, naciones visité distintas,  
útil ciencia adquirí, que nunca enseña  
docta lección en retirada estancia,  
que allí no ves la diferencia suma  
que el clima, el culto, la opinión, las artes,  
las leves causan. Hallarásla sólo,  
si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas  
del Tiber, en sus orillas me detiene,  
de Roma habitador. ¡Fuésemme dado  
vagar por ella y de su gloria antigua  
contigo examinar los admirables  
restos que el tiempo, a cuya fuerza nada  
resiste, quiso perdonar! Alumno  
tú de las Musas y las artes bellas,  
oráculo veraz de la alma historia,  
¡cuánta doctrina al afluyente labio  
dieras, y cuántas, inflamado el numen,  
imágenes sublimes hallarías  
en los destrozos del mayor imperio!  
Cayó la gran ciudad que las naciones  
más belicosas dominó, y con ella  
acabó el nombre y el valor latino;  
y la que osada, desde el Nilo al Betis,  
sus águilas llevó, prole de Marte,  
adornando de bárbaros trofeos  
el Capitolio, conduciendo atados

al carro de marfil reyes adustos  
entre el sonido de torcidas trompas  
y el ronco aplauso de los anchos-foros,  
la que dió leyes a la tierra, horrible  
noche la cubre, pereció. Ni esperes  
del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,  
informes masas que el arado rompe,  
circos un tiempo, alcázares, teatros,  
termas, soberbios arcos y sepulcros,  
donde (fama es común) tal vez escucha  
en el silencio de la sombra triste  
lamento funeral, la gloria acuerdan  
del pueblo ilustre del Quirino, y sólo  
esto conserva a las futuras gentes  
la señora del mundo, ínclita Roma.

¿Esto, y no más, de su poder temido,  
de sus artes quedó? Qué ¿no pudieron  
ni su virtud, ni su saber, ni unida  
tanta opulencia mitigar del hado  
la ley tremenda, o dilatar el golpe?  
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden  
como la débil flor los fuertes muros,  
si los bronces y pórfidos quebranta,  
y los destruye, y los sepulta en polvo,  
¿para quién guarda su tesoro intacto  
el avaro feliz? ¿A quién promete  
nombre inmortal la adulación traidora,  
que la violencia ensalza y los delitos?  
¿Por qué a la tumba presurosa corre  
la humana estirpe, vengativa, airada,  
envidiosa? . . . ¿De qué, si cuanto existe  
y cuanto el hombre ve, todo es ruínas?  
Todo: que a no volver huyen las horas  
precipitadas, y a su fin conducen  
de los altos imperios de la tierra  
el caduco esplendor. Sólo el oculto  
numen que anima el universo, eterno  
vive, y él sólo es poderoso y grande.

**c. Iniciadores de la restauración  
poética**

**NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN**

(1737-1780)

**MADRID ANTIGUA Y MODERNA**

Los soberbios palacios  
con que ¡oh Madrid altiva! te engrandeces,  
ocupan los espacios  
anchos que en tus niñeces  
los arados rompieron tantas veces.

Viñedos y aranzadas  
del suelo que ocupaste has apartado,  
y hay torres levantadas  
donde en tiempo pasado  
creció el olivo. a Palas consagrado.

Por donde con el trillo  
circularon las yuntas de los bueyes  
sobre el haz amarillo,  
van dando al orbe leyes  
en carro ebúrneo príncipes y reyes.

Fuiste ignorada aldea  
y eres cabeza ya de entrambos mundos:  
no aparta la febea  
luz sus rayos fecundos  
de tus tierras y piélagos profundos.

Mas no de la grandeza  
presente fíes: todo es vanidades,  
y acaba cuanto empieza,  
pues ya en nuestras edades  
ni Troya ni Palmira son ciudades.

La Atlántica famosa  
se hundió en el mar: voraz el tiempo altera

el globo, no reposa,  
no es hoy lo que antes era:  
ni ya Tule tampoco es la postrera.

## JOSÉ CADALSO

(1741-1782)

### A LA FORTUNA

Fortuna, a quien el vulgo llama diosa  
(y tanto tu inconstancia lo desmiente),  
no creas que tu ceño me amedrente,  
ni que por ver tu cara más gustosa  
inmute yo mi frente.  
Con ella levantada te he mirado,  
despreciando tus males y tus bienes,  
y cuando de triunfar del orbe vienes  
te venzo, y del laurel que tú has ganado  
corono yo mis sienes.

## 2.-EL TEATRO EN EL SIGLO XVIII

### LA TRAGEDIA Y LA COMEDIA SEUDOCLÁSICA DE INFLUENCIA FRANCESA

[El teatro en toda la primera parte del siglo, no fué sino una continuación cada vez más degenerada del glorioso teatro clásico español del siglo XVII. Señalan los pe. años de esa degeneración, primero JOSÉ DE CAÑIZARES (1676-1750) y ANTONIO DE ZAMORA (1660? — 1728), y en un plano mucho más inferior aún, LUCIANO FRANCISCO COMELLA (1751-1812), en quien aquélla puede decirse que se agota.

La reacción contra tal estado de cosas se inició tomando por modelo el teatro francés clásico, esencialmente distinto del clásico español del siglo XVII; y se establecieron normas rígidas fuera de las cuales ninguna obra teatral podía tenerse por buena, aunque divertiese y gustase al público. Entre esas normas, deben mencionarse en primer término las llamadas tres unidades, es decir, unidad de tiempo (la acción no debía referirse a hechos distantes unos de otros más de 24 horas), unidad de lugar (el sitio de la acción debía ser uno mismo durante toda la pieza) y unidad de acción (se rechazaban las acciones secundarias o adventicias); además cabe recordar también el principio de la separación de lo cómico y lo trágico, en virtud del cual en una misma pieza no era lícito mezclar episodios trágicos y cómicos, como se hacía en el siglo XVII en España, en que tampoco se observaron las tres unidades; gracias al referido principio de separación, nos ofrece el teatro

español de influencia francesa del siglo XVIII, por un lado tragedias y por otro comedias, sin confusión alguna.

Debemos añadir ahora que las TRAGEDIAS neoclásicas españolas del siglo XVIII carecen de valor. Enumeraremos únicamente las principales, que son: *La Virginia* (1750) y *el Ataulfo* (1753), de AGUSTIN MONTIANO y LUYANDO (1697-1764); *la Hormesinda* (1770) de NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1737-1780); y *la Raquel* (1778), de VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA (1734-1787).

En cambio, la COMEDIA de imitación francesa alcanzó verdadera perfección, y su éxito se prolongó hasta fines de la época romántica, como ya sabemos, quizá en parte por el vigoroso impulso recibido de LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN, el verdadero creador y la más alta expresión de esta forma especial dentro del teatro de España.]

## LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

(1760-1828)

*Este celebrado poeta y autor cómico pertenece tanto al siglo XVIII como al XIX. Nació en Madrid, y fué su padre el célebre escritor D. Nicolás Fernández de Moratín. En 1787 estuvo en Francia en calidad de secretario de Cabarrús. Protegido después por Godoy, viajó por Francia, Inglaterra, Países Bajos, Alemania e Italia de 1792 a 1796. Cuando la invasión francesa, se sometió a José Bonaparte, con lo cual a su caída tuvo que huir de España, pasando a Francia donde permaneció hasta su muerte, acaecida en París.*

Como poeta lírico y satírico ocupa Moratín uno de los primeros puestos en la literatura de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Más importante aun es su acción como autor dramático, dentro del género cómico. Admirador ferviente e ilustrado de Molière, fué él quien impuso en España a últimos del siglo XVIII y mediante una serie de obras maestras, el molde que adoptó la comedia en España por más de medio siglo, y cuyo rasgo dominante fué ceñirse al ambiente medio de la vida corriente, sin avordar aún los complejos problemas que encaró después.

Sus más notables obras teatrales son: *El Viejo y la Niña* (1786), su primer comedia; *La Comedia Nueva* (1792), obra de combate, en prosa, contra los malos dramáticos del siglo XVIII. *La Mojiqata* (1804), en verso, y *El Sí de las Niñas* (1805), en admirable prosa, y la mejor obra de esta escuela en España.

## EL CAFÉ

Protestando contra el estado de decadencia verdaderamente lastimoso a que había descendido el teatro español hacia la mitad del siglo XVIII, escribió Moratín esta obra en dos actos, llamada también LA COMEDIA NUEVA.

Su breve acción se desarrolla en un café contiguo a un teatro, donde se reúnen escritores, cómicos y críticos. El autor de una pieza ridícula, en la cual presenta Moratín como una caricatura de las que entonces se escribían, explica su obra a los presentes, entre los cuales se hallan D. Antonio y D. Pedro, en quienes encarna Moratín su propio modo de ver. La obra en cuestión se llama "El Gran Cerco de Viena". Su comienzo es como sigue:

"Salen el Emperador Leopoldo, el Rey de Polonia y Federico Senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares a caballo. Y dice el Emperador:

"Ya sabéis, vasallos míos,  
que habrá dos meses y medio  
que el Turco puso a Viena  
con sus tropas el asedio;  
y que para resistirle  
unimos nuestros desnudos  
dando nuestros nobles bríos,  
en repetidos encuentros,  
las pruebas más relevantes  
de nuestros invictos pechos.  
Bien conozco que la falta  
del necesario alimento,  
ha sido tal, que rendidos  
de la hambre a los esfuerzos,  
hemos comido ratones,  
sapos y sucios insectos."

Prosiguiendo su exposición muy orondo, encomia el regocijante personaje una escena de principio del segundo acto, donde la dama se cae muerta nada menos que de hambre; y D. Antonio, que socarronamente había leído el trozo transcrito más arriba, da también lectura al siguiente final de dicho acto:

EMP. —Y en tanto que mis recelos...

VISIR —Y mientras mis esperanzas...

SENESEC. —Y hasta que mis enemigos...

EMP. —Averiguo.

VISIR — Logre.

SENESEC. — Caigan.

- EMP. — *Rencores, dadme favor.*  
 VISIR. — *No me dejes, tolerancia.*  
 SENESC. — *Denuedo, asiste a mi brazo.*  
 TODOS — *Para que admire la patria  
 et más generoso ardid  
 y le más tremenda hazaña."*

*Con estos antecedentes, damos a continuación la Escena V del Acto 2º de El Café, donde D. Pedro, indignado por la representación de El Gran Cerco de Viena, a la cual asistió en parte, habla del asunto con D. Antonio.*

## ESCENA V.

DON PEDRO Y DON ANTONIO

- D. ANTONIO. — ¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues y la comedia ¿en qué queda?
- D. PEDRO. — Hombre, no me hable usted de comedia (*se sienta*), que no he tenido rato peor muchos meses ha.
- D. ANTONIO. — (*Sentándose junto a don Pedro*). Pues ¿qué ha sido ello?
- D. PEDRO. — ¡Qué ha de ser! Que he tenido que sufrir (gracias a la recomendación de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar, y la aproveché.
- D. ANTONIO. — ¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?
- D. PEDRO. — Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás a ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates, pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero, entre estos defectos se hallan cosas que, por la vida mía, tal vez

suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar o disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen más Calderón, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razón.

D. ANTONIO. — La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer a ella; pero dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo ¿sufre con paciencia ese espantable comedión?

D. PEDRO. — No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré a pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado a oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

D. ANTONIO. — ¿Qué dice usted?

D. PEDRO. — Es increíble. Ahí no hay más que un hacinamiento confuso de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni versificación, ni gusto, ni sentido común. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los días.

D. ANTONIO. — Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

D. PEDRO. — Pero ¿no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres más doc-

tos de la nación sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

ANTONIO. — Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos?... Reír o rabiarse: no hay otra alternativa... Pues yo más quiero reír que impacientarme.

PEDRO. — Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, a la gloria y a la conservación de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

[Completa en la Escena VII la anterior exposición de D. Pedro, Da. Mariquita, hermana del dramaturgo fracasado, la cual también vuelve del teatro donde El Cerco de Viena se ha venido abajo. Es uno de los pasajes más graciosos de la obra de Moratín, razón por la cual la insertamos a continuación.]

## DE LA ESCENA VII

D<sup>a</sup>. MARIQUITA. — Cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí había una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y después un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salía la dama con un chiquillo de la mano y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decía: "Madre, déme usted pan"; y la madre invocaba a Demogorgón y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre e hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no había comido en seis días, y apenas el chico empezó a pe

dirla pan, y ella a decirle que no le tenía, cuando, para servir a ustedes, la gente (que a la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro), comenzó de nuevo a alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro; y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecía sino que toda la casa se venía al suelo. Corrieron el telón; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; a mi hermana se la oprimió el corazón, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oído ni visto; en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido a un tiempo. ¡Válgame Dios! En lo que han venido a parar tantos proyectos.

[Termina la chispeante producción de Moratín, desengañando al áspero y bondadoso D. Pedro al fracasado dramaturgo de escribir más comedias, pagándole todas sus deudas, y asignándole en sus haciendas un destino, con que hacer frente a las necesidades de su familia y labrarse un porvenir.]

### 3.- LA NOVELA EN EL SIGLO XVIII

#### EL PADRE JOSÉ FRANCISCO DE ISLA

(1703-1781)

Nació en Vidanes, y a los dieciséis años entró en la Compañía de Jesús. Más tarde, cuando se le ofreció el puesto de Confesor de la Reina, no quiso aceptarlo, y se dedicó a trabajos docentes y literarios.

En 1746 comenzó a demostrar su ingenio malicioso y festivo, describiendo con afectada seriedad y hablando de las personas con exceso de elogios, las fiestas celebradas en Pamplona cuando subió Fernando VI al trono de España; llamábase la obra, Triunfo del Amor y de la Lealtad o Día Grande de Navarra, y sólo después de un tiempo se dieron cuenta los aludidos, de la burla de que habían sido objeto.

Pero la obra más importante del padre Isla, es su famosa novela de corte picaresco, titulada Historia del famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes (1758), en la cual se burla despiadadamente de los ampulosos y ridículos predicadores que en aquella época, dejándose ganar por el ananiamiento y la decadencia literaria reinante, habían llevado al pulpito las extravagancias del estilo al uso. La segunda parte del Fray Gerundio, se publicó en 1770; y aunque es muy inferior a la primera, el libro en su conjunto puede considerarse como la única novela del siglo XVIII español, digna de leerse.

Cuando la expulsión de los Jesuitas en 1767, pasó el Padre Isla primero a Córcega y luego a Italia.

Además de las obras mencionadas, son notables sus Cartas Familiares, y su traducción del Gil Blas, novela picaresca imitada de las españolas, y de asunto español también, debida al novelista francés Alano René Le Sage (1668-1747).

FRAY GERUNDIO

LIB. I. — CAP. V.

*De los disparates que aprendió Gerundio en la escuela de Villaornate.*

[Resuelven los padres del futuro predicador enviarlo a la escuela de Villaornate, "donde había un maestro muy famoso", al cual se dedica todo el presente capítulo. Hablando, pues, de él, escribe el Padre Isla estas divertidísimas páginas:]

1. Éralo un cojo, el cual siendo de diez años se había quebrado una pierna por ir a coger un nido. Había sido discípulo en León de un maestro famoso que de un rasgo hacía una pájara, de otro un pabellón, y con una A o una M al principio de una carta, cubría toda aquella primera llana de garambainas. Hacía carteles, que dedicaba a grandes personajes, los cuales por lo común se los pagaban bien; y aunque le llamaban por esto el maestro socaliñas, a él se le daba poco de los murmuradores, y no por eso dejaba de hacer sus ridículos cortejos. Sobre todo era eminente en dibujar aquellos carteles, que llaman de letras de humo, y con efecto pintaba un *Alabado* que podía arder en un candil. De este insigne maestro fué discípulo el cojo de Villaornate; y era fama, que por lo menos había salido tan primoroso garambainista como su mismo maestro.

2. Siendo cosa averiguada que los cojos por lo común son ladinos y avisados, y este tal cojo de quien vamos hablando, no era lerdo, aunque picaba un poco en presumido y en extravagante. Como salió tan buen pendolista, desde luego hizo ánimo a seguir la carrera de las escuelas; esto es, a ser maestro de niños; y para soltarse en la letra, se acomodó por dos o tres años de escribiente con el notario de la vicaría de San Millán, el cual era hombre curioso, y tenía algunos libros romancistas, unos buenos y otros malos. Entre

éstos había tres libritos de ortografía, cuyos autores seguían rumbos diferentes y aun opuestos, queriendo uno que se escribiese según la etimología o derivación de las voces; otro defendiendo que se había de escribir como se pronunciaba; y otro, que se debía seguir en eso la costumbre. Cada uno alegaba por su parte razones, ejemplos, autoridades, citando academias, diccionarios, lecciones, *ex omni lingua, tribu, populo et natione*; y cada cual esforzaba su partido con el mayor empeño, como si de este punto dependiera la conservación, o el trastornamiento y ruina universal de todo el orbe literario, conviniendo todos los tres en que la ortografía era la verdadera *clavis scientiarum*, el fundamento de todo el bien saber, la puerta principal del templo de Minerva, y que si alguno entraba en él sin ser buen ortografista, entraba por la puerta falsa; no habiendo en el mundo cosa más lastimosa, que se llamasen escritores los que no sabían escribir. Sobre este pie metía cada autor una zambra de todos los diantres en defensa de su particular opinión. Al etimologista y derivativo, se le partía el corazón de dolor, viendo a innumerables españoles indignos que escribían *España* sin *H*, en gravísimo deshonor de la gloria de su misma patria, siendo así que se deriva de *Hispania*, y ésta de *Híspsaan*, aquel héroe, que hizo tantas proezas en la caza de conejos, de donde en lengua *Púnica* se vino a llamar *Hispania*, toda tierra donde había mucha gazapina. Y si se quiere que se derive de *Hespero*, aun tiene origen y cuna más brillante, pues no viene menos que del lucero vespertino, que es ayuda de cámara del sol cuando se acuesta, y le sirve el gorro para dormir, el cual a ojos vistos se ve que está en el territorio celestial de nuestra amada patria; y quitándola a ésta la *H* con sacrílega impiedad, obscurecióse todo el esplendor de su clarísimo origen; y los que hacen esto se han de llamar españoles; ¡oh indignidad! ¡oh indecencia!

3. Pero donde perdía todos los estribos de la paciencia y aun de la razón, era en la torpe, en la bár-

bara, en la escandalosa costumbre o corruptela de haber introducido la *Y* griega, cuando servía de conjunción, en lugar de la *I* latina, que sobre ser más pulida y más pelada, tenía más parentesco con el *et* de la misma lengua, de donde tomamos nosotros nuestra *i*. Fuera de que la *y* griega tiene una figura hasta rústica y grosera, pues se parece a la horquilla con que los labradores cargan los haces en el carro; o aunque no fuera más que por esta gravísima razón, debía deterrarse de toda escritura culta y aseada. Por esto, decía dicho etimologista: siempre que leo en algún autor y *Pedro*, y *Juan*, y *Diego*, en lugar de: *i Diego*, *i Pedro*, *i Juan*, se me revuelven las tripas, se me conmueven de rabia las entrañas; y al contrario, no me harto de echar mil bendiciones a aquellos celeberrimos autores, que saben cuál es su *Y* derecha, y entre otros a dos catedráticos de dos famosas universidades, ambos inmortal honor de nuestro siglo, y envidia de los futuros, los cuales en sus dos importantísimos tratados de ortografía, han trabajado con glorioso empeño en restituir la *I* latina al trono de sus antepasados; por lo cual digo y diré mil veces, que son benditos entre todos los benditos.

4. No le iba en zaga el otro autor, que despreciando la etimología y la derivación pretendía que en las lenguas vivas se debía escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna que no se pronunciase. Era gusto ver cómo se encendía, cómo se irritaba, cómo se enfurecía contra la introducción de tantas *hh*, *nn*, *ss* y otras letras impertinentes, que no suenan en nuestra pronunciación. Aquí de Dios, y del Rey (decía el tal autor, que no parecía sino portugués en lo tanfarrón y en lo arrogante): Si pronunciamos *ombre*, *onra*, *ijo*, sin aspiración ni alforjas; ¿a qué ton hemos de pegar a estas palabras aquella *h* arrimadiza, que no es letra, ni calabaza, sino un recuerdo, o un punto aspirativo? y si se debe aspirar con la *h*, siempre que se pone; ¿por qué nos reímos del andaluz cuando pronunciaba *jijo*, *jonra*, *jombre*? Una de dos; o él habla bien.

o nosotros escribimos mal; pues ¿qué diré de las *nn*, *ss*, *rr*, *pp*, y demás letras dobles, que desperdiciamos lo más lastimosamente del mundo? Si suena lo mismo *pasión* con una *s* que con dos; *inocente* con una *n* que con dos; *Philipo* con una *p* que con dos; ¿*ut quid perditio haec?* Que doblemos las letras en aquellas palabras en que se pronuncian con particular fortaleza, o en las cuales, si no se doblan, se puede confundir su significado con otro, como en *perro* para distinguirle de *pero*, en *parro* para diferenciarle de *paro*, y en *cerro* para que no se equivoque con *cero*, vaya; pero en *buro*, que ya se sabe lo que es, y no puede equivocarse con otro algún significado; ¿para qué hemos de gastar una *r* más, que después puede hacernos falta para mil cosas? ¿Es esto más que gastar tinta, papel y tiempo contra todas las reglas de la buena economía? No digo nada de la prodigalidad con que maltratamos un prodigioso caudal de *uu*, que para nada nos sirven a nosotros, y con las cuales se podían remediar muchísimas pobres naciones, que no tienen una *u* que llegar a la boca: v. gr. en *qué*, en *por qué*, *para qué*, en *quiero*, et *Éliqua*; ¿no me dirán ustedes, qué falta nos hace la *u* puesto que no se pronuncia? ¿Estaría peor escrito *qiero*, *qé*, *por qé*, *para qé*, etc.?

Añado que como la misma *q* lleva envuelta en su misma pronunciación la *u*, podíamos ahorrar muchísimo caudal de *uu* para una urgencia, aun en aquellas voces en que claramente suena esta letra: porque; ¿qué inconveniente tendría que escribiésemos *qerno*, *qando*, *qales*, para pronunciar *querno*, *quando*, *quales*? Aun hay más en la materia: puesto que la *k* tiene la misma fuerza que la *q*, todas las veces que la *u* no se declara, distingamos de tiempos y concordaremos derechos, quiero decir, desterremos la *q* de todas aquellas palabras en que no se pronuncia la *u*, y valgámonos de la *k*, pues aunque así se parecerá la escritura a los Kyries de la misa, no perderá nada por eso. Vaya un verbigracia de toda esta ortografía.

5. “El ombre ke kiera escribir coretamente, uya tanto pudiere de escribir akellas letras, ke no se egs-presan en la pronanciación; porke es desonra ue la pluma, ke debe ser buena ija de la lengua, no aprender lo ke la enseña su madre, etc.” Cuéntese las *uu* que se ahorran en sólo este período, y por aquí se sacará las que se podrían ahorrar al cabo de años, en libros, instrumentos y cartas: y luego extrañarán que se haya encarecido el papel.

6. Por el contrario, el ortografista, que era de opinión que en esto de escribir se había de seguir la costumbre, no se metía en dibujos; y hacienuo gran burla de los que gastaban el calor natural en estas bagatelas, decía que en escribiendo como habían escrito nuestros abuelos, se cumplía bastantemente; y más cuando en esto de ortografía, hasta ahora no se habían establecido principios ciertos y generalmente admitidos, más que unos pocos, y que en lo restante cada uno fingía lo que se le antojaba. El cojo, que como ya dijimos era un si es no es muchísimo extravagante, leyó todos los tres tratados: y como vto que la materia tenía mucho de arbitraria, y que cada cual discurría según los senderos de su corazón, le vino a la imaginación un extraño pensamiento, parecióle que él tenía tanto caudal como cualquiera para ser inventor, fundador y patriarca de un nuevo sistema ortográfico: y aun se lisonjeó su vanidad, que acaerdaría con uno jamás oído ni imaginado, que fuese más racional y más justo que todos los descubiertos; figurándosele, que si acertaba con él, se haría el maestro de niños más famoso que había habido en el mundo, desde la fundación de las escuelas hasta la institución de los escolapios inclusive.

7. Con esta idea comenzó a razonar allá para consigo, diciéndose a sí mismo: ¡Válgame Dios! las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventaron para ser representación de las palabras; conque por fin y postre ellas también vienen a ser

representación de los conceptos. Pues ahora, aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe, esas serán las más propias y adecuadas, y así, cuando yo concibo una cosa pequeña la debo escribir con letra pequeña y cuando grande con letra grande. Verbigracia; ¿qué cosa más impertinente, que hablando de una pierna de vaca, escribirla con una *v* tan pequeña, como si se hablara de una pierna de hormiga, y tratando de un monte, usar una *m* tan ruín como si se tratara de un mosquito? Esto no se puede tolerar, y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta aquí; ¿hay cosa más graciosa, o por mejor decir más ridícula, que igualar a Zaqueo en la Z con Zorobabel y con Zabulón; siendo así, que consta de la Escritura, que el primero era pequeñito y casi enano, y los otros dos cualquiera hombre de juicio los concibe por lo menos tan grandes y tan corpulentos como el mayor gigantón del día del Corpus? ¿Por qué pensar, que no llenaban tanto espacio de aire, como llenan la boca, *proportione servata*? ¿Es cuento de niños? ¿Pues ve aquí, que salgan Zaqueo y Zabulón en un escrito; y que siendo o habiendo sido en sí mismos tan desiguales en el tamaño, han de parecer iguales en la escritura! Vaya, que es un grandísimo despropósito. Ítem si se habla de un hombre en quien todas las cosas fueren grandes, como si dijéramos en San Agustín, ponderando su talento, su ingenio, su comprensión; ¿hemos de escribir y pintar en el papel estas agigantadas prendas con unas letricas tan menudas y tan indivisibles, como si habláramos por comparanza de las del autor del *Poema Épico de la Vida de S. Antón*, y otros de la misma calaña? Eso sería cosa ridícula, y aun ofensiva a la grandeza de un Santo Padre de tanta magnitud. Fuera de que, ¿dónde puede haber mayor primor, que el hacer que cualquier lector, sólo con abrir un libro, y antes de leer ni una sola palabra, conozca por el mismo tamaño y multitud de las letras grandes, que allí se trata de cosas grandiosas, mag-

níficas y abultadas? ¿Y al contrario, en viendo que todas las letras son de estatura regular, menos tal cual que sobresale a trechos, como los pendones en la procesión, cierre incontinenti el libro, y no pierda tiempo en leerle, conociendo desde luego que no se contienen en él sino cosas muy ordinarias y comunes? Quiero explicar esto con el ejemplo de un estupendo sermón, predicado al mismo S. Agustín, el mejor que he oído ni pienso oír en los días de mi vida. Preguntaba el predicador: ¿por qué a San Agustín se le llama el *Gran Padre de la Iglesia*, y a ningún otro Santo Padre ni doctor de ella se le daba ese *epíteto*? (Así decía él). Y respondió:

“Porque mi Agustino, no sólo fué gran Padre; sino Gran Madre y Gran Abuelo de la Iglesia. Gran Padre, porque antes de su conversión tuvo muchos hijos, aunque no se logró más que uno. Gran Madre, porque Concibió muchos libros. Gran Abuelo, porque Engendró a los Ermitaños de San Agustín, pues todas las religiones Mendicantes, que siguen su Santa Regla, las cuales todas son Nietas del Grande Agustino”.

9. Este trozo de sermón, que oí con estos mismísimos oídos, que han de comer la tierra, y un pobre ignorante y mentecato, aunque tenía crédito de gran letrado y hombre maduro, trató de puerco, sucio, hediondo y digno del fuego, pero a mí me pareció, y hoy día me lo parece, la cosa mayor del mundo: digo que este trozo de sermón, escrito como está escrito, esto es, con letras mayúsculas y garrafales en todo lo que toca a San Agustín, desde la primera vista llama la atención del lector, y le hace conocer que allí se contienen cosas grandes, y, sin poderse contener, luego se adelanta a leerlo: cuando al contrario, si estuviera escrito con letras ordinarias, no pararía mientes en él, y quizá le arrimaría sin haber leído una letra. Así que en ésta mi ortografía se logra: lo primero, la propiedad de las letras con los conceptos que representan; lo segundo, el decoro de las personas de quien se trata;

lo tercero, el llamar la atención de los lectores. Y podía añadir lo cuarto, que también se logra la hermosura del mismo escrito; porque son las letras grandes en el papel lo que los árboles en la huerta, que la amenizan y la agracian, y desde luego da a entender que aquella es huerta del Señor; cuando un libro de letras todas iguales y pequeñas, parece huerta de verdura y hortaliza, que es cosa de gente ordinaria.

10. Con estas disparatadas consideraciones se enamoró tanto el extravagante cojo de su ideada ortografía, que resolvió seguirla, entablarla y enseñarla. Y habiendo vacado por aquel tiempo la escuela de Villornate, por ascenso del maestro actual a fiel de fechos de Cojeces de abajo, la pretendió y la logró a dos paletadas; porque ya había cobrado mucha fama en toda la tierra, con ocasión de los litigantes que acudían a la vicaría. Llovían niños como paja de todo el contorno a la fama de tan estupendo maestro; y Antón Zotes y su mujer resolvieron enviar allá a su Gerundio, para que no se malograra la viveza que mostraba. El cojo le hizo mil caricias, y desde luego comenzó a distinguírle entre los demás niños. Sentábele junto a sí, hacíale punteros, limpiábale los mocos y dábale avellanas y mondaduras de peras. No era oro todo lo que relucía; el bellaco del cojo sabía bien que no echaba en saco roto los cariños que hacía a Gerundio; porque a los buenos de sus padres se les caía la baba, y además de pagarle puntualmente el real del mes, la rosca del sábado, que llevaba su hijo, era la primera y la mayor, si siempre acompañada con dos huevos de pava, que no parecían sino mismamente como dos bolas de trucos. Amén de eso, en tiempo de matanza eran corrientes y seguras tres morcillas, con un buen pedazo de solomo: esto sin entrar en cuenta dos buenas varas de longaniza, que era el colgajo del día de San Martín, nombre que tenía el maestro.

## 4. FABULISTAS DEL SIGLO XVIII

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO

(1745-1801)

EL CAMELLO Y LA PULGA

(FÁBULA)

Al que ostenta valimiento  
cuando su poder es tal,  
que ni influye en bien ni mal,  
le quiero contar un cuento.

En un larga jornada  
un camelló muy cargado  
exclamó, ya fatigado:

«¡ Oh qué carga tan pesada !».  
Doña Pulga, que montada  
iba sobre él, al instante  
se apea, y dice arrogante:

«Del peso te libro yo».  
El camello respondió:  
«Gracias, señor elefante».

## TOMÁS DE IRIARTE

(1750-1791)

### EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

(FÁBULA)

Un Oso, con que la vida  
ganaba un piamontés,  
la no muy bien aprendida  
danza, ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,  
dijo a una Mona: «¿Qué tal?»  
Era perita la Mona.  
Y respondióle: «Muy mal».

«Yo creo, replicó el Oso,  
que me haces poco favor.  
Pues qué, ¿mi aire no es garboso?  
¿no hago el paso con primor?»

Estaba el Cerdo presente,  
y dijo: «¡Bravo! ¡Bien va!  
¡Bailarán más excelente  
no se ha visto ni verá!»

Echó el Oso, al oír esto,  
sus cuentas allá entre sí,  
y con ademán modesto  
hubo de exclamar así:

«Cuando me desaprobaba  
la Mona, llegué a dudar;  
mas ya que el Cerdo me alaba,  
muy mal debo de bailar».

Guarde para su regalo  
esta sentencia un autor:  
Si el sabio no aprueba, ¡malo!  
si el necio aplaude, ¡peor!

## 5. - LA PROSA DOCTRINA EN EL SIGLO XVIII

**GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS**

(1744-1810)

*Nació en Gijón, y siguió la carrera del Derecho. Fué magistrado en Sevilla y después en Madrid. A la caída del Conde de Cabarrús, su amigo, en 1789, fué desterrado a Asturias. En 1797 se le designó Ministro de Justicia, pero debido a ciertas intrigas dejó el cargo al año siguiente, en que fué de nuevo desterrado a Gijón. Luego, de 1801 a 1808, estuvo preso en la isla de Mallorca. Cuando, en la última de las mencionadas fechas, volvió a España, la halló en poder de los franceses; y entonces formó parte de la Junta Central como representante de Asturias. Cuando los franceses ocuparon a Gijón, huyendo de ellos se refugió en Vega de Navia, y allí murió.*

*Por su carácter elevado, bondadoso y austero, tuvo Jovellanos mucha autoridad en su tiempo, y fué notable la influencia de sus consejos sobre los poetas de Salamanca, que en sus versos le llaman Jovino. El mismo escribió poesías, como ser letrillas, romances, sátiras y epístolas.*

*Pero en realidad donde descuellan es en la prosa, y señaladamente en la Memoria en defensa de la Junta Central (1810), en la Memoria de la Ley Agraria y en sus Cartas.*

*De estas obras dice el señor Menéndez Pidal, que pueden "pasar por el mejor tipo de prosa que nos ofrece el siglo XVIII."*

## DEFENSA DE LA JUNTA CENTRAL

(DEL ARTÍCULO III)

[Disuelta en 1810 la Junta Central, de la que Jovellanos había formado parte, sale éste en defensa de aquélla, contra los acusadores y perseguidores de sus ex miembros].

En la última calumnia divulgada contra los miembros de la Junta gubernativa, acabaron de vomitar sus enemigos todo el odio que en sus ruines almas escondían. Era muy grave, sin duda, sobre vergonzoso, el crimen de *peculato*; pero el de infidencia a la patria en las circunstancias en que, y en las personas a quienes se imputaba, reunía toda la enormidad que podía hacerle en el más alto grado abominable y atrozísimo. Y esto hace ver que si nuestros calumniadores fueron bastante insensatos para atribuirnos un crimen que por inverosímil y repugnante se haría increíble o se desvanecería por sí mismo, también fueron bastante malvados en aprovechar el momento que era más favorable para producir el pronto y terrible efecto a que aspiraban. Hallábase la nación consternada por la triste y no esperada derrota de Ocaña y por la falta del mejor de sus ejércitos; los enemigos, vencida la barrera de Sierra-Morena, venían derramándose sobre los cuatro reinos de Andalucía; uno de sus ejércitos se avanzaba al de Sevilla y amenazaba su capital; aquella populosa ciudad estaba ya en el mayor sobresalto, y en este punto el Gobierno, saliendo de ella para trasladarse a la isla de León, parecía abandonarla a su suerte. ¡Qué momento tan oportuno para representar los centrales como fugitivos y traidores a la credulidad de un vulgo tan acostumbrado a oír esta voz, y tan agitado y descontento entonces, como propenso siempre a atribuir a la infidelidad las desgracias públicas!

Pero por más que circunstancias tristes y raras hubiesen favorecido aquella calumnia en Sevilla, por más

que su eco hubiese resonado en otras partes por algunos días, por más que la emulación y la envidia hubiesen salido en su apoyo en los lugares en que se reunió el Gobierno, el tiempo solo bastó para desvanecerla: la verdad tomó su lugar, y se puede ya asegurar sin reparo que no habrá hoy en toda la extensión de España un solo hombre de sano juicio y recto corazón que pueda darle el más pequeño asenso.

Porque, ¿a quién podría persuadirse que hombres tan altamente calificados por la opinión pública cayesen todos de repente en tanta vileza y corrupción como sus calumniadores suponían? ¿Cabía esto siquiera en el corazón humano? No por cierto. Capaz del bien y el mal, así como no se levanta de un vuelo hasta la cima de la heroica virtud, tampoco se despeña de un golpe en la sima de la iniquidad. Máximas de prudencia y justicia, de moderación y honestidad, bebidas en la primera educación; ejemplos de fortaleza, de beneficencia y patriotismo presentados en la juventud, y admirados y fielmente seguidos, forman los hábitos virtuosos que le perfeccionan y elevan por grados a la primera. Ignorancia y abandono en la primera edad, malos ejemplos aplaudidos o defectos tolerados, y pasiones mal reprimidas en la adolescencia, forman los hábitos perversos, que le corrompen y abaten hasta la segunda. Cabe sin duda en la flaqueza humana que un hombre antes inocente, agitado por el furor de una pasión fogosa y exaltada, se arroje sin reflexión a cometer alguna acción temeraria y violenta; pero ¿cabrá en este hombre un atroz designio, que no pueda concebirse sino por la más negra iniquidad, ordenarse sino con la más fría y profunda meditación, ni ejecutarse sino por medios viles, oficios tenebrosos, arterías y astucias pérfidamente maquinadas? Y lo que no cabe en un hombre solo, ¿cabría en más de treinta de tan distinguido carácter y de probidad tan generalmente reconocida? Creer, pues, que todos, sin excepción alguna, desmintiesen de repente esta probidad, y hacién-

dose insensibles al freno del honor y sordos a la voz de la conciencia, y olvidados de lo que debían a su Dios, a su rey, a su patria y a sí mismos, se hiciesen de repente traidores, sería creer un fenómeno, tan raro en el orden moral como el retroceso de los planetas en el orden físico.

Y aun dado por posible este fenómeno moral, ¿cómo lo sería que en tanto número de personas de tan diferente condición y carácter se hallase tan estrecha unión, tan estudiado disimulo, tan profundo secreto y tan tortuosa conducta, como este malvado designio requería? Y cuando esto fuera repugnante en cualquier noble corporación, cuando lo fuera en el más humilde gremio o cofradía, ¿cuánto más no lo fuera en un cuerpo compuesto de tan nobles y tan varios elementos; en un cuerpo en que se habían reunido prelados, grandes, canónigos, militares, togados, intendentes y otras personas de diferente clase y profesión; en un cuerpo cuyos individuos se distinguían, más todavía que por su profesión, por su clase, por su educación, por sus talentos, por sus estudios, por sus servicios y por su conducta y carácter, y entre los cuales por lo mismo no podían faltar ni el deseo de dominar y distinguirse, ni la lucha y diferencia de opiniones, ni los celos y desavenencias, ni la falta de discreción y prudencia, ni la buena ni aun la mala emulación; vicios endémicos que turban la concordia de todas las corporaciones? Y cuando nuestros enemigos no cesaban de llamar defectuosa e imperfecta nuestra institución, precisamente porque entre tanto número de individuos creían difícil hallar la unión, la actividad y el secreto necesario para salvar la patria, ¿cómo podrían creer que sólo era fácil para venderla? ¿Creían por ventura que esta unión era imposible para el bien, y sólo posible y fácil para el mal? ¡Insensatos! El honor, la conciencia, el respeto a la opinión pública, el amor a nuestro rey y a nuestra patria, y el odio a la tiranía, nos pudieron unir y nos unieron para desempeñar fiel-

mente nuestro deber hasta donde nuestras luces y nuestras fuerzas alcanzaron. ¿Cuáles, decid, cuáles pudieron ser los motivos que nos uniesen para prostituirle?

Porque siendo constante que los hombres no obran sin que algún impulso mueva o determine su acción, y que este impulso deba ser proporcionado a la grandeza de las acciones que produce, a nuestros enemigos toca señalar cuál pudo ser el que sacándonos de la senda del honor y virtud nos despeñó en tanta vileza y depravación. Sentimientos de odio y de amor, de temor o de interés, suelen mover poderosamente las acciones humanas. Y bien, ¿cuál de éstos pudo movernos a ser traidores a nuestro rey y a nuestra patria? ¿Será el odio a un rey tan virtuoso y tan desgraciado, o a una patria tan generosa y tan afligida? ¿A un rey que libraba en nosotros la esperanza de recobrar su libertad y su trono, o a una patria que nos había confiado el rescate de su rey y la defensa de su libertad? ¿Sería acaso el amor? Pero ¿a quién? ¿Al monstruo de perfidia que tan vilmente había engañado a nuestro amado e inocente rey, y tan cruelmente estaba ultrajando y oprimiendo a nuestra heroica y querida patria? ¿Sería el temor? Pero ¿qué podían temer los que estaban cubiertos con el escudo de la suprema autoridad y defendidos por todo el poder de una nación tan heroica y valiente? ¿Sería el interés? Pero, ¿cuál pudo tentar a los que habían abandonado sus empleos, su casa, su fortuna y sus esperanzas para servir y ser fieles a su patria? Ni ¿qué interés pudo presentar a nuestra ambición la ruín política del tirano? ¿De mando? ¿Cuál igualaría al que ejercíamos en el seno de nuestra patria? ¿De honores? Y ¿cuáles serían comparables a aquel a que nuestra patria nos había elevado? ¿De otras altas recompensas? Pero ¿cuáles podría esperar nuestra perfidia de un tirano ofendido y provocado, que no pudiese esperar nuestra fidelidad de una patria gene-

rosa y reconocida? No, no; si esto no cabía en nuestro carácter ni en nuestra conciencia, menos cabía en nuestra razón ni en nuestra seguridad. ¿Podíamos acaso desconocer la condición de un tirano, modelo de tiranos, tan sabiamente prevista y tan exactamente definida por nuestras leyes? ¿Podíamos poner la menor confianza en los halagos y sugerencias de un monstruo, para quien la religión, los dulces vínculos del amor y de la sangre, el honor, la amistad, la buena fe, son nombres vanos; para quien las palabras, las promesas, los más solemnes tratados y los más santos juramentos, no son otra cosa que medios de seducción y perfidia?

Pero ¿qué digo? Los que disfrutábamos el alto honor de estar al frente de la nación más heroica del mundo, y aclamados en ella por padres de la patria, ¿iríamos a postrarnos a los pies del soldán de la Francia, para que nos pusiese en la lista de sus viles esclavos? ¿Iríamos a inclinar la rodilla ante el sátrapa de Madrid, para ayudarle a usurpar el trono de Pelayo y robar a nuestro Fernando el Séptimo la herencia de los Alfonsos y los Fernandos de Castilla? ¿Iríamos a mezclarnos con los Ofarriles, Urquijos y Morlas, con los caballeros Arribas, y Marquinas, para ser, como ellos, insultados y despreciados por los insolentes bajæs del tirano, o iríamos a confundirnos entre los demás apóstatas de la patria, para ser, como ellos, escupidos, y escarmentados por nuestros fieles y oprimidos hermanos, para ostentar a su vista la ignominia que cubre siempre el rostro de los traidores, y para ser a todas horas objeto de su odio y execración? ¡Oh, colmo de ignominia y vileza! ¡Oh, asombro de malicia y perversidad! ¡Españoles, hijos de la lealdad y el honor, dechados de probidad y buena fe, sed vosotros jueces en esta causa! Juzgad, pronunciad si aquellos honrados ciudadanos que merecieron un día

vuestra confianza, pudieron caer en tan vil y vergonzoso abatimiento. Y si todavía los halláis dignos de loor o aprecio, haced que vuestro imparcial y respectable juicio desplome sobre sus infames calumniadores toda la ignominia con que quisieron manchar sus nombres y memoria.

## SIGLO XVII

*Este siglo, en su primera mitad al menos, pertenece a la Edad de Oro de las letras castellanas; bastaría para ello haber presenciado el apogeo de la Novela y del Teatro Español, los dos géneros que, unidos a la Épica de la Edad Media, constituyen los más altos títulos de gloria de la literatura peninsular.*

*Dos vicios literarios, el Culteranismo o sea amaneramiento en los vocablos y la sintaxis, y el Conceptismo o rebuscamiento y complicación en las ideas y conceptos, originados en el primer tercio del siglo y luego difundidos y agravados por la torpeza de autores sin gusto ni criterio, determinaron en su segunda mitad una visible decadencia, que en la primera parte del siglo XVIII hemos visto llegar hasta los últimos extremos soportables.*

# 1.-LA NOVELA EN EL SIGLO XVII

## I. "EL QUIJOTE"

**MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

(1547-1616)

De la segunda salida de D. Quijote, acompañado de su escudero Sancho Panza, y aventura de los molinos.

En este tiempo solicitó D. Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas D. Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer e hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego D. Quijote orden de buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó a una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada a un su amigo, y pertrechando su rota cela-

da lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester: sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba ducho a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco D. Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno a la memoria; mas con todo eso determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni D. Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese: en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó D. Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo: Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual respondió D. Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada por los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo deter-

minado de que por mí no falte tan agraciada usanza, antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o por lo menos de marqués de algún valle o provincia de poco más o menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno de ellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo. Desta manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oíslo, vendría a ser reina y mis hijos infantiles. ¿Pues quién lo duda?, respondió D. Quijote. Yo lo dudo, respondió Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Marí Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravédís para reina; condesa le caerá mejor, y aún Dios y ayuda. Encomiéndalo tú a Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le dará lo que más le convenga, pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado. No haré, señor mío, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió, dijo a su escudero: La aventura va guiando nuestra cosa mejor de lo que acertábamos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o poco más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer:

que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por D. Quijote dijo: Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela con la lanza en ristre, arremetió a todo galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios!, dijo Sancho: ¿no

le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que el sabio Frestón ha vuelto estos gigantes en molinos para quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante que medio despalado estaba. Y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía D. Quijote, que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras por ser un lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo a su escudero le dijo: Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas ese día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina o roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquél, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a verlas, y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo, así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va a medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar.

respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir, que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes esc del no quejarse. No se dejó de reír D. Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podía muy bien quejarse cómo y cuándo quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contra en la orden de caballería. Díjole Sancho que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre algunos árboles, y de uno de ellos desgajó D. Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió D. Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

*[Sancho acaba de ser manteado en la venta, después de lo cual vuelve a reunirse con su amo].*

Llegó Sancho a su amo marchito y desmayado, tanto que no podía arrear a su jumento. Cuando así le vió D. Quijote, le dijo: Ahora acabo de oír, Sancho bueno, que aquel castillo o venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir o apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir a las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad. También me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo; así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en él estuvo que en encantamientos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras

que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho; y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen. ¡Qué poco sabes, Sancho, respondió D. Quijote, de achaques de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio; si no, dime ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; solo sé que después que somos caballeros andantes, o vuestra merced lo es, (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió D. Quijote; pero de aquí adelante yo procurare tener en las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos, y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba *el caballero de la ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y

vuestra merced viniese a hallar espada semejante, sólo vendría a servir y aprovechar a los armados caballeros, como el bálsamo, y a los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dijo D. Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero, cuando vió D. Quijote que por el camino que iban, venía hacia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió a Sancho, y le dijo: Este es el día, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió a mirarlo D. Quijote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes; y la polvareda que había visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba D. Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer, y a decirle: Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo D. Quijote, favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente lo conduce y guía el grande emperador

Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arruinado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió D. Quijote, porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve a la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo D. Quijote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondremos a este asno, que estamos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora. Así es verdad, dijo D. Quijote; lo que puedes hacer dél, es dejarle a sus aventuras, ahora se pierda o no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro: pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos a aquel altillo que allí se hace, de donde se deben descubrir los dos ejércitos. Hicieronlo así, y pusieronse sobre una loma, desde la cual se verían bien las dos manadas que a D. Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban, no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir: Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido a los pies de un

doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boli-che, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos a estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que según se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños a aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano, que dice así: *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón, que él se imaginaba, y a todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura. Y sin parar prosiguió diciendo: A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la

telice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo, los húmedos dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los *citae* tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las escondidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría a ninguno, le dijo: Señor, encomiendo al diablo, hombre ni gigante ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece que todo esto: a lo menos yo no los veo, quizá todo debe ser encantamento, como el fantasma de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió D. Quijote; ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambo-

res? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino mucho balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo D. Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas a derecha, porque uno de los efectos del miedo, es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diera mi ayuda: y diciendo esto puso las espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: Vuélvase vuestra merced, señor D. Quijote, que voto a Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir, vuélvase. ¡Desdichado del padre que me engendró! ¡qué locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; ¿qué es lo que hace? pecador soy yo a Dios. Ni por esas volvió D. Quijote, antes en altas voces iba diciendo: Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciañéronse las hondas y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como el puño. D. Quijote no se curaba de las piedras, antes discurrendo a todas partes decía: ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí, que un caballero solo soy que desea de solo a solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo; y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuer-

po. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o malferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza, y púsosela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almen- dra, y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer: viéndole pues caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta, y llegóse a él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole: ¿No le decía yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábetete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escudrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate a mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me pa-

rece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fué a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de D. Quijote, y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí más recio que una escopeta cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo, y como no las halló estuvo a punto de perder el juicio; maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar a su amo, y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto D. Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fué adonde su escudero estaba de pecho sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo además. Y viéndole D. Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dijo: Sábeta, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro; todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de suceder nos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas. ¿Cómo no?

respondió Sancho, ¿por ventura el que ayer manteca  
era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas  
que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro  
que del mismo? ¿Que te faltan las alforjas, Sancho?  
Dijo D. Quijote. Sí que me faltan, respondió Sancho.  
De ese modo no tenemos qué comer hoy, replicó D. Qui-  
jote. Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran  
por estos prados las yerbas que vuestra merced dice  
que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas  
los tan mal aventurados caballeros andantes como  
vuestra merced es. Con todo eso, respondió D. Qui-  
jote, tomara yo ahora más aún un cuartel de pan, y  
una hogaza de dos cabezas de sardinas arenques, que  
cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el  
ilustrado por el doctor Laguna; mas con todo esto su-  
be en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí,  
que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos  
ha de faltar, y más andando tan en su servicio como  
andamos, pues no faltan a los mosquitos del aire, ni a  
los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua,  
y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los bue-  
nos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Más  
bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predica-  
dor que para caballero andante. De todo sabían y han  
de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo D. Qui-  
jote, porque caballero andante hubo en los pasados si-  
glos, que así se paraba a hacer un sermón o plática en  
mitad de un campo real, como si fuera graduado por  
la universidad de París; de donde se infiere, que nun-  
ca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.  
Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respon-  
dió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos don-  
de alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte  
donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas,  
ni moros encantados, que si los hay, daré al diablo el  
hato y el garabato. Pídeselo tú a Dios, hijo, dijo D.  
Quijote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez  
quiero dejar a tu elección el alojarnos; pero dame acá

la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: ¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió D. Quijote, porque, en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo D. Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho; y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.

## II. LA NOVELA PICARESCA EN EL SIGLO XVII

### VICENTE ESPINEL

(1550-1624)

#### MARCOS DE OBREGÓN DESCUBRE AL AUTOR DE UN HURTO

(DE LA NOVELA "MARCOS DE OBREGÓN")

Descubrí en lo alto del cerro un cortijo, donde me llegué con toda la humildad del mundo; y aunque di

muchos golpes no me respondían, porque había mucha gente, que se había juntado allí aquella noche por ser día de fiesta.

Al fin, di tantos golpes, que me respondió un mozo, y diciéndome con la necesidad que venía, respondióme que me fuese en hora buena; y tornando a llamar acudió el aperador del cortijo, que en todas sus acciones pareció ser muy hombre de bien, y abriéndome la puerta acudió a mi necesidad y al cansancio de mi macho, y díjome: Perdona vuesa merced, que por estar dando voces sobre una serilla de higo que estos mozos me habían hurtado, no pude responder tan presto. Pues si no es más que por eso, dije yo, no le dé pena, que yo le diré quién se la hurtó. Angel será vuesa merced, respondió él, y no hombre, si me dice eso. Déjeme reposar, dije yo, y se lo diré. Descansé un rato, y mi macho cenó lo mejor que pudo; y yo cené un muy gentil gazpacho, que cosa más sabrosa no he visto en mi vida, que tanto tienen las comidas de bueno, cuanto el estómago tiene de hambre y de necesidad. Fuera de que el aceite de aquella tierra y el vino y vinagre es de lo mejor que hay en toda la Europa. Habiendo cenado, y estando todos los mozos alrededor, le dije al aperador: Este dornajo en que habemos cenado ha de descubrir el hurto de los higos. Dijo uno entre dientes: aun sería el diablo la venida del estudiante. Pedíle al buen hombre un poco de aceite y almagre, y sin que los mozos lo viesan unté el suelo del dornajo con una mezcla que hice de aceite y almagre, y pedíle un cencerro de las vacas, y poniéndolo debajo del dornajo dije, con voz que lo oyeron todos, habiendo puesto el dornajo más adentro, donde estaba el pajar: Pasen todos uno a uno, y den una palmada en el suelo del dornajo, y en pasando el que hurtó los higos sonará el cencerro. Fueron todos uno a uno, y dió cada uno su palmada en el almagre, y no sonó el cencerro que es lo que todos esperaban. Lláméles a todos y díjeles que abriesen las palmas de

las manos, las cuales tenían todos enalmagradas, si no era el uno de ellos; y así les dije a todos: Este gentilhombre hurtó los higos, que porque el cencerro no sonase no osó poner la mano en el dornajo. El se puso colorado como un escaramujo, y los demás estuvieron toda la noche reventando de risa y dándole matracca, y el aperador muy agradecido de haber hallado sus higos, y yo muy contento del buen acogimiento: y por el buen hospedaje dejéle dos cuchillos damasquinos, con que por poco le corta las orejas al ladrón de los higos.

## 2.- LA HISTORIA EN EL SIGLO XVII

**ANTONIO DE SOLÍS**

(1610-1686)

**HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO**

*Dase cuenta de lo mal que se recibió en Méjico la porfía de Cortés, de quién era Motezuma, la grandeza de su imperio, y el estado en que se hallaba su monarquía cuando llegaron los Españoles.*

(CAPÍTULO III DEL LIBRO II)

Causó grande turbación en Méjico la segunda instancia de Cortés. Enojóse Motezuma, y propuso con el primer ímpetu acabar de una vez con aquellos extranjeros que se atrevían a porfiar contra su resolución; pero entrados después en mayor consideración cayó de ánimo, y ocupó el lugar de la ira, la tristeza y la confusión. Llamó luego a sus ministros y parientes; hicieronse misteriosas juntas; acudióse a los templos con públicos sacrificios; y el pueblo empezó a desconsolarse de ver tan cuidadoso a su rey, y tan asustados a los que tenían por su cuenta el gobierno; de que resultó el hablarse con poca reserva en la ruina de aquel imperio y en las señales y presagios de que estaba según sus

tradiciones amenazado. Pero ya parece necesario que averigüemos quién era Motezuma; qué estado tenía en esta sazón su monarquía; y por qué razón se asustaron tanto él y sus vasallos con la venida de los Españoles.

Hallábase entonces en su mayor aumento el imperio de Méjico, cuyo dominio reconocían casi todas las provincias y regiones que se habían descubierto en la América septentrional, gobernadas entonces por él y por otros régulos o caciques tributarios suyos. Corría su longitud de Oriente a Poniente más de quinientas leguas; y su latitud de Norte a Sur llegaba por algunas partes a doscientas: tierra poblada, rica, y abundante. Por el Oriente partía sus límites con el mar Atlántico, que hoy se llama del Norte, y discurría sobre sus aguas aquel largo espacio que hay desde Panuco a Yucatán. Por el Occidente tocaba con el otro mar, registrando el Océano Asiático, o sea el golfo de Anian, desde el cabo de Mendocino hasta los extremos de la Nueva Galicia. Por la parte del Mediodía se dilataba más, corriendo sobre el Mar del Sur desde Acapulco a Guatemala, y llegaba a introducirse por Nicaragua en aquel istmo o estrecho de tierra que divide y engarza las dos Américas. Por la banda del Norte se alargaba hacia la parte de Panuco hasta comprender aquella provincia; pero se dejaba estrechar considerablemente de los montes o serranías que ocupaban los Chichimecas y Otomíes, gente bárbara sin república ni policía, que habitaba en las cavernas de la tierra, o en las quiebras de los peñascos, sustentándose de la caza y frutas de árboles silvestres; pero tan diestros en el uso de sus flechas, y en servirse de las asperezas y ventajas de las montañas, que resistieron varias veces a todo el poder mejicano, enemigos de la sujeción, que se contentaban con no dejarse vencer, y aspiraban sólo a conservar entre las fieras su libertad.

Creció este imperio de humildes principios a tan desmesurada grandeza en poco más de ciento y treinta años: porque los mejicanos, nación belicosa por na-

turaleza, se fueron haciendo lugar con las armas entre las demás naciones que poblaban aquella parte del mundo. Obedecieron primero a un capitán valeroso que los hizo soldados, y les dió a conocer la gloria militar: después eligieron rey dando el supremo dominio al que tenía mayor credito de valiente, porque no conocían otra virtud que la fortaleza, y si conocían otras, eran inferiores en su estimación. Observaron siempre esta costumbre de elegir por su rey al mayor soldado, sin atender a la sucesión, aunque en igualdad de hazañas preferían la sangre real; y la guerra que hacían los reyes, iba poco a poco ensanchando la monarquía.

Fué el undécimo de ellos, según lo pintaban sus anales, Motezuma, segundo de este nombre, varón señalado, y venerable entre los mejicanos aun antes de reinar.

Era de la sangre real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso y esforzado capitán con diferentes hazañas que le dieron grande opinión. Volvió a la corte algo elevado con estas lisonjas de la fama; y viéndose aplaudido y estimado como el primero de su nación, entró en esperanzas de empuñar el cetro en la primera elección: tratándose en lo interior de su ánimo como quien empezaba a coronarse con los pensamientos de la corona.

Puso luego toda su felicidad en ir ganando voluntades, a cuyo fin se sirvió de algunas artes de política. Afectaba grande obediencia y veneración a su rey, y extraordinaria modestia y compostura en sus acciones y palabras: cuidando tanto de la gravedad y entereza del semblante, que solían decir los indios que le venía bien el nombre de Motezuma, que en su lengua significa príncipe sañudo, aunque procuraba templar esta severidad forzando el agrado con la liberalidad.

Acreditábase también de muy observante en el culto de su religión: poderoso medio para cautivar a los

que se gobiernan por lo exterior; y con este fin labró en el templo más frecuentado un apartamento a manera de tribuna, donde se recogía muy a la vista de todos, y se estaba muchas horas entregado a la devoción del aura popular, o colocando entre sus dioses el ídolo de su ambición.

Hízose tan venerable con este género de exterioridades, que cuando llegó el caso de morir el rey su antecesor, le dieron su voto sin controversia todos los electores, y le admitió el pueblo con grande aclamación. Tuvo sus ademanes de resistencia, dejándose buscar para lo que deseaba, y dió su aceptación con especies de repugnancia: pero apenas ocupó la silla imperial cuando cesó aquel artificio que traía violentado su natural, y se fueron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombre de virtudes.

La primera acción en que manifestó su altivez fué despedir toda la familia real, que hasta él se componía de gente mediana y plebeya; y con pretexto de mayor decencia, se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios menos decentes de su casa. Dejábase ver pocas veces de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la majestad. Para los que conseguían llegar a su presencia inventó nuevas reverencias y ceremonias, extendiendo el respeto hasta los confines de la adoración. Persuadióse a que podía mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadir a los demás.

Impuso nuevos tributos sin pública necesidad, que se repartían por cabezas entre aquella inmensidad de súbditos; y con tanto rigor, que hasta los pobres mendigos reconocían miserablemente el vasallaje, trayendo a sus erarios algunas cosas viles, que se recibían, y se arrojaban en su presencia.

Consiguíó con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimiento, se rebelaron algunas provincias, a cu-

ya sujeción salió personalmente, por ser tan celoso de su autoridad, que se ajustaba mal a que mandase otro en sus ejércitos; aunque no se le puede negar que tenía inclinación y espíritu militar. Sólo resistieron a su poder y se mantuvieron en su rebeldía las provincias de Mechoacán, Tlascala y Tepeaca y solía decir él, que no las sojuzgaba porque había menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar a los sacrificios de sus dioses: tirano hasta en lo que sufría, o en lo que dejaba de castigar.

Había reinado catorce años cuando llegó a sus costas Hernán Cortés, y el último de ellos fué todo presagios y portentos de grande horror y admiración, ordenados o permitidos por el cielo para quebrantar aquellos ánimos feroces y hacer menos imposible a los Españoles aquella grande obra que con medios tan desiguales iba disponiendo y encaminando su Providencia.

### 3.- LA POESÍA LÍRICA EN EL SIGLO XVII

**LUIS DE GÓNGORA**

(1561-1627)

**ROMANCE BURLESCO**

Recibí vuestro billete,  
dama de los ojos negros,  
con mil donaires cerrado  
y con mil ansias abierto.  
En fe de los treinta escudos,  
que en vuestro renglón tercero  
vienen en un alma mía  
disimulados y envueltos,  
os envío ese inventario  
de las partidas que tengo,  
que es como si os enviara  
las del infante Don Pedro.  
Porque en materia de escudos  
sólo tengo un pavés viejo,  
y en moneda de reales,  
yo soy de un lugar Realengo.  
Y cuanto a las alcabalas,  
tengo un grande privilegio,  
que como no hay que vender,  
ni las pago ni las debo.

De los navíos de Indias  
poderosos y soberbios,  
me viene la dulce nueva  
cómo llegaron al puerto.  
Cúpome de partición  
de molinos de agua y viento,  
el molino de mis dientes  
que no muele a todos tiempos  
De dehesas y cortijos,  
viñas, huertas y majuelos,  
me cupieron los caminos,  
y la ciudad por linderos.  
No se me quejan las fuentes,  
ni los claros arroyuelos,  
que los enturbian cabezas,  
señaladas de mi hierro.  
Al fin mis hatos se incluyen  
en los que ciñen mi cuerpo,  
y en un Agnus Dei de alquimia  
se rematan mis corderos.  
Sólo el adorno de casa  
es señora de momento,  
porque en un momento es visto,  
y se acaba en un momento.  
También tengo alguna plata,  
por ser poca no la cuento,  
que es una santa patena  
que heredé de mis abuelos.  
No tengo paños de corte,  
mas no me faltan enteros,  
porque ya tengo la corte,  
sólo el paño es el que espero.  
También para mi salud,  
que es la prenda que más quiero,  
hay muy gentiles gallinas  
en mi mozo y en su dueño.  
En cosas dulces, Canaria,  
no iguala la que posco,

pues gozo una linda sarna  
rascada con cinco dedos.  
Al fin, que, señora mía,  
dicho por menos rodeos,  
si yo tengo sólo un cuarto  
muera de cuatro contrecho.  
Sin duda que se hallaron  
en mi triste nacimiento  
las estrellas en ayunas,  
pues tal hambre en mí influyeron.

### LETRILLA

*Ande yo caliente,  
Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno  
del mundo y sus monarquías,  
mientras gobiernan mis días  
mantequillas y pan tierno,  
y las mañanas de invierno  
naranjada y aguardiente;  
*Y riase la gente.*

Coma en dorada vajilla  
el príncipe mil cuidados  
como píldoras dorados;  
que yo en mi pobre mesilla  
quiero más una morcilla  
que en el asador reviente;  
*Y riase la gente.*

Cuando cubra las montañas  
de plata y nieve el enero,  
tenga yo lleno el brasero  
de bellotas y castañas,  
y quien las dulces patrañas  
del rey que rabió me cuente;  
*Y riase la gente.*

Busque muy en hora buena  
el mercader nuevos soles;

yó conchas y caracoles  
entre la menuda arena,  
escuchando a Filomena  
sobre el chopo de la fuente;  
*Y riase la gente.*

Pase a media noche el mar,  
y arda en amorosa llama  
Leandro por ver su dama;  
que yo más quiero pasar  
de Yepes a Madrigar  
la regalada corriente;  
*Y riase la gente.*

Pues Amor es tan cruel,  
que de Príamo y su amada  
hace tálamo una espada,  
do se junten ella y él;  
sea mi Tisbe un pastel,  
y la espada sea mi diente;  
*Y riase la gente.*

### LETRILLA SATÍRICA

*Poderoso caballero  
es don Dinero.*

Madre, yo al oro me humillo:  
él es mi amante y mi amado,  
pues de puro enamorado  
de contino anda amarillo;  
que pues, doblón o sencillo,  
hace todo cuanto quiero,  
*poderoso caballero  
es don Dinero.*

Nace en las Indias honrado,  
donde el mundo le acompaña;  
viene a morir en España  
y es en Génova enterrado.

Y pues quien le trae al lado  
es hermoso, aunque sea fiero,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

Es galán y es como un oro,  
tiene quebrado el color,  
persona de gran valor,  
tan cristiano como moro;  
pues que da y quita el decoro  
y quebranta cualquier fuero,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

Son sus padres principales  
y es de nobles descendiente,  
porque en las venas de Oriente  
todas las sangres son reales:  
y pues es quien hace iguales  
al duque y al ganadero,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

Mas ¿a quién no maravilla  
ver en su gloria sin tasa  
que es lo menos de su casa  
doña Blanca de Castilla?  
pero pues da al baxo silla  
y al cobarde hace guerrero,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

Sus escudos de armas nobles  
son siempre tan principales,  
que sin sus escudos reales  
no hay escudos de armas dobles;  
y pues a los mismos robles  
da codicia su minero,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

Por importar en los tratos  
y dar tan buenos consejos,

en las casas de los viejos  
gatos le guardan de gatos.

Y pues él rompe recatos  
y ablanda al juez más severo,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

Y es tanta su majestad  
(aunque son sus duelos hartos)  
que con haberle hecho cuartos  
no pierde su autoridad;  
pero pues da calidad  
al noble y al pordiosero,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

Nunca vi damas ingratas  
a su gusto y afición,  
que a las caras de un doblón  
hacen sus caras baratas.  
Y pues las hace bravatas  
desde una bolsa de cuero,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

Más valen en cualquier tierra  
mirad si es harto sagaz,  
sus escudos en la paz  
que rodela en la guerra.  
Y pues al pobre le entierra  
y hace propio al forastero,  
*poderoso caballero*  
*es don Dinero.*

## JUAN DE ARGUIJO

(1564? - 1623)

### DEL TIEMPO

(SONETO)

Mira con cuánta priesa se desvía  
de nosotros el sol al mar vecino,

y aprovecha, Fernando, en tu camino  
la luz pequeña de este breve día,  
antes que en tenebrosa noche fría  
pierdas la senda, y de buscarla el tino,  
y aventurado en manos del destino  
vagues errando por incierta vía.

Hágante ajenos casos enseñado,  
y el miserable fin de tantos pueda  
con fuerte ejemplo apereibir tu olvido.

Larga carrera, plazo limitado  
tienes, veloz el tiempo corre, y queda  
sólo el dolor de haberlo mal perdido.

## PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

A SAN ISIDRO

(CANCIÓN)

*[Forma parte esta canción, de las poesías presentadas por el autor al certamen celebrado en Madrid en 1620, con motivo de la canonización de S. Isidro].*

Coronadas de luz las sienés bellas,  
conduce el sol su luminoso coche  
a la estación donde madruga el día:  
quitó el prestado honor a las estrellas,  
y en campañas de luz venció a la noche  
con los ardientes rayos que regía:  
castigo a su osadía

la tierra fué, que nuevo sol le opuso,  
esfera de verdor, campo de fuego.

Cuando en sus rayos ciego,  
querúbicas deidades vió confuso  
sembrar por rubios granos esmeraldas,  
por espigas coger verdes guirnaldas. (

Los campos de Madrid ya cielos bellos,  
los cielos del sol campos hermosos

eran con los opuestos resplandores;  
porque asistiendo o cultivando en ellos,  
ya labrador, ya espíritus dichosos,  
campos de estrellas son, cielo de flores:  
vestida de esplendores

acredita la tierra al sol desmayos,  
que paga el sol en rayos a la tierra,  
y en luminosa guerra,  
espigas compitieron a sus rayos,  
porque el cielo y el suelo en sus fatigas  
mieses de rayos son, globos de espigas.

El viento, entre los varios arreboles  
del resplandor, Madrid, que a ti reduces  
cielo humano te vió, divino suelo:  
dudó dos cielos y creyó dos soles,  
admirando, confuso entre dos luces,  
brillado el campo y cultivado el cielo;  
que con santo desvelo

Isidro le labraba con el llanto,  
ángeles con su gloria le ilustraban;  
y el viento, que abrasaban  
mansos eclipses, en abismo tanto  
ignora a quién incline su destino,  
a ángel cultor o a labrador divino.

Este pues en su espíritu dichoso,  
arreatado hasta los cielos sube  
(¡qué bien la tierra por el cielo olvida!)  
y espíritus del trono luminoso,  
rayos de luz en abrasada nube,  
bajan al suelo a darle nueva vida.

La tierra, agradecida  
al favor de los cielos soberano,  
sin esperanzas del abril florece:  
tanto, tanto agradece  
el beneficio de la culta mano;  
y estrellas produjera entonces bellas,  
si nacieran sembradas las estrellas.

Rompe la tierra el paraninfo alado

y el rústico instrumento que la oprime;  
nunca más dulce, nunca más suave,  
a la mano obediente, no al arado.  
el surco estima que en su centro imprime  
celestes autor de su esperanza grave.  
¿Quién habrá que te alabe,  
ángel o labrador, si ofrece el suelo  
a celestial cultor humano fruto,  
y celestial tributo  
a humano agricultor ofrece el cielo?  
Y aunque use el hombre angélico ejercicio,  
¿quién vió al Ángel usar rústico oficio?  
¿Quién más dichoso está, quién más ufano?  
¿Con ángeles el suelo en este día  
o con un labrador, no más, el cielo?  
Más gloria tiene el cielo soberano,  
pues humildes dos ángeles envía  
que pródigos por él labren el suelo;  
tanto pudo tu celo,  
tanto, Isidro, tu amor maravilloso,  
tanto tus oraciones celestiales.  
Por dos ángeles vales:  
dos suplen tu descuido virtuoso;  
y pues de flores ves los campos llenos,  
por que se aumenten más trabaja menos.  
Deje mi pluma el vuelo,  
mi torpe acento el canto,  
mi voz aliento tanto:  
que aunque alaba a Madrid, Madrid es cielo;  
y es bien que a tanto empleo se presuma,  
suave voz, dulce acento y veloz pluma.

## LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

### ROMANCE

A mis soledades voy,  
de mis soledades vengo,

porque para andar conmigo  
me bastan mis pensamientos.  
No sé qué tiene el Aldea  
donde vivo y donde muero,  
que con venir de mí mismo  
no puedo venir más lejos.  
Ni estoy bien ni mal conmigo;  
mas dice mi entendimiento  
que un hombre que todo es alma  
está cautivo en su cuerpo.  
Entiendo lo que me basta,  
y solamente no entiendo  
cómo se sufre a sí mismo  
un ignorante soberbio.  
De cuantas cosas me cansan  
fácilmente me defiendo;  
pero no puedo guardarme  
de los peligros de un necio.  
El dirá que yo lo soy,  
pero con falso argumento;  
que humildad y necedad  
no caben en un sujeto.  
La diferencia conozco,  
porque en él y en mí contemplo,  
su locura en su arrogancia,  
mi humildad en su desprecio.  
O sabe naturaleza  
más que supo en este tiempo;  
o tantos que nacen sabios,  
es porque lo dicen ellos.  
“Sólo sé que no sé nada”,  
dijo un filósofo, haciendo  
la cuenta con su humildad,  
adonde lo más es menos.  
No me precio de entendido,  
de desdichado me precio:  
que los que no son dichosos  
¿cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo,  
porque dicen, y lo creo,  
que suena a vidrio quebrado  
y que ha de romperse presto.  
Señales son del juicio  
ver que todos le perdemos,  
unos por carta de más,  
otros por carta de menos.  
Dijeron que antiguamente  
se fué la verdad al cielo:  
tal la pusieron los hombres,  
que desde entonces no ha vuelto.  
En dos edades vivimos  
los propios y los ajenos:  
la de plata los extraños,  
y la de cobre los nuestros.  
¿A quién no dará cuidado,  
si es español verdadero,  
ver los hombres a lo antiguo  
y el valor a lo moderno?  
Todos andan bien vestidos  
y quéjense de los precios:  
de medio arriba, romanos,  
de medio abajo, romeros.  
Dijo Dios que comería  
su pan el hombre primero  
con el sudor de su cara  
por quebrar su mandamiento;  
y algunos inobedientes  
a la vergüenza y al miedo,  
con las prendas de su honor  
han trocado los efectos.  
Virtud y filosofía  
peregrinan como ciegos:  
el uno se lleva al otro,  
llorando van y pidiendo.  
Dos polos tiene la tierra,  
universal movimiento,

la mejor vida, el favor,  
la mejor sangre, el dinero.  
Oigo tañer las campanas  
y no me espanto, aunque puedo,  
que en lugar de tantas cruces  
haya tantos hombres muertos.  
Mirando estoy los sepulcros,  
cuyos mármoles eternos  
están diciendo sin lengua  
que no lo fueron sus dueños.

¡Oh, bien haya quien los hizo!  
porque solamente en ellos  
de los poderosos grandes  
se vengaron los pequeños.  
Fea pintan a la envidia:  
yo confieso que la tengo  
de unos hombres que no saben  
quién vive pared por medio.  
Sin libros y sin papeles,  
sin tratos, cuentas ni cuentos,  
cuando quieren escribir,  
piden prestado el tintero.  
Sin ser pobres ni ser ricos  
tienen chimenea y huerto;  
no los despiertan cuidados,  
ni pretensiones, ni pleitos.  
Ni murmuraron del grande  
ni ofendieron al pequeño,  
nunca como yo firmaron  
parabién, ni Pascua dieron.  
Con esta envidia que digo,  
y lo que paso en silencio,  
a mis soledades voy,  
de mis soledades vengo.

## ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

*Natural de Matute, en Aragón, reveló precoces condiciones poéticas. Estuvo en su juventud en Madrid; pero en 1626 dejó la capital por la vida de la provincia, donde se dedicó a las leyes. En 1659 fué procesado por la Inquisición y sufrió un breve destierro, después del cual pudo volver a Nájera. Los últimos años de su larga vida fueron penosos para él, en parte debido a su carácter orgulloso y vano, que le atraía la burla o el menosprecio de la gente.*

*Sus versos se publicaron en 1618, con el título de Las Eróticas o Amatorias. Entre ellos, lo más valioso son las composiciones ligeras, anacreónticas y letrillas.*

*Es digna de mención la tentativa de Villegas de imitar en castellano los metros clásicos, aunque fracasó en su intento, salvo cuando compuso versos sáficos.*

### ODA SÁFICA

Dulce vecino de la verde selva,  
huésped eterno del abril florido,  
vital aliento de la madre Venus,  
céfiro blando;

si de mis ansias el amor supiste,  
tú, que las quejas de mi voz llevaste,  
oye, no temas, y a mi ninfa dile,  
dile que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabía;  
Filis un tiempo mi dolor lloraba;  
quísome un tiempo, mas agora temo,  
temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,  
así los cielos con amor benigno,  
nieguen al tiempo que feliz volares  
nieve a la tierra.

Jamás el peso de la nube parda  
cuando amanece en la elevada cumbre,  
toque tus hombros ni su mal granizo  
hiera tus alas.

## 4. EL TEATRO EN EL SIGLO XVII

### I. LA "COMEDIA"

#### PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(1600-1681)

*Después del de Lope de Vega, indudablemente el nombre más glorioso del teatro español es el de Calderón de la Barca. Nació este gran autor en Madrid, se educó en el Colegio de los Jesuitas, estudió Teología en Salamanca, después de lo cual volvió a su ciudad natal. Allí bien pronto se dedicó a escribir con éxito para el teatro, desarrollándose su vida en ese ambiente especial, no sin algunas incidencias, hasta 1640 en que tomó parte en la guerra de Cataluña. En 1642 se retiró del servicio, y en 1651 se ordenó, dejando momentáneamente de escribir para el teatro; mas luego, a instancias de la corte, reanudó sus tareas dramáticas, que no se interrumpieron más hasta su muerte. Fué Capellán honorario de Felipe IV desde 1663, y desde 1666 Capellán Mayor de la Congregación de San Pedro.*

*Se conservan de Calderón unas ciento veinte "Comedias" y unos ochenta autos sacramentales.*

*Entre las primeras, son especialmente celebradas y conocidas La Vida es Sueño, El Alcalde de Zalamea, El Mágico Prodigioso, El Mayor Monstruo los Celos, Amar después de la Muerte; sin contar sus brillantes comedias de capa y espada, género dramático de intriga, donde actuaban damas y caballeros de la época.*

## AMAR DESPUÉS DE LA MUERTE O EL TUZANI DE LA ALPUJARRA

### Resumen del argumento

[Para el asunto de este sombrío drama, se ha inspirado CALDERÓN en un episodio de la novela histórica de Ginés Pérez de Hita Las Guerras Civiles de Granada, ocurrido durante la sublevación de los moriscos de las Alpujarras, en tiempos de Felipe II, y que el dramaturgo ha acomodado a sus fines, modificando conveniente y acertadamente el relato del novelista. Se inicia la obra de Calderón en Granada, donde ha estallado una conspiración para sacudir el yugo español, en la cual figuran en primer término el noble morisco D. Alvaro Tuzani y el anciano D. Juan Málec, padre de la hermosísima Da. Clara Málec, novia de D. Alvaro. Tres años después de estos hechos, que llenan toda la primera jornada, se inicia la segunda, durante cuyo transcurso se efectúa el matrimonio de D. Alvaro y Da. Clara. Apenas realizado éste, los desposados deben separarse, debido a la llegada de tropas españolas, que determinan el envío de D. Alvaro a Gavia, mientras pasa Da. Clara a Galera, pueblo distante dos leguas del anterior. En la jornada tercera, donde se encuentra todo el interés de la obra, invaden los españoles a Galera, y uno de ellos asesina a Da. Clara para robarle sus riquísimas joyas. Llega D. Alvaro a tiempo para recoger el último suspiro de su amada esposa, sobre cuyo cadáver jura obtener venganza de aquel horrendo crimen. Para ello, valido de la perfección con que domina el idioma castellano, se disfraza de soldado español, y así puede buscar libremente en el ejército cristiano al matador de D<sup>a</sup> Clara. Después de mucho buscar y de haber estado a punto un momento de dar con él, el azar lo reúne en una misma prisión con un soldado español llamado Garces, a quien poco antes había defendido contra unos compañeros que le atacaban. Por unas palabras iniciales de Garces, al punto se da cuenta D. Alvaro Tuzani de hallarse en presencia del asesino con tanta ansia buscado por él; y para asegurarse bien de ello, en un tremendo diálogo donde el interés y el terror crecen a cada verso, le hace referir cómo fué el crimen, conteniendo su ímpetu africano hasta el último momento de aquella larga y minuciosa relación, escuchada entre espasmos ahogados de ira y de dolor. Al fin, adquirida ya la convicción plena, veloz como el rayo hunde Tuzani su puñal en el corazón del asesino, que cae exánime. Poco después termina la obra, con el perdón acordado a Tu-

sani por el magnánimo D. Juan de Austria, jefe de los españoles en aquella sangrienta campaña.

Damos a continuación, como momentos antitéticos de la obra, en primer término una serie de escenas cómicas de la Jornada 2<sup>a</sup>, a cargo del criado de Tuzaní, el “gracioso” Alcuzczuz, quien se expresa en castellano chapurreado, y luego otra que culmina en la escena de la venganza del protagonista, una de las más teatrales salidas de la pluma de Calderón].

## ALCUZCUZ Y EL SOLDADO GARCES

### JORNADA 2.<sup>a</sup> — ESCENA III.

(Sierra de la Alpujarra — Cercanías de Galera.)

D. JUAN DE AUSTRIA, D. JUAN DE MENDOZA, D. LOPE DE FIGUEROA.—GARCES, ALCUZCUZ.—UN SOLDADO.

UN SOLDADO (*dentro.*)—Deteneos.

GARCES (*dentro.*)—Tengo de llegar: afuera. (*Sale Garces con Alcuzczuz a cuestas.*)

DON JUAN.—¿Qué es esto?

GARCES.—

De posta estaba

a la falda desa sierra,  
sentí ruido entre unas ramas,  
paréme hasta ver quién era,  
y vi este galgo que estaba  
acechando detrás dellas,  
que sin duda era su espía.  
Maniatéle con la cuerda  
del mosquete, y porque ladre  
qué hay allá, le traigo a cuestas.

DON LOPE.—¡Buen soldado, vive Dios!  
¿Esto hay acá?

GARCES.—

¡Pues qué! ¿piensa

vue señoría que todo  
está en Flandes?



DON JUAN.—Pues ni todo lo creamos  
ni dudemos.—Garces, tenga  
de morisco por preso...

DON JUAN.—Que en lo que luego dijere,  
veremos si acierta o yerra.  
Y ahora vamos, Don Lope,  
dando a los cuarteles vuelta,  
y a consultar por qué sitio  
se ha de empezar.

MENDOZA.—Vuestra Alteza  
lo mire bien, porque aunque  
parece poca la empresa,  
importa mucho; que hay cosas,  
mayormente como estas,  
que no dan honor ganadas,  
y perdidas dan afrenta.  
Y así, se debe poner  
mayor atención en ellas.  
no tanto para ganarlas,  
cuanto para no perderlas.

*(Vanse Don Juan de Austria, Don Juan de Men-  
doza, Don Lope y soldados.)*

#### ESCENA IV,

GARCES, ALCUZCUZ.

GARCES.—Vos ¿cómo os llamáis?

ALCUZCUZ.—

Arroz;

que si entre moriscos era  
Alcuzcuz, entre cristianos  
seré arroz, porque se entienda  
que menestra mora pasa  
a ser cristiana menestra.

GARCES.—Alcuzcuz, ya sois mi esclavo:  
decid verdad.

ALCUZCUZ.— Norabuena.

GARCÉS.—Vos dijisteis al señor  
Don Juan de Austria...

ALCUZCUZ.— ¿Que aquel era?

GARCÉS.—Que le llevaríais por donde  
entrada tiene esa sierra.

ALCUZCUZ.—Sí, mi amo.

GARCÉS.— Aunque es verdad

que él a sujetaros venga  
con el marqués de los Vélez  
con el marqués de Mondéjar,  
Sancho de Avila y Don Lope  
de Figueroa, quisiera  
yo que la entrada a estos montes  
sólo a mí se me debiera.

Llévame allá, porque quiero  
mirarla y reconocerla.

ALCUZCUZ.—(Ap. Engañifa a este crestiano  
he de hacerle, e dar la vuelta  
al Alpujarra.) Venilde  
conmigo.

GARCÉS.—Detente, espera;  
que en ese cuerpo de guardia  
dejé mi comida puesta  
cuando salí a hacer la posta,  
y quiero volver por ella;  
que en una alforja podré  
(porque el tiempo no se pierda)  
llevarla, para ir comiendo  
por el camino.

ALCUZCUZ.— Así sea.

GARCÉS.—Vamos pues.

ALCUZCUZ.— (ap. Santo Mahoma,  
pues tú selde mi profeta,  
liévame, e a Meca iré,  
aunque ande de ceca en mecca).

(Vanse).

Alcuzcuz refiere a los suyos cómo burló a Garces

JORNADA 2.<sup>a</sup> — ESCENA VII.

(Jardín en Berja)

*Están allí reunidos los principales moriscos, y entre ellos su jefe, D. FERNANDO DE VÁLOR y D. ÁLVARO TUZANÍ. — Llega ALCUZCUZ, con unas alforjas al hombro.*

ALCUZCUZ.—¡Gracias a Mahoma y Alá,  
que a tus pies haber liegado!

D. ÁLVARO.—Alcuzcuz, ¿dónde has estado?

ALCUZCUZ.—Ya todos estar acá,

VÁLOR.—¿Qué te ha sucedido?

ALCUZCUZ.—

Yo

hoy de posta estar, e aposta  
liego aquí, aunque por la posta,  
quien por detrás me tomó,  
lievóme con otros dos  
a un Don Juan, que ahora es venido;  
e crestianilio fingido,  
decirle que creer en Dios.

No me dió muerte; cativo  
ser del soldado crestiano,  
que no se labará en vano:

a este apenas le apercibo  
que senda saber por donde  
poder la Alpojarra entrar,  
cuando la querer mirar.

De camaradas se esconde,  
e aquesta forja me dando  
donde venir su comida,

por una parte escondida  
entrar los dos camenando.

Apenas solo le ver,  
cuando, sin que seguir pueda,  
fui por monte, e se queda,  
sin cativo e sin comer;  
porque aunque me seguir quiso,  
una trompa que salir  
de moros, le hace huir:  
e yo venir con aviso  
de que ya' muy cerca de  
don Juan de Andustria en campaña,  
a quien decir que acompaña  
el gran marqués de Mondejo  
con el marqués de Luzbel,  
y el que fremáticos doma,  
don Lope Figura-roma,  
y Sancho Débil con él:  
todos hoy a la Alpojarra  
venir contra ti.

VÁLOR.—

No digas

más, porque a cólera obligas  
mi altivez siempre bizarra.

La venganza de Tuzaní

JORNADA 3.<sup>a</sup> — ESCENA IV.

(Campo inmediato a Berja.)

D. JUAN DE AUSTRIA, D. LOPE, SOLDADOS.

[Iniciase aquí la serie de escenas, magistralmente conducidas por el gran dramaturgo hasta culminar en la XVIII, en que explota al fin la dolorosa furia de Tuzaní, por tanto tiempo contenida. Intervienen en ellas, además del protagonista y su criado, D. Juan de Austria, D. Juan de Mendoza, D. Lope de Figueroa, glorioso general de las guerras de Flandes, Garces y otros soldados del ejército español.]

DON LOPE.—No ha habido  
saco jamás que haya dado

más provecho: no hay soldado  
que rico no haya venido.

DON JUAN.—¿Tanto tesoro escondido  
dentro de Galera había?

DON LOPE.—Dígatele la alegría  
de tus soldados.

DON JUAN.— Yo quiero,  
porque presentar espero  
a mi hermana y reina mía  
desta guerra los trofeos,  
a los soldados feriar  
cuanto fuere de enviar.

DON LOPE.—Con esos mismos deseos  
hice yo algunos empleos,  
y esta sarta que he comprado  
a un hombre que la ha ganado,  
te ofrezco por la mejor  
joya para dar, señor.

DON JUAN.— Buena es; y no es excusado  
tomarla, por no excusar  
lo que me habéis de pedir.  
Enséneos yo a recibir,  
pues vos me enseñáis a dar.

DON LOPE.—El precio es más singular  
que os sirváis della y de mí.

## ESCENA X.

DON ÁLVARO, ALCUZCUZ. — DICHOS.

DON ÁLVARO.—(*sin ver a Don Juan.*)  
Hoy, Alcuucz, sólo a ti  
quiero en la empresa que sigo  
por compañero y amigo.

ALCUZCUZ.—Muy bien te fiar de mí;  
aunque tu esfuerzo, no sé  
qué ser lo que acá procura.  
(*Ap. a Don Alvaro.*)

Más quedo; que este es su Altura.

DON ÁLVARO.—¿Aqueste es Don Juan?

ALCUZCUZ.—

Sí a fe.

DON ÁLVARO.—Con atención le veré.  
por su fama y su opinión.

DON JUAN.—¡Qué iguales las perlas son!

DON ÁLVARO.—(ap.—Y ya, aunque yo no quisiera  
con atención verle, fuera  
precisa en mí la atención.

Aquella sarta ¡ay de mí!

que en su mano ¡ay alma! ves,

bien la he conocido, es

la que yo a Maleca di).

DON JUAN.—Vamos, Don Lope, de aquí.

¡Qué admirado este soldado

de mirarme se ha quedado!

DON LOPE.—Pues ¿quién, señor, no se admira  
cada vez que el rostro os mira?

(*Vanse Don Juan, Don Lope y soldados*).

## ESCENA XI.

DON ÁLVARO, ALCUZCUZ.

DON ÁLVARO.—Suspense y mudo he quedado.

ALCUZCUZ.—Ya, señor, que solo estás,

¿por qué has bajado, decir,

de la Alpujarra, venir

aquí?

DON ÁLVARO.—Presto lo sabrás.

ALCUZCUZ.—Mé no querer saber más

de que hasta aquí haber venido,

para ser arrepentido

de seguirte.

DON ÁLVARO.—Pues ¿por qué?

ALCUZCUZ.—Escuchar, e lo diré.

Mé, sonior, cativo he sido

de un cristianilio soldado,

que si en el campo me ver,

matar.

DON ÁLVARO.—¿Cómo puede ser,  
si vienes tan disfrazado,  
conocerme? Y pues mudado  
el traje los dos traemos,  
pasar entre ellos podemos,  
sin sospecha averiguada,  
por cristianos, pues en nada  
ya moriscos parecemos.

ALCUZCUZ.—Tú, que bien el lengua hablar,  
tú, que cativo no ser,  
tú, que español parecer,  
seguro poder pasar;  
mé, que no sé pernunciar,  
mé, que preso haber estado,  
mé, que este traje no he usado,  
¿cómo excusar el castigo?

DON ÁLVARO.—Hablando solo conmigo,  
pues en fin, en un criado  
ninguno reparará.

ALCUZCUZ.—¿E si alguien quiere saber  
de mé algo?

DON ÁLVARO.—No responder.

ALCUZCUZ.—¿Quién no responder podrá?

DON ÁLVARO.—Quien mire cuánto le va.

ALCUZCUZ.—Mahoma solamente pudo  
hacerme por fuerza mudo,  
siendo tan grande hablador.

DON ÁLVARO.—Necios extremos de amor,  
no dudo ¡ay de mí! no dudo  
que acuséis mi atrevimiento,  
pues idólatra gentil  
de un sol puesto, en treinta mil  
un soldado hallar intento  
a quien sigo por el viento,  
pues ni señas ni razón  
traigo dél; más confusión  
por admiración me das:

¿Qué importa un prodigio más,  
adonde tantos lo son?

Bien sé, bien, que no es posible  
hallar mi venganza, no;

mas ¿qué hiciera yo, si yo  
no intentara lo imposible?

Pero aunque bien infalible  
vi la primer seña, en vano

la creo, porque está llano

que es quien es, y es cosa clara  
que un noble no ensangrentara

en una mujer la mano;

porque valor no asegura,

porque no arguye nobleza,

quien no admira una belleza,

quien no adora una hermosa

que en sí misma está segura:

luego no es suyo el rigor.

Mienten sus señas, amor,

tus indicios han mentido;

que otro ha sido, que otro ha sido

el vil, el fiero, el traidor.

ALCUZCUZ.—¿Ser eso a que haber venido?

DON ÁLVARO.—Sí.

ALCUZCUZ.— Pues presto nos volver,

porque ¿cómo puede ser,

sin haberle conocido,

hallarle?

DON ÁLVARO.—Cuando el efeto

no alcance, me lo prometo.

ALCUZCUZ.—Esas el cartas serán

de “En la corte a mi hijo Juan,

que andar vestido de prieto.”

DON ÁLVARO.—A ti no te toca más...

ALCUZCUZ.—Ya saber, que hablar por señas

en alguien viniendo.

DON ÁLVARO.— Sí.

ALCUZCUZ.—Ponga Alá tiento en mi lengua.

ESCENA XII.

SOLDADOS — DICHOS

SOLDADO 1º.—La ganancia está partida  
bien así, pues el que juega,  
aunque vaya por dos, siempre  
algo de ribete lleva.

SOLDADO 2º.—¿Por qué no ha de ser igual  
la ganancia, si lo fuera  
la pérdida?

SOLDADO 3º.—Eso sí que es justo.

SOLDADO 1º.—Mirad; yo nunca quisiera  
tener con mis camaradas  
por intereses pendencias:  
haya solamente un hombre  
que diga que es razón esa,  
y yo no hablaré palabra.

SOLDADO 2º.—¿Mas que lo dice cualquiera?  
¡Ah soldado!...

ALCUZCUZ.—(ap.) ¡A mé decir,  
e no responder! ¡Paciencia!

SOLDADO 2º.—¿No respondéis?

ALCUZCUZ.—

Ha, ha, ha.

SOLDADO 3º.—Mudo es.

ALCUZCUZ.—(ap.) ¡Si bien lo supieran!

DON ÁLVARO.—(Ap. Este ha de echarme a perder,  
si yo no salgo a la enmienda.  
Divertirlo importa). Hidalgos,  
perdonad por vida vuestra,  
si no entiende ese criado  
lo que le mandáis, pues muestra  
bien que es mudo.

ALCUZCUZ.—(ap.

No ser mudo;

Mas ser en casión como esta  
pique, repique y capote.  
pues que no tiene respuesta).

SOLDADO 2º.—Lo que decirle quería,  
ha sido suerte que pueda  
mejorarse en vos, que es duda.

DON ÁLVARO.—Yo holgara satisfacerla.

SOLDADO 1º.—Yo he ganado por los dos  
entre el dinero una prenda,  
que es este Cupido...

DON ÁLVARO.—(ap. ¡Ay triste!)

SOLDADO 1º.—De diamantes.

DON ÁLVARO.—(ap. ¡Ay Maleca!

Las joyas son de tus bodas  
despojo de tus exequias.

¿Cómo he de vengarla, cómo,  
si van tomando las señas  
los extremos, pues alcanza  
desde un soldado a una Alteza?)

SOLDADO 1º.—Al partir pues la ganancia,  
le doy el Cupido en cuenta  
en lo que yo le gané;  
dice él que no quiere prendas:  
Mirad si habiendo ganado  
yo, no es justo que prefiera  
en la partición.

DON ÁLVARO.— Yo quiero  
componer la diferencia,  
ya que ha llegado a ocasión,  
dando el dinero por ella  
en que estuviere jugada;  
pero con una advertencia,  
que he de saber yo primero  
quién la trajo, porque sea  
segura.

SOLDADO 2º.—Seguras son  
todas cuantas hoy se juegan;  
porque todo se ha ganado  
en el saco de Galera  
a esos perros.

DON ÁLVARO.—(*ap.* ¡Que yo, cielos,  
tal escuche y tal consienta!) (

ALCUZCUZ.—(*ap.* ¡Que mé, ya que no matar,  
no poderle hablar siquiera!)

SOLDADO 1º.—Yo os pondré con quien la trajo;  
que él me contó aquí, por señas,  
que entre sus joyas quitado  
la había a una morisca bella,  
a quien dió muerte.

DON ÁLVARO.—(*ap.*) ¡Ay de mí!

SOLDADO 1º.—Venid: de su boca mesma  
lo oiréis.

DON ÁLVARO.—(*ap.* No oiré; que primero,  
como una vez quién es sepa,  
le mataré a puñaladas).

Vamos.

(*Vanse*).

### ESCENA XIII.

(*Vista exterior de un cuerpo de guardia.*)

SOLDADOS; y luego, GARCES, DON ÁLVARO y ALCUZCUZ

SOLDADOS.—(*Dentro*). Deténganse.

OTROS.—(*Dentro*). Afuera.

(*Riñen dentro.*)

UN SOLDADO.—(*Dentro*). Tengo de darle la muerte,  
aunque el mundo lo defienda.

OTRO SOLDADO.—Con nuestro enemigo es.

OTRO.—Pues, amigo, muera, muera.

GARCES.—(*Dentro*). Si yo estoy solo ¿qué importa  
que todos contra mí sean?

(*Salen riñendo Garces y soldados, y deteniéndolos  
Don Alvaro; detrás Alcuycuz.*)

DON ÁLVARO.—Tantos a uno, soldados.

es infamia y es bajeza.

Deténganse, o haré yo,

vive Dios, que se detengan.

ALCUZCUZ.—(*Ap.* ¡A bonas cosas venir,  
a no hablar, e a ver pendencias!)  
UN SOLDADO.—Muerto soy. (*Cae dentro.*)

ESCENA XIV.

DON LOPE, SOLDADOS — DICHOS.

DON LOPE.— ¿Qué es esto?  
UN SOLDADO.— Muerto  
está: huyamos, no nos prendan.

(*Huyen todos los que reñían.*)

GARCES.—(*A Don Álvaro*). La vida os debo, soldado:  
yo, yo os pagaré la deuda. (*Vase.*)

DON LOPE.—Deteneos.

DON ÁLVARO.— Ya lo estoy.

DON LOPE.—De los dos las armas vengán:  
quita'dle la espada.

DON ÁLVARO.—(*Ap.* ¡Ay cielo!)

Mire Usiría y advierta  
que a poner paz la saqué,  
sin ser mía la pendencia.

DON LOPE.—Yo sólo sé que en el cuerpo  
de guardia os hallo, con ella  
desnuda y un hombre muerto.

DON ÁLVARO.—(*Ap.* Imposible es mi defensa.

¿A quién habrá sucedido  
que a matar a un hombre venga,  
y por darle vida a otro,  
en tal peligro se vea?)

DON LOPE.—Y vos ¿no dáis esa espada?

¡Bueno! ¿hablador sois de señas?

pues yo os he visto otra vez  
hablar, si bien se me acuerda.

En ese cuerpo de guardia  
presos aquestos dos tengan,  
mientras sigo a los demás.

ALCUZCUZ.—(*Ap.* Dos cosas me daban pena,  
pendenciar, e caliar; ya ser  
tres, si bien hacer el cuenta,  
una, dos, tres; sí, tres ser,  
prisión, callar e pendencia).

(*Llévanlos*).

### ESCENA XV.

DON JUAN DE AUSTRIA — DON LOPE

DON JUAN.—¿Qué ha' sido aquesto, Don Lope?

DON LOPE.—Fué, señor, una pendencia  
en que un hombre muerto ha habido.

DON JUAN.—Pues si cosas como esas  
no se castigan, habrá  
cada día mil tragedias;  
mas usarse ha con templanza  
de la justicia.

### ESCENA XVI.

(*Prisión en el cuerpo de guardia*).

ALCUZCUZ Y DON ÁLVARO, *con las manos atadas*.

ALCUZCUZ.—El rato que estar aquí  
solos los dos e poder  
hablar, quijera saber,  
sonior Tozani, de ti,  
ya que Alpojarra dejar  
e a aquesta terra venir,  
si fué a matar, o a morir.

DON ÁLVARO.—A morir, y no a matar.

ALCUZCUZ.—Quien pone en paz pendencia,  
el peor parte ha lievado.

DON ÁLVARO.—Como yo no era culpado,  
no me puse en resistencia;  
que este corazón gentil  
puesto en defensa, mil presto  
me dejarán.

ALCUZCUZ.—Con todo esto,  
yo me atener a los mil.

DON ÁLVARO.—En fin, ¿yo dejé de ver  
al que infame se alabó  
de que las joyas quitó,  
dando muerte a una mujer?

ALCUZCUZ.—No ser eso lo peor,  
sino estar mandados ya  
confesar. Mas ¿qué será  
ver venir al confesor  
creyendo cristianos ser?

DON ÁLVARO.—Ya que todo lo he perdido,  
me he de vender bien vendido.

ALCUZCUZ.—Pues ¿qué pensar ahora hacer?

DON ÁLVARO.—Con un puñal que escondido  
en la cinta me quedó,  
que siempre debajo yo  
de la casaca he traído,  
dar a esa posta la muerte.

ALCUZCUZ.—¿Con qué manos?

DON ÁLVARO.— ¿No podrás  
con los dientes por detrás  
romper ese lazo fuerte?

.....  
Llega, rompe o desenlaza  
el cordel...

ALCUZCUZ.—Sí haré.

DON ÁLVARO.— Que yo  
veré si te ven.

ALCUZCUZ.—(Desátale). Ya estar:  
romper tú el mío.

DON ÁLVARO.— No puedo:  
que entra gente.

ALCUCUZ.— Así me quedo  
con cordel y sin hablar.

(Retíranse).

ESCENA XVII.

UN SOLDADO, que hace la posta; GARCÉS, con prisiones. — DICHOS.

SOLDADO.—(A Garcés.) Aquel vuestro camarada  
y un criado suyo mudo,  
que animoso sacar pudo  
a vuestro lado la espada,  
son los que veis.

GARCÉS.— Aunque es fuerza  
sentir que me hayan prendido  
tantos como me han seguido,  
en una parte me esfuerza  
a no sentirlo el librar  
a quien la vida me dió,  
pues en su descargo yo  
me tengo de declarar.  
Vos a Don Juan mi señor  
de Mendoza le decís  
cómo preso quedo aquí:  
que merced me haga y favor  
de verme, para que pida  
mi vida al señor Don Juan,  
pues mis servicios serán  
los méritos de mi vida.

SOLDADO.—Yo le diré que aquí os vea,  
en acabando de hacer  
la posta.

DON ÁLVARO.—(ap. a Alcuzcuz). Tú puedes ver,  
como al descuido, quién sea  
el que con la posta ha entrado  
en la prisión.

ALCUZCUZ.— Sí veré.—

¡Ay de mí! *(Repara en Garces.)*

DON ÁLVARO.—¿Qué tienes?

ALCUZCUZ.— ¿Qué?

El haber aquí llegado...

DON ÁLVARO.—Prosigue.

ALCUZCUZ.— Estar de horror lleno.

DON ÁLVARO.—Habla.

ALCUZCUZ.— De temor no vivo.

DON ÁLVARO.—Di.

ALCUZCUZ.— Ser de quien fuí cautivo,

ser a quien corrí el veneno.

Sin duda saber que aquí

estar... Mas por sí o por no,

el cara guardaré yo,

para que no me vea, así.

*(Échase como que quiere dormir.)*

GARCES.—*(A Don Alvaro.)* Puesto que sin conoceros

ni haberos servido en nada,

me dió vida vuestra espada,

bien creeréis que siento el veros

desa suerte. Si pudiera

tener mi prisión consuelo,

el libraros, vive el cielo

sólo mi consuelo fuera.

DON ÁLVARO.—Guárdeos Dios.

ALCUZCUZ.—*(ap.)*.—

¿Preso venir,

y el de la pendencia ser?

Sí; que entonces no le ver

con la prisa del reñir.

GARCES.—En fin, hidalgo, no os dé

cuidado vuestra prisión;

que yo, por la obligación

en que entonces os quedé,

la vida pondré, primero

que vos, siendo mía, paguéis

la culpa que no tenéis.

DON ÁLVARO.—De vuestro valor lo espero;  
si bien mi prisión no ha sido  
lo que más siento, por Dios,  
sino que perdí por vos  
la ocasión que me ha traído  
a esta tierra.

SOLDADO.— No tenéis  
que temer los dos morir,  
pues siempre he oído decir,  
y aun vosotros lo sabéis,  
que si de una muerte son  
dos los cómplices, no habiendo  
más de una herida, y no siendo  
caso pensado o traición,  
uno muera solamente,  
y que este que muere sea  
el de la cara más fea.

ALCUZCUZ.—(Ap.) El que tal decir revente.

SOLDADO.—Y así, el tal mudo este día,  
de todos tres, morirá.

(Vase.)

### ESCENA XVIII.

DON ÁLVARO, GARCES, ALCUZCUZ

ALCUZCUZ (ap.)—Claro estar, porque no habrá  
cara peor que la mía  
en el mundo.

GARCES.— De vos creo  
que aquesta merced me haréis,  
ya que obligado me habéis.

ALCUZCUZ. (ap.)—¡Ley ser morir el más feo!

GARCES.—Sepa a quién debo el vivir.

DON ÁLVARO.—Yo no soy más que un soldado,  
que aventurero he llegado...

ALCUZCUZ (ap.)—¡Ley el más feo morir!

DON ÁLVARO.—Solamente con deseo  
de hallar a un hombre; ésta ha sido  
la ocasión que me ha traído.

ALCUZCUZ. (*ap.*)—¡Ley ser morir el más feo!

GARCÉS.—Quizá yo os podré decir  
dél. ¿Cómo se llama?

DON ÁLVARO.— No lo sé.

GARCÉS.—¿En qué tercio llegó  
a esta ocasión a servir?

DON ÁLVARO.—No lo sé.

GARCÉS.— ¿Qué señas tiene?

DON ÁLVARO.—No sé.

GARCÉS.— Pues bien le hallaréis,  
si su nombre no sabéis  
ni señas, ni con quién viene.

DON ÁLVARO.—Pues sin saberle las señas,  
nombre, ni con quién está,  
le he tenido hallado ya.

GARCÉS.—No son enigmas pequeñas  
las vuestras; pero no os dé  
cuidado, pues en sabiendo  
Su Alteza este caso, entiendo  
que me dé vida, porque  
me tiene a mí obligación  
tan grande, que si no fuera  
por mí, no entrara en Galera;  
y esa perdida ocasión  
hallar podremos los dos;  
que de quien sois obligado,  
he de estar a vuestro lado  
al bien y al mal, vive Dios.

DON ÁLVARO.—En efecto, ¿que vos fuisteis  
el que entrasteis en Galera?

GARCÉS.—Pluguiera a Dios no lo fuera!

DON ÁLVARO.—¿Por qué, si esa hazaña hicisteis?

GARCÉS.—Porque desde que yo en ella

el primero puse el pie,  
no sé qué influjo, no sé

qué hado, qué rigor, qué estrella  
me persigue, que no ha habido  
cosa que a la suerte mía,  
desde aquel infausto día  
mal no me haya sucedido.

DJN ÁLVARO.—¿De qué os nace ese recelo?

GARCES.—No sé, si no es de que allí  
muerte a una morisca di,  
y se ofendió todo el cielo,  
porque su hermosura era  
su traslado.

DON ÁLVARO.—¿Tan hermosa  
era?

GARCES.—Sí.

DON ÁLVARO.—(Ap. ¡Ay perdida esposa!)  
¿Cómo fué?

GARCES.— De esta manera.

Estando de posta un día,  
entre unas espesas ramas,  
que a los lutos de la noche  
iban pisando las faldas,  
prendí a un morisco. No quiero  
(que estas son cosas muy largas)  
deciros que me engañó,  
llevándome entre unas altas  
peñas, adonde sus voces  
convocaron la Alpujarra;  
que huyendo dél, me escondí  
en una gruta; pues basta  
decir que esta fué la mina,  
que en una peña cavada,  
monstruo fué que concibió  
tanto fuego en sus entrañas.  
Yo fui quien noticia della  
traje al señor Don Juan de Austria,  
y yo fui quien al ingenio  
la noche estuve de guardia,  
y yo quien de la batería

mantuve siempre la entrada  
a la otra gente, y yo en fin  
quien por medio de las llamas  
penetré la villa, siendo  
su racional salamandra,  
hasta que llegué, pasando  
globos de fuego, a una casa  
fuerte, que sin duda era  
de la gente plaza de armas,  
pues allí se avanzó toda.  
Pero parece que os cansa  
mi relación, y que no  
tenéis gusto en escucharla,

DON ÁLVARO.—No es sino que divertido  
acá en mis penas estaba.  
Proseguid.

GARCÉS.— Llegué, en efecto,  
lleno de cólera y rabia,  
a la casa de Malec  
(que era en fin toda mi ansia  
el palacio o casa fuerte),  
al tiempo que ya su alcázar  
Don Lope de Figueras,  
lustre y honor de su patria,  
rendido tenía y sitiado  
del fuego por partes varias,  
y muerto al alcaide. Yo  
que entre el aplauso buscaba  
el provecho, aunque mal juntos  
provecho y honor se hallan,  
ambiciosamente osado  
discurrí todas las salas,  
penetré todas las piezas,  
hasta que llegué a una cuadra  
pequeña, último retrete  
de la más bella africana  
que vieron jamás mis ojos.  
**¡ Ah ! ¡ quién supiera pintarla !**

Mas no es tiempo de pinturas,  
Confusa, al fin, y turbada  
de verme, como si fueran  
las cortinas de una cama  
de una muralla cortinas,  
detrás se esconde y ampara.—  
Pero con llanto en los ojos,  
y sin color en la cara  
os habéis quedado.

DON ÁLVARO.— Son  
memorias de mis desgracias,  
muy parecidas a esas.

GARCÉS.—Tened, tened, confianza,  
si es por la ocasión perdida:  
quien no la busca, la halla.

DON ÁLVARO.—Decís verdad. Proseguid.

GARCÉS.—Entré tras ella, y estaba  
tan alhajada de joyas,  
tan guarnecida de galas,  
que más parecía que amante  
prevenía y esperaba  
bodas que exequias. Yo viendo  
tal belleza, quise dárla  
la vida, como al rescate  
saliese fiadora el alma.  
'Apenas pues me atreví  
a asirla una mano blanca,  
cuando me dijo: "Cristiano,  
si es más ambición que fama  
mi muerte, pues con la sangre  
de una mujer más se mancha  
que se acicala el acero,  
estas joyas satisfagan  
tu hidrópica sed, y deja  
limpio el lecho, la fe intacta  
de un pecho, donde se encierran  
misterios que aun él no alcanza."  
—Llegué a los brazos.

DON ÁLVARO.—

Espera:

Escucha, detente, aguarda,  
no llegues a ellos.—¿Qué digo?  
mis discursos me arrebatan  
la voz. Proseguid; que a mí  
eso no me importa nada.

(Ap. ¡Pluguiera a amor, pues más siento  
ya el quererla que el matarla!)

GARCÉS.—Dió voces en la defensa

de su vida y de su fama:  
yo, viendo que ya acudía  
otra gente, y que ya estaba  
perdida la una victoria,  
no quise perderlas ambas,  
ni que los otros soldados

conmigo a la parte entraran;

y así, trocando el amor

entonces en la venganza'

(que fácilmente el afecto

de un extremo al otro pasa),

arrebatado no sé

de qué furia, de qué saña

que me movió el brazo entonces

(aun repetido es infamia),

o por quitarle una joya'

de diamantes y una sarta

de perlas, dejando todo

un cielo de nieve y grana,

la atravesé el pecho.

DON ÁLVARO.—

¿Fué

como esta la puñalada?

(Saca un puñal y hiérole).

GARCÉS. — ¡Ay de mí!

ALCUCUZ.—

Aquesto estar hecho.

DON ÁLVARO.— Muere, traidor.

GARCÉS.—

¿Tú me matas?

DON ÁLVARO.— Sí, porque esa beldad muerta,  
esa rosa deshojada,

el alma fué de mi vida,  
y hoy es vida de mi alma;  
tú eres el que busco, tú  
tras quien me trae mi esperanza  
a vengar a su hermosura.

GARCÉS.—¡ Ah, que me tomas sin armas  
y con traición!

DON ÁLVARO.— Nunca consta  
de términos la venganza.

Don Álvaro Tuzaní,  
su esposo, es el que te mata.

ALCUZCUZ.—Y yo ser, perro cristiano,  
Alcuzcuz, que en el pasada  
ocasión lievar alforja.

GARCÉS.—¿ Para qué vida me dabas  
si me habías de dar muerte?—  
posta, posta de guardia!

(Muere).

[*Siguen a esto tres escenas más sin mayor importancia, y en la última de las cuales, como ya queda dicho, D. Juan de Austria perdona a Tuzaní.*]

## II. - GÉNEROS DRAMÁTICOS MENORES: ENTREMESSES

**MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

**ENTREMÉS DEL JUEZ DE LOS DIVORCIOS**

PERSONAS: UN JUEZ. — UN ESCRIBANO. — UN PROCURADOR. — UN VEJETE; MARIANA, su mujer. — UN SOLDADO; D.<sup>a</sup> GUIOMAR, su mujer. — UN CIRUJANO; D.<sup>a</sup> ALDONZA MINJACA, su mujer. — UN GANAPÁN. — MÚSICOS.

(Sale el juez y otros dos con él, que son escribano y procurador, y siéntase en una silla; salen el vejete y Mariana, su mujer.)

MARIANA.—Aun bien que está ya el señor juez de los divorcios sentado en la silla de su audiencia. De esta vez tengo de quedar dentro o fuera; de esta vez tengo de quedar libre de pedido y alcabala, como el gavilán.

VEJETE.—Por amor de Dios, Mariana, que no almodonees tanto tu negocio. Habla paso, por la pasión que Dios pasó. Mira que tienes atronada a toda la vecindad con tus gritos; y pues tienes delante al señor juez, con menos voces le puedes informar de tu justicia.

JUEZ.—¿Qué pendencia traéis, buena gente?

MARIANA.—Señor, ¡divorcio y más divorcio, y otras mil veces divorcio!

JUEZ.—¿De quién o por qué, señora?

MARIANA.—¿De quién? De este viejo que está presente.

JUEZ.—¿Por qué?

MARIANA.—Porque no puedo sufrir sus impertinencias ni estar continuo atenta a curar todas sus enfermedades, que son sinnúmero; y no me criaron a mí mis padres para ser hospitalera ni enfermera. Muy buen dote llevé al poder de esta espuerta de huesos, que me tiene consumidos los días de la vida; cuando entré en su poder me relumbraba la cara como un espejo, y ahora la tengo con una vara de frisa encima. Vuessa merced, señor juez, me descase, si no quiere que me ahorque. Mire, los surcos que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada día por verme casada con esta anatomía.

JUEZ.—No lloréis, señora; bajad la voz y enjugad las lágrimas, que yo os haré justicia.

MARIANA.—Déjeme vuesa merced llorar, que con esto descanso. En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas, había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer o confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento, y no que hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de entrambas partes.

JUEZ.—Si ese arbitrio se pudiera o debiera poner en práctica y por dineros, ya se hubiera hecho. Pero especificad más, señora, las ocasiones que os mueven a pedir divorcio.

MARIANA.—El invierno de mi marido y la primavera de mi edad; el quitarme el sueño por levantarme a media noche a calentar paños y saquillos de salvado para ponerle en la ijada; el poner ora aquesto, ora aquella ligadura, que ligado le vea yo a un palo por justicia!; el cuidado que tengo de ponerle de noche alta la cabecera de la cama, jarabes lenitivos, por que no se ahogue del pecho.

VEJETE.—Mal conocen vuestras mercedes a esta señora, pues a fe que si la conociesen que la ayunarian o la santiguarían. Veintidós años ha que vivo con ella mártir, sin haber sido jamás confesor de sus insolencias, de sus voces y de sus fantasías, y ya va para dos años que cada día me va dando vaivenes y empujones hacia la sepultura, a cuyas voces me tiene medio sordo, y a puro reñir, sin juicio. Si me cura, como ella dice, cúrame a regañadientes, habiendo de ser suave la mano y la condición del médico. En resolución, señores: yo soy el que muero en su poder, y ella es la que vive en el mío, porque es señora con mero mixto imperio de la hacienda que tengo.

MARIANA.—¿Vuestra hacienda? ¿Y qué hacienda tenéis vos que no la hayáis ganado con la que llevasteis en mi dote? Y son míos la mitad de los bienes gananciales, mal que os pese, y de ellos y de la dote, si me muriese ahora, no os dejaría valor de un maravedí, por que veáis el amor que os tengo.

JUÉZ.—Decid, señor: cuando entrasteis en poder de vuestra mujer, ¿no entrasteis gallardo, sano y bien acondicionado?

VEJETE.—Ya he dicho que ha veintidós años que entré en su poder como quien entra en el de un cómitre calabrés a remar en galeras de por fuerza, y entré tan sano, que podía decir y hacer como quien juega a las pintas.

MARIANA.—¡Cedacico nuevo, tres días en estaca!

JUÉZ.—Callad, callad, nora en tal, mujer de bien, y andad con Dios, que yo no hallo causa para descasaros; y pues comisteis las maduras, gustad de las duras: que no está obligado ningún marido a tener la velocidad y corrida del tiempo que no pase por su puerta y por sus días, y descontad los malos que ahora os dan con los buenos que os dió cuando pudo. Y no repliquéis más palabra.

VEJETE.—Si fuese posible, recibiría gran merced que vuesa merced me la hiciese de despenarme, alzándome esta carcelería; porque dejándome así, habiendo ya llegado a este rompimiento, será de nuevo entregarme al verdugo que me martirice. Y si no, hagamos una cosa: enciérrese ella en un monasterio y yo en otro; partamos la hacienda, y de esta suerte podremos vivir en paz y en servicio de Dios lo que nos queda de la vida.

MARIANA.—¡Malos años! ¡Bonica soy yo para estar encerrada! No sino llegaos a la niña, que es amiga de rodos, de tornos, rejas y escuchas. Encerraos vos, que lo podréis llevar y sufrir, que ni tenéis ojos con que ver ni oído con que oír, ni pies con que andar, ni mano con que tocar; que yo, que estoy sana y con todos mis cinco sentidos cabales y vivos, quiero usar de ellos a la descubierta y no por brújula, como quiñola dudosa.

ESCRIBANO.—¡Libre es la mujer!

PROCURADOR.—Y prudente el marido, pero no pue de más,

JUÉZ.—Pues yo no puedo hacer divorcio, “quia nullam invenio causam”.

*(Entra un soldado bien aderezado, y su mujer, doña Guiomar.)*

DOÑA GUIOMAR.—¡Bendito sea Dios que se me ha cumplido el deseo que tenía de verme ante la presencia de vuesa merced, a quien suplico cuan encarecidamente puedo sea servido de descasarme déste.

JUEZ.—¿Qué cosa es “déste”? ¿No tiene otro nombre? Bien fuera que dijerais siquiera deste hombre.

DOÑA GUIOMAR.—Si él fuera hombre, no procurara yo descasarme.

JUEZ.—¿Pues qué es?

DOÑA GUIOMAR.—Un leño.

SOLDADO.—¡Por Dios, que he de ser leño en callar y en sufrir! Quizá, con no defenderme, no contradecir a esta mujer, el juez se inclinará a condenarme, y pensando que me castiga me sacará del cautiverio, como si por milagro se librase un cautivo de las mazmorras de Tetuán.

PROCURADOR.—Hablad más comedido, señora, y relatad vuestro negocio sin impropiedades de vuestro marido; que el señor juez de los divorcios, que está delante, mirará rectamente por vuestra justicia.

DOÑA GUIOMAR.—¿Pues no quieren vuestras mercedes que llame leño a una estatua que no tiene más acciones que un madero?

MARIANA.—Esta y yo nos quejamos, sin duda, de un mismo agravio.

DOÑA GUIOMAR.—Digo, en fin, señor mío, que a mí me casaron con este hombre, ya que quiere vuesa merced que así lo llame; pero no es este hombre con quien yo me casé.

JUEZ.—¿Cómo es eso, que no os entiendo?

DOÑA GUIOMAR.—Quiero decir que pensé que me casaba con un hombre moliente y corriente, y a pocos

das hallé que me había casado con un leño, como tengo dicho; porque él no sabe cuál es su mano derecha, ni busca medios ni trazas para granjear un real con que ayude a sustentar su casa y familia. Las mañanas se le pasan en oír misa y en estarse en la puerta de Guadalajara murmurando, sabiendo nuevas, diciendo y escuchando mentiras; y las tardes, y aun las mañanas también, se va de casa en casa de juego, y allí sirve de número a los mirones, que, según he oído decir, es un género de gente a quien aborrecen en todo extremo los gariteros. A las dos de la tarde viene a comer, sin que le hayan dado un real de barato, porque ya no se usa el darlo. Vuélvese a ir, santiguase, bosteza y acuéstase, y en toda la noche no sosiega dando vueltas. Pregúntole qué tiene; respóndeme que está haciendo un soneto en la memoria, para un amigo que se lo ha pedido, y da en ser poeta, como si fuese oficio con quien no estuviese vinculada la necesidad del mundo.

SOLDADO.—Mi señora doña Guiomar, en todo cuanto ha dicho, no ha salido de los límites de la razón, y si yo no la tuviera en lo que hago, como ella la tiene en lo que dice, ya había yo de haber procurado algún favor de palillos de aquí o de allí, y procurar verme, como se ven otros hombrecitos aguditos y bulliciosos, con una vara en las manos, y sobre una mula de alquiler pequeña, seca y maliciosa, sin mozo de mulas que le acompañe, porque las tales mulas nunca se alquilan sino a faltas, y cuando están de nones, sus alforjitas a las ancas, en la una un cuello y una camisa y en la otra su medio queso y su pan y su bota, sin añadir a los vestidos que trae de rúa, para hacerlos de camino, sino unas polainas y una sola espuela; y con una comisión y una comezón en el seno sale por esa puente toledana raspahilando, a pesar de las malas mañanas de la harona, y al cabo de pocos días envía a su casa algún pernil de tocino y algunas varas de lienzo crudo; en fin, de aquellas cosas que valen baratas en los lugares del distrito de su comisión, y con esto sus-

tenta su casa como el pecador mejor puede. Pero yo, que ni tengo oficio ni beneficio, no sé qué hacerme, porque no hay señor que quiera servirse de mí porque soy casado; así que me será forzoso suplicar a vuesa merced, señor juez, pues ya por pobres son tan enfadosos los hidalgos, y mi mujer lo pide, que nos divida y aparte.

DOÑA GUIOMAR.—Y hay más en esto, señor juez: que yo veo que mi marido es tan para poco y que padece necesidad, muérome por remediarle: pero no puedo, porque en resolución soy mujer de bien y no tengo de hacer vileza.

SOLDADO.—Por esto sólo merecía ser querida esta mujer, pero debajo de este pundonor tiene encubierta la más mala condición de la tierra. Pide celos sin causa, grita sin porqué, presume sin hacienda, y, como me ve pobre, no me estima en el baile del rey Perico. Y es lo peor, señor juez, que quiere que, a trueco de la fidelidad que me guarda, le sufra y disimule millares de millares de impertinencias y desabrimientos que tiene.

DOÑA GUIOMAR.—¡Pues no! ¿Y por qué no me habéis vos de guardar a mí decoro y respeto siendo tan buena como soy?

SOLDADO.—Oíd, señora doña Guiomar. Aquí delante de estos señores, os quiero decir esto: ¿por qué me hacéis cargo de que sois buena, estando vos obligada a serlo, por ser de tan buenos padres nacida, por ser cristiana y por lo que debéis a vos misma? Bueno es que quieran las mujeres que las respeten sus maridos porque son castas y honestas, como si en sólo esto consistiese de todo en todo su perfección, y no echan de ver los desaguaderos por donde desaguan la fineza de otras mil virtudes que les faltan. ¿Qué se me da a mí que seáis casta con vos misma, puesto que se me da mucho, si os descuidáis de que lo sea vuestra criada, y si andáis siempre rostrituerta, enojada, celosa, pensativa, manirrota, dormilona, perezosa, pendenciera,

gruñidora, con otras insolencias de este jaez, que bastan a consumir las vidas de doscientos maridos? Pero con todo esto digo, señor juez, que ninguna cosa de éstas tiene mi señora doña Guiomar, y confieso que yo soy el leño, el inhábil, el dejado y el perezoso, y que por ley de buen gobierno, aunque no sea por otra cosa, está vuesa merced obligado a descasarnos: que desde aquí digo que no tengo ninguna cosa que alegar contra lo que mi mujer ha dicho, y que doy el pleito por concluso y holgaré de ser condenado.

DOÑA GUIOMAR.—¿Qué hay que alegar contra lo que tengo dicho? Que no me dais de comer a mí ni a vuestra criada; y monta que no son muchas, sino una, y aun esa sietemesina, que no come por un grillo.

ESCRIBANO.—Sosiéguese, que vienen nuevos mandantes.

*(Entra uno vestido a lo médico, y es cirujano, y Aldonza de Minjaca, su mujer.)*

CIRUJANO.—Por cuatro causas bien bastantes vengo a pedir a vuestra merced, señor juez, haga divorcio entre mí y la señora doña Aldonza de Minjaca, mi mujer, que está presente

JUEZ.—¡Resoluto vnis! Decid las cuatro causas.

CIRUJANO.—La primera, porque no la puedo ver más que a todos los diablos; la segunda, por lo que ella se sabe; la tercera, por lo que yo me callo; la cuarta, porque no me lleven los demonios, cuando de esta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.

PROCURADOR.—¡Bastantísimamente ha probado su intención!

MINJACA.—Señor juez: vuesa merced me oiga y advierta que si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo le pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fuí engañada cuando con

él me casé, porque él dijo que era médico de pulso, y remaneció cirujano y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va decir de esto a médico la mitad del justo precio; la tercera, porque tiene celos del sol que me toca; la cuarta, que, como no le puedo ver, querría estar apartada de él dos millones de leguas...

ESCRIBANO.—¿Quién diablos acertará a concertar estos relojes estando las ruedas tan desconcertadas?

MINJACA.—La quinta...

JUEZ.—Señora, señora: si pensáis aquí todas las cuatrocientas causas, yo no estoy para escucharlas, ni hay lugar para ello. Vuestro negocio se recibe a prueba, y andad con Dios, que hay negocios que despachar.

CIRUJANO.—¿Qué más pruebas sino que yo no quiero morir con ella ni ella gusta de vivir conmigo?

JUEZ.—Si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio.

*(Entra uno vestido de ganapán, con su caperuza cuarteada.)*

GANAPÁN.—Señor juez: ganapán soy, no lo niego, pero cristiano viejo y hombre de bien a las derechas; y si no fuese que alguna vez me tomo del vino, o él me toma a mí, que es lo más cierto, ya hubiera sido prioste en la cofradía de los hermanos de la carga. Pero, dejando esto aparte, porque hay mucho que decir en ello, quiero que sepa el señor juez que, estando una vez muy enfermo de los vaguidos de Baco, prometí de casarme con una mujer errada. Volví en mí, sané y cumplí la promesa, y caséme con una mujer que saqué del pecado; púsela a ser placera; ha salido tan soberbia y de tan mala condición, que nadie llega a su tabla con quien no riña, ora sobre el peso falto, ora sobre que le llegan a la fruta, y a dos por tres les da con una pesa en la cabeza o adonde topa,

y los deshonra hasta la cuarta generación, sin tener hora de paz con todas sus vecinas ya parleras; y yo tengo de tener todo el día la espada más lista que un sacabuche para defenderla, y no ganamos para pagar penas de pesos no maduros ni de condenaciones de pependencias. Querría, si vuesa merced fuese servido, o que me apartase de ella, o por lo menos le mudase la condición acelerada que tiene en otra más reportada y más blanda; y prométole a vuesa merced de descargarle de balde todo el carbón que comprare este verano, que puedo mucho con los hermanos mercaderes de la costilla.

CIRUJANO.—Ya conozco yo a la mujer de este buen hombre, y es tan mala como mi Aldonza, que no lo puedo más encarecer.

JUEZ.—Mirad, señores; aunque algunos de los que aquí estáis habéis dado algunas pruebas que traen aparejada sentencia de divorcio, con todo eso es menester que conste por escrito y que lo digan testigos, y así a todos os recibo a prueba... Pero ¿qué es esto? ¿Música y guitarra en mi audiencia? ¡Novedad grande es ésta!

*(Entran dos músicos).*

MÚSICOS.—Señor juez: aquellos dos casados tan desavenidos que vuesa merced concertó, redujo y apaciguó el otro día, están esperando a vuesa merced con una gran fiesta en su casa, y por nosotros le envían a suplicar sea servido de hallarse en ella y honrarlos.

JUEZ.—Eso haré yo de muy buena gana, y pluguiese a Dios que todos los presentes se apaciguasen como ellos.

PROCURADOR.—De esa manera moriríamos de hambre los escribanos y procuradores de esta Audiencia. Que no, sino todo el mundo ponga demandas de divorcio, que al fin y al cabo los más se quedan como

se estaban y nosotros habremos gozado del fruto de sus pependencias y necesidades.

MÚSICOS.—Pues en verdad que desde aquí hemos de ir regocijando la fiesta.

(*Cantan los músicos*).

“Entre casados de honor,  
cuando hay pleito descubierto,  
*más vale el peor concierto  
que no el divorcio mejor.*

Donde no ciega el engaño  
simple en que algunos están,  
las riñas de por San Juan  
son paz para todo el año.

Resucita allí el honor,  
y el gusto, que estaba muerto,  
*donde vale el peor concierto  
más que el divorcio mejor.*

Aunque la rabia de celos  
es tan fuerte y rigurosa,  
si los pide una hermosa,  
no son celos sino cielos.

Tiene esta opinión amor,  
que es el sabio más experto:  
*que vale el peor concierto,  
más que el divorcio mejor”.*

FIN.



# SIGLO XVI

*El siglo XVI tiene una importancia considerable en la evolución de las letras castellanas, pues en sus comienzos se realiza la transformación de la literatura de medieval en nacional, merced a la acción concordante y feliz de muchos factores, entre los cuales deben mencionarse en primera fila el influjo de las doctrinas del Renacimiento y el maravilloso perfeccionamiento del idioma.*

*Las obras en prosa en general alcanzan en este siglo un desarrollo insuperable; y, entre las en verso, logra su mayor perfección conocida en España la poesía Lírica. En cambio la Dramática, destinada en el siglo XVII a tan brillante porvenir, apenas si consigue en los últimos años del presente fijar su molde definitivo, después de haber empleado los restantes en la serie de tanteos que debían llevarla desde las rudimentarias formas medievales hasta la "Comedia", tal como llegó a salir de las manos de Lope.*

# 1.- LA NOVELA EN EL SIGLO XVI

## I. - LA NOVELA PICARESCA

MATEO ALEMÁN

(1547-1614?)

COMPARACIÓN ENTRE EL POBRE Y EL RICO

(DE LA NOVELA "GUZMÁN DE ALFARACHE")

*[Es interesante comparar este fragmento con las consideraciones de Saavedra Fajardo en su Teatro Crítico Universal, sobre el mismo asunto, para ver cuán fundamentalmente discrepan el punto de vista picaresco y el filosófico.]*

"Es el pobre moneda que no corre, concejo de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico: come más tarde, lo peor y más caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad; su discreción locura; su voto escarnio; su hacienda del común; ultrajado de muchos, y aborrecido de todos. Si en conversación se halla no es oído; si lo encuentran huyen dél; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito;

otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie; sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le da; todos le quitan, a nadie debe y a todos pecha. Desventurado, y pobre del pobre, que las horas de relox le venden, y compra el sol de agosto. Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas, vienen a ser comidas de perros, tal como inútil, el discreto pobre viene a morir comido de necios.

“¡Cuán al revés corre un rico! ¡qué viento en popa! ¡con qué tranquilo mar navega! ¡qué bonanza de cuidados! ¡qué descuido de necesidades ajenas! Sus alhólies llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado en el verano del calor! ¡qué empapelado en el invierno por el frío! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necedades sentencias; si es malicioso, lo llaman astuto; si pródigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesano; si incorregible, burlón; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemio, valiente; y si perezoso, maduro; sus yerros cubre la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve, todos cuelgan el oído de su lengua para satisfacer a su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale, es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad, y cual si lo fuese pasa por ella. ¡Cómo lo acompañan! ¡cómo se llegan! ¡cómo lo festejan! ¡cómo lo engrandecen! Ultimamente pobreza es la del pobre y riqueza la del rico; y así donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre, y la vivifica; y así el que no lo tie-

ne, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos; no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo”.

## II. - LA NOVELA HISTORICA

[Este género novelesco, destinado a tener en el siglo XIX tanto desarrollo en la literatura castellana, se inicia en la misma durante el transcurso del siglo XVI.]

### GINÉS PÉREZ DE HITA

(1544?-1619?)

No se conoce con seguridad el lugar de nacimiento de este autor, aunque parece haber sido Mula. El lugar de su residencia fué Murcia. Tomó parte en la campaña contra los moriscos de las Alpujarras (1568-1571), que luego debía referir en forma novelesca.

Es célebre Pérez de Hita por haber escrito una interesante novela, conocida hoy bajo el nombre único de Las Guerras Civiles de Granada, cuyas dos partes son en realidad dos obras distintas: en la primera, titulada al principio Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes (1595), refiere el autor los últimos tiempos de la dominación de los moros en Granada, hasta la fundación de Santa Fe; y en cambio en la segunda, a la cual llamó Segunda Parte de las Guerras Civiles de Granada (1604?), toma por argumento la guerra de las Alpujarras, en la cual intervino, como queda expuesto.

Ambas partes están redactadas en una prosa sencilla y de gran pureza, realizada por la intercalación de romances, o sea breves composiciones épicas en octosílabos, populares en su mayor parte.

### LAS GUERRAS CIVILES DE GRANADA

#### I.<sup>a</sup> PARTE, CAPÍTULO IV.

*Que trata de la batalla que el valiente Muza tuvo con el Maestre, y de otras cosas que también pasaron.*

[El Maestre de Calatrava, D. Rodrigo Téllez Girón, había enviado al Rey Chico de Granada, con motivo de las fiestas de su coronación, un desafío donde se leían, entre otras, las si-

*guientes palabras: "y si acaso alguno de los tuyos quisiere salir al campo a tener escaramusa uno a uno, déles tu Alteza licencia para ello, que aquí aguardo en el Fresno gordo cerca de la ciudad." Al leer esto, deliberaron los moros y resolvieron que el combate fuese de uno a uno, como proponía el Maestre; y eligieron a la suerte entre doce caballeros quién había de oponérsele, resultando sorteado Muza, hermano del Rey Chico. Llevó al campo cristiano la respuesta el mismo escudero que había entregado el desafío!.*

Así como el mensajero del valeroso maestre partió con la carta aceptando el desafío, el rey y todos los caballeros quedaron tratando de él, y de otras cosas. La reina y las damas no holgaron del desafío, porque sabían bien que el valor del maestre era grande, y muy diestro en las armas, y a quien más pesó de este desafío fué a la hermosa y discreta Fátima, del linaje Zegrí, que amaba de secreto mucho a Muza; pero él adoraba a la hermosa Daraja, hija de Mahomet Alabez, y hacía en su servicio señaladas cosas; mas Daraja no amaba a Muza, porque tenía todo su amor puesto en Abenjaminar, caballero de Abencerraje de mucho valor: el Abencerraje amaba a la hermosa Daraja y la servía. Volviendo, pues, a Muza, aquella noche siguiente aderezó todo lo necesario para la batalla que había de hacer, y la Fátima le envió con un paje suyo un rico pendoncillo para la lanza, el medio morado, y el otro verde, todo recamado en riquísimas labores de oro, y sembradas por él muchas FF, que declaraban el nombre de Fátima. El paje le dió a Muza diciendo: "Valeroso señor, Fátima, mi señora, os besa la mano, y os suplica pongáls en vuestra lanza este pendoncillo en su servicio, porque será muy contenta si lo lleváis a la batalla." Muza tomó el pendoncillo mostrando muy buen semblante, porque era para con las damas cortés, aunque él más quisiera que fuera de Daraja; pero por ser tan discreto como valiente, lo recibió diciendo al paje: "Amigo, di a la hermosa Fátima que tengo en muy grande merced y favor el pendoncillo que me envía, aunque en mí no

haya méritos para prenda de tan hermosa dama, y que Alá me dé gracia para que la pueda servir, y que la prometo de ponerlo en mi lanza, y de entrar con él en la batalla, porque sé que con tal prenda, y enviada de tal mano, será muy cierta la victoria de mi parte." El paje fué muy contento y en llegando a Fátima le dijo todo lo que con el valiente Muza había pasado, que no fué poca alegría para Fátima. Pues el alba no había bien rompido, cuando Muza ya está aderezado de todo punto para salir al campo, y dando de ello aviso al rey, se levantó y mandó que tocasen las trompetas y clarines, al son de los cuales se juntaron muchos caballeros, sabiendo ya la ocasión de ello. El rey se aderezó aquel día muy galán: llevaba una marlota de tela de oro, tan rica, que no tenía precio, con tantas perlas y piedras de valor, que muy pocos reyes las pudieron tener tales. Mandó el rey que saliesen doscientos caballeros muy bien alistados, para velar por la seguridad de su hermano Muza. Aun no eran los rayos del sol bien tendidos, cuando el rey Chico y su caballería salió por la puerta de Bielmazón, llevando a su lado a Muza, y con él los caballeros: iban tan gallardos que era muy de ver. No menos parecer y gallardía llevaban los demás caballeros de pelea, y parecían tan bien con sus adargas blancas, lanzas y pendoncillos, con tantas divisas y cifras en ellos, que era maravilla. Iba por capitán de la gente de guerra Mahoma Alabez, gallardo y valiente caballero, y muy galán y enamorado de una dama llamada Cobayda. Llevaba este valiente moro un listón morado en su adarga, y en él por divisa una corona de oro, y una letra que decía: "De mi sangre", dando a entender que venía de aquel valeroso rey Almohabez, que murió a manos del infante don Sancho; y la misma divisa llevaba el gallardo moro en su pendoncillo. Así salieron esas dos cuadrillas, y anduvieron hasta donde estaba el belicoso maestre con sus cincuenta caballeros aguardando, no menos aderezados que la con-

traría parte. Luego como llegó el rey tocaron sus clarines, y respondieron las trompetas del maestro. Después de haberse mirado los unos a los otros, el valeroso Muza no veía la hora de verse con el maestro, y pidiendo licencia a su hermano el rey, salió con hermoso donaire y gallardía, mostrando en su aspecto el valor y esfuerzo que tenía. Llevaba el bravo moro su cuerpo bien guarnecido; sobre un jubón de armar una muy fina cota que llamaban jacerina, y encima un peto fuerte, aforrado en terciopelo verde; sobre ella una rica marlota del mismo terciopelo, labrada con oro, y por ella sembradas muchas DD de oro hechas en arábigo. Esta letra llevaba el moro por ser principio del nombre de Daraja, a quien él tanto amaba. El bonete era verde con ramos de oro labrado, y lazadas con las mismas DD. Llevaba una adarga hecha en Fez, y atravesado por ella un listón verde, y en el medio una cifra; era una mano de una doncella, que apretaba con ella un corazón, del que salían gotas de sangre, con una letra que decía: "Más merece." Iba tan gallardo el valiente Muza, que cualquiera que le miraba quedaba aficionado a las galas. El maestro echó de ver luego que aquel era con quien había de escaramucear, y mandó a todos sus caballeros que ninguno se moviese en su socorro, aunque le viesan puesto en necesidad; y fué poco a poco hacia donde venía el gallardo Muza. Iba el maestro bien armado, y sobre las armas una ropa de terciopelo azul, recamado de oro, el escudo verde en campo blanco, y en él puesta una cruz roja, la cual señal también llevaba en el pecho. El caballo era bueno, rucio rodado. Llevaba en la lanza un pendoncillo blanco, y en él la cruz roja, y debajo de ella una letra que decía: "Por ésta y por mi rey." Parecía tan bien, que en verle daba contento, y cuando el rey le vió dijo a los que con él estaban: "No sin causa este caballero tiene gran fama, porque en su talle y buena disposición muestra el valor de su persona." Llegaron los dos valientes caba-

Ueros cerca el uno del otro, y después de haberse mirado muy bien, el que primero habló fué Muza: “Por cierto, valeroso caballero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos el que la fama publica; y así digo, que vuestro rey se puede tener por bien afortunado en tener un tan estimado caballero como vos sois; y por la fama que en el mundo tiene de vos, yo me tengo por muy dichoso de entrar con vos en batalla, porque si Alá quisiese que alcanzase victoria de tan buen caballero, todas las glorias de él serían mías, que no poca honra y gloria sería para mí, y para todo mi linaje; y si yo quedare vencido, no sentiré tanta pena, por serlo de tan buen caballero.” Con esto feneció el gallardo Muza sus razones, a las cuales respondió el valeroso maestre con muchas cortesías, diciendo: “Por un recado que ayer recibí del rey, sé que os llaman Muza, de quien no menos fama se divulga que la que decís de mí, y que sois su hermano, descendiente de aquel esforzado y antiguo capitán Muza que en tiempos pasados ganó gran parte de nuestra España; y así estimo tener con vos batalla; y pues cada uno de su parte desea la gloria y honra de ella, vengamos a ponerla en ejecución, dejando en manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos a que se nos haga más tarde.” El gallardo moro, que oyó aquellas razones del maestre, se sintió avergonzado por haber dilatado tanto tiempo la escaramuza, y sin responder palabra alguna, con mucha presteza rodeó su caballo, y apretándose su bonete en la cabeza, debajo del cual llevaba un muy fino y acerado casco, se apartó un gran trecho, y lo mismo había hecho el maestre. A este tiempo la reina y todas sus damas estaban puestas en las torres del Alhambra, para desde allí mirar la fuerte escaramuza. Fátima estaba junto a la reina, juntamente con sus damas, ricamente vestida de damasco verde y morado, y era del propio color del pendoncillo que le había enviado al valiente Muza; tenía por toda la ropa sembradas muchas MM griegas, por

ser la primera letra de su amante Muza. El rey como vió apartados a los caballeros, y que aguardaban la señal de batalla, mandó tocar sus clarines, a los cuales respondieron las trompetas del maestre. Siendo la señal hecha, arremetieron los caballeros el uno para el otro con tan grande furia y braveza, que cada uno sintió el valor de su contrario en los encuentros que tuvieron; mas ninguno perdió la silla, ni hizo mudanza alguna: las lanzas no se quebraron, la adarga de Muza fué falseada, y el hierro de la lanza tocó en la fina coraza, y rompió parte de ella, y pasó en la jacerina, sin hacerle otro mal. El encuentro de Muza pasó el escudo al maestre, y el hierro de la lanza tocó en el peto fuerte, que a no serlo fuera herido. Los caballeros sacaron las lanzas, y con grande presteza comenzaron a escaramupear, rodeándose el uno al otro, procurando herirse; pero aunque era bueno el caballo del maestre, no era ligero como el del moro, a cuya causa no podía dar golpe a su gusto, por andar Muza tan ligero; y así entraba y salía con velocidad el moro, dándole algunos golpes al maestre, el cual como vió la ligereza del caballo contrario, acordó, fiando en la fortaleza de su brazo, de tirarle la lanza, y aguardó a que el moro le entrase, y viéndole cerca terció la lanza, y levantóse sobre los estribos, y con fortaleza jamás vista le arrojó la lanza. Muza quiso hurtarle el cuerpo y revolvió la rienda al caballo por huir del golpe; pero no lo hizo tan a su salvo, que llegando primero la lanza del maestre, le pasó el cuerpo al caballo; alborotóse saltando, dando vueltas y empinándose, y dando grandes corcovos; y visto por el moro, temiendo no le viniese algún daño por aquella causa, saltó en tierra, y con osado ánimo se fué al maestre para desjarretar el suyo, y de él entendido, saltó tan ligero como el viento; y embrazando el escudo, la espada desnuda se fué a Muza, el cual venía lleno de cólera y saña contra él por haberle herido tan mal su caballo; y con una cimitarra fué

a herir al maestro, el cual le ofendía bien y le maltrataba; peleando a pie, y cerca el uno del otro, se daban tan recios y desafortados golpes, que no bastaban fuerza de los escudos y de las armas, que con la fortaleza de sus brazos no se deshiciese y rompiese: y como el valeroso maestro era muy diestro y cursado en las armas, y más fuerte que Muza, puesto que el moro era valiente y de animoso corazón, quiso mostrar donde llegaba su valor, y afirmando su espada sobre la cimitarra de Muza, fué al reparo, y el maestro con muy gran presteza le hirió en la cabeza sin poderlo remediar el gallardo moro: cortóle con la cuchillada la mitad del bonete, y vino el penacho al suelo; y si el casco no fuera tan fino, fuera la herida más peligrosa, y quedó Muza casi aturdido del golpe, y viendo cuán a maltratar le traía el maestro, volviendo en sí acudió con su cimitarra con destreza, y descargó un golpe muy recio. El maestro lo recibió en el escudo, el cual fué cortado por medio, por ser fuerte el golpe que en él le dió, y le rompió asimismo la manga de la loriga, y le alcanzó a herir de una pequeña herida en el brazo, de la cual le salía mucha sangre, y fué causa de que el maestro se encendiese en cólera y saña, y queriendo vengarse acometió con un golpe a Muza en la cabeza, el cual con presteza fué al reparo por que no le hiriera. El maestro, viendo que acudió al reparo, bajó la espada, y de revés le dió una herida en el muslo, que no le aprovechó la loriga que llevaba encima, para que no entrase la espada del maestro. De aquella suerte andaban los valerosos caballeros muy encarnizados, dándose muy grandes y fieros golpes. Quién mirar a la hermosa Fátima, conociera claro que amaba a Muza, porque así como vió el bravo golpe que el maestro dió a su amante y querido Muza, del cual le derribó el bonete y penacho, temió quedaba mal herido; y viendo el caballo muerto, no lo podía sufrir, y así de todo punto perdió su color con un desmayo cruel que le dió, y cayó sin sentido en el suelo. La reina man-

dó que la echasen agua en el rostro, y echándose la volvió en sí, y abriendo los ojos dió un suspiro, diciendo: "Oh! Mahoma! ¿Por qué no te dueles de mí?" y tornándose a amortecer, la mandó la reina llevar a su aposento, y que la regalasen. Jarifa, Daraja y Cobayda la llevaron con mucha presteza, haciendo muchos remedios, hasta que la bella mora volvió en sí, y les dijo a Daraja y a Jarifa que la dejaran sola, porque quería reposar un poco. Estas lo hicieron así, y se tornaron adonde estaba la reina mirando la escaramuza, que a la sazón estaba más encendida, pero manifiesta en la ventaja que el maestro llevaba a Muza, por ser más diestro en las armas; puesto que Muza era de grande esfuerzo y valor, y no mostró jamás punto de cobardía, y más en aquella ocasión, antes redoblaba sus golpes, hiriendo al maestro. Al moro le salía mucha sangre de la herida del muslo, y era tanta, que Muza sentía bien la falta de ella, y estaba desfallecido y débil; lo cual visto por el maestro, considerando que aquel moro era hermano del rey de Granada, y que era también muy estimado, y deseando también con muchas veras que fuese cristiano, y que siéndolo le podría ganar algo en los negocios de la guerra en provecho del rey don Fernando, determinó con mucho cuidado de no proseguir la sangrienta batalla, y de tener amistad verdadera con el valiente Muza, y así luego se fué retirando afuera, diciendo: "Valeroso Muza, paréceme que para negocios de fiestas hacer tan sangrienta batalla como la que hacemos, no es justo; démosle fin, si te pareciere, que a ello me mueve ser tú tan buen caballero, y hermano del rey, de quien tengo ofrecidas mercedes; y no digo esto porque de mi parte sienta haber perdido nada del campo, ni de mi esfuerzo, sino porque deseo amistad contigo por tu valor." Muza, que vió retirar al maestro, se maravilló, y también se retiró, diciendo: "Claramente se deja entender, valeroso maestro, que te retiras, y no quieres fenecer la batalla, por verme en tal

estado, que de ella no podría yo sacar sino la muerte; y movido tú de mi mala fortuna, me quieres conceder la vida, de la cual reconozco me haces merced. Y también digo, que si tu voluntad fuere que nuestra lid fenézca de mi parte no faltaré hasta morir, con lo cual cumpliré a lo que debo a ley de caballero; mas si, como dices, lo haces por respeto de mi amistad, te lo agradezco infinito y lo tengo a grande merced, por tener amistad con un tan singular caballero como tú, y prometo y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no ir contra tu persona ahora ni en tiempo alguno, sino en cuanto fuere mi poder servirte.” Y diciendo esto dejó la cimitarra de la mano, y se fué a abrazar al maestro, y él hizo lo mismo con mucho amor, y entendió de cierto el maestro que de aquella amistad había de resultar muy gran bien a los cristianos. El rey y las damas que estaban mirando la batalla se maravillaron mucho, y no podían entender qué podía ser; y venido a entender el caso y la amistad, el rey con seis caballeros se llegó a hablar al maestro, y después de haber tratado cosas de muy grandes cortesías, sabiendo la amistad del maestro y de su hermano, aunque no se holgó mucho, dió orden de volver a la ciudad, porque Muza fuese curado, que lo había bien menester. Y así se partieron los dos caballeros, llevando la amistad en sus corazones muy fija y sellada. Este es el fin que tuvo la batalla.

Vuelto el rey a Granada, no se trataba otra cosa sino de la escaramuza, y de la amistad que de ella procedió, y de la virtud, bondad y valor del maestro; y con razón, porque era adornado de todo, y por él se dijo aquel romance que dice:

*¡Ay Dios, qué buen caballero  
es el maestro de Caltrava,  
y cuán bien corre los moros  
por la Vega de Granada!  
Desde la fuente del Pino*

*hasta la Sierra Nevada,  
y en esas puertas de Elvira,  
mete el puñal y la lanza;  
las puertas que eran de hierro,  
de parte a parte las pasa.*

Siendo fenecida la batalla del maestro y de Muza, desamparando la Vega el maestro se fué con las presas que habían hecho él y su gente.

## 2. - LA PROSA RELIGIOSA EN EL SIGLO XVI

### FRAY LUIS DE GRANADA

(1504?-1588)

*Nació en Granada, y se llamaba en realidad Luis de Sarria Huérfano de padre a los cinco años de edad, fué protegido por el Conde de Tendilla, y así pudo educarse.*

*En 1525 profesó en el Convento de dominicos de Santa Cruz, de su ciudad natal, y no tardó en darse a conocer como inspirado y elocuente predicador.*

*En 1555 más o menos, pasó a Portugal, donde fué provincial de su orden de 1556 a 1560. Vuelto a España algunos años después, con motivo de haber sido puesto al índice dos libros suyos, regresó más tarde definitivamente a Portugal.*

*Fray Luis de Granada es especialmente conocido por dos de sus obras: el Libro de la Oración y Meditación (1554) y la Guía de Pecadores (1567), obra que durante mucho tiempo gozó de gran renombre, no sólo dentro sino fuera de España.*

### DEL MURMURAR, ESCARNECER Y JUZGAR TEMERARIAMENTE

(DE LA "GUÍA DE PECADORES")

Otro pecado que se debe también mucho evitar, es el de la murmuración; el cual no menos reina hoy en el mundo que el pasado, sin que haya casa fuerte, ni

congregación religiosa, ni lugar sagrado contra él. Y aunque este vicio sea familiar a todo género de personas (porque el mismo mundo con los desatinos que cada día hace, como da materia de llorar a los buenos, así la da de murmurar a los flacos); pero todavía hay algunas personas por natural pasión más inclinadas a él, que otras. Porque así como hay gustos que no arrastran a cosa dulce, ni la pueden tragar, sino a cosas amargas y acetosas; así hay personas tan podridas en sí, y tan llenas de humor triste y melancólico, que en ninguna materia de virtud, ni alabanza ajena toman gusto sino en sólo mofar, y maldecir, y tratar de males ajenos. De suerte que a todas las otras pláticas y materias están dormidos y mudos, y en tocándose esta tecla, luego parece que resucitan, y cobran nuevos espíritus para tratar desta materia,

Pues para criar en tu corazón odio de un vicio tan perjudicial y aborrecible como éste, considera tres grandes males que trae consigo. El primero es que está muy cerca de pecado mortal; porque de la murmuración a la detracción hay muy poco camino que andar; y como estos dos vicios sean tan vecinos, fácil cosa es pasar del uno al otro: así como los filósofos dicen que entre los elementos que concuerdan en alguna cualidad, es muy fácil el pasaje de uno a otro. Y así vemos acaecer muchas veces que cuando los hombres comienzan a murmurar, fácilmente pasan de los defectos comunes a los particulares, y de los públicos a los secretos, y de los pequeños a los grandes; con que dejan las famas de sus prójimos tiznadas y desdoradas. Porque después que la lengua se comienza a calentar, y crece el ardor y deseo de encarecer las cosas, tan mal se enfrena el apetito del corazón, como el ímpetu de la llama cuando la sopla el viento, o el caballo de mala boca cuando corre a toda furia. Y ya entonces el murmurador no guarda la cara a nadie, ni cesa de ir adelante hasta llegar al más secreto rincón de la posada. Y por esta causa deseaba tanto el Eclesiásti-

co la guarda de este portillo, cuando decía: ¿Quién dará guarda a mi boca, y pondrá un sello en mis labios, para que no venga a caer por ellos, y mi propia lengua me condene? Quien esto decía, muy bien conocía la importancia y dificultad de este negocio; pues de solo Dios deseaba y esperaba el remedio (que es el verdadero médico de este mal, como lo testifica Salomón, diciendo: Al hombre pertenece aparejar el ánimo, mas a Dios gobernar la lengua). Tan grande es este negocio.

El segundo mal que tiene este vicio, es ser muy perjudicial y dañoso, porque a lo menos no se pueden excusar en él tres males: uno del que dice, otro de los que oyen y consienten, y el tercero de los ausentes de quien el mal se dice; porque las paredes tienen oídos, y las palabras alas, y los hombres son amigos de ganar amigos, y congraciarse con otros llevando y trayendo estas consejas (so color de que tienen mucha cuenta con la honra de las personas), de aquí nace que cuando éstas llegan a oídos del infamado, se escandalice, y embravezca, y tome pasión contra quien dijo mal de él, de donde suelen recrecerse enemistades eternas, y aun a veces desafíos y sangre. Por donde dijo el Sabio: El escarnecedor y maldiciente será maldito; porque revolvió a muchos que vivían en paz. Y todo esto (como ves) nació de una palabra desmandada; porque como dice el Sabio, de una centella se levanta a veces una grande llama.

Por razón destes daños es comparado este vicio en la Escritura unas veces con las navajas que cortan los cabellos sin que lo sintáis; otras veces con arcos y saetas que tiran de lejos, y hieren a los ausentes; otras veces con las serpientes que muerden de callada, y dejan la ponzoña en la herida: por las cuales comparaciones el Espíritu Santo nos quiso dar a entender la malicia y daños deste vicio, el cual es tan grande, que dijo el Sabio: La herida del azote deja una señal

en el cuerpo: mas la de la mala lengua deja molidos los huesos.

El tercero mal que este vicio tiene, es ser muy aborrecible e infame entre los hombres; porque todos naturalmente huyen de las personas de mala lengua, como de serpientes ponzoñosas. Por donde dijo el Sabio, que era terrible en su ciudad el hombre deslenguado. Pues ¿qué mayores inconvenientes quieres tú para aborrecer un vicio, que por una parte es tan dañoso, y por otra tan sin fruto? ¿Por qué querrás ser de balde sin causa infame y aborrecible a Dios y a los hombres; especialmente en un vicio tan cotidiano y tan usado, donde cuasi tantas veces has de peligrar, cuantas hablares y platicares con otros?

Haz pues agora cuenta que la vida del prójimo es para ti como un árbol vedado en que no has de tocar. Con igual cuidado has de procurar nunca decir bien de ti, ni mal de otro; porque lo uno es de vanos, y lo otro de maldicientes. Sean todos de tu boca virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo creído que nadie es malo por tu dicho. Desta manera excusarás infinitos pecados, y otros tantos escrúpulos y remordimientos de conciencia, y serás amable a Dios y a los hombres, y de la manera que honreres a todos, así de todos serás honrado. Haz un freno a tu boca, y está siempre atento a engullir y tragar las palabras que se te revuelven en el estómago, cuando viéres que llevan sangre. Cree que esta es una de las grandes prudencias y discreciones que hay, y uno de los grandes imperios que puedes tener, si lo tuvieres sobre tu lengua.

Y no pienses que te excusas de este vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar; porque algunos murmuradores hay que son como los barberos que, cuando quieren sangrar, untan primero blandamente la vena con aceite, y después hieren con la lanceta y sacan sangre. Destos dice el profeta que hablan palabras más blandas que el olio, mas que ellas de verdad son saetas.

Y como quiera que sea gran virtud abstenerse de toda especie de murmuración, mucho más lo es para con aquellos de quien habemos sido ofendidos; porque cuanto es más fuerte el apetito de hablar mal de éstos, tanto es de más generoso corazón ser templado en esta parte, y vencer esta pasión. Y por esto aquí conviene tener mayor recaudo, donde se conoce mayor peligro.

Y no sólo de maldecir y murmurar, sino también de oír lenguas de murmuradores, te debes abstener, guardando aquel consejo del Eclesiástico, que dice: Atapa tus oídos con espinas, y no oyas la lengua del maldiciente. Donde no se contenta con que tapes los oídos con algodón, o con otra materia blanda; sino quiere que sea con espinas: para que no sólo no te entren las tales palabras en el corazón, holgando de oírlas, sino también punces el corazón del que murmura, haciendo mala cara a sus palabras; como más claramente lo significó Salomón, cuando dijo: El viento cierzo esparce las nubes, y el rostro triste la cara del que murmura. Porque (como dice San Hierónimo) la saeta que sale del arco, no se hinca en la piedra dura; sino antes de allí resurte, y hiere a veces al que la tiró.

Y por tanto si el que murmura es tu súbdito, o tal persona que sin escándalo lo puedes mandar que calle, debeslo hacer, y si esto no puedes, a lo menos entremete otras pláticas discretamente para cortar el hilo de aquellas, o muéstrale tan mala cara, que él mismo se avergüence de lo que habla, y así quede cortésmente avisado, y se vuelva del canino. Porque de otra manera si le oyes con alegre rostro, dasle ocasión para que pase adelante, y así no menos pecas oyendo tú, que hablando él; pues así como es gran mal pegar fuego a una casa, así también lo es estarse calentando a la llama que otro enciende, estando obligado a acudir con agua.

Mas entre todas estas murmuraciones la peor es

murmurar de los buenos; porque esto es acobardar a los flacos y pusilánimes, y cerrar la puerta a otros más flacos, para que no osen entrar con este recelo. Porque aunque esto no sea escándalo para los fuertes, no se puede negar sino que lo es para los pequeñuelos. Y por que no tengas en poco esta manera de escándalo, acuérdate que dice el Señor: Quien escandalizare a uno destos pequeñuelos que en mí creen, más valdría que le atasen una piedra de atahona al cuello, y le arrojasen en el profundo de la mar.

Todo esto que se ha dicho contra los murmuradores y maldicientes, cabe también en los escarnecedores y mofadores, y mucho más. Porque este vicio tiene todo lo que el pasado, y sobre esto tiene otra tizne aun más de soberbia, y presunción, y menosprecio de los otros, por donde es muy más para huir que el otro, como lo mandó Dios en la ley, cuando dijo: No serás maldiciente, ni escarnecedor en los pueblos. Y por esto no será necesario gastar más palabras en afear este vicio, pues para esto debe bastar lo dicho.

### 3. - LA POESÍA LÍRICA EN EL SIGLO XVI

#### I - LA ESCUELA SALMANTINA

FRAY LUIS DE LEÓN

(1528-1591)

NOCHE SERENA

A OLOARTE

Cuando contemplo el cielo  
de innumerables luces adornado,  
y miro hacia el suelo  
de noche rodeado,  
en sueño y en olvido sepultado,  
el amor y la pena  
despiertan en mi pecho una ansia ardiente;  
despiden larga vena  
los ojos hechos fuente;  
la lengua dice al fin con voz doliente:  
"Morada de grandeza,  
templo de claridad y hermosura,  
mi alma que a tu alteza

nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel baja, obscura?  
¿Qué mortal desatino  
de la verdad aleja así el sentido,  
que, de tu bien divino  
olvidado, perdido  
sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado  
al sueño, de su suerte no cuidando,  
y con paso callado  
el cielo vueltas dando,  
las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad, mortales;  
mirad con atención en vuestro daño;  
¿las almas inmortales  
hechas a bien tamaño  
podrán vivir de sombra y solo engaño?

¡Ay! levantad los ojos  
a aquesta celestial eterna esfera,  
burlaréis los antojos  
de aquesa lisonjera  
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto  
el bajo y torpe suelo, comparado  
a aqueste gran trasunto,  
do vive mejorado  
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto  
de aquestos resplandores eternos,  
su movimiento cierto,  
sus pasos desiguales  
y en proporción concorde tan iguales:  
la luna cómo mueve  
la plateada rueda, y va en pos de ella  
la luz do el saber llueve,  
y la graciosa estrella  
de amor le sigue reluciente y bella:  
y cómo otro camino

prosigue el sanguinoso Marte airado,  
y el Júpiter benino,  
de bienes mil cerca'do,  
serena el cielo con su rayo amado:

rodéase en la cumbre  
Saturno, padre de los siglos de oro;  
tras él la muchedumbre  
del reluciente coro  
su luz va repartiendo y su tesoro:

¿quién es el que esto mira,  
y precia la bajeza de la tierra,  
y no gime y suspira,  
por romper lo que encierra  
el alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,  
aquí reina la paz: aquí asentado  
en rico y alto asiento  
está el amor sagrado  
de honra y de deleites rodeado.

Inmensa' hermosura  
aquí se muestra toda; y resplandece  
clarísima luz pura,  
que jamás anochece;  
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!  
¡oh prados con verdad frescos y amenos!  
¡riquísimos mineros!  
¡oh deleitosos senos!  
¡repuestos valles de mil bienes llenos!"

## II. - LA ESCUELA SEVILLANA

**FERNANDO DE HERRERA**

(1534-1597)

A D. JUAN DE AUSTRIA

(ODA)

*[En esta composición celebra Herrera la victoria de D. Juan de Austria sobre los moriscos sublevados en las sierras de Granada. Supone en ella que Apolo canta el elogio de Marte, después que éste venció a los Gigantes cuando quisieron escalar el Olimpo; y en forma profética, anuncia que la gloria guerrera de D. Juan eclipsará un día a la del dios].*

Cuando con resonante  
rayo y furor del brazo impetuoso  
a Encélado arrogante  
Júpiter poderoso  
despeñó airado en Etna cavernoso;  
y la vencida tierra,  
a su imperio rebelde quebrantada  
desamparó la guerra  
por la sangrienta espada  
de Marte, aun con mil muertes no domada;  
en el sereno polo  
con la süave cítara presente,  
cantó el crinado Apolo  
entonces dulcemente,  
y en oro y lauro coronó su frente.  
La canora armonía  
suspendía de dioses el senado;  
y el cielo, que movía  
su curso arrebatado,  
el vuelo reprimía enajenado.

Halagaba el sonido  
al piélagó sañudo, al raudo viento  
su fragor encogido,  
y con divino aliento  
las musas consonaban a su intento.

Cantaba la victoria  
del ejército etéreo, y fortaleza  
que engrandeció su gloria,  
el horror y aspereza  
de la titania estirpe, y su fiereza;  
de Palas Atenea

el gorgóneo terror, la ardiente lanza,  
del rey de la onda egea  
la indómita pujanza,  
y del hercúleo brazo la venganza.

Mas del bistonio Marte  
hizo en grande alabanza luenga muestra,  
cantando fuerza y arte  
de aquella armada diestra  
que a la flegrea hueste fué siniestra.

“A ti, decía, escudo;  
a ti, del cielo esfuerzo generoso,  
poner temor no pudo  
el escuadrón sañoso,  
con sierpes enroscadas espantoso.

“Tú solo a Oromedonte  
trajiste al hierro agudo de la muerte  
junto al doblado monte  
y abrió con diestra suerte  
el pecho de Peloro tu asta fuerte.

“¡Oh, hijo esclarecido  
de Juno, oh duro y no cansado pecho,  
por quien cayó vencido,  
y en peligroso estrecho  
Mimante pavoroso fué deshecho!

“Tú, cubierto de acero,  
tu, estrago de los hombres indignado,

con sangre h6rrido y fiero  
rompes acelerado  
del ancho muro el torre6n alzado,  
“A ti, libre ya, debe,  
de recelo Saturnio, que el profano  
linaje que se atreve  
alzar la osada mano  
sienta su bravo orgullo salir vano.

“Mas aunque resplandezca  
esta victoria tuya conocida,  
con gloria que merezca  
gozar eterna vida,  
sin que yaga en tinieblas ofendida;

“vendr6 tiempo en que tenga  
tu memoria el olvido y la termine,  
y la tierra sostenga  
un valor tan insigne,  
que ante 6l desmaye el tuyo y se le incline;

“y el f6rtil Occidente,  
cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,  
descubrir6 presente,  
con prez y honor de Espa1a,  
la lumbre singular de esta haza1a;

“que el cielo le concede  
aquel ramo de C6sar invencible,  
que su valor herede,  
para que al turco horrible  
derribe el coraz6n y ardor terrible.

“Vese el p6rfido bando  
en la fragosa, yerta, a6rea cumbre,  
que sube amenazando  
la soberana lumbre,  
fiado en su animosa muchedumbre;

“y all6, de miedo ajeno,  
corre cual suelta cabra y se abalanza  
con el fogoso trueno  
de su cubierta estancia,  
y sigue de sus odios la venganza;

“mas después que aparece  
el joven de Austria en la enriscada sierra,  
frío miedo entorpece  
al rebelde, y lo atierra  
con espanto y con muerte la impía guerra.

“Cual tempestad oncosa  
con horrísono estruendo se levanta,  
y la nave, medrosa  
de rabia y furia tanta,  
entre peñascos ásperos quebranta;

“o cual del cerco estrecho  
el flamígero rayo se desata,  
con luengo surco hecho,  
y rompe y desbarata  
cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá;

“la fama alzará luego,  
y con las alas de oro la victoria,  
sobre el giro del fuego  
resonando su gloria  
con puro lampo de inmortal memoria;

“y extenderá su nombre  
por do céfiro expira en blando vuelo  
con ínclito renombre,  
al remoto indio suelo  
y a do esparce el rigor helado el cielo.

“Si Peloro tuviera  
parte de su destreza y valentía,  
él solo te venciera,  
Gradivo, aunque a porfía,  
tu esfuerzo acrecentaras y osadía.

“Si este al cielo amparara  
contra las duras fuerzas de Mimante,  
ni el trance recelara  
el vencedor tonante,  
ni sacudiera el brazo fulminante.

“Traed, cielos, huyendo  
este cansando tiempo espacioso  
que oprime deteniendo

el curso glorioso;  
haced que se adelante presuroso.”

Así la lira suena,  
y Jove el canto afirma, y se estremece  
el Olimpo y resuena  
en torno y resplandece,  
y Mavorte dudoso se oscurece.

## BALTASAR DEL ALCÁZAR

(1530-1606)

### REDONDILLAS

Deseáis, señor Sarmiento,  
saber en estos mis años,  
sujetos a tantos daños,  
cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,  
porque la historia es bien breve,  
y el daros gusto se os debe  
con toda puntualidad.

Salido el sol por oriente,  
de rayos acompañado,  
me dan un huevo pasado  
por agua, blando y caliente;  
con dos tragos del que suelo  
llamar yo néctar divino,  
y a quien otros llaman vino  
porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso  
toca en la meridional,  
distanto por un igual  
del oriente y del ocaso:  
me dan asada y cocida  
de una gruesa y gentil ave,

con tres veces del süave  
licor que alegra la vida.

Después que cayendo viene  
a dar en el mar Hesperio,  
desamparando el imperio  
que en nuestro horizonte tiene:  
me suelen dar a comer  
tostadas en vino mulso,  
que el enflaquecido pulso  
restituyen a su ser.

Luego me cierran la puerta,  
y me entrego al dulce sueño:  
dormido soy de otro dueño,  
no sé de mí nueva cierta.

Hasta que, habiendo sol nuevo,  
me cuentan cómo he dormido,  
y así de nuevo les pido  
que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,  
veo que se va cayendo,  
voyle puntales poniendo  
porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio:  
presto me dicen mis males,  
que han de faltar los puntales  
y allanarse el edificio.

### III. - LA ESCUELA ARAGONESA

#### BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

(1562-1631)

*Nació en Barbastro, como su hermano Lupercio, y como él estuvo en las Universidades de Huesca y Zaragoza; pero no terminó allí sus estudios, sino en la de Salamanca, donde ingresó después en 1581.*

*Se ordenó de sacerdote en 1584, y fué nombrado rector de*

*Villahermosa. En Madrid vivió como Capellán de la emperatriz María, muerta en 1603, y después se retiró de la Corte. Más tarde pasó a Italia con el Conde de Lemos, a quien acompañaba también su hermano, como ya se dijo anteriormente. En 1613 se le nombró Cronista de Aragón, y en 1615 Canónigo de la Seo de Zaragoza, con lo cual se trasladó definitivamente a dicha ciudad.*

*En prosa escribió la Conquista de las islas Molucas (1609) y la Primera Parte de los Anales de Aragón (1630), obras por las cuales merece contarse entre los buenos y correctos prosistas de la época. En verso escribió epístolas, canciones, sonetos y epigramas, publicados en 1634, como ya lo hemos expuesto, bajo el título común de Rimas, conjuntamente con las de su hermano Leonardo, con quien guarda notables analogías como poeta académico y amigo de las formas clásicas.*

### SONETO

“Dime, padre común, pues eres justo,  
¿por qué ha de permitir tu providencia  
que, arrastrando prisiones la inocencia,  
suba la fraude a tribunal augusto?”

“¿Quién da fuerzas al brazo que robusto  
hace a tus leyes firme resistencia,  
y que el celo que más la reverencia  
gima a los pies del vencedor injusto?”

“Vemos que vibran victoriosas palmas  
manos cínicas, la virtud gimiendo  
del triunfo en el injusto regocijo”.

Esto decía yo, cuando riendo  
celestial ninfa apareció y me dijo:

“¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?”

## IV. - LOS PETRARQUISTAS O ITALIANIZANTES DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI

### GARCILASO DE LA VEGA

(1503-1536)

#### ÉGLOGA TERCERA

*[La suprema y natural elegancia propia de todos los actos y poesías de Garcilaso, resplandece notablemente en los pasa-*

jes principales de esta hermosa composición, dedicada por su autor a Da. María de la Cueva, Condesa de Ureña.

Después de la bella dedicatoria, refiere el poeta cómo en un sitio apacible a orillas del Tajo, cuatro ninfas se reúnen a la hora de la siesta para trabajar en sus labores de bordado, y cómo antes de retirarse escuchan embelesadas el canto de los pastores Tirreno y Alcino en loor de las pastoras Flérida y Filis.

Damos a continuación la *Égloga*, casi íntegra, omitiendo tan sólo la descripción de las labores de las ninfas].

Aquella voluntad honesta y pura,  
ilustre y hermosísima María,  
que en mí de celebrar tu hermosura,  
tu ingenio y tu valor estar solía,  
a despecho y pesar de la ventura  
que por otro camino me desvía,  
está y estará en mí tanto clavada,  
cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aun no se me figura que me toca  
aqueste oficio solamente en vida;  
mas con la lengua muerta y fría en la boca  
pienso mover la voz a ti debida.  
Libre mi alma de su estrecha roca,  
por el estigio lago conducida,  
celebrándote irá, y aquel sonido  
hará parar las aguas del olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,  
me aflige, y de un trabajo en otro lleva;  
ya de la patria, ya del bien me aparta,  
ya mi paciencia en mil maneras prueba;  
y lo que siento más es que la carta  
donde mi pluma tu alabanza mueva,  
poniendo en su lugar cuidados vanos,  
me quita y me arrebatá de las manos.

Pero, por más que en mí su fuerza pruebe,  
no tornará mi corazón mudable;  
nunca dirán jamás que me remueve  
fortuna de un estudio tan loable.  
Apolo y las hermanas, todas nueve,

me darán ocio y lengua con que hable  
lo menos de lo que en tu ser cupiere,  
que esto será lo más que yo pudiere.

En tanto no te ofenda ni te harte  
tratar del campo y soledad que amaste,  
ni desdeñes aquesta inculta parte  
de mi estilo, que en algo ya estimaste.  
Entre las armas del sangriento Marte,  
do apenas hay quien su furor contraste,  
hurté de tiempo aquesta breve suma,  
tomando, ora la espada, ora la pluma.

Aplica, pues, un rato los sentidos  
al bajo son de mi zampoña ruda,  
indigna de llegar a tus oídos,  
pues de ornamento y gracia va desnuda;  
mas a las veces son mejor oídos,  
el puro ingenio y lengua casi muda,  
testigos limpios de ánimo inocente,  
que la curiosidad del elocuente.

Por aquesta razón de ti escuchado,  
aunque me falten otras, ser merezco.  
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,  
con recibillo tú, yo me enriquezco.  
De cuatro ninfas que del Tajo amado  
salieron juntas, a cantar me ofrezco,  
Filódece, Dinámene y Clinene,  
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo, en soledad amena,  
de verdes sauces hay una espesura,  
toda de yedra revestida y llena,  
que por el tronco va hasta la altura,  
y así la teje arriba y encadena,  
que el sol no halla paso a la verdura;  
el agua baña el prado, con sonido  
alegrando la vista y el oído.

Con tanta mansedumbre, el cristalino  
Tajo en aquella parte caminaba,  
que pudieran los ojos el camino

determinar apenas que llevaba.

Peinando sus cabellos de oro fino,  
una ninfa del agua do moraba,  
la cabeza sacó, y el prado ameno  
vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso, el manso viento,  
el suave olor de aquel florido suelo.  
Las aves en el fresco apartamiento  
vió descansar del trabajoso vuelo.  
Secaba entonces el terreno aliento  
el sol subido en la mitad del cielo.  
En el silencio sólo se escuchaba  
un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza  
atentamente aquel lugar sombrío,  
somorgujó de nuevo su cabeza,  
y al fondo se dejó calar del río.  
A sus hermanas a contar empieza  
del verde sitio el agradable frío,  
y que vayan las ruega y amonesta  
allí con su labor a estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,  
que las tres dellas su labor tomaron,  
y en mirando de fuera, vieron luego  
el prado, hacia el cual enderezaron.  
El agua clara con lascivo juego,  
nadando dividieron y cortaron,  
hasta que el blanco pie tocó mojado,  
saliendo de la arena, el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,  
escurriendo del agua sus cabellos,  
los cuales esparciendo, cobijadas  
las hermosas espaldas fueron dellos.  
Luego, sacando telas delicadas,  
que en delgadeza competían con ellos,  
en lo más escondido se metieron  
y a su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas

del oro que el felice Tajo envía,  
apurado después de bien cernidas  
las menudas arenas do se cria;  
y de las verdes hojas reducidas  
en estambre sutil, cual convenia  
para seguir el delicado estilo  
del oro ya tirado en rico hilo.

☉ La delicada estambre era distinta  
de las colores que antes le habian dado  
con la fineza de la varia tinta  
que se halla en las conchas del pescado.  
Tanto artificio muestra en lo que pinta  
y teje cada ninfa en su labrado,  
cuanto mostraron en sus tablas antes  
el celebrado Apeles y Timantes.

.....

Destas historias tales variadas  
eran las telas de las cuatro hermanas,  
**las cuales con colores matizadas**  
y claras luces de las sombras vanas,  
mostraban a los ojos relevadas  
las cosas y figuras que eran llanas,  
tanto, que al parecer el cuerpo vano  
pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,  
escondiendo su luz al mundo cara  
tras altos montes, y a la luna daban  
lugar para mostrar su blanca cara;  
los peces a menudo ya saltaban,  
con la cola azotando el agua clara,  
cuando las ninfas, la labor dejando,  
hacia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos  
tenían los pies, y reclinar querían  
los blancos cuerpos, cuando sus oídos  
fueron de dos zamponas que tañían,  
suave y dulcemente, detenidos;

tanto, que sin mudarse las oían,  
y al son de las zampoñas escuchaban  
dos pastores a veces, que cantaban.

Más claro cada vez el son se oía  
de dos pastores, que venían cantando  
tras el ganado, que también venía  
por aquel verde soto caminando;  
y a la majada, ya pasado el día,  
recogido le llevan, alegrando  
las verdes selvas con el son suave,  
haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno de estos dos el uno era,  
Alcino el otro, entrambos estimados,  
y sobre cuantos pacen la ribera  
del Tajo con sus vacas enseñados;  
mancebos de una edad, de una manera  
a cantar juntamente aparejados,  
y a responder; aquesto van diciendo,  
cantando el uno, el otro respondiendo.

#### TIRRENO

Flérida, para mí dulce y sabrosa  
más que la fruta del cercado ajeno,  
más blanca que la leche, y más hermosa  
que el prado por abril, de flores lleno;  
si tú respondes pura y amorosa  
al verdadero amor de tu Tirreno,  
a mi majada arribarás, primero  
que el cielo nos amuestre su lucero.

#### ALCINO

Hermosa Filis, siempre yo te sea  
amargo al gusto más que la retama,  
y de ti despojado yo me vea,  
cual queda el tronco de su verde rama,  
si más que yo el murciélagos desea

la oscuridad, ni más luz desama,  
por ver ya el fin de un término tamaño  
deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO

Cual suele acompañada de su bando  
aparecer la dulce primavera,  
cuando Favonio y Céfiro soplando,  
al campo tornan su beldad primera,  
y van artificiosos esmaltando  
de rojo, azul y blanco la ribera;  
en tal manera a mí, Flérída mía,  
viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO

¿Ves el furor del animoso viento,  
embravecido en la fragosa sierra,  
que los antiguos robles ciento a ciento  
y los pinos altísimos atierra,  
y de tanto destrozo aun no contento,  
al espantoso mar mueve la guerra?  
Pequeña es esta furia, comparada  
a la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO

El blanco trigo multiplica y crece,  
produce el campo en abundancia tierno  
pasto el ganado; el verde monte ofrece  
a las fieras salvajes su gobierno;  
adoquiera que miro me parece  
que derrama la copia todo el cuerno;  
mas todo se convertirá en abrojos  
si dello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO

De la esterilidad es oprimido  
el monte, el campo, el soto y el ganado;

la malicia del aire corrompido  
hace morir la hierba mal su grado;  
las aves ven su descubierto nido,  
que ya de verdes hojas fué cercado;  
pero si Filis por aquí tornare  
hará reverdecer cuanto mirare.

#### TIRRENO

El álamo de Alcides escogido  
fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;  
de la hermosa Venus fué tenido  
en precio y en estima el mirto solo;  
el verde sauz de Flérída es querido,  
y por suyo entre todos escogiolo;  
doquiera que de hoy más sauces se hallen,  
el álamo, el laurel y el mirto callen.

#### ALCINO

El fresno por la selva en hermosura  
sabemos ya que sobre todos vaya,  
y en asperezá y monte de espesura  
se aventaja la verde y alta haya;  
mas el que la beldad de tu figura  
donde quiera mirado, Filis, haya,  
al fresno y a la haya en su aspereza  
confesará que vence tu belleza.

Esto cantó Tirreno, y esto Alcino  
le respondió; y habiendo ya acabado  
el dulce son, siguieron su camino  
con paso un poco más apresurado.  
Siendo a las ninfas ya el rumor vecino,  
todas juntas se arrojan por el vado  
y de la blanca espuma que movieron  
las cristalinas ondas se cubrieron.

## V. - LOS TRADICIONALISTAS

### CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

(1490-1550)

#### SUEÑO

Yo, señora, me soñaba  
un sueño que no debiera:  
que por mayo me hallaba  
en un lugar do miraba  
una muy linda ribera.  
tan verde, florida y bella,  
que, de miralla y de vella,  
mis cuidados deseché,  
y con sólo uno quedé  
muy grande, por gozar della.

Sin temer que allí podría  
haber pesares ni enojos,  
cuanto más dentro me vía,  
tanto más me parecía  
que se gozaban mis ojos.  
Entre las rosas y flores,  
cantaban los ruiñeños,  
las calandrias y otras aves,  
con sonos dulces, süaves,  
pregonando sus amores.

Agua muy clara corría,  
muy serena al parecer,  
tan dulce si se bebía,  
que mayor sed me ponía  
acabada de beber.  
Si a los árboles llegaba,  
entre las ramas andaba  
un airecico sereno,

todo manso, todo bueno,  
que las hojas meneaba.

Buscando dónde me echar,  
apartéme del camino,  
y hallé para holgar  
un muy sabroso lugar,  
a la sombra de un espino;  
do tanto placer sentí,  
y tan contento me vi,  
que diré que sus espinas  
en rosas y clavellinas  
se volvieron para mí.

En fin, que ninguna cosa  
de placer y de alegría,  
agradable ni sabrosa,  
en esta fresca y hermosa  
ribera me fallecía.

Yo, con sueño no liviano,  
tan alegre y tan ufano,  
y seguro me sentía,  
que nunca pensé que había  
de acabarse allí el verano.

Lejos de mi pensamiento  
desde a poco me hallé,  
que, así durmiendo contento,  
a la voz de mi tormento  
el dulce sueño quebré;  
y hallé que la ribera  
es una montaña fiera,  
muy áspera de subir,  
donde no espero salir  
de cautivo hasta que muera.

## 4. - EL TEATRO EN EL SIGLO XVI

### LOPE DE RUEDA

(1510-1565)

#### EL CONVIDADO

(PASO)



PERSONAS

*Licenciado Jáquima. — Bachiller Brazuelos. — Caminante.*

*(Zaguán de casa pobre.)*

CAM.—Uno de los grandísimos trabajos que el hombre puede recibir en esta miserable vida, es el caminar, y el superlativo faltarle los dineros. Dígole esto porque se me ha ofrecido un cierto negocio en esta ciudad, y en el camino por las muchas aguas me han faltado los reales; no tengo otro remedio sino éste, que soy informado que vive en este pueblo un licenciado de mi tierra; veré si con una carta que le traigo puedo ser favorecido. Ésta debe de ser la posada; llamar quiero: ¿quién está acá?

BACH.—*(Adentro.)*—¿Quién llama? ¿quién está ahí?

CAM.—Si está, salga vuestra merced acá fuera.

BACH. (*Sale.*)—¿Qué es lo que manda?

CAM.—¿Sabráme dar vuestra merced razón de un señor licenciado?

BACH.—No, señor.

CAM.—Pues déjeme decir: él es hombre bajo, cargado de espaldas, barbinegro, natural de Burbáguena.

BACH.—No le conozco, diga cómo se llama.

CAM.—Señor, allá se llamaba el licenciado Cabestro.

BACH.—Señor, en mi posada está uno que se hace nombrar el licenciado Jáquima.

CAM.—Señor, ese debe ser, porque de Cabestro a Jáquima harto parentesco me parece que hay: llámemele.

BACH.—Soy contento. ¡Ah! ¿señor licenciado Jáquima?

LIC. (*Adentro.*)—¿Llama vuestra merced, señor bachiller Brazuelos?

BACH.—Sí señor, salga vuestra merced acá fuera.

LIC.—Suplícole, señor, que me tenga por excusado, que ando metido en la fragancia del estudio, y estoy en aquello que dice: *sicut adversus tempore, et quia bonus tempus est, non ponitur illo.*

BACH.—Salga, señor, que está aquí un señor de su tierra.

LIC.—¡Oh válgame Dios! Señor bachiller, ¿ha visto vuestra merced mi bonete?

BACH.—Ahí quedó *super Plinio.*

LIC.—Señor bachiller, ¿y mis pantuflos de camelo-te sin aguas halos visto?

BACH.—Periquillo los llevó a echar unas suelas y capelladas, porque estaban maltratadillos.

LIC.—Señor bachiller, ¿mi manteo hale visto?

BACH.—Ahí le teníamos encima de la cama esta noche en lugar de manta.

LIC.—Ya lo he hallado. (*Sale.*) ¿Qué es lo que manda vuestra merced?

BACH.—¿Ahora sale con todo eso al cabo de dos

horas que le estoy llamando? Aqueste señor le busca, que dice que es de su tierra.

LIC.—¿De mi tierra? Sí será, pues él lo dice.

CAM.—¿No me conoce vuestra merced, señor licenciado?

LIC.—No le conozco en verdad, si no es para servirle.

CAM.—¿No conoce vuestra merced a un Juanitico Gómez, hijo de Pero Gómez, que íbamos juntos a la escuela, e hicimos aquella farsa de los gigantillos?

LIC.—Así, así, ¿es vuestra merced hijo de un tripero?

CAM.—Qué, no señor: ¿no se le acuerda a vuestra merced que mi madre y la suya vendían rábanos y coles allá en el arrabal de Santiago?

LIC.—¿Rábanos y coles? Rasos y colchones quiso decir vuestra merced.

CAM.—Sea lo que mandare, mas a fe que no me conoce.

LIC.—Ya, ya caigo en la cuenta, ¿no es vuestra merced el muchacho que hizo la moceta, aquel bellaquillo, aquel de las calcillas coloradas?

CAM.—Sí señor, yo soy ése.

LIC.—¡Oh señor Joan Gómez! Señor bachiller, una silla, Periquillo, rapaz, una silla.

CAM.—Que no es menester, señor.

LIC.—¡Oh señor Joan Gómez! abráceme. ¿Y dióle alguna cosa que me trajese mi madre?

CAM.—Sí, señor.

LIC.—Tórneme a abrazar, señor Joan Gómez. ¿Qué es lo que le dió? ¿Es cosa de importancia?

CAM.—¿Y pues no?

LIC.—¡Oh señor Joan Gómez! él sea muy bien venido; muestre lo que es.

CAM.—Ès, señor, una carta que me rogó que le trajese.

LIC.—¿Carta, señor? ¿Y dióle algunos dineros la señora mi madre?

CAM.—No, señor.

LIC.—¿Pues para qué quería yo carta sin dinero? Ahora, señor Joan Gómez, hágame tan señalada merced de venirse a comer con nosotros.

CAM.—Señor, beso las manos de vuestra merced: en la posada lo dejo aparejado.

LIC.—Hágame este placer.

CAM.—Señor, por no ser importuno yo haré su mandamiento, y de camino me traeré la carta que dejé encomendada al mesonero.

LIC.—Pues vaya.

CAM.—Beso sus manos.

*(Sala de los estudiantes).*

LIC.—¿Qué le parece, señor bachiller Brazuelos, de este nuestro convidado?

BACH.—Muy bien, señor.

LIC.—A mí no, señor, sino muy mal.

BACH.—¿Por qué, señor?

LIC.—Porque yo para convidarle ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa, ofrézcola a Dios, que de comer sea; y por lo tanto querría suplicar a vuestra merced, que vuestra merced me hiciese merced de me hacer merced (pues estas mercedes se juntan con esotras mercedes que vuestra merced suele hacer), me hiciese merced de prestarme dos reales.

BACH.—¿Dos reales, señor, señor licenciado? ¿Saca burla del tiempo? Sabe vuestra merced que traigo este andrajo en la cabeza por estar mi bonete empeñado por seis reales de vino en la taberna, ¿y pídemelos dos reales?

LIC.—¿Pues no me haría vuestra merced una merced de pensar una burla en que se fuese este convidado con todos los diablos?

BACH.—¿Burla dice? Déjeme a mí el cargo, que yo

le haré una que vaya diciendo que vuestra merced es muy honrado, y muy cabido con todos.

LIC.—Así: ¿de qué manera lo hará vuestra merced?

BACH.—Mire vuestra merced; él ha de venir ahora a comer, vuestra merced se meterá debajo de esta manta, y en venir, luego preguntará: ¿qué es del señor licenciado? Yo le diré: el señor arzobispo le ha enviado a publicar ciertas bulas, que fué negocio de presto, que no se pudo hacer otra cosa.

LIC.—¡Oh cómo dice bien vuestra merced! Pues mire que pienso que es él que llama.

CAM. (*Fuera*).—Ha de casa.

BACH.—Sí, él es, métase presto.

LIC. (*Escondiéndose*).—Mire que me cobije bien, que no me vea.

CAM.—Ha de casa.

BACH.—¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

CAM.—(*Entrando en la sala*). ¿Está en casa el señor licenciado?

BACH.—¿A quién busca?

CAM.—Al señor licenciado Jáquima.

BACH.—A comer pienso que vendrá vuestra merced.

CAM.—No vengo por cierto, señor.

BACH.—Picadillo debe de traer el molino.

CAM.—No traigo en verdad.

BACH.—No lo niegue vuestra merced. ¿Qué, para decir que viene a comer es de menester tantas retóricas?

CAM.—Verdad es que venía a comer, que el señor licenciado me había convidado.

BACH.—Pues certíficole que tiene vuestra merced muy mal recado de esta vez, porque en casa no hay blanca, ni bocado de pan para convidarle.

CAM.—Pues no creo yo que el señor licenciado sacara burla de mí.

BACH.—¿Qué, no me cree vuestra merced? Pues sepa que <sup>de</sup> puro corrido está puesto debajo de aquella manta.

CAM.—No lo creo si con mis ojos no lo viese.

BACH.—¿Que no? (*Descubriéndolo*). Pues mire vuestra merced cuán contrito está arrodillado.

CAM.—¡Jesús! ¡Jesús! Señor licenciado, ¿para mí era de menester tantos negocios?

LIC.—(*Saliendo de su escondrijo*).—Juro a Dios que ha sido bellaquísimamente hecho.

BACH.—No ha estado sino muy bien.

LIC.—No ha estado sino de muy grandísimo bellaco, que si yo me escondí, vos me lo mandasteis.

BACH.—No os escondiérades vos.

LIC.—No me lo mandaseis vos: y agradecedlo al señor de mi tierra, don bachillerejo de no nada.

BACH.—¿De no nada? Aguarda. (*Riñen*).

CAM.—Id con todos los diablos, allá os averiguaré vosotros mismos. (*Se va*).

## 5.- LA POESÍA ÉPICA EN EL SIGLO XVI

### LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

#### LA PROFECÍA DE MAFADAL

(DE LA "JERUSALÉN CONQUISTADA")

[El asunto de este poema es la derrota de Ricardo Corazón de León, al intentar la Conquista de Jerusalén en el siglo XII; pero Lope introduce en él, haciendo a un lado aquel tema principal, una supuesta expedición a Tierra Santa, de Alfonso VIII y sus caballeros, a quienes convierte en personajes principales de la narración.

En el pasaje transcrito el mago Mafadal hace ver a Alfonso VIII, en un espejo encantado, los reyes que debían de sucederle hasta Felipe III inclusive.]

Cual suele parecer sesga laguna  
la margen guarnecida de espadañas,  
cuando mirada de la blanca luna  
resulte plata a las vecinas cañas,  
brilla la luz en el cristal, y alguna  
descubre por los troncos las montañas,  
donde huyendo se fueron deslumbrados  
los mansos siervos de los verdes prados..

Callaba el bosque, ya, callaba el viento  
que solo entre los céspedes bullía,  
y el agua con respeto el claro acento  
de su voz en sí misma detenía.

En esto con gallardo movimiento  
vieron que dentro del cristal venía  
una tropa de armados caballeros,  
y el divino Fernando en los primeros.

Sobre un caballo blanco, en cuya frente  
una dorada pieza relumbraba  
con un penacho rojo, que eminente  
las puntas en esferas remataba,  
al freno y al talón, tan obediente,  
que a la imaginación se anticipaba,  
venía el santo rey, y en un dorado  
pavés el claro Betis retratado.

Su hijo Alfonso el Sabio le seguía,  
con tan justa razón llamado el Sabio,  
que la extranjera envidia no tenía,  
con ser de España el nombre por agravio.  
Partido el campo del pavés traía  
en la parte inferior un astrolabio,  
y en un cielo con un peso, en que a los reyes  
mostró a medir con la de Dios sus leyes.

En un caballo negro Sancho el Bravo,  
de un jaco armado, con la banda roja,  
en el pavés un rey alarbe esclavo,  
rayos de fuego de la vista arroja:  
el undécimo mira Alfonso octavo  
tan fuerte que aun parece que despoja  
los moros del Salado, cuyos hechos  
le dieron en Castilla tantos pechos.

Con un bastón de relevadas puntas  
feroz el rey don Pedro en un melado  
muestra la fuerza y la arrogancia juntas,  
del romano Calígula traslado:  
la blanda paz y la piedad difuntas  
cubren el campo del pavés dorado,  
entonces el cristal nos parecía  
que el furor de sus ondas detenía.

Con tres Enriques dos valientes Juanes  
vienen tras él, los tres en tres overos,

y los dos, en dos fuertes alazanes,  
con mil victorias de los moros fieros:  
si miraran entonces los soldanes  
del Asia relumbrando los aceros  
a los dos que lo siguen, de la frente  
se les cayera el árbol eminente.

Aquel Fernando quinto que de España  
la sangre dividió mora y hebrea  
de la noble, que tanto infesta y daña,  
el campo descubierta señorea:  
el peinado cabello el rostro baña  
de luz, y su divina Ipsicratea  
con las tocas antiguas parecía  
el siglo de oro que en los dos volvía.

El sol de Austria en nuestra playa muerto  
a la sazón de sus floridos años,  
los sigue alegre hasta los pies cubierto  
un rucio pisador de negros paños:  
tembló el cristal, apenas descubierta  
aquel de quien temblaron los extraños  
mares desde este polo al más distinto,  
el siempre victorioso Carlos quinto.

Ya se humillaban árboles y plantas  
al segundo Felipe y al tercero,  
y al nuevo Salomón las luces santas  
en el sublime polo y hemisferio:  
Alfonso que miró grandezas tantas  
del fénix español y su heredero,  
quisiera hablar, pero el cristal oscuro  
súbitamente se cubrió de un muro.

## 6. - LA HISTORIA EN EL SIGLO XVI

**DIEGO HURTADO DE MENDOZA**

(1503-1575)

**CAUSAS DE LA GUERRA Y PRIMERA JUNTA DE  
LOS REBELDES**

(DE LA "GUERRA DE GRANADA")

Había en el reino de Granada costumbre antigua, como la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvaran y estuviesen seguros en lugares de señoría; cosa que, mirada en común y por la haz, se juzgaba que daba causa a más delitos, favor a los malhechores, impedimento a la justicia, y desautoridad a los ministros de ella. Pareció por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros estados, mandar que los señores no acogiesen gentes de esta calidad en sus tierras, confiados, que bastaba solo el nombre de justicia para castigallos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse a vida sosegada. También les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres días; mas después que les quitaron los

refugios perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse a vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltar caminos, robar y matar. Entró luego la duda tras el inconveniente sobre a qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdicciones; y no obstante que los generales acostumbrasen hacer estos castigos como parte del oficio de la guerra, cargaron, a color de ser negocio criminal, la relación apasionada o libre de la ciudad y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al capitán general. Dióseles facultad para tomar a sueldo cierto número de gente repartida pocos a pocos, a que usurpando el nombre llamaban cuadrillas, ni bastantes para asegurar, ni fuertes para resistir. Del desdén, de la flaqueza de provisión, de la poca experiencia de los ministros en cargo que participa de guerra, nació el descuido, o fuese negligencia o voluntad de cada uno que no acertase su émulo. En fin, fué causa de crecer estos salteadores (monfies los llamaban en lengua morisca), en tanto número, que para oprimillos o para reprimillos no bastaban las unas ni las otras fuerzas. Este fué el cimiento sobre que fundaron sus esperanzas los ánimos escandalizados y ofendidos, y estos hombres fueron el instrumento principal de la guerra. Todo esto parecía al común cosa escandalosa; pero la razón de los hombres, o la Providencia divina (que es lo más cierto) mostró con el suceso que fué cosa guiada para que el mal no fuese adelante y estos reinos quedasen asegurados mientras fuese su voluntad. Siguiéronse luego ofensas en su ley, en las haciendas y en el uso de la vida, así cuanto a la necesidad como cuanto al regalo, a que es demasiadamente dada esta nación; porque la Inquisición los comenzó a apretar más de lo ordinario. El rey les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicaciones entre sí; quitóseles el servicio de los esclavos negros, a quienes criaban con esperanzas de hijos, el hábito morisco en que tenían empleado gran

caudal; obligáronlos a vestir castellano con mucha costa; que las mujeres trujesen los rostros descubiertos; que las casas acostumbradas a estar cerradas estuviesen abiertas: lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa. Hubo fama que les mandaban tomar a los hijos y pasallos a Castilla: vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento; primero les habían prohibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme a su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo. Salió todo esto junto; sin guardia ni provisión de gente, sin reforzar presidios viejos, o firmar otros nuevos. Y aunque los moriscos estuvie en prevenidos de lo que había de ser, les hizo tanta impresión que antes pensaron en la venganza que en el remedio. Años había que trataban de entregar el reino a los príncipes de Berbería o al turco; mas la grandeza del negocio, el poco aparejo de armas, vituallas, navíos, lugar fuerte donde hiciesen cabeza, el poder grande del Emperador y del rey Felipe su hijo, enfrenaba las esperanzas e imposibilitaba las resoluciones, especialmente estando en pie nuestras plazas mantenidas en la costa de África, las fuerzas del turco tan lejos, las de los corsarios de Argel más ocupadas en presas y provecho particular que en empresas difíciles de tierra. Fuéronseles con estas dificultades dilatando los designios, apartándose ellos de los del reino de Valencia, gente menos ofendida y más armada. En fin, creciendo igualmente nuestro espacio por una parte, y por otra los excesos de los enemigos, tantos en número, que ni podían ser castigados por manos de justicia ni por tan poca gente como la del capitán general, eran ya sospechosas sus fuerzas para encubiertas, aunque flacas para puestas en ejecución. El pueblo de cristianos viejos adivinaba la verdad, cesaba el comercio y paso de Granada a los lugares de la costa: todo era confusión, sospecha, temor; sin resolver, proveer ni ejecutar. Vista por ellos esta manera en nosotros, y temiendo que con mayor aparejo les contra-

veníésemos, determinaron algunos de los principales de juntarse en Cadiar, lugar entre Granada y la mar y el río de Almería, a la entrada de la Alpujarra. Tratóse del cuándo y cómo se debían descubrir unos a otros, de la manera del tratado y ejecución: acordaron que fuese en la fuerza del invierno, porque las noches largas les diesen tiempo para salir de la montaña y llegar a Granada, y a una necesidad tornarse a recoger y poner en salvo, cuando nuestras galeras reposaban repartidas por los invernaderos y desarmadas: la noche de Navidad, que la gente de todos los pueblos está en las iglesias, solas las casas, y las personas ocupadas en oraciones y sacrificios, cuando descuidados, desarmados, torpes con el frío, suspensos con la devoción, fácilmente podían ser oprimidos de gente atenta, armada, suelta y acostumbrada a saltos semejantes. Que se juntasen a un tiempo cuatro mil hombres de la Alpujarra con los del Albaicin y acometiesen la ciudad y el Alhambra, parte por la puerta, parte con escalas; plaza guardada más con la autoridad que con la fuerza: y porque sabían que el Alhambra no podía dejar de aprovecharse de la artillería, acordaron que los moriscos de la vega tuviesen por contraseña las primeras dos piezas que se disparasen para que en un tiempo acudiesen a las puertas de la ciudad, las forzasen, entrasen por ellas y por los portillos; corriesen las calles, y con el fuego y con el hierro no perdonasen a persona ni a edificio. Descubrir el tratado sin ser sentidos y entre muchos era dificultoso: pareció que los casados lo descubriesen a los casados, los viudos a los viudos, los mancebos a los mancebos; pero a tienta, probando las voluntades y el secreto de cada uno. Habían ya muchos años antes enviado a solicitar con personas ciertas, no solamente a los príncipes de Berbería, mas al emperador de los turcos dentro de Constantinopla, que los socorriese, y sacase de servidumbre, y postreramente al rey de Argel pedido armada de Levante y Poniente en su favor; porque faltos de

capitanes, de cabezas, de plazas fuertes, de gente diestra, de armas, no se hallaron poderosos para tomar y proseguir a solas tan grande empresa. Además de esto resolvieron proveerse de vitualla, elegir lugar en la montaña donde guardalla, fabricar armas, reparar las que de mucho tiempo tenían escondidas, comprar nuevas y avisar de nuevo a los reyes de Argel, Fez, señor de Tituan de esta resolución y preparaciones. Con tal acuerdo partieron aquella habla; gente a quien el regalo, el vicio, la riqueza, la abundancia de las cosas necesarias, el vivir luengamente en gobierno de justicia e igualdad desasosegaba y traía en continuo pensamiento.

## 7. - EL GÉNERO EPISTOLAR EN EL SIGLO XVI

### SANTA TERESA DE JESÚS

#### CARTA

A LORENZO DE CEPEDA, HERMANO DE LA SANTA

*[Para apreciar debidamente el significado de este trozo, téngase en cuenta lo expuesto en otro sitio por Menéndez Pidal sobre la prosa de Santa Teresa, y que ilustra en el presente caso con las notas que transcribimos, tomándolas, como la Carta misma, de la Antología de Prosistas Castellanos del citado filólogo.]*

Jesús

Sea con vuestra merced. Da tan poco lugar Serna (1), que no querría alargarme, y no sé acabar cuando comienzo a escribir a vuestra merced; y, como nunca viene Serna, es menester tiempo.

---

(1) Serna era el mandadero que llevaba las cartas de don Lorenzo

Cuando yo escribiere a Francisco, (2) nunca se la (3) lea vuestra merced, que he miedo tray alguna melencolía, y es harto declararse conmigo. Quizá le da Dios esos escrúpulos para quitarle de otras cosas; mas, para su remedio, el bien que tiene es creerme... (4).

Gran fiesta tuvimos ayer con el nombre de Jesús: Dios se lo pague a vuestra merced. No sé qué le envíe por tantas como me hace, si no es esos villancicos, que hice yo, que me mandó el confesor las (5) regocijase, y he estado estas noches con ellas, y no supe cómo sino así. Tienen graciosa tonada, si la atinare Francisquito para cantar. Mire si ando bien aprovechada. Con todo, me ha hecho el Señor hartas mercedes estos días.

De las que hace a vuestra merced estoy espantada. Sea bendito por siempre. Ya entiendo por lo que se desea la devoción, que es bueno. Una cosa es desearlo y otra pedirlo; mas crea que es lo mejor, lo que hace, el dejarlo todo a la voluntad de Dios, y poner su causa en sus manos. Él sabe lo que nos conviene, mas siempre procure ir por el camino que le escribí: mire que es más importante de lo que entiendo...

No me cansan sus cartas de vuestra merced, que me consuelan mucho, y así me consolara poderle escribir más a menudo; mas es tanto el trabajo que tengo, que no podrá ser más a menudo; y an (6) esta noche me ha estorbado la oración. Ningún escrúpulo me hace, si no es pena de no tener tiempo. Dios nos le dé para gastarle siempre en su servicio, amén.

---

(2) Francisco se llamaba el hijo mayor de don Lorenzo. La Santa era naturalmente directora de los negocios espirituales de todas las personas de su familia. Lorenzo había prometido obediencia a su hermana, como luego se verá.

(3) Este *la* representa el sustantivo *carta* que la autora consideraba embebido en el verbo *escribiere*.

(4) El sujeto de este verbo no es *Francisco* como parece, sino *do. Lorenzo*.

(5) Este *las* se refiere a las monjas de la comunidad.

(6) *An* es contracción vulgar por *aun*.

La esterilidad de este pueblo en cosas de pescado, que (7) es lástima a estas hermanas; y así me he holgado con estos besugos. Creo pudiera venir sin pan, según hace el tiempo. Si acertare haberlos, cuando venga Serna, u algunas sardinas frescas, dé vuestra merced a la superiora con que nos la envíe, que lo ha enviado muy bien. Terrible lugar es este para no comer carne, que an un huevo fresco jamás hay. Con todo pensaba hoy que ha años que no me hallo tan buena como ahora.

Esas coplas que no van de mi letra no son mías, sino que me parecieron bien para Francisco, que como hacen las de San José de las suyas, esotras hizo una hermana. Hay gran cosa de eso, estas Pascuas en las recreaciones. Es hoy segundo día del año.

Indina sierva de vuestra merced. Teresa de Jesús.

Pensé que nos enviara vuestra merced el villancico suyo; porque estos ni tienen pies ni cabeza, y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno que hice una vez, estando con harta oración, y parecía que descansaba más. Eran: (ya no sé si eran así); y porque vea que desde acá le quiero dar recreación:

¡Oh hermosura, que excedéis  
a todas las hermosuras!  
Sin herir, dolor hacéis;  
y sin dolor deshacéis  
el amor de las criaturas.

¡Oh ñudo, que así juntáis  
dos cosas tan desiguales!  
No sé por qué os desatáis:  
pues atado fuerza dais,  
a tener por bien los males.

---

(7) Sobra el que para hacer sentido.

?) No se me acuerda más. ¡Qué seso de fundadora! Pues yo le digo que me parecía estaba con harto, cuando dije esto. Dios se lo perdone que me hace gastar tiempo: y pienso le ha de enternecer esta copla y hacerle devoción; y esto no lo diga a nadie. Doña Yomar y yo andábamos juntas en este tiempo. Déla mis encomiendas.

FIN

# INDICE

Página:

PRÓLOGO . . . . . 5

## ELEMENTOS DE ANALOGIA

Sección primera: nociones generales

Libro único: concepto de la

Analogía y otras nociones previas.

CAPÍTULO I. — *Concepto de la Analogía.* — Concepto corriente de la Analogía — Las partes de la oración — Cuestiones a que da lugar este concepto — Concepto cabal de la Analogía . . . . . 7

CAPÍTULO II. — *Otras nociones previas.* — Funciones variables e invariables y accidentes gramaticales — Del número — De la declinación — De la conjugación — Palabras simples y compuestas — Palabras primitivas y derivadas . . . . . 11

Sección segunda: Analogía especial.

Libro primero: Estudio de los  
oficios gramaticales.

CAPÍTULO I. — *Del sustantivo.* — Concepto y definición — Sustantivo vocablo, frase y oración — Clasificación de los sustantivos: por su valor ideológico, por su origen, por su estructura y por sus accidentes gramaticales — Grados de significación del sustantivo — Formación de los aumentativos y diminutivos — Las terminaciones diminutivas en América — Formación de los despectivos y estimativos — Formación de los patronímicos — Accidentes gramaticales del sustantivo — Formación del plural en los sustantivos simples de todas clases — Del plural en los nombres propios — Observaciones generales relativas al número en los sustantivos compuestos — Sustantivos que carecen de una forma especial para el singular o el plural — Sustantivos que no se em-

plean en singular — Sustantivos que no se emplean en plural — Sustantivos que tienen distinto significado en singular y en plural — Del género: formación de los géneros en los sustantivos — Sustantivos que varían de significado según los géneros — Observaciones acerca del género de algunos sustantivos — Declinación del sustantivo . . . . .	18
<b>CAPÍTULO II.</b> — <i>Del pronombre.</i> — Concepto y definición — Accidentes del pronombre — Clasificación de los pronombres — Pronombres personales — Pronombres personales sujetos y pronombres complementos: peculiaridades de unos y otros — Uso de las variantes de los pronombres personales — Pronombres personales enclíticos: su uso atendiendo a las leyes de la eufonía — De la pluralidad ficticia — De la tercera persona ficticia — Del pronombre reflexivo — Pronombres demostrativos — Pronombres indefinidos o indeterminados — Pronombres interrogativos, admirativos y dubitativos — Pronombres relativos y observaciones particulares sobre su empleo — Del relativo <i>que</i> — Del relativo <i>cual</i> — Del relativo <i>quien</i> — Del relativo <i>cuyo</i> — Formas pronominales pleonásticas . . . . .	39
<b>CAPÍTULO III.</b> — <i>Del Adjetivo.</i> — Concepto y definición — Adjetivo vocablo, frase y oración — Distintas clases de adjetivos — Adjetivos calificativos — Adjetivos explicativos — Adjetivos determinativos — Epíteto — Positivos, comparativos y superlativos — Grados de significación del adjetivo — Accidentes gramaticales del adjetivo — Apócope de algunos adjetivos . . . . .	53
<b>CAPÍTULO IV.</b> — <i>Del Artículo.</i> — Concepto y definición — Clasificación — Observaciones relativas a la palabra <i>lo</i> — Casos de contracción del artículo — Casos de sustitución del artículo — Casos de omisión del artículo — Observaciones relativas al uso del artículo . . . . .	64
<b>CAPÍTULO V.</b> — <i>Del Verbo.</i> — Su importancia y definición — Verbo vocablo y verbo frase — Clasificación de los verbos atendiendo a su significado — <b>Voces del verbo</b> — Accidentes del verbo — Modos del verbo — Tiempos del verbo — Nomenclatura y significado de los tiempos según la Academia — Nomenclatura de los tiempos según Bello	

— Del número — De las personas del verbo — Clasificación de los verbos por su conjugación — Conjugación de los verbos auxiliares, regula- res, irregulares y defectivos — Tabla de verbos irregulares y defectivos castellanos . . . . .	69
CAPÍTULO VI. — <i>De los Derivados Verbales.</i> — Defi- nición — Del Infinitivo — Del Gerundio — Del Participio . . . . .	131
CAPÍTULO VII. — <i>Del Adverbio.</i> — Concepto y defini- ción — Adverbio vocablo, frase y oración — Po- sitivos, comparativos y superlativos — Grados de significación del adverbio — Observaciones rela- tivas al uso de algunos adverbios — Modos y lo- cuciones adverbiales . . . . .	137
CAPÍTULO VIII. — <i>De la Preposición.</i> — Concepto y de- finición — Preposiciones simples y modos pre- positivos — Preposiciones separables e insepara- bles — Lista y significado de las preposiciones castellanas — Valor de la preposición para de- terminar los casos — Voces compuestas con las diferentes clases de preposiciones . . . . .	143
CAPÍTULO IX. — <i>De la Conjunción.</i> — Concepto y de- finición — Su importancia como signo del racio- cinio — Clasificación de las conjunciones . . . . .	150
CAPÍTULO X. — <i>De la Interjección.</i> — Concepto y de- finición — Palabras, frases y oraciones interjec- tivas — Observaciones relativas al uso de las interjecciones . . . . .	153

Libro segundo: vicios de elocución  
y análisis analógico.

CAPÍTULO I. — <i>Vicios de Elocución</i> — Conceptos y clases . . . . .	157
CAPÍTULO II — <i>Del Análisis Analógico</i> . . . . .	160

TEXTO DE LECTURA  
SIGLOS XIX Y XX

1. Artículos de costumbres. — Autobiografías y recuerdos. — Tipos.

PÉREDA, <i>José María de</i>	
El barón de la Rescoldera . . . . .	167
UNAMUNO, <i>Miguel de</i>	
Una riña . . . . .	173
LARRA, <i>Mariano José de</i>	
Yo quiero ser cómico . . . . .	176
WILDE, <i>Eduardo</i>	
Mar afuera . . . . .	183

2. Relatos de excursiones y viajes. — Descripciones de sitios y lugares.

UNAMUNO, <i>Miguel de</i>	
Yuste . . . . .	199

3. Novelas. — Leyendas en prosa. — Tradiciones y creencias populares. — Cuentos y chascarrillos.

VALERA, <i>Juan</i>	
Quien no te conozca, que te compre . . . . .	203
PARDO BAZÁN, <i>Condesa de</i>	
Barquillos . . . . .	206
PÉREZ GALDÓS, <i>Benito</i>	
Plácido Estupiñá . . . . .	213
CABALLERO, <i>Fernán</i>	
La oreja de Lucifer . . . . .	218
ISAACS, <i>Jorge</i>	
La caza del tigre . . . . .	226

4. La Historia en los siglos XIX y XX

MITRE, *Bartolomé*  
San Martín . . . . . 232

5. La Crítica y la Erudición

RODRÍGUEZ MARÍN, *Francisco*  
El fundador de "The Hispanic Society of América". 244

6. Fabulistas

CAMPOAMOR, *Ramón de*  
La carambola . . . . . 251  
AZCUÉNAGA, *Domingo de*  
El moro enfermo . . . . . 252

7. La Poesía lírica en los siglos XIX y XX

I. LÍRICOS POSTERIORES AL ROMANTICISMO, O SEA DE LA  
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX EN ADELANTE

NÚÑEZ DE ARCE, *Gaspar*  
La inundación . . . . . 254  
CAMPOAMOR, *Ramón de*  
Corta es la vida . . . . . 255  
El Gaitero de Gijón . . . . . 256  
BÉCQUER, *Gustavo Adolfo*  
¡Qué solos se quedan los muertos! . . . . . 258  
MACHADO, *Antonio*  
¿Y ha de morir contigo...? . . . . . 262  
Desnuda está la tierra . . . . . 263  
OBLIGADO, *Rafael*  
El alma del payador . . . . . 263  
DARÍO, *Rubén*  
Marina . . . . . 267  
El soneto de trece versos . . . . . 268  
HERRERA Y REISSIG, *Julio*  
La siesta . . . . . 268

NERVO, <i>Amado</i>	
Ya no tengo impaciencia . . . . .	269
GUTIÉRREZ NÁJERA, <i>Manuel</i>	
Ondas muertas . . . . .	270
DEL CASAL, <i>Julián</i>	
En el campo . . . . .	272

II. LÍRICOS ROMÁNTICOS, O SEA DEL SEGUNDO TERCIO DEL  
SIGLO XIX

ESPRONCEDA, <i>José de</i>	
A la patria . . . . .	273
ZORRILLA, <i>José</i>	
A la memoria desgraciada del joven literato D. Mariano José de Larra . . . . .	275
ECHEVERRÍA, <i>Esteban</i>	
Fragmento . . . . .	277
GÓMEZ DE AVELLANEDA, <i>Gertrudis</i>	
A la muerte del célebre poeta cubano D. José María de Heredia . . . . .	278
CARO, <i>José Eusebio</i>	
Despedida de la patria . . . . .	282
LOZANO, <i>Abigail</i>	
A la noche . . . . .	284

III. POETAS LÍRICOS PRECURSORES DEL ROMANTICISMO

CABANYES, <i>Manuel de</i>	
A . . . . .	286
HÉREDIA, <i>José María de</i>	
El Niáraga . . . . .	288

IV. POETAS LÍRICOS SEUDOCLÁSICOS Y ACADÉMICOS DEL  
PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX

a.) *La Nueva Escuela Sevillana.*

BLANCO, <i>José María</i>	
A Licio . . . . .	294

REINOSO, *Félix José*  
Himno II, en loor de San Isidoro . . . . . 296

b.) *Continuadores o discípulos de la Segunda Escuela Salmantina.*

QUINTANA, *Manuel José*  
A España . . . . . 297

c.) *Líricos americanos de este grupo.*

ACUÑA DE FIGUEROA, *Francisco*  
Letrilla satírica . . . . . 302

PARDO Y ALIAGA, *Felipe*  
Los paraísos de Sempronio . . . . . 306

BARALT, *Rafael María*  
Al Mar . . . . . 309

**8. Ensayos y Monografías**

RODÓ, *José Enrique*  
El Amazonas y el Plata . . . . . 311

DARÍO, *Rubén*  
Al Carbón . . . . . 313

NERVO, *Amado*  
La Pregunta . . . . . 314

MONTALVO, *Juan*  
Simón Bolívar . . . . . 315

**El Teatro en los siglos XIX y XX**

**I. EL TEATRO DESPUÉS DEL ROMANTICISMO, O SEA DESDE  
MEDIADOS DEL SIGLO XIX.**

TAMAYO Y BAUS, *Manuel*  
La Locura de Amor . . . . . 325

10. La Poesía gauchesca en el Río de la Plata

ASCASUBI, *Hilario*

Hoja de servicios del Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas, Gobernador del Continente Americano . . . . .	352
--	-----

11. Cartas. — Discursos. — Escritos varios no comprendidos en las clases anteriores.

BÉCQUER, *Gustavo Adolfo*

Desde mi celda . . . . .	358
--------------------------	-----

CASTELAR, *Emilio*

Discurso . . . . .	367
--------------------	-----

SIGLO XVIII

1. La Poesía lírica en el siglo XVIII

I. LÍRICOS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO

a.) *La nueva escuela salmantina.*

MELÉNDEZ VALDÉS, *Juan*

De mis deseos . . . . .	372
-------------------------	-----

ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, *Nicasio*

Mi paseo solitario en Primavera . . . . .	374
---	-----

IGLESIAS DE LA CASA, *José*

Letrilla jocosa . . . . .	376
---------------------------	-----

b.) *Líricos Independientes*

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Leandro*

A. Don Gaspar de Jovellanos . . . . .	377
---------------------------------------	-----

c.) *Iniciadores de la restauración poética.*

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Nicolás*

Madrid antigua y moderna . . . . .	380
------------------------------------	-----

CADALSO, *José*

A la fortuna . . . . .	381
------------------------	-----

2. El Teatro en el siglo XVIII

LA TRAGEDIA Y LA COMEDIA SEUDOCLÁSICA DE INFLUEN-  
CIA FRANCESA.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Leandro*

El Café . . . . . 383

3. La Novela en el siglo XVIII

ISLA, *José Francisco de*

Fray Gerundio, Lib. I, Cap. V . . . . . 389

4. Fabulistas del siglo XVIII

SAMANIEGO, *Félix María de*

El Camello y la Pulga . . . . . 398

IRIARTE, *Tomás de*

El Oso, la Mona y el Cerdo . . . . . 399

5. La prosa doctrinal en el siglo XVIII

JOVELLANOS, *Gaspar Melchor de*

Defensa de la Junta Central . . . . . 400

SIGLO XVII

1. La Novela en el siglo XVII

I. EL QUIJOTE

CERVANTES SAAVEDRA, *Miguel de*

De la segunda salida de D. Quijote . . . . . 408

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho

Panza con su señor Don Quijote . . . . . 414

II. LA NOVELA PICARESCA EN EL SIGLO XVII

ESPINEL, *Vicente*

Marcos de Obregón descubre al autor de un hurto 424

2. La Historia en el siglo XVII

SOLÍS, *Antonio de*

Historia de la Conquista de Méjico, Cap. III,

Libro II . . . . . 427

### 3. La Poesía Lírica en el siglo XVII

CÓNGORA, <i>Luis de</i>	
Romance burlesco . . . . .	432
Letrilla . . . . .	434
Letrilla satírica . . . . .	435
ARGUIJO, <i>Juan de</i>	
Del tiempo . . . . .	437
CALDERÓN DE LA BARCA, <i>Pedro</i>	
A San Isidro . . . . .	438
VEGA CARPIO, <i>Lope Félix de</i>	
Romance . . . . .	440
VILLEGAS, <i>Esteban Manuel de</i>	
Oda Sáfica . . . . .	444

### 4. El Teatro en el siglo XVI<sup>1</sup>

#### I. LA "COMEDIA"

CALDERÓN DE LA BARCA, <i>Pedro</i>	
Amar después de la muerte o El Tuzaní de la Alpujarra . . . . .	445

#### II. GÉNEROS DRAMÁTICOS MENORES: ENTREMESSES.

CERVANTES SAAVEDRA, <i>Miguel de</i>	
Entremés del Juez de los Divorcios . . . . .	471

## SIGLO XVI

### 1. La Novela en el siglo XV

#### I. LA NOVELA PICA RESCA.

ALEMÁN, <i>Mateo</i>	
Comparación entre el pobre y el rico . . . . .	424

#### II. LA NOVELA HISTÓRICA.

PÉREZ DE HITA, <i>Ginés</i>	
Las Guerras Civiles de Granada, 1ª parte, Cap. IV	486

2. La Prosa religiosa en el siglo XVI

GRANADA, *Fray Luis de*

De murmurar, escarnecer y juzgar temerariamente 496

3. La Poesía Lírica en el siglo XVI

I. LA ESCUELA SALMANTINA.

LEÓN, *Fray Luis de*

Noche serena . . . . . 502

II. LA ESCUELA SEVILLANA

HERRERA, *Fernando de*

A Don Juan de Austria . . . . . 505

ALCÁZAR, *Baltasar del*

Redondillas . . . . . 509

III. LA ESCUELA ARAGONESA

LEONARDO DE ARGENSOLA, *Bartolomé*

Soneto . . . . . 510

IV. LOS PETRARQUISTAS O ITALIANIZANTES DE LA PRIMERA  
MITAD DEL SIGLO XVI.

DE LA VEGA, *Garcilaso*

Egloga tercera . . . . . 511

V. LOS TRADICIONALISTAS.

CASTILLEJO, *Cristóbal de*

Sueño . . . . . 519

4. El Teatro en el siglo XVI

RUEDA, *Lope de*

El Convidado . . . . . 521

**5. La Poesía Épica en el siglo XVI**

VEGA CARPIO, <i>Lope Félix de</i> La Profecía de Mafadal . . . . .	527
---	-----

**6. La Historia en el siglo XVI**

HURTADO DE MENDOZA, <i>Diego</i> Causas de la Guerra y primera junta de los re- beldes . . . . .	530
--	-----

**7. El Género Epistolar en el siglo XVI**

TERESA DE JESÚS, <i>Santa</i> Carta . . . . .	535
--	-----

